

Ignacio de Loyola es un hombre activo, batallador, frágil y fuerte al mismo tiempo, tenaz; con un carácter airullador, capaz de movilizar a otros; atento a su mundo, práctico, conocedor de las personas y buscador infatigable de Dios. Es un peregrino que nunca está solo. Un hombre que, en su incansable actividad, no deja de estar sostenido por la presencia de un Dios que llena su horizonte.

La vida de Ignacio sigue invitando hoy a pensar en la propia vida: sus búsquedas nos hablan de iconos y de ídolos, de los proyectos en los que uno encuentra sentido y de las huellas que quiere dejar; de la fe que se tiene y en la que se crece; de los nombres que atraviesan nuestra historia; de las flaquezas y las fortalezas, del amor eficaz y del amor gratuito.

José María Rodríguez Olaizola (Oviedo, 1970) es jesuíta y sociólogo. Actualmente trabaja en la pastoral universitaria en Valladolid y es miembro del consejo de redacción de la revista *Sal Terrae*. Es autor de *En tierra de nadie* y *Un mapa de Dios: en busca de las estructuras de salvación*, así como de numerosos artículos donde intenta conjugar el análisis social y la mirada creyente sobre nuestra sociedad.

ISBN 842853975-Z



9 788428 529754



SAN PABLO

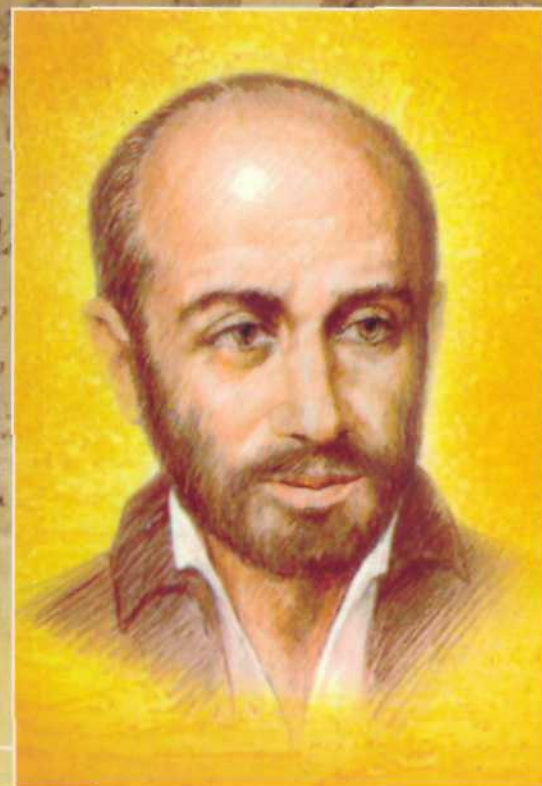
Ignacio de Loyola, **1** nunca solo

José María Rodríguez Olaizola



Ignacio de Loyola, nunca solo

José M^a Rodríguez Olaizola



«Es de noche. Hace frío en Montserrat. Un **caballero** se acerca a la Iglesia (...). Su andar es lento, casi solemne, y se advierte en su modo de caminar una leve cojera. Entra en la Iglesia, vacía a estas horas. Sólo el altar mayor y la Virgen permanecen iluminados por lámparas. El peregrino se detiene frente a la imagen. Se arrodilla y permanecé de hinojos (...). Han pasado varias horas. El **hombre** se agacha y toma del suelo la espada y la daga. Se acerca despacio a la reja de la capilla de la Virgen, y cuelga de sus harrotes las dos armas... Con estas armas está dejando atrás su pasado {...}. Al fin el peregrino se levanta, musita una última oración y emprende la marcha. Íñigo de Loyola avanza hacia una vida y un futuro que hoy le parecen majestuosos».

Pío de Pietrelcina
Místico y apóstol
Leandro Sáez de Ocáriz

Karol Wojtyła
Historia de Juan Pablo ¡I
Domenico del Rio

Simone Weil
Mística y revolucionaria
Roberto Rondanina

Tomás Moro
Retomo a Utopía
Paloma Castillo Martínez

Teresa de Jesús
Con los pies descalzos
Montserrat Izquierdo

Ignacio de Loyola, *nunca solo*

José María Rodríguez Olaizola



© SAN PABLO 2000 (Protasio **Gómez**, 11-15. 28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 - Fax 917425 723

E-mail: secretariJ.ediri^sanpablo.es

© José María **Rodríguez** Olaizoa 2006

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1.28021 Madrid

Td. **917 987 375** - Fax 915 052 050

E-mail: vcncas@sanpabl.n.es

ISBN: 84-285-2975-2

Depósito legal: M. 42.099-2006

Impreso en Artes Gráficas Car.Vi. 28970 Humanes (Madrid)

Printed in Spain. Impreso en España

Carta-presentación

Querido Josemari:

No sé quién *es* más atrevido, si tú escribiendo hoy una biografía de Ignacio de Loyola, o yo presentándola. Sin duda tú. Gustoso sumo mi atrevimiento al tuyo.

Confesarte que, cuando me enviaste el primer original de este libro, mi primera reacción fue: «Pero, ¿dónde se ha metido este muchacho?». Luego me fui metiendo yo. Hasta el final. Me metiste tú, tu manera de narrar. Lo que contabas, detalle más, detalle menos, me lo sabía. Pero lo nuevo de este libro no es la erudición, sino el arte de contar la historia recreándola, filmándola contigo dentro, como de hoy mismo.

Con lo cual me has probado que la historia es inagotable, si uno se mete en ella y la tecrea. Has entendido muy bien lo del «como si presente me hallase» de Ignacio de Loyola (*Ejercicios espirituales*, 114). La que tú cuentas no es la historia de Pedro de Ríbadeneira o la de Diego Laínez, que estuvieron físicamente presentes en muchas cosas, ni tampoco la de García Villoslada hoy. ni la de Dalmases, o la de André Ravier o la de Tellechea... Y curiosamente no excluye a ninguna ni estorba a ninguna.

Es simplemente tuya. Y esto la hace auténtica desde el título, que es el punto de mira escogido por ti para contemplar a Ignacio. Efectivamente, Ignacio nunca vivió

solo. Ni cuando soñaba otros mundos ni, mucho menos, cuando Dios Je abrió *al suyo*.

Y, como soñada o vivida por ti, o las dos cosas juntas, me gusta que confieses que esta historia te ha hecho bien. Como te volverá a hacer bien si un día, por ejemplo a los 80 años, la reescribes, porque re lo pide el cuerpo, de tanto como en esos años seguirás conociendo a Ignacio.

Y otra conclusión a la que me has llevado: Ignacio de Loyola *es de hoy*, precisamente leyéndolo desde hoy. Anda por nuestras calles, en nuestros medios de comunicación social, en nuestra Iglesia, en nuestra política, en nuestro arte, en nuestra ciencia, en nuestro deporte... Es todo, menos un sanro para una hornacina y unas velas. Se le entiende mejot metiéndolo en nuestro mundo, como tú haces.

Total, que me has enseñado muchas cosas sobre alguien a quien creía conocer. No es la tuya una biografía científica. Tampoco fue eso lo que te pidieron. Pero, contando ia historia de ayer y de orro, como de hoy y tuya, te ha salido una historia verdadera. ¡Enhorabuena!

IGNACIO IGLESIAS, S.J.

Vailadolid, 31 de julio de 2006
fesrívidad de san Ignacio

Prólogo

¿Un *nuevo* libro sobre *Ignacio de Loyola*? ¿Otra semblanza? ¿Pero no está ya todo dicho sobre el fundador de los jesuítas? ¿Otra vuelta de cuerea, machacona y reiterativa, sobre las andanzas del «peregrino»? ¿La enésima relectura de las cavilaciones del autor de *los Ejercicios espirituales* en el confuso y apasionante siglo XVI? He de confesar que estas, y otras preguntas del mismo cariz se convierten en una muralla sólida que parece clavarse en tierra ante mí al pensar en acometer este empeño. «¿Para qué?», me susurra, sensato y lúcido, mi yo más pragmático. «Sugiere otro nombre, otro autor, algún especialista que lo escriba», *me aconseja.*, *certero, mi sentido común.* «Lánzate», me dice, atolondrado, mi yo más impulsivo, el que a veces me conduce en La dirección más acercada y otras me precipita de cabeza ai abismo. «Discierne», me dice, bienintencionado, mi yo más jesuítico, aun sabiendo que no conviene abusar de esos términos. Y así me encuentro, reflexivo y dubitativo, especulando sobre la conveniencia o inconveniencia de adentrarme en una nueva aproximación a Ignacio.

Si estás leyendo estas páginas es señal de que me he lanzado, y tal vez a este prólogo siga un libro, de mejor o peor *calidad* (*tú io* tendrás que *juzgar*), *sobre san Ignacio de Loyola*. Por ahora, comparte conmigo las reticencias, las abundantes objeciones que me provocan fatiga sólo de pensaren escribirlo.

La cuestión principal es esta: ¿No está ya todo dicho? Desde todas las perspectivas y puntos de vista imaginables, la vida, obra y pensamiento de Ignacio han sido objeto de innumerables estudios. Desde la ferviente alabanza y desde el odio febril. Desde su autobiografía y la inmediatez de las décadas posteriores a su muerte hasta estos inicios del siglo XXI, que siguen viendo aproximaciones al peregrino de Loyola. Una y otra vez se ha vuelto sobre su figura desde las inquietudes de distintas ¿pocas (y ello comprende enfoques tan peculiares como el análisis de su liderazgo para ejecutivos agresivos de nuestros tiempos). Hay sesudos estudios históricos, ensayos sobre su psicología, tesis innumerables que profundizan en la relación de Ignacio con su época, congresos para estudiar sus escritos, monografías sobre aspectos de su personalidad y su obra, artículos de prestigiosos pensadores que analizan pormenorizadamente la significación del peregrino. Y si se trata de intentar sintetizar todo esto en una obra sugerente que permita aproximarse con fluidez y hondura a la persona, creo que esa síntesis, abundante y literaria, ya la hizo Ignacio Tellechea, bajo el encabezado de *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, con tal sensibilidad y rigor a partes iguales que durante décadas seguirá siendo una obra de referencia.

Ante tal abundancia documental uno ha de preguntarse, con honestidad, para qué (o cómo) volver sobre la figura de Ignacio. Evidentemente no se trata ahora de hacer un trabajo enciclopédico de erudición ignaciana, dedicando arduos esfuerzos a releer «todo» lo escrito y entresacar párrafos en un orden que pretenda ser original. O uno es un verdadero sabio -no es el caso—, o se corre el peligro de terminar haciendo un impecable trabajo de cortar y pegar, en el que lo más digno sería la bibliografía consultada (y, en consecuencia, recomendada). Tampoco

puedo pretender un planteamiento muy especializado. Esto por dos razones. En primer lugar, no creo ser especialista en ninguna de las áreas que permitirían dicho enfoque (historia, psicología, filología, espiritualidad ignaciana...). En segundo lugar, una semblanza -que es de lo que aquí se trata- tiene que evitar el excesivo énfasis en una dimensión si quiere contribuir a un acercamiento comprensivo a la persona presentada.

Hasta aquí todo me conduce, irrevocablemente, al «no». Solucionaría la papeleta con una amable carta a la editorial, la sugerencia de algunos nombres alternativos y la tranquilidad de no tener que afrontar este reto. Sin embargo, hay también motivos para intentarlo.

Evidentemente, como cualquier jesuita, me siento heredero de Ignacio de Loyola, y creo que hoy sigue siendo significativo para nuestro mundo. No soy un apologeta del santo, del que valoro muchas cosas, pero también puedo criticar algunas otras. De hecho, irme encariñando con él ha sido un proceso gradual y sobrio, y conozco gente que manifiesta por Ignacio una devoción mucho más filial y emotiva que la que yo puedo expresar. Honradamente soy de los que en el noviciado me sentía muy conmovido al conocer a una figura como san Francisco de Asís, libre, radical, pobre y sencillo; o san Francisco Javier, apasionado, misionero, afectivo e infatigable. En cambio, no me emocionaba tanto imaginarme a san Ignacio redactando cartas y constituciones desde su cuarto en el centro de Roma, por más que el maestro de novicios tratase de hacerme descubrir la hondura del hombre detrás de los datos. Sólo durante mis años de formación como jesuita he podido ir descubriendo a un personaje complejo, carismático, sugerente a ratos y exasperante en otros, pero en todo caso fascinante. Un hombre cuya historia es

toda una escuela. Una figura que es interesante por lo que transmite, que desborda con mucho su vida. Y un hombre que hoy tiene una sorprendente actualidad.

Me seduce, entonces, la idea de presentar a Ignacio desde una mirada contemporánea. Me parece posible tratar de desplegar su vida desde la sensibilidad de alguien que se pregunta de qué manera la figura del santo puede iluminar las vidas de quienes nos acercamos a él. Resulta un reto intentar presentar a Ignacio a la gente de hoy; a personas inquietas, deseosas de compartir un tiempo con este peregrino, cuyos pasos resuenan aún en los caminos de medio mundo, en los pasos de tantos hombres y mujeres herederos de su espiritualidad, es decir, su forma de descubrir a Dios y su proyecto aquí y ahora. Porque al final de esto se trata con Ignacio. Es, siempre, un personaje que remite al Dios a quien toda su vida está orientada. Y un personaje que nos enseña una forma inquieta y fecunda de estar en el mundo hoy.

Así que decido intentarlo. Por delante se extiende un camino complejo, al tiempo emocionante y aterrador. Hay tantas posibilidades de no llegar a buen puerto que me encomiendo al propio Ignacio antes de zambullirme en este mar. Y, si algún día, en forma de libro, estas páginas llegan a tus manos, entonces lee con benevolencia, sabiendo que sólo quiere ser un medio para acercarte al peregrino {y con él a Dios en este mundo}.

1

La herida

Por el camino avanza, despacio, un grupo de hombres. Dos de ellos sujetan con dificultad una camilla. La fatiga se hace sentir. La lluvia es compañera intermitente, y el barro hace pesada la marcha. En la camilla, tumbado y mal envuelto en una manta yace un hombre. Murmura palabras inconexas que parecen situarle de nuevo en las murallas de Pamplona. «¡Vamos! ¡Muramos con dignidad! ¡Demostremos a los franceses cómo lucha un verdadero soldado!». Por unos instantes parece volver al fragor de la batalla, a la pasión del enfrentamiento, hasta que una sombra cruza su rostro mientras se ve caer por enésima vez. Luego se sume en un silencio febril, mientras sus labios parecen recitar una plegaria, tal vez pidiéndole a Dios que acabe con todo de una vez.

En las ocasiones en que el dolor remite y puede pensar con más sentido, le asaltan sucesivamente la ira, el dolor, el orgullo y la sensación de humillación. No era esta la forma en que se imaginó que regresaría al caserío de Loyola. ¿Qué ha sido de sus esperanzas de volver triunfante? ¿Dónde quedan sus sueños de gloria? ¿Es este el caballero en que había de convertirse? ¿Qué le queda, al fin? Un sollozo pugna por abrirse camino en su interior, pero su orgullo es lo único que le queda, y antes prefiere tragarse las lágrimas que dejar que alguno de los que le

llevan en este triste regreso vea cómo se hunde definitivamente. Aprieta las mandíbulas, y se concentra en el dolor de stt pierna destrozada.

Así avanza Iñigo de Loyola, camino del hogar familiar, de la casa torre que, en el valle de Azpeicia, le vio nacer hace casi 30 años. Nos encontramos en 1521. El hombre que vuelve a casa ha fracasado. No es mejor ni peor que otros muchos. Tal vez en esta época, como todas las épocas, no basta la mejor de las voluntades si no acompaña la suerte, si eres hijo segundón, si tu protector cae en desgracia, si luchas en el bando perdedor, si los sueños son demasiado altos para la realidad que te ha tocado... Todo esto le ha ocurrido a Iñigo en los quince años transcurridos desde que saliera de Loyola.

a oy 6 CJ

El hijo pequeño de la casa de Loyola

Iñigo creció en un hogar donde la madre estaba ausente -doña Marina de Licona murió poco después de nacer él, en 1491- y donde seguramente el padre, don Beltrán Yáñez de Loyola, hombre de su época, excitaría a sus hijos con sueños de gloria y triunfo. Era esa voz paterna, ruda y masculina, poderosa y enérgica, la que se escuchaba en la casa torre, en ese hogar huérfano de madre, contando historias de sus antepasados, de conquistas y hazañas, de caídas y nuevos surgimientos.

De su infancia, ¿qué podemos imaginar? Sabemos que a la muerte de doña Marina habrá que llevar al niño a la cercana casa del herrero, para que sea la mujer de este, María Garín, la que lo críe en los primeros años de vida. ¿Y después? ¿Cómo serán esos primeros años de vida? Un tiempo para los juegos y las primeras lecciones; un constante aprendizaje, en contacto con la naturaleza, en ese valle enmarcado por el poderoso monte Itzarraitz y el río Urola; un hogar ruidoso, poblado con las voces, gritos, risas y peleas de unos hermanos mayores igualmente llenos de optimismo y sueños. La progresiva adquisición del orgullo de un nombre, de una tradición, de unos ancestros heroicos y de una historia compartida.

¿Qué podía esperar el hijo pequeño de una familia noble, pero no exageradamente rica? Ciertamente no podía Íñigo pensar en el señorío de Loyola, que iría sin duda a parar a uno de sus hermanos mayores. De los nueve hijos legítimos del matrimonio (por no hablar de los hijos ilegítimos de don Beltrán), sólo el heredero del señorío tenía el futuro asegurado. Cuando el mayor, Juan, murió luchando contra los franceses por el reino de Nápoles en 1596, el siguiente, Martín García, se convirtió en heredero. Efectivamente, a la muerte de don Beltrán, en 1507, será Martín el nuevo señor de Loyola. Para las tres hijas había que concertar casamientos convenientes. Los varones restantes, Beltrán, Ochoa, Pero e Íñigo, tendrían que labrarse un porvenir en el mundo eclesiástico, en el militar o en el cortesano. Esos tres caminos los emprenderá Íñigo. Y en los tres fracasará antes de retornar a Loyola, herido y fatigado, en 1521.

El camino eclesiástico

En realidad no podemos decir que Íñigo emprendiese este camino. En todo caso otros lo emprendieron por él. Ni siquiera sabríamos que, desde su infancia Íñigo era -al menos en teoría— eclesiástico si no fuese por sus andanzas menos virtuosas. Parece que a los hermanos menores de la casa de Loyola, Pero e Íñigo, se les encaminó a la vida clerical. No es extraño. Era una opción bastante frecuente para los hijos menores de las casas nobles. Ello suponía el acceso a algún puesto más o menos estable y una vida asegurada. Era costumbre en estos siglos encaminar desde la más tierna infancia a los muchachos por esta vía. De hecho, Pero siguió este camino y terminó siendo rector de la iglesia de Azpekieaen 1518. Sin embargo pocos pasos (o ninguno) debió dar Íñigo en esta dirección. La única fuente por la que conocemos el dato son las actas de un juicio de 1515 en el que ambos hermanos, Pero e Íñigo, apelan a su condición clerical para salir bien parados por alguna ofensa en la que, parece, tenían todas las de perder. De Íñigo se dice entonces que nadie le ha visto nunca vestir ni vivir como clérigo, y que ni siquiera estaba tonsurado. Sin embargo su apelación le servirá para lograr una absolución. Parece que el balance de su itinerario clerical antes de 1521 se reduce al uso a conveniencia del título para solucionar un problema. Ciertamente, no parece esa primera incursión en el mundo eclesiástico un indicio de vocación personal y honda.

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que no fuese desde joven un hombre religioso y piadoso. Lo sería, seguramente, como tantos en su época. Con una fe apasionada y una piedad tradicional. Con una devoción perfectamente compatible con el espíritu guerrero y galante de la época. Con un cristianismo que bebía de imágenes

y cuadros, de Cristos y Vírgenes, de misales ricamente ornamentados, de bulas y títulos, de misas y novenas, en una Iglesia omnipresente, dinámica y contradictoria, necesitada de una reforma urgente y una hondura distinta. Pero esto no preocupa, en esa etapa juvenil, al muchacho, interesado en otros campos de batalla.

El camino cortesano

Parece, en cambio, que se adentró con paso firme en los otros dos caminos, el militar y el cortesano. No es sorprendente. En una familia noble, con un apellido que hacer valer, el acceso a las cortes castellanas y el trato con los personajes más encumbrados eran considerados un derecho y una oportunidad a partes iguales. Y es precisamente ese acceso lo que se le posibilita a Íñigo cuando don Juan Velázquez de Cuéllar, un poderoso castellano emparentado con los Licona —la familia de la madre de Ignacio— ofrece a don Beltrán educar a uno de sus hijos en su castillo de Arévato como si fuese un hijo propio. Íñigo será el escogido. En un hogar donde ya había doce hijos (seis varones y seis mujeres), el vástago de Loyola sería tratado como uno más de la familia.

No tenía mucho que perder al dejar por primera vez el hogar, en 1506. Siendo su hermano Martín el heredero del título y la fortuna familiar, Íñigo tenía que trazar su propio camino. Entonces se iba cargado de ilusiones, de energía, con sueños de grandeza bullendo en su cabeza. Se veía triunfando en las cortes, conquistando damas y títulos; se veía ganando honra y riquezas que harían palidecer de envidia a señores y vasallos; se soñaba al lado de reyes, al mando de ejércitos, y escuchaba su nombre cantado

en poemas y gestas. Sin duda son sueños naturales en un adolescente que siente que tiene todo al alcance de la mano: el vigor y apostura de la juventud, la nobleza del nombre, la seguridad de quien nunca se ha estrellado...

El mundo cortesano era, sin duda, mucho más atractivo que la vía clerical. En el nuevo Estado que va surgiendo bajo la mano firme de Fernando el Católico un muchacho puede soñar con llegar alto si juega bien sus cartas. Juan Veiázquez de Cuéliar, mayordomo de la reina Isabel y Contador mayor de Castilla era un hombre poderoso y rico, y gozaba de la confianza del rey. Su esposa, María de Velasco, fue durante un tiempo gran amiga de doña Germana de Foix, la segunda mujer del rey. Su casa se convierte para Ignacio en la puerra por la que sale del cerrado valle de Loyola y entra en el ancho mundo, vertiginoso y vibrante, de la Europa renacentista.

El refinamiento y el lujo de un palacio real son muy superiores a la comodidad de la casa familiar en Loyola. Se acostumbra el joven Iñigo a vivir entre tapices y alhajas, imágenes y joyas, vajillas de plata, sábanas de Holanda, etiqueta cortesana y sirvientes siempre prestos a atender a los señores.

Allí se forma como cortesano y como soldado. Con otros compañeros, como los hijos de Veiázquez de Cuéliar, o Alonso de Montalvo, paje como él y amigo querido en estos años de descubrimientos y maduración, aprende las artes militares y se prepara para ocupar puestos administrativos. Se acostumbra al lenguaje cortés y diplomático. Se forma en retórica, poética y música. Adquiere una delicada caligrafía que le servirá siempre, también cuando, décadas después, escriba, infatigable, cartas que habrán de llegar a cada rincón del mundo. Aprende en estos años a cabalgar y a manejar armas para la caza y para la lucha.

En Arévalo transcurren su adolescencia y primera juventud. Poco sabemos de él en esta etapa. Posiblemente Ignacio habló con cierto detalle de ella al narrar su autobiografía, muchos años después, al Padre Cámara. Pero todo lo referente al período anterior a su conversión ha quedado reducido a una línea, dicen las crónicas que por mandato de san Francisco de Borja, tercer General de los jesuitas, que no estaba muy conforme con que el mundo conociese la parte menos piadosa de la vida del fundador. Esa solitaria línea («Hasta los veintiséis años de edad fue un hombre dado a las vanidades del mundo») abre la puerta a las especulaciones... ¿Qué podemos imaginar? Pues amoríos primeros, sueños de gloria y poder, episodios violentos, competencia entre iguales para alcanzar visibilidad y aprecio. De hecho, *es en* 1515 cuando tanto Iñigo como su hermano Pero son juzgados, en Azpeicia, por un delito serio que no conocemos, y se libran alegando la inmunidad clerical. Se va perfilando ante nosotros un joven impulsivo, vital, enérgico y dispuesto a jugar bien sus bazas, una y otra vez.

¿Qué ideales llenarían su corazón y su cabeza? ¿Los de la caballería, con su exaltado orgullo y su mundo de hazañas y honores? ¿Los discursos humanistas que comienzan a provocar a los pensadores de la época? ¿Los relatos aventureros, con noticias, aún vagas, de tierras lejanas recién descubiertas y lugares exóticos colmados de riquezas? Es muy posible que una mezcla de todo esto vaya llenando la cabeza del joven al tiempo que crece, vive, ama, lucha, ríe y sueña.

Allá transcurren los años, entre torneos y banquetes, entre lecciones y acontecimientos. De vez en cuando la corte viene a Arévalo. Otras veces es la familia la que se desplaza a Burgos o a Sevilla, a Valladolid o a Toledo,

siguiendo al rey. Tal vez de lejos ve Ignacio a personajes encumbrados en su época: al rey Fernando «el Católico», a su segunda mujer, doña Germana de Foix, a Juana, la reina loca, encerrada en Tordesillas o a su hija, la hermosa infanta Cataína; todas ellas son presencias que hacen que el muchacho se sienta importante, poderoso, fuerte, ambicioso y capaz...

Sin embargo este período cortesano terminará peor de lo esperado. Nada hacía presagiar, en los primeros años felices de Íñigo en Arévalo, que su protector, el poderoso Velázquez de Cuéilar, caería en desgracia. Y, a pesar de todo, así fue. En los primeros años de reinado de Carlos I, el joven monarca, ignorante de las tradiciones castellanas, quiso imponer algunas medidas chocantes. Entre ellas convertir a Germana de Foix, la viuda de su abuelo, en señora de Arévalo. La oposición de Velázquez de Cuéilar a la medida, contraria a los antiguos privilegios teales de la villa, que no se debía desvincular de la corona, le lleva a perder, en 1516, el favor del monarca y su posición en la corte. Morirá en agosto de 1517, gastado y fracasado.

El camino cortesano parece, de momento, complicarse para Ignacio. Y si es un camino tan fugaz, tan efímero y volátil, donde hoy eres señor y mañana no eres nadie, tal vez no merezca la pena seguir labrándose un futuro en él. Si un hombre honrado y noble, como don Juan, puede perder el favor de los reyes por permanecer fiel a lo que cree justo y legítimo frente a decisiones caprichosas de los monarcas, y con ello se desmorona lo que ha construido en toda una vida, ¿no es este un camino demasiado arbitrario? ¿Merece la pena seguir peleando por un puesto, un nombramiento, un lugar en la corte? Algo semejante debe impulsar a Íñigo para inclinarse, en este momento, por la vía militar. O tal vez no le quedó otro remedio. Sin

valedor, sin influencias suficientes, sin haber tenido aún tiempo para demostrar su capacidad, veía cerrarse ante sí las puertas de la administración del Reino.

Sin embargo el tropiezo no resulta tan trágico. Entre las últimas disposiciones de su protector está recomendar a Iñigo al duque de Nájera para que lo acoja como parte de su Casa. No parece mal arreglo para el joven, que con veinticinco años de edad, y pasado el tiempo de preparación, necesita ejercitar lo aprendido y avanzar, con paso firme, en el mundo.

El camino militar

En 1517 Iñigo se aleja definitivamente de Arévalo y se dirige a Pamplona para encontrar a don Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera y virrey de Navarra. Allí pasa a formar parte de la casa del duque, lo que le permitirá irse adentrando en el camino militar, en un tiempo de agitación y luchas que va a exigir, sin duda, buenos soldados y hombres bien preparados.

Navarra es en este momento un reino por el que los monarcas franceses y los españoles llevan años luchando, en pleno proceso de consolidación de sus nuevos estados. Y un reino además dividido por luchas intestinas entre clanes adictos a la corona castellana (beamonteses), y clanes opuestos a ella (agramonteses). En 1517 Navarra es parte del teino de Castilla, pero una parte no consolidada y constantemente amenazada con revueltas internas o con invasiones externas. Se trata sin duda, como Ñapóles o Milán, de una pieza importante en el gran tablero de juego en que se va perfilando la política europea al inicio del siglo XVI. A su capital, Pamplona, llega Iñigo a finales

de 1517, dispuesto a participar en la apasionante partida diplomática y militar que está teniendo lugar.

Dos episodios particulares conocemos de esta etapa, y nos permiten vislumbrar en qué se iba convirtiendo el joven Iñigo, que llega a la casa del duque ávido de gloria, de mundo y de vivir con intensidad. Esos episodios nos hablan de un joven orgulloso y pasional.

Descubrimos al joven orgulloso cuando, poco después de su llegada, es atacado por un grupo de hombres en las calles de Pamplona. ¿Por qué le atacaron? ¿Tal vez los agresores pertenecían a un bando rival en las luchas de clanes que enemistaban a las familias más poderosas de Navarra? ¿Tal vez estaban molestos con algún rasgo o actitud del recién llegado? El caso es que tratan de avasallarlo. La reacción de Iñigo no es pusilánime. Saca la espada y los pone en fuga. Ciertamente no es este un hombre dispuesto a dejarse amedrentar. Está antes preparado para la lucha que para la rendición.

Lo pasional asoma en su solicitud de permiso de armas, presentada al rey en 1518- El motivo era que sentía su vida amenazada. Y la causa de dicha amenaza no era otra que un lío de faldas. La enemistad de un criado, un cierto Francisco de Oya, desde los tiempos de Arévalo y presumiblemente por causa de una mujer, termina llevando a Iñigo a solicitar del rey el permiso de portar armas para defenderse, temiendo que e! tal Francisco decida zanjar el asunto a la brava. El permiso le será concedido en 1519 y prorrogado al año siguiente. En esre episodio percibimos al joven galante, en cierto grado mujeriego y de nuevo preparado para la pendencia.

¿Arrógame o simple hijo de su época? ¿Bravo o penderciero? ¿Digno o vanidoso? ¿Orgulloso o insensato? Tal vez

todas esas semillas están puestas en el hombre, esperando a ver qué germina y qué se lleva el viento.

La vida militar pasa, por fin, del ejercicio a la realidad. En el contexto conflictivo de la llegada de Carlos I al trono de España surgen focos de resistencia e incomodidad por la influencia excesiva de los flamencos llegados con el nuevo rey. La más conocida de estas revueltas será la de los comuneros, en Castilla, aplastada el 23 de abril de 1521 en Villalar, en las cercanías de Valiadolid. A su sombra, y aprovechando el alboroto, surgen otros muchos focos de descontento y violencia. También el rey Francisco I de Francia decide plantar cara al monarca español, y para ello encuentra en Navarra el escenario perfecto, secundando al príncipe Enrique Albret, aspirante al trono de este reino.

Se habla de una guerra inminente. No cesan los movimientos de soldados. Parece llegar al fin la hora soñada por Íñigo. Hasta ahora todo lo que ha hecho es ejercitarse. Cazando o participando en torneos ha aprendido a utilizar las armas, pero siempre en escenarios ociosos, fáciles, inútiles. Si ha peleado ha sido en tugurios o reyeratas puntuales, con maleantes o nobles tan aburridos como él. Siempre por motivos fútiles, desvanecidos ya. Es ahora el tiempo de luchar de verdad. Con el virrey. Por el rey. Contra Francia. Es ahora el momento de mostrar verdadero valor, de dar nuevo brillo al nombre de Loyola. Es la guerra la que hace héroes y labra futuros. Íñigo ve llegar su momento. Se desvela. Se agita mientras las noticias van llegando.

Se multiplican los focos de conflicto. Los campesinos de varias villas riojanas, contagiados de la inquietud comunera que había prendido en Castilla en ese verano,

se han alzado contra sus señores. Entre ellos los habitantes de Nájera se han levantado contra el duque. Este avanza hasta la villa con dos mil hombres, entre ellos Íñigo. Combaten con arrojo y recuperan la ciudad, que saquean sin piedad, aunque Íñigo no toma parte en el saqueo. Parece considerar que el guerrero sólo combate por la nobleza, por la causa que defiende, y no por el botín. Este enfrentamiento, el 18 de septiembre de 1520, le pone por primera vez frente a la guerra, la violencia, la muerte y el triunfo. Y alimenta su heroísmo, su hambre de lucha y victoria, su impaciencia.

Tiene lugar entonces un episodio en el que no llega la sangre al río. También a la sombra de la rebelión comuna, parece inminente un conflicto bélico entre las villas guipuzcoanas. De enero a abril de 1521, durante meses frenéticos, y ante la perspectiva de una guerra civil destructiva, el virrey busca la paz, negociando con la ayuda de sus más fieles hombres, entre ellos íñigo. Finalmente, el 12 de abril consiguen una resolución pacífica del conflicto entre las villas guipuzcoanas. ¿Se descubrió aquí Íñigo como un diplomático, negociador y hábil? Ciertamente en el futuro lo será. Probablemente su formación cortesana le ha preparado para dialogar, convencer, con firmeza o con seducción, a interlocutores poco dispuestos. Esta prueba parece superada, y un nuevo incendio apagado.

Sin embargo, la chispa está prendida. Sólo está por ver cuándo estallará el verdadero conflicto, el de Navarra. Llegan rumores de la frontera. Se habla de un ejército de franceses, de alemanes, de una invasión inminente que finalmente se produce el 12 de mayo de 1521. Los invasores avanzan ocupando sin resistencia las localidades importantes que encuentran en el camino. En pocos días llegan a los alrededores de Pamplona. Es un ejército que

reúne a franceses y alemanes, navarros y vascos fieles a Enrique. La ciudad no está preparada para una resistencia larga. El duque se marcha a Segovia y envía a Iñigo a Guipúzcoa a buscar ayuda. En la ciudad quedan milicianos y pocos soldados. Cuando Iñigo regresa, junto con su hermano Martín y las tropas de refuerzo, se encuentran una ciudad asustada, poco dispuesta a luchar, y mucho más proclive a entregarse que a oponer resistencia. Martín se indigna ante ese derrotismo y se va. Iñigo se niega. Entra en la ciudad, y con sus tropas se une a los pocos defensores atrinchetados en la ciudadela, un fortín en el interior de Pamplona.

Podemos imaginar las razones de su persistencia. Era fácil para Martín marchar. Volver a su casa, a su señorío, a su esposa, a su vida. Después de todo, tiene mucho que perder como para arriesgarlo si la causa se ve muy difícil. Pero para Iñigo esto es su vida. No tiene tanto que perder, y en todo caso la huida sería la verdadera pérdida para él. ¿Va a escapar, renunciando a la lucha, después de tantos años de preparación? ¿Es esta la antesala de un nuevo fracaso? ¿Qué le queda, si se aleja ahora de Pamplona? ¿Va a naufragar también en el campo militar? El orgullo y el honor hablan más alto en sus oídos que el sentido común y la prudencia. El cálculo se rinde ante el empuje de la pasión. «Habrá otras ocasiones para luchar», repiten los ciudadanos. «Es necedad el pelear ante tal desproporción», insiste Herrera, el comandante de las tropas de la ciudadela. Iñigo no puede aceptarlo. No quiere. Tal vez no sabe.

La ciudad se entrega sin pelear. Sólo permanecen firmes, por el momento, los soldados de la ciudadela. Parlamentan con el enemigo. Los franceses quieren la rendición. Herrera está dispuesto a negociar una capitulación

honrosa. Sólo Íñigo argumenta en contra. Es tan persuasivo, tan convincente, tan apasionado en su discurso que los oficiales y el propio gobernador, antes decididos a entregarse, se ven espoleados a luchar y a continuar resistiendo, encerrados en la ciudadela, por orgullo, por fidelidad a su causa y lealtad a su rey.

Se encomiendan a Dios, cada quien con las palabras que le brotan del alma. La lucha comienza. Es el 20 de mayo de 1521. Pese a la evidencia, la lógica y el número, la defensa resiste. Unos pocos hombres, en una fortaleza no excesivamente sólida, aguantan el tipo ante el empuje de 12.000 soldados, bajo un persistente fuego de bombardas. Íñigo lucha. Le va la vida en ello. Grita, anima, ataca, se detiene para tomar impulso, vuelve a la carga...

Entonces siente un golpe brutal. Al principio ni siquiera se da cuenta del dolor. Sólo mira hacia abajo y ve sangre, y siente que las piernas no le sostienen, y mientras pierde pie y se precipita hacia el suelo, rodeado de humo y alaridos, piensa que al menos le queda esta muerte, esta despedida, este final glorioso digno de su casa y de su nombre.

Una bala de cañón, pasando a través de la almena, ha destrozado su rodilla y le ha causado también daño en la otra pierna. Para él la batalla ha acabado. La fortaleza aún resistirá, pero poco, hasta que la artillería pesada de los franceses termine derribando los muros. La derrota es absoluta. Dentro se amontonan cadáveres y heridos en un horrendo cuadro, como siempre ocurre cuando vence la sangre, cuando el hombre lucha con el hombre, cuando la guerra se convierte en el grito salvaje que sirve a unos pocos para alcanzar sus fines.

Tras la rendición vienen las negociaciones. La celebración de los triunfadores, ebrios de victoria. La entrega de los vencidos que se mantienen en pie. Las primeras curas

para los que aún tienen esperanza. Las oraciones para el resto.

Íñigo no ha muerto. Mal que le pese, son las piernas lo que se le ha quebrado. Tal vez han muerto sus sueños y su orgullo. Yace en el suelo de la fortaleza, herido el cuerpo y perdido el ánimo. Ni muerte ni gloria. Sólo derrota. Es un mal balance para el soñador y una dura lección para el hombre.

Sí ha ganado el respeto de sus enemigos, que reconocen en él a un rival digno, a un luchador que ha demostrado valor y energía. Durante unos días le atienden, le tratan los médicos, le visitan amigos y rivales. El herido mantiene el tipo. Sufrir en silencio, y únicamente cuando se queda solo una nube de desesperanza y tristeza parece abatirse sobre él. ¿Qué ha hecho en la vida? Nada. ¿Qué ha conseguido? Nada. ¿Qué le queda, tras largos años queriendo labrarse una vida en este mundo? Tan sólo buenas palabras y palmadas en la espalda. Tan sólo elogios compasivos, que son tan hirientes como puñales para quien aspira a ser admirado, no compadecido. ¿Qué ha hecho mal? Nada. A ratos reza, pero mecánicamente. Dios está demasiado lejos de sus inquietudes y los espacios en que su vida se desenvuelve.

Cuando el dolor remite y parece fuera de peligro se decide que vuelva a Loyola. Allí, en su tierra, con su familia, podrá restablecerse despacio. Íñigo duda, pero es la suya una duda vencida de antemano. En realidad no tiene otro sitio adonde ir. Dos hombres preparan una camilla con palos y telas. En ella recogen a Íñigo. Abandonan Pamplona, y el menor de los Loyola siente, al dejar atrás la ciudad, que no le queda nada.

El «mejor» santo del mundo

Es de noche. Hace frío en Montserrat. Hace ya tiempo que casi todos los peregrinos se han ido a acostar. Un caballero, noblemente vestido, se acerca a la Iglesia. Lleva en la mano derecha una espada envainada. Una daga cuelga de su cinto, y su mano izquierda sostiene con dificultad un trozo de tela arrugada y un largo bastón con una calabaza. Su andar es lento, casi solemne, y se advierte en su modo de caminar una leve cojera. Algo llama su atención y distrae su camino. Se aleja del pórtico de la Iglesia para acercarse a una pared desde la que ha creído oír una voz. Al aproximarse, distingue, entre las sombras, a un hombre sentado. Se trata, sin duda, de un pordiosero. Uno de tantos, que malviven en las cercanías del monasterio, recitando su letanía mecánicamente, hasta en la quietud de la noche: «Una limosna para este hombre, por caridad cristiana». El caballero se detiene ante el mendigo. Se hace silencio. El pobre espera. El gentilhombre piensa. Esta es, sin duda, una señal de Dios que bendice sus propósitos.

Deja en el suelo las armas y objetos que porta. Lentamente comienza a desvestirse. El mendigo le mira, con una mezcla de temor, sorpresa e incredulidad. Despojados de sus vestiduras, en la noche gélida, el hombre queda, por un momento, desnudo. Entonces se inclina y recoge la tela. Es un traje burdo, un hábito de arpillera que

se pone con calma, y que se ciñe con un cinturón de cáñamo. Recoge las hermosas ropas de gentilhombre y se acerca al indigente, que permanece mudo. Las deposita con cuidado, casi con reverencia, ante él. ¿a mirada suspicaz que percibe le incita a hablar, casi en un susurro: «Tómalas. Son tuyas». El pobre hombre parece vacilar, acostumbrado a limosnas bastante más escasas. Entonces el caballero agarra de nuevo los ropajes y los deposita en los brazos del pordiosero. Este aprieta contra su pecho un regalo tan inesperada, murmura apresuradamente: «Dios te bendiga», y se escabulle entre las sombras.

Con su nuevo hábito de peregrino, el hombre recoge las armas y el bastón y se encamina hacia el templo. Entra en la Iglesia. Está vacía a estas horas de la noche. Sólo el altar mayor y la imagen de la Virgen morena permanecen iluminados por lámparas.

El peregrino se detiene frente a la imagen. Su mirada se clava en ella. Se arrodilla y permanece de hinojos, con los brazos caídos a los lados del tronco... De vez en cuando suspira. Pasa largos ratos sumido en una meditación profunda, inmóvil, como una estatua de carne que hiciere compañía a la pequeña virgen negra. En ocasiones se agita, se levanta y camina de un lado a otro, cojeando ligeramente, para retornar pronto a su posición inicial. En algún momento rompe a llorar. Es el suyo un llanto silencioso y conmovido. Si alguien le viese en este momento no sabría si esas lágrimas hablan de dolor o de alegría, de culpa o de gratitud. Tal vez tienen un poco de todo.

Muy de noche le saca de su recogimiento el canto de maitines de los monjes benedictinos. Durante largos minutos se deja envolver por la música de los salmos que llenan la basílica en oración litúrgica, rompiendo la noche. Después, de nuevo el silencio.

Han pasado varias horas. El hombre se agacha y toma del suelo la espada y la daga. Se acerca despacio a la reja de la capilla de la Virgen, y cuelga de sus barrotes las dos armas. Su paso tiene algo de ceremonial, de danza, de liturgia. Allá quedan, junto con velas y exvotos, con recuerdos y símbolos que tantos creyentes van depositando, día a día, a las pies de la madre, para rezar por los suyos, para implorar favores o agradecer bendiciones. Da dos pasos hacia atrás y de nuevo se arrodilla. Con estas armas está dejando atrás su pasado. En su lugar queda sólo el bastón de caminante, sobre el que posa su mano derecha mientras agacha la cabeza. Le parece un gesto expresivo, un símbolo pleno, una silenciosa declaración de intenciones y una promesa.

La noche va muriendo y comienza el movimiento en el monasterio. La iglesia se llena de monjes y gente que comienza la jornada con misa temprana. Al fin el peregrino se levanta, musita una última oración y con la primera luz del amanecer emprende la marcha. Iñigo de Loyola, convertido en peregrino, siente su corazón cantar cuando avanza, plétórico, hacia Barcelona, hacia Jerusalén, hacia una vida y un futuro que hoy le parecen majestuosos-

Estamos en la mañana del 25 de marzo de 1522. ¿Qué ha pasado en el transcurso de estos diez meses? ¿Qué ha llevado al hombre al que dejábamos camino de Loyola, moribundo y abatido, a convertirse en un peregrino lleno de fervor religioso? ¿Qué extraño proceso ha transformado al caballero vencido en caminante devoto? ¿Adonde va? ¿Qué busca? ¿Por qué?

La cura

La llegada de Iñigo a la casa solariega debió de ser muy triste. Allá estaban su hermano Martín y su esposa, doña Magdalena de Araoz, dispuestos a cuidarle, a atenderle, a consolarle. Pero, ¿cómo animar a quien se ha estrellado? ¿Qué perspectivas u horizontes pueden ilusionar a quien se ha visto derrotado en lo que, hasta el momento, eran sus metas?

La herida de la rodilla es terrible, y las primeras curas recibidas en Pamplona no dejan de ser una solución provisional. Los huesos de la pierna no están bien soldados, ya sea porque no se han tratado bien, o por la precariedad del transporte en camilla. Martín llama a los mejores médicos y cirujanos que puede encontrar. Se decide descoyuntarle los huesos para dejarlos soldarse en la posición correcta. A Iñigo sólo le queda su orgullo, y a él se aferra para pasar esta prueba. No grita. No llora. No se lamenta. Se agarra con fiereza a su hombría, a su valor, a su imagen. Cualquiera cosa con tal de no desmoronarse.

Sin embargo su salud está quebrada. El dolor físico le tiene destrozado. No puede comer y va debilitándose. Hasta tal punto es así, que los médicos, visto que no pueden mantenerle en este mundo, recomiendan que se prepare para el otro. Iñigo se confiesa y comulga. Pero no está derrotado todavía. No quiere morir. Aún tiene mucho que hacer, mucho que conseguir, mucho que luchar. Se resiste a rendirse. Los médicos señalan que la situación es crítica. Iñigo reza. Como siempre lo ha hecho. Rezar, encomendarse a Dios, es parte de su vida. En la víspera de san Pedro, se dirige a este santo, a quien siempre ha tenido una devoción particular. Pide, ofrece, promete. En la estancia vecina hacen otro tanto sus parientes, se ora

también en los caseríos cercanos y en las iglesias próximas se dicen misas por la salud del hermano menor de don Martín.

El enfermo parece superar la etapa crítica. La fiebre cede. Vuelve el apetito y comienza un lento restablecimiento. Esta mejora devuelve el optimismo y la esperanza al joven. Aún no está vencido. Si ha tenido sueños antes, ¿por qué no seguir teniéndolos ahora? Después de todo, no ha perdido tanto. Simplemente las primeras batallas, las primeras escaramuzas. De esto tendrá que aprender. Se empieza a sentir fuerte, brillante, enérgico de nuevo. Ya habla con Martín sobre el futuro, sobre volver a ver al duque, que ha de estarle muy agradecido, sobre la corte... Ya sueña con mujeres, con damas de alta alcurnia que han de caer rendidas ante el héroe de guerra. ¿Qué más da la derrota? Se ha enfrentado, con otros pocos, a un ejército enorme. ¿No pesa más la fidelidad que el fracaso? El corazón del joven Loyola vuelve a latir con fuerza, al menos a ratos. Porque en otros momentos la zozobra y la amargura parecen tener más peso y le dejan sumido en pensamientos sombríos y tristes.

Entonces llega el golpe. Al ir cicatrizando la pierna y al quitar los vendajes que la cubren, se percatan de que por debajo de la rodilla ha quedado un bulto, un hueso levantado que sobresale, como una protuberancia fuera de lugar. El cortesano se siente incapaz de aguantar la deformidad. Se ve grotesco. Se siente deformado y no consigue apartar de su mente esa pierna herida. Todos sus pensamientos van a parar, una y otra vez, a la fealdad de ese bulto incómodo y maldito. ¿Cómo va a luchar, a danzar, a cortejar o a pavonearse en las cortes el caballero? ¿Quién va a querer a un hombre así? Íñigo habla con los médicos. Exige que arreglen el desaguizado. «La única posibilidad

es cortar ese trozo de hueso, y es una operación atroz», le dicen, tratando de desanimarlo. «Pues cortadlo ahora mismo», responde impávido. De nada sirven los ruegos de su hermano y su cuñada, espantados ante la carnicería que se dispone a sufrir. De nada sirven los consejos de los médicos, que le sugieren que, tal vez, con el tiempo, el bulto vaya cediendo. Iñigo es obstinado. Insiste. Amenaza. Suplica. Finalmente convence a médicos y familiares de que es su voluntad la que ha de cumplirse, pues se trata de su pierna y de su vida. La operación es extremadamente dolorosa. Iñigo se somete voluntariamente. Aprieta los dientes y muerde un palo, mientras sus manos agarran con desesperación las sábanas. Magdalena sostiene su cabeza. Martín no es capaz de asistir, y pasea, nervioso, por la habitación vecina.

De nuevo asoma el hombre fuerte y terco, el guerrero orgulloso que prefiere aguantar sin proferir un grito, sin quejarse. El caballero cuya vanidad le hace resistir el dolor más agudo. Cuando termina la cirugía reposa en su lecho, exhausto.

Pasarán meses antes de que pueda levantarse y apoyarse en la pierna. Durante esos meses tendrá que someterse a tratamientos diversos para que la pierna no le quede encojida y más corta que la otra. Pesados armazones metálicos tiran de su extremidad y extraños ungüentos sirven para calmar el dolor...

Al cabo de unos días el joven se siente mejor. Sin embargo la convalecencia promete ser larga. Las horas en el cuarto alto de la casa torre pasan despacio. Fuera de las visitas de los suyos, cada vez más espaciadas, poco puede hacer. La inactividad le exaspera. Pide libros a su cuñada. Un poco de lectura le ayudará a matar las horas. Quiere novelas de caballerías; relatos que le permitan mantener

vivos los deseos que, en esta hora de enfermedad, le dan fuerzas para seguir luchando. Doña Magdalena no tiene ese tipo de libros en la casa. Los libros son un lujo escaso en el medio rural, también en las casas de los nobles. La mujer, cristiana fervorosa, sólo dispone de la *Vita Chnsti*, un libro de meditación sobre la vida de Jesucristo de Ludolph de Sajonia, y el *Flos Sanctorum*, un libro de devoción con relatos de las vidas de los santos. Ante la falta de alternativas, Iñigo recibe ambas obras con una mezcla de displicencia y resignación.

Tiene 30 años, una larga recuperación por delante; todos sus proyectos -hasta el momento— se han venido abajo; ha tenido que volver a casa, como si fuese un muchacho; depende de sus parientes; no puede moverse y aunque pudiese, no tiene adónde ir; no hay nada digno de leer, más allá de unos libros religiosos que, honradamente, no le interesan demasiado. Hasta en el siglo XV! el panorama es desolador.

La convalecencia

Aunque las primeras páginas las recorre con desgana, poco a poco le va capturando el contenido de lo que lee. Al principio las palabras le dicen poco. Pero al paso de los días algo cambia. Descubre un Jesús, un Cristo, que le parece más heroico que sus héroes anteriores, más honrado que todo lo que hasta ahora ha valorado; un Dios que, como hombre, le parece valiente, generoso, fuerte..., y, como Dios, le parece más cercano de lo que antes había intuido.

Nunca la religión ha sido para Iñigo algo que le entu-

siasmara. No es que no le diese importancia. Es, más bien, una dimensión de la vida que tiene asumida, que siempre le ha acompañado. Es, como para todos sus coetáneos, algo tan inmediato y natural como alimentarse, como crecer, como vivir. En su mundo se lucha y se corteja, se ama y se reza, se pelea, se peca, se reconoce el pecado, se admira a los hombres valientes, se idealiza a las mujeres hermosas y se venera a Dios. Todo es parte de una misma dinámica con la que uno se familiariza prácticamente desde la cuna. Sin embargo, ahora ñigo siente una mezcla de curiosidad, sorpresa y fascinación ante una aproximación a lo religioso que le supone un descubrimiento. A medida que pasan los días, se adentra con avidez en la vida de santo Domingo, de san Francisco... Nunca hasta este momento había pensado en la sanridad como una posibilidad.

El carácter inquieto de ñigo no le permite pasar por la vida a medias. Allá donde toca la realidad lo hace zambulléndose de cabeza, dejándose inundar de imágenes, de palabras, de ideas. Es como una esponja que absorbe lo que ve. En la corte se empapó de ceremonial y educación, de ligereza y vanidad; en aquellos tiempos de Arévalo y en el contacto con los poderosos comprendió muy bien el significado de la autotidad y el poder. Del mundo militar asimiló la disciplina, el arrojo, el afán de conquista, el orgullo, la agresividad y la fidelidad que eran requisito indispensable para poder combatir. Ahora, casi sin darse cuenta, se ve sumergido en un universo nuevo que le cautiva, de alguna manera le posee y le lleva lejos. Ese Cristo recién descubierto tiene algo que le atrae... Pero son sobre todo los santos los que cautivan al soñador, que vibra con sus vidas; héroes con un proyecto increíble, personajes geniales que combinan, en la mente de ñigo, la bravura

y la bondad, el heroísmo y la capacidad de sacrificio, la grandeza y la humildad. ¡Qué admiración suscitan en las gentes! ¡Qué ecos! Se imagina a sí mismo emulando a los más grandes hijos de la Iglesia. Se siente capaz. Se representa santo. Y ese ensueño le llena de alegría.

No pensemos que el joven que convalece ha olvidado todos sus proyectos anteriores. Los días del enfermo son largos. Tiene tiempo para leer y abstraerse en ideales piadosos, pero también tiene múltiples ocasiones para volver los ojos a la vida que conoce y que anhela recuperar cuanto antes. A veces, olvidando su dolor, su pierna herida, su situación actual, se ve en un futuro resplandeciente. Se siente soldado al mando de ejércitos, victorioso en la corte. Se imagina cautivando a la más alta, la más encumbrada dama del reino, por cuyo favor se ve capaz de atravesar mares. La rinde en sus brazos, la colma de atenciones. Se vislumbra envidiado, adulado, aplaudido, triunfante al fin. Y ese ensueño también le llena de alegría.

¿A quién no le ha ocurrido algo semejante? Llenamos nuestra cabeza de proyectos. Empezamos a hacer planes. A menudo ocurre de noche, cuando uno deja vagar la imaginación. Te sientes capaz de vencer las dificultades. Te imaginas manteniendo conversaciones imposibles. Pronuncias cada palabra e intuyes las respuestas. Te percibes lleno de energía, solucionas los problemas, haces propósitos geniales para mañana. Todo va a estar bien, te dices. Y te duermes satisfecho, pletórico, optimista. Con la luz del día la realidad se impone. Te parece ridículo lo que la noche anterior veías sublime. Ves las lagunas y carencias de planes que la víspera juzgabas perfectos. Comprendes que fas palabras que ayer creías fáciles hoy te resultan imposibles. Y te queda un regusto amargo o tristón por todo lo que no podrá ser.

Eso le empieza a ocurrir a Iñigo con estos ideales de grandeza en la corte y el mundo. Cuando los piensa se entretiene, divaga, fantasea, ríe. Los comparte con Martín, que se alegra viéndole tan entusiasmado. Los grita en voz alta. Dibuja en su mente escenarios grandiosos y se reserva el papel principal. Él es el galán, gallardo, gentil, exitoso, que una y otra vez conquista a la dama, el poder, la riqueza y el aplauso. Pero cuando cae el telón, o cuando Martín se marcha, o cuando advierte de nuevo su estado de postración y se impone la evidencia de lo que ha sido su vida hasta el momento, entonces todo aparece grisáceo y triste. La ilusión se esfuma y el brillo de sus ojos se apaga mientras se sume en la indolencia.

La emoción religiosa, en cambio, no se desvanece tan rápidamente. También en esos casos Iñigo piensa en voz alta, reza con palabras llenas de respeto y devoción, dirigiéndose a Dios, a María, a esos santos que parecen convertirse en referencia para su camino. Habla de todo eso con Martín y con Magdalena, que, viéndole tan dichoso se dan por satisfechos. Se ve ermitaño, apóstol, predicador, monje. Se adivina consolando a hombres tristes, pacificando lugares divididos y sanando cuerpos heridos. Se imagina caminando a Jerusalén, alimentándose pobremente. Un peregrino austero, viviendo a la intemperie, confiado en manos de Dios. La alegría que le producen estos pensamientos no se disipa tan fácilmente. No le sucede, con estas imágenes, que pase de la euforia al desánimo. Tampoco ve imposibles los proyectos cuando los examina más despacio. Le dejan contento. Los empieza a creer posibles. Le producen paz.

Iñigo siempre ha vivido rápido. De un lado a otro, buscando fuera lo que diese sentido a su vida. La necesidad de

hacerse un nombre y de labrarse un destino le ha tenido en constante movimiento, atento a las posibilidades, esperando que se diesen las condiciones para alcanzar una posición, una oportunidad, un reconocimiento, un título... Es ahora, cuando tiene todo el tiempo del mundo y ninguna posibilidad de acelerar su sanación cuando, quizá por primera vez, mira hacia dentro. Se da cuenta de que no es sólo el mundo exterior un escenario donde acontecen drama y tragedia, triunfos y derrotas. También dentro de sí hay vida, humores cambiantes, ideas que le vienen sin saber muy bien de dónde, emociones que le transforman... Íñigo se vuelve hacia dentro. Y comienza a intuir que Dios no habla sólo con las cosas que pasan fuera, sino también con las que acontecen en el interior de cada uno. A veces se siente confundido por sus estados de ánimo cambiantes. Se da cuenta de que sus aspiraciones de triunfo en el mundo y sus ideales de santidad son contradictorios. Y se pregunta, perplejo, cómo puede ser que esté tan confuso, que desee con tanta pasión alcanzar dos metas tan diferentes. Se desespera al no encontrar la respuesta. Y así se le van las semanas, recobrando lentamente las fuerzas, sacudido por esos deseos opuestos que se suceden tercamente.

Una tarde, cuando está sentado meditando sobre estos humores volubles, desesperado por no entender qué le ocurre, todo parece encajar de golpe. ¿Por qué unos sueños le dejan contento por largo tiempo, mientras otros se convierten, de la noche a la mañana, en pesadilla? «Dios me está hablando», se dice. Al principio se asusta de su temeridad. Tiene miedo de decirlo en voz alta. Pero lo siente con absoluta certeza. Es Dios el que pone en su corazón el propósito de seguirle, de hacer el bien... y en cambio no es de Dios toda esa otra vanidad que al final le deja vacío. Las cosas de Dios duran de otro modo, per-

manecen, te llenan de consuelo. El resto es artificio, una quimera engañosa, un espejismo, un mal espíritu burlón y tramposo. Esta comprensión le deja extrañamente sereno. Contento. Tranquilo. Mira a lo lejos, por la ventana. Y se recoge en una oración silenciosa, con el sentimiento de quien ha descubierto un mundo.

A partir de este momento le gana la alegría; parece triunfar, en los sueños de ñigo, el deseo de imitar a los santos. A la luz de esos nuevos ideales revisa cómo ka transcurrido su existencia hasta ahora y siente vergüenza y pesar. La vida cortesana con sus intrigas y engreimientos le resulta ahora fugaz y vana. El servicio de las armas le parece de pronto grosero y excesivo.

Ñigo es un hombre de extremos. Ahora que ha intuido un nuevo horizonte aparta todo lo demás. Ya tiene un cometido, una meta. Y se entrega absolutamente a ello. Poco a poco va tomando forma un proyecto que se convierte en certeza: irá a Jerusalén haciendo penitencia por su vida anterior. Nada hay ahora más importante para él. Se ve ya caminante en tierras lejanas. Su mente viaja. Su corazón canta.

La transformación que se ha obrado en él tiene desorientados a sus familiares. Cuando, al caer la tarde, Martín se sienta en la habitación de Ñigo a conversar, las palabras del enfermo le parecen delirios. Pero, ¿por qué sale con estas locuras precisamente ahora que parece que va recuperando la salud? «Temo que esté enloqueciendo», le ha confesado, nervioso, a Magdalena. No sería de extrañar. Después de todo, su hermano menor ha sufrido varapalos considerables en su corta vida. Se ha sometido a operaciones muy dolorosas. Ni siquiera hay certeza de que vuelva a caminar bien. ¿No estará divagando para

evitar afrontar un presente sombrío? Martín piensa en esto e intenta ilusionar a Iñigo hablándole de una pronta recuperación y su vuelta al servicio del duque de Nájera. El paciente escucha y calla. Pero, ciertamente, no otorga.

Los meses transcurren despacio. El verano da paso al otoño. Iñigo recobra las fuerzas y la salud lentamente. Comienza a sostenerse sobre su pierna herida, primero con la ayuda de un bastón, y pronto sin necesidad de nada. Como secuela del daño sufrido le queda una leve cojera que le acompañará siempre. Esto, que hubiera sido una tragedia cuando llegara a la casa meses atrás le resulta ahora un inconveniente tolerable que acepta con paz. A veces se atreve a dar un paseo, acompañado por Magdalena. Entonces sale de la casa y se acerca hasta el río o hasta el caserío del herrero. Le gusta ver a la gente trabajando, oír los ruidos del valle, oler la hierba mojada y sentir el aire frío sobre su rostro. Pero esas excursiones le fatigan y su rodilla dolorida protesta, de modo que la mayor parte del tiempo sigue recluido en su habitación.

Pasa las horas leyendo, orando y conversando con los de casa. Con la convicción del converso quiere que sus gentes experimenten la misma hondura a la que él se asoma. A veces les emociona. Otras les satura. Pide papel y pluma y escribe, con delicada caligrafía cortesana, copiando párrafos y plasmando sobre el pliego reflexiones que le suscita la lectura. Esa posibilidad de escribir se convierte para él en una nueva forma de oración; subraya palabras, alterna colores, enmarca párrafos que repire, lentamente, saboreando cada palabra. Así, repasa los libros hasta extraer de ellos cuanto pueden darle. En la noche, cuando se ven las estrellas, pasa largos ratos en silenciosa contemplación.

No cabe duda de que Iñigo es muy radical en su forma de afrontar lo que le trae la vida. No acoge lo novedoso con timidez o a medias. No se enreda en negociaciones consigo mismo. Cuando ha visto claro salta al vacío. Sin seguridades. Sin red. Su nuevo horizonte religioso llena sus pensamientos. Ya no hay futuro fuera de ello. Sólo espera a estar restablecido para echarse al camino. Dos ideas le dominan: purgar su pasado y caminar en las manos de Dios. Desprecia al viejo Iñigo. Su vida anterior le parece ahora miserable y es inmisericorde consigo mismo. Es especialmente duro cuando piensa en sus juegos amorosos, en las mujeres a las que ha utilizado, en la frivolidad de algunas relaciones que ha vivido. Una noche, rezando, se queda absorto. Durante un rato se figura a la virgen María con el niño en brazos. Una alegría honda le asalta. Es una mezcla de devoción y de promesa. Desde aquella hora -dirá muchos años más tarde- «nunca más tuvo ni un mínimo consentimiento en cosas de carne».

¿Qué castidad es esta a la que alude? ¿Una evaporación del deseo? ¿Un extraño silencio de la naturaleza en el hombre? Una lectura rápida de las palabras del viejo Ignacio puede inducir a pensar que desde el momento de la conversión nunca más se sintió tentado por la concupiscencia, por la sensualidad o por el deseo. Pero no es eso lo que cuenta cuando narra su historia, ya en las postrimerías de la vida. Lo que señala es que desde esa noche no cedió a los impulsos carnales. Basta un poco de sentido común y realismo para barruntar que tentaciones, fueran muchas o pocas, alguna vez las habría. No se ha convertido Iñigo en un espíritu puro, alejado de su humanidad. Es un hombre joven. Y, como tal, desea, imagina, siente, vibra. Pero también es un hombre fuerte, y una vez convencido de que ha de mantenerse célibe, vivirá su compromiso

con absoluta fidelidad. Algo admirable, sin duda, pero que sobre todo nos descubre su carácter y su voluntad indomables. Toda su vida, desde esta larga convalecencia, va a estar consagrada a la persecución de una meta: vivir en las manos de Dios y cumplir su voluntad. No siempre sabrá cuál es esa voluntad. Le quedan, sin duda, muchos pasos que dar. Todavía tiene que dejar que sea Dios el que tome las riendas. Por ahora, es el propio Íñigo el que parece estar al mando de un nuevo proyecto, el que parece decirle a Dios: «Ya verás lo que voy a hacer por ti». Se trata de un hombre que subordina todo a un ideal. Desde esa consagración total se comprende su fuerza de voluntad para no ceder a las tentaciones que conoce bien.

Jerusalén se convierte en destino. Irá allá, penitente, humilde, desconocido. Hasta empieza a pensar qué hará a la vuelta. A un criado que va a Burgos le manda a informarse sobre la Cartuja, sopesando la posibilidad de llevar vida monacal al retornar de Tierra Santa. En ocasiones sondea a Martín acerca de barcos, de caminos, de los viajes antes emprendidos por sus hermanos mayores. Mantiene silencio sobre su verdadero propósito, sospechando que el hermano mayor, sintiéndose responsable de la familia, tratará de disuadirlo. Sin embargo es imposible ocultar que está planeando algo. Su emoción es palpable. Su alegría tan impenetrable como evidente.

El invierno avanza. Por fin se siente fuerte. Sus piernas le sostienen cuando pasa largas horas caminando por los alrededores. Sólo un pulcro vendaje es indicio de su lesión. Ha adelgazado mucho, pero se ve saludable. Ríe a menudo. Juega con sus sobrinos. Come poco, pese a la insistencia de Magdalena, que en estos meses ha sido para él madre y hermana, amiga y enfermera. Le conmueve la ternura de la buena mujer.

Una noche, sentados a la mesa, Íñigo anuncia a sus familiares que la partida es inminente. En unos días se irá. Nadie quiere preguntar: «¿Adonde?». Se hace un silencio expectante. Íñigo no tiene intención de compartir sus planes, pues teme que tratarán de disuadirle, lo que sólo puede conducir a interminables —e inútiles— discusiones. Su decisión está tomada. Le parece prudente hablar con una medía verdad: «Será bueno que vaya a Navarrete, a encontrarme con el duque». Martín respira con alivio, aunque, sagaz como es, intuye que falta algo en el lacónico anuncio. La conversación languidece. Tras la cena Magdalena borda, Íñigo lee. Martín contempla el fuego, huraño. Nadie dice más esa noche.

A la mañana siguiente, Íñigo se sorprende al ver entrar temprano a su hermano en la habitación. «Acompáñame, Íñigo». La voz es autoritaria y cordial a la vez. El joven se deja conducir. Juntos recorren la casa torre. Habitación por habitación, el señor de Loyola va desgranando la historia de la familia. Repite relatos que ambos escucharon, cuando eran pequeños, de labios de su padre. En aquellos años de infancia Íñigo habría abierto unos ojos grandes y extasiados. Ahora se da cuenta, con una punzada de nostalgia, de que todo eso pertenece a un pasado que se ha ido. «Mira que esperamos mucho de tí», está diciendo Martín. Le señala que tiene por delante un futuro brillante, que su actuación en Pamplona le granjea la admiración de todos los hombres, y en especial del duque de Nájera, que todos en la familia confían en él. Íñigo calla. Ese futuro que hace unos meses le hubiese parecido extraordinario le deja ahora indiferente. Su cabeza está, hace semanas, recorriendo nuevas tierras. El hombre que ha salido de la enfermedad es muy distinto al que llegara a Loyola, diez meses atrás, casi agonizando.

Los primeros pasos

En febrero de 1522 abandona su casa -y su vida anterior-. La despedida es extraña. Flota en el aire un silencio forzado. Demasiadas explicaciones que unos no se atreven a pedir y otro no está dispuesto a dar. La apariencia de normalidad no engaña a nadie. El semblante de Martín cuando se despide es serio, uno no sabría decir si expresando más tristeza o reproche. Parece querer repetirle a Íñigo los mil consejos de estos últimos días, y al tiempo percibe la inutilidad de más palabras. «Íñigo...», murmura. Finalmente opta por el silencio. Doña Magdalena, cuñada, amiga y a veces madre para Íñigo durante los últimos meses, a duras penas contiene el llanto cuando le abraza. Por última vez ven alejarse al noble hidalgo, al joven gallardo que, con sus vestiduras elegantes parece partir de nuevo, como hiciera dieciséis años atrás, a conquistar el mundo. Con él va su hermano Pero, a visitar a otra hermana, también llamada Magdalena, que vive en Oñate. Dos criados les acompañan. De camino se detienen en el santuario de Aránzazu. Allí, ante la Virgen, Íñigo reza toda la noche. Sus propósitos, sinceros, le resultan también arriesgados. Es osado, pero no ingenuo. Duda de sus fuerzas, teme que su pasado le capture, sabe que dentro de sí permanecen agazapados el cortesano y el militar, el mujeriego y el guerrero. Pide a María que bendiga su camino. Promete ser casto. Se ata con voto a este compromiso. De alguna manera quiere ir jalonando con pasos concretos este camino que comienza.

En Oñate se queda Pero. Tampoco con este hermano, compañero de correrías años atrás, quiere Íñigo compartir sus proyectos. No ha de extrañarnos este silencio ante el que, siendo clérigo y canónigo de una iglesia azpeitiana,

podría parecer un confidente adecuado para sus inquietudes religiosas. Es un sacerdote que participa de las ambigüedades de su época. Es padre evidente de varios hijos ilegítimos, y su vocación religiosa es resultado de la elección de otros, no fruto de una opción personal. De ahí que Iñigo no vea en él a alguien especialmente capaz de comprenderle.

Se dirige hacia Navarrete con la compañía de los dos muchachos que (c escoltan desde Loyola. Va soltando cabos, despidiéndose de su vida vieja, saldando deudas para echarse a andar libre en las manos de Dios. Por eso se dirige al tesorero del duque para reclamar unos ducados que se le adeudan. El duque, que ya no es virrey, no goza de una situación boyante, pero insiste en que se le pague a Iñigo cuando comprueba que este no está interesado en aceptar un puesto fijo en su casa. Iñigo dispone que parte de ese dinero se emplee en restaurar una imagen de la Virgen, y manda repartir el resto entre gente con la que se siente en deuda. Despide a los dos criados. Parte de Navarrete. Ahora sí, solo.

El camino hacia Montserrat nos permite comprender lo lejos que está Iñigo de haber dado un giro radical. De algún modo ha cambiado su objetivo, pero no ha soltado las riendas. En su mente todo sigue dependiendo de sí mismo. Antes buscaba brillar en las cortes humanas, y ahora se ha propuesto refulgir en la corte celestial. Pero sigue siendo un hombre que se fía de sí, que quiere vencer. Si va a ser santo, será el más notable, el mejor santo del mundo —parece pensar—. Su lógica no admite medianías. Lejos de casa Iñigo ya no mira mucho a su interior. Cree estar convertido cuando en realidad está en el comienzo de un largo recorrido. Tiene en estos momentos algo de

insensato, un poco de irreflexivo y bastante de adolescente. Piensa en hacer penitencias enormes, terribles, dolorosas... para imitar a los santos. Para superarlos. Para agradar a Dios. Es la suya una extraña competición. Un nuevo reto, para demostrar su grandeza, su valía, su talla. Ahora quiere triunfar ante Dios. Es un caballero cristiano. Sí Cervantes hubiese visto, décadas después, al joven hidalgo marchando de Navarra hacia Montserrat, tal vez hubiese reconocido en él algunos de los rasgos de su Quijote, tan loco y tan cuerdo, tan absurdo y tan lógico a un tiempo.

Todavía le queda mucho recorrido a este Iñigo peregrino para comprender el evangelio, para descubrir en Jesús un Señor y en su Reino un proyecto. Lejos está aún de asimilar la mansedumbre del Cristo pobre y humilde. Las jornadas de marcha transcurren entre devociones y penitencias. Iñigo comparte días de viaje con diversos compañeros. Oculta su nombre. Calla su historia. Está decidido a construir una nueva vida. Le gusta conversar de cosas espirituales cuando coincide con algún caminante bien dispuesto.

Un día tiene lugar un episodio extraño, que ya anciano Ignacio seguirá recordando. Iñigo va en muía. Escucha pasos tras él y mira atrás. A lo lejos se acerca otra cabalgadura. Aminora la marcha, espera hasta que están a la par. El hombre que le alcanza no es cristiano, sino un moro. Al joven Iñigo le gusta conversar y le encanta la oportunidad de discutir con un pagano. Después de todo, ¿no va él a tierra de infieles, ansioso por predicar el evangelio? Tal vez sea esta una prueba de su capacidad. Se enzarzan en una discusión sobre asuntos de fe. Sin embargo Iñigo sale escaldado. Cuando llegan a la cuestión de la Virgen su inter-

locutor se muestra intratable al hablar de la virginidad de María. «Pase que hubiera una concepción virginal -llega a decir- pero eso no podría haberse *mantenido en el parto*». Íñigo razona, insiste, pero sus argumentos no parecen convencer al moro, que poco menos que se burla de él. El joven caballero queda en silencio, humillado y frustrado. La conversación acaba abruptamente. El moro continúa a buen paso, dejando atrás a un Íñigo entristecido. Al poco rato la congoja da paso a la ira. Íñigo se enfada. La rabia le puede. En ese momento no razona. Una violencia sorda le domina. Siente deseos de perseguir al moro y coserlo a puñaladas. El caballero, el hombre de honor que vive en él ha despertado. Hay que vengar una ofensa, infligida nada menos que a la Virgen Santísima. Hay que lavar esa osadía en sangre. ¿Brama también el orgullo herido del joven bruscamente enfrentado con su incapacidad para vencer en la batalla dialéctica? Es posible. Un año antes Íñigo se hubiese lanzado sin dilación en persecución del moro, y es bastante probable que lo hubiese matado. Sin embargo ahora la duda le detiene. ¿Es esa violencia algo propio de los santos? ¿Puede Dios querer esto? En ningún momento se ha imaginado como un peregrino vengador y violento. ¿Qué hacer? Ignacio llegará en el futuro a ser un maestro espiritual, pero el joven Íñigo aún está muy verde en las cuestiones del espíritu. Se debate, sin saber a cuál de sus impulsos hacer caso. ¿Venganza o silencio? ¿Persigue al moro o lo deja ir? ¿Le corta el cuello o lo ignora? Está tan indeciso que toma una decisión salomónica. Que resuelva la muía. Delante hay un cruce. Por el camino más ancho se llega a la villa en la que está el moro. Si el animal toma esa dirección Íñigo matará al ofensot. Por el camino real, más estrecho, se sigue hacia Montserrat sin pasar por la villa. Si es esta la elección del asno será señal de que Dios

no bendice esa venganza. Finalmente la muía, o Dios, o la Providencia o la suerte, o de todo un poco, deciden por él. La elección, afortunadamente, es el camino real. Es curioso, y a la vez da vértigo comprender cómo se escribe la historia. No podemos saber qué hubiese pasado si la elección hubiese sido la otra. Con el pasado de poco sirve hacer hipótesis alternativas. En todo caso, podemos afirmar, con humor, casi quinientos años después: «**Gracias** a Dios que la muía tiró por el camino estrecho»

Montserrat se va acercando. Poco antes de llegar, Íñigo se detiene en una población grande. Desde que dejó Navarrete ha ido pensando en Montserrat como el punto de partida verdadero de su aventura. La puerta a su nueva vida de peregrino. Lo que hasta este momento han sido proyectos se convertirá al fin en ejecución. Habiendo dejado atrás familia y amigos, dinero y posición, quiere ahora completar su transformación abandonando su ropa de caballero, convirtiéndose en un peregrino anónimo. Utiliza parte del dinero que le queda para hacerse con tela de saco, basta y áspera en comparación con los delicados tejidos a que está acostumbrado. Encarga a una mujer que convierta el paño en una túnica que cubra todo su cuerpo. Compra también un largo bastón que ha de ayudarle en su cojera, y una pequeña calabaza que le servirá para beber. Para completar el atuendo se hace con un par de alpargatas, aunque por el momento sólo calza con una la pierna sana. Carga la montura con sus adquisiciones. Ya está preparado para dar los últimos pasos. Respira despacio. Abandona el poblado. Es consciente de la trascendencia de estos días en su vida. Está convencido, decidido. No hay marcha atrás. El joven Íñigo va a desaparecer para siempre. Está naciendo el peregrino.

Considera imprescindible darle relevancia al momento. El joven educado en un ambiente cortesano, en el que cada gesto se mide y se carga de significado, necesita expresar la hondura de la encrucijada vital que atraviesa. ¿Cómo hacerlo? En este momento le ayudan las imágenes cabalrescas. Después de todo, *¿no se está* convirtiéndose en un caballero distinto, al servicio de Dios? ¿No es Su causa la que quiere defender y servir? Pues bien, ¿por qué no velar estas nuevas armas, el bastón y la calabaza? Al imaginar la escena no puede evitar sonreír, emocionado y lleno de entusiasmo. Llega, al fin, a Montserrat.

Aparece el peregrino. Montserrat

Es el 21 de marzo de 1522. El día en que comienza la primavera. El día en que Íñigo cruza las puertas del monasterio de Montserrat. Este ha de ser el escenario de su transformación, piensa. No deja de ser ingenuo al creer que le han de bastar unos días para salir de aquí trasmutado en el gran santo que sueña. Supone que esta etapa es el final de la metamorfosis que comenzara, meses atrás, con sus lecturas de enfermo. Lejos está de intuir que su gran cambio no ha hecho más que comenzar. Pero, por el momento, Dios le deja hacer. Tiempo habrá para un encuentro distinto.

Su estancia en Montserrat tiene dos objetivos. El primero tiene que ver con su vida pasada: Íñigo ve llegado el momento de confesarse por todo el mal que descubre en su existencia anterior. El segundo mira al futuro: ha llegado la hora de convertirse en peregrino.

El monasterio es un lugar de incesante actividad. La devoción por la Virgen morena está extendida por toda la

geografía hispana. Sin cesar acuden a este santuario siervos y señores, hombres y mujeres que buscan consuelo, cumplen promesas, agradecen favores o imploran la protección maternal de la Virgen... Íñigo busca un confesor. Se acerca a un monje que pareciera estar esperándole en una de las capillas laterales de la Basílica, se arrodilla y habla. Lleva tanto tiempo callando sus planes, ocultando sus verdaderos propósitos y expresándose con medias verdades que cuando comienza a hablar las palabras brotan a borbotones, sin control. Lloro, se exalta. Describe con dolor las miserias de su vida pasada. Expone con ilusión sus proyectos. Juan Chanón, un monje benedictino que a diario escucha tantas voces distintas y comparte tantas historias ajenas comprende que no es esta una confesión habitual. Intuye el vendaval que agita al joven noble que se arrodilla ante él. Le deja desahogarse durante largo rato. Después le propone caminar un poco. Íñigo está sorprendido por el estallido de sus emociones. Está tan acostumbrado a tener el control de las situaciones que experimenta cierta liberación al poder dejarse guiar, al confiarse a otra persona, al compartir sus zozobras y sus deseos, al pedir ayuda, al llorar sin vergüenza por todo lo que no domina.

Chanón le propone que se tome un tiempo iraquílo. «¿Por qué no escribes y pones en orden todo esto que me has dicho? No hay prisa. Toma unos días. Haz una confesión general. Ponte en las manos de Dios». El sensato consejo suena acertado en los oídos de Íñigo. Después de todo no tiene prisa. Tiene todo el tiempo del mundo.

Durante tres días alterna la oración, la escritura y las conversaciones con Chanón. Ese encuentro es mucho más que una confesión. Hablar de sus proyectos, de sus planes, de su futuro con otra persona le aquieta, le calma, le ilumina. No se parece a ninguna conversación que haya

tenido antes. No es el tipo de confidencia compartida con los amigos en los lejanos días de Arévalo, ni la despreocupada conversación de compañeros de camino. Su interlocutor tiene, a sus ojos, algo de maestro, de testigo, de autoridad y de hermano. Comprende, en ese contacto inesperado, que necesita la ayuda de alguien que le guíe. Que está confuso. Aún no se da cuenta de hasta qué punto está embrollado en su corazón lo afectivo, lo religioso, lo que le suscita Dios y lo que él mismo decide insensatamente, pero tiene la lucidez suficiente para reconocer que necesita consejo. Con Chanón empieza a intuir que la vida interior que apenas barrunta es como un campo de batalla en el que también hace falta aprender estrategias y formas. Que a veces se confunde con respuesta a Dios lo que es soberbia, y otras veces uno deja escapar intuiciones que sólo Dios puede poner en su corazón. El monje le corrige, le propone, se convierte en un espejo humano en el que Íñigo se ve reflejado con la ayuda de otros ojos. Siente la certeza de ser como un niño, necesitado de ayuda y guía. Ingenuamente, Íñigo cree que estos consejos son todo lo que necesita. Lejos está de imaginar que muy pronto será su interior el escenario de una lucha encarnizada que le va a llevar al borde de un abismo. Por ahora escucha con una mezcla de respeto, admiración y curiosidad.

Desde este momento siempre buscará Íñigo el consejo de otros. Intuye, al conversar con Chanón, que la vida interior también crece, también se cuida. Que es importante discernir lo que pasa dentro, poner nombre a lo que te sucede, reconocer la voluntad de Dios y las tentaciones del mundo en las emociones y los disgustos. El futuro maestro espiritual es, por el momento, alumno que está descubriendo lo mucho que ignora.

Íñigo habla de Jerusalén, de sus propósitos, de su vida.

Chanón le alienta y le matiza, le calma y le asesora. El monje está sorprendido con la pasión de este penitente, distinto de la mayoría de quienes pasan por Montserrat. En esos tres días Iñigo hace planes, con ayuda del benedictino, para dar el último paso. En el monasterio quedará la muía. En la verja del altar las armas, como muda ofrenda a la Virgen. También ha de dejar aquí sus viejas ropas nobles. De Montserrat ha de salir un peregrino anónimo, sin nombre, sin historia. Acuerdan que se detenga en algún punto del camino, no tardando, para pasar unos días tranquilos de reflexión y oración, tratando de poner un poco de orden y serenidad en su espíritu. La tarde del 24 de marzo el monje absuelve a Iñigo por los pecados de su vida pasada mientras este llora en silencio. Al anochecer se despiden. Iñigo recoge de la muía las prendas nuevas y su bastón, y avanza, solitario, hacia la Iglesia donde piensa pasar la noche en oración velando sus nuevas armas. Antes de entrar entrega sus ropas a un mendigo y viste, por primera vez, el hábito de peregrino. En la Iglesia entra el caballero sin corte, el soldado herido, el pequeño Loyola. Al amanecer sale del templo el peregrino. Su destino, Jerusalén.

El santo, el dedo, la luna y Dios

¿Nos puede parecer extraño? ¿Tal vez nos resulta chocante esta conversión de un fñigo que se decide a imitar a los grandes santos de la historia? En realidad no es algo tan trasnochado. Todas las épocas tienen sus figuras, sus referencias. Desde los mitológicos héroes griegos a los ídolos de masas actuales, cada sociedad y cada época ha tenido sus referentes.

Quizás hoy hay modelos mucho más variados, y

muchos desaparecen rápido. Tanto que ni siquiera da tiempo a memorizar sus nombres antes de que las estrellas más rutilantes de los firmamentos mediáticos se apaguen. Pero están ahí. Jóvenes y adultos los admiran y los aplauden. Se conocen sus historias y sus acciones, sus gustos y sus vicios, sus amores y sus flaquezas...

Hac mirar -y admirar- a otros es humano. Es cierto que no todo es lo mismo. Quizás la grandeza de una época reside -también- en saber admirar a quien merezca la pena. Y es esa humanidad ávida de sentido la que vemos plasmada en Iñigo de Loyola. Cuando se ve capturado por los relatos de la vida de los santos, cuando decide imitarlos, no está haciendo algo sorprendente ni extravagante. Es un hombre de su época. Y en esa época la piedad ensalza a los santos de una forma tan central que hoy nos resulta difícil de imaginar. En retablos y trípticos, en las iglesias y en los libros...

Pero todavía tiene que aprender una lección este Iñigo que se echa al camino queriendo imitar a santo Domingo o a san Francisco. Cuando en la Iglesia hablamos de santos, entonces y ahora, no decimos, sin más, que fueron buena gente, o que sus historias fueron dignas, admirables o modélicas. Sobre todo afirmamos que sus vidas son una venrana hacia algo más. Mirándolos a ellos, a lo que hicieron, dijeron y vivieron, a cómo amaron y curaron, a cómo el evangelio ardió en sus vidas, podemos intuir al único que es realmente santo, a Dios. La verdadera santidad no es una virtud de cumplimiento. No es la perfección personal. No es una rareza imposible. Es la capacidad de, en la fragilidad e imperfección propias, ser reflejo del Dios que sí es perfecto. Es ser capaz de enamorarse de tal modo del Dios de Jesús que ese amor se convierte en pasión que arrebatara la propia vida.

Esa es la diferencia entre el icono y el ídolo. El icono refleja algo que está más allá. Al ídolo lo admiramos en sí mismo. Se agota en sí. Tiene algo de vacío. El santo es, para nosotros, un icono, una ventana abierta a la divinidad. El Iñigo de Loyola que sale al camino deseando emular a los santos aún tiene que comprender esa lección. Obnubilado con lo que ha descubierto en san Francisco de Asís o en santo Domingo, quiere ser como ellos. Aún le queda comprender que la gran hondura de estos personajes no es lo que dicen de sí mismos, sino lo que demuestran de Dios. Dice un aforismo que cuando el dedo señala a la luna el necio mira al dedo. De alguna manera eso es una buena descripción de lo que ocurre aquí. Puede uno quedar preso del dedo, del fruto, del santo, sin atreverse a mirar a la luna, la raíz, al Dios al que sus vidas apuntan.

Y, de paso, así seguimos hoy en día. Vamos descubriendo personas a quienes admiramos. Pero, ¿de dónde sacan las fuerzas, la inspiración, el coraje o la compasión para vivir como lo hacen? ¿Queremos «imitar» a Teresa de Calcuta o a Alberto Hurtado? ¿Aplaudimos la entereza y la pasión de Óscar Romero o de Pedro Arrupe? Quizás debamos preguntarles a sus vidas, a sus palabras y a sus obras qué Dios late detrás.

Cuando habla Dios

*N*o falta mucho para que anochezca. El hombre (que entra por la puerta de la muralla de Barcelona parece cansado. Los pómulos ajilados por el hambre resaltan bajo unos ojos de mirada intensa que mantiene bajos, con modestia pero sin turbación ni inseguridad. Pese a la fatiga sonrío tímidamente a la gente que se cruza en su camino y que le escudriña con curiosidad, tratando siempre de descubrir en el forastero a un viejo conocido, un hijo pródigo de vuelta al hogar o una amenaza de la que protegerse. Un largo báculo le ayuda a caminar. Miradas curiosas, alertadas por su renqueo, buscan furtivas en sus piernas una explicación, pero el largo sayal frustra el indiscreto figoneo. Bajo el brazo porta un atado, dentro del que guarda sus pocas pertenencias: un libro, muchos papeles, una imagen de la Virgen y unos trozos de pan. Pregunta por una dirección. "¿Sabría decirme cómo puedo llegar a la calle Cottoners?». Al principio las respuestas son vagas y le confunden más que le guían. Al fin una mujer gruesa y parlanchina que lleva de la mano una niña pequeña le conmina a seguirla. Aunque el parloteo de la mujer no se detiene ni un instante tampoco le incomoda con preguntas, y eso le gusta. Tras un rato de vivaz callejeo, la robusta matrona U deja en una esquina, bien encaminado. Al llegar a su destino respira con calma. Preferiría un lugar más pobre,

pero no quiere demorarse más de lo necesario en la ciudad, así que ha aceptado ¿a hospitalidad de buenos amigos. Sólo se detendrá el tiempo necesario para conseguir plaza en un barco que le lleve lejos.

Antes de entrar en la casa se detiene; por un momento parece dudar, y entonces cambia de dirección y camina hacia la costa. Con los últimos rayos de luz contempla con emoción el paisaje que se despliega ante sus ojos. Su corazón late rápido. Dice, en silencio, una breve plegaria antes de volver a la casa. Al fin ha llegado al mar. Ahora sí, está en marcha.

Estamos a mediados de febrero de 1523. La corta distancia que separa Montserrat de Barcelona, apenas 40 kilómetros, le ha tomado a Iñigo casi un año, desde que saliera del monasterio tras velar sus nuevas armas de caminante ante la Virgen morena. En este corto trayecto el viaje ha sido enorme. No imaginaba aquel 25 de marzo de 1522 que los días que pensaba dedicar a la reflexión, antes de continuar viaje, se iban a convertir en semanas, y estas en largos meses. No sospechaba entonces que, en tan corto trayecto, su vida iba a dar un vuelco interior mucho más audaz, profundo y definitivo de lo que había supuesto su convalecencia en la casa torre. Y ciertamente no esperaba encontrar a Dios de una forma que jamás antes hubiese creído posible.

Al salir de Montserrat Iñigo tiene la intención de detenerse, por unos días, en algún lugar tranquilo. La intensidad de su confesión y las palabras de Chanón así lo

aconsejan. Al alejarse del monasterio, cumplida la primera etapa de su proyectado viaje, se siente feliz. El benedictino le ha sugerido la localidad de Manresa, aunque esco sponga apartarse de la ruta principal hacia Barcelona. Aunque le provocan ciertas reticencias el desvío y la demora, ansioso como está por embarcar, también es consciente de la conveniencia de un tiempo tranquilo en el que poder recoger por escrito lo que va aprendiendo. Además le parece prudente avanzar por rutas secundarias donde hay menos probabilidad de ser reconocido. Tanto como antes deseaba un nombre ahora valora el no tenerlo. Todas esas razones le inclinan a seguir el consejo del monje.

Se siente extraño y exultante. Ya no es el joven caballero de Loyola, sino un pobre peregrino, caminante, dispuesto a vivir de limosna, a purgar sus pecados, a consagrar su vida a proclamar la grandeza de Dios.

Todavía no nota el cansancio por la noche pasada en vela. La emoción de la última jornada es más fuerte que la fatiga. Tras él se aproxima corriendo un hombre que le pide a gritos que espere. Al llegar junto a él, el hombre, sudoroso y enrojecido le pregunta si ha dado él unas ropas finas a un pordiosero. Evidentemente espera una respuesta negativa, pensando, tal vez, que tan mendicante parece este como aquel. Por eso su sorpresa y su recelo son simultáneos cuando Íñigo confirma el hecho. Pero Íñigo no es persona que se deje cuestionar. Su forma de expresarse es la de un hombre educado. Y su autoridad la de alguien acostumbrado a mandar. Por eso, aunque se niega a revelar su nombre, el emisario del convento pronto se convence de la veracidad del relato de este peregrino que confirma la insólita donación.

A través del hombre, un criado del monasterio, descu-

bre Ñigo que a punto están de castigar al mendigo, acusado de robo. Su alegría entonces se cambia en pena. Por un instante le asalta la comprensión de que en el mundo en que está entrando las reglas son distintas. Se siente culpable. Por su ingenuidad, por su ignorancia de cómo son (as cosas y por su ceguera que le ha impedido ver más allá de sus propias intenciones. Ni por un momento se había parado a pensar que el mundo, que no tolera un pordiosero vestido de señor, rápidamente pone las cosas en su lugar. AJ continuar su camino las lágrimas corren por las mejillas de Ñigo. Lloro por un pobre falsamente acusado y seguramente vejado. Lloro también por su propia arrogancia de caballero, que en su teatralidad ha ignorado que el mundo trata distinto a señores y *siervos*, a ricos y desheredados, a encumbrados y caídos.

Aunque no ha revelado su nombre este episodio supondrá un inconveniente para su deseo de anonimato. El criado, volviendo al monasterio para aclarar la confusión, se lo dirá a otros criados. Estos se lo contarán a viajeros, penitentes, señores, que a su vez lo difundirán en posadas y postas, magnificando la historia, inventando circunstancias extraordinarias, añadiendo brillos y sombras. En poco tiempo el rumor de un gran señor convertido en mendigo se esparce por la región. Cuando el cuento llegue a Manresa no será difícil que algunos de sus habitantes quieran ver en su apuesto penitente vestido de saco a un conde, un duque o un príncipe poseedor de turbios secretos.

La vida en Mantesa

Ñigo pregunta, al llegar a Manresa, por un Hospital de peregrinos. Unas mujeres a quienes encuentra en el

camino le dirigen al Hospital de Santa Lucía. Entre ellas está Inés Pascual, una viuda de carácter decidido que se va a convertir en estos meses en amiga y protectora de este ermitaño que, de algún modo, trastoca la vida de la ciudad.

Vamos a asistir, en este tiempo, a un doble itinerario de ñigo. En lo exterior se dibuja el peregrino, el penitente, el hombre de oración que, ahora que está pasando de los deseos a las obras, tiene que aprender a aterrizar los sueños. Y no será un aprendizaje fácil. De entrada va a entregarse a expiaciones atroces, excesos que hoy (y tal vez entonces) nos resultan insensatos y casi trágicos. Tendrá que ir encontrando su propia forma de vivir. Y mientras *ha.ce esto* en Jo exterior, será sobre todo su interior el que irá cambiando, en un sorprendente e irreplicable diálogo con Dios que, ahora sí, tomará las riendas de la vida de ñigo.

¿Qué hizo durante estos meses de estadía? Si se le pregunta a algún testigo es posible que diga que el peregrino, el «hombre del saco», como lo llegaron a llamar los niños, es un hombre atormentado tratando de encontrar la paz. ¿Tratando, tal vez, de purgar un delito? ¿Cumpliendo alguna promesa? ¿Qué habrá hecho para tener que torturarse como lo hace? ¿Qué infamia le persigue? ¿Qué crimen le atormenta? ¿Es un santo o un demente?

Posiblemente estos y otros comentarios circularon durante aquellos meses, cuando la figura de Ñigo comenzó a hacerse familiar por las calles de la ciudad. Hablan de él los vecinos, lo imitan en sus juegos los niños. Hay quien le busca y quien le evita. A nadie deja indiferente este personaje insólito que ha venido a romper la monotonía de la vida manresana.

En cuanto a lo exterior, ciertamente ha abrazado la

pobreza. Lo que soñara entre las comodidades de su cuarto de enfermo puede ahora llevarlo a la práctica, y se entrega a ello con absoluta fidelidad. Vive sólo de las limosnas que le dan, pidiendo de puerta en puerta; no acepta que le den más de lo que estrictamente necesita, y en verdad necesita poco. Come mal. No prueba la carne ni el vino, salvo a veces los domingos. Acude a los hospitales para limpiar a los enfermos y acompañar a los moribundos; esa cercanía con los más atravesados y excluidos será y constante durante toda su vida.

Descuida su aspecto físico. Intencionadamente. Él, que ha dedicado tantas energías y cuidados a su figura, a sus manos, a su cabello. Él, que ha sido, como tantos de sus compañeros, figurín sediento de halagos sobre su apos-tura o su donaire decide ahora no cuidar en absoluto su fachada. Deja largo su pelo, que se enmaraña y se ensucia. Deja también crecer sus uñas, que adquieren por ello un aspecto negruzco y desigual. ¿Es un ermitaño foco? ¿Un asceta trastornado? Podría parecer, pero al mismo tiempo lleva una vida relativamente ordenada, y en el trato con él se advierte, sin duda, a un hombre cortés, humilde, bueno. La gente está sorprendida y expectante.

Sobre todo dedica la mayor parte de su tiempo a la oración y el culto divino. Su horario lo enmarcan las celebraciones litúrgicas. Misa mayor por ía mañana, oración de vísperas por la tarde y completas por la noche. Todos los días lee, durante la misa, el relato de la Pasión en la *Vita Christi* que es una de sus escasas pertenencias. Los cantos litúrgicos que acompañan las celebraciones le conmueven y le transportan —sobre todo durante las primeras semanas, antes de que ¡a tormenta estalle en su interior-. Además, h soledad de su aposento -cuando lo tenga-, las ermitas dispersas por los alrededores, una cueva junto al

río Cardoner, cualquier lugar un poco retirado es espacio para sus largas horas de oración. Medita, contempla. En el silencio y a veces a voz en grito, escribiendo o imaginando, hablando o escuchando Iñigo reza. Se confiesa regularmente, y cada domingo sin falta comulga.

No es un ritmo **fácil**. La dinámica es exigente. Una cosa es imaginar, sentado en el lecho de enfermo, en una casa caldeada, cuidado por los tuyos, lo que ha de hacerse por gloria de Dios. Bien distinto es ponerlo en práctica cuando el hambre, la fatiga, la incomodidad o la resistencia interior asoman. Algo así percibe bien pronto Iñigo, que se descubre un día preguntándose, con incertidumbre, si se ve capaz de aguantar esta vida. La solución que encuentra es decirse que no sabe si «esta vida» va a durar décadas, años o minutos y, por tanto, le toca vivir día a día. Curiosa solución, que no deja de ser provisional, pero que en ese momento le permite seguir adelante con paz.

Habia de cosas espirituales con quien se quiere acercar. Y ciertamente hay gente que le busca, intrigada y conmovida por la piedad extrema y austera de este hombre joven, que a medida que transcurre el tiempo va perdiendo el aspecto tecio que traía al llegar. Con esas gentes, con frecuencia mujeres inquietas en cuestiones de fe, conversa a ratos; acerca de su amor por Dios, la necesidad de conversión, la vida de santidad, el pecado, la gracia, la penitencia... aunque pronto se le irá viendo más reservado, más recogido. Los que ven esa fachada seña y esa expresión de intensa concentración probablemente ignoran la agonía en que se va sumiendo.

Hasta la «santa» local, una mujer anciana famosa en todo el reino, de la que se dice que ha compartido visiones con el rey Fernando, se ve interpelada por este hombre sobrio y extraño. A veces conversan. En una ocasión, en

las primeras semanas de su estancia en Mantesa, la mujer le dice a Iñigo: «¡Quiera mi Señor Jesucristo aparecerse a ti un día!». El joven se espanta. Esas palabras le suenan a chifladura o a herejía. Lejos está de sospechar que, en cierta manera ese auspicio se va a cumplir.

Al principio vive en el hospital de Santa Lucía, y después en una celda que le dejan en el convento de los dominicos. Sólo en algunas ocasiones, cuando la mala salud (provocada en buena medida por lo excesivo de sus penitencias) exija cuidados extremos se hospedarán en las casas de benefactores como el señor Ferrer o el señor Amigant.

La noche oscura de Iñigo

Mientras todo esto ocurre en lo exterior nadie podría adivinar la increíble lucha que tiene lugar en su interior. Es *este*, *sin* duda, el período crucial, el que marca un antes y un después en su vida y su fe. En su autobiografía hablará extensamente de lo ocurrido en esos meses de zozobra y clarificación, de dolor y dicha, de encuentro con Dios.

Algo le condujo a alargar esos pocos días que pensaba quedarse. ¿Qué le ocurrió? ¿Por qué su paso por Manresa, que en principio era un breve alto en el camino, se convierte en una estancia de casi un año? ¿Fue la imposibilidad de llegar a Roma antes de la Pascua de 1522, a tiempo para recibir el permiso pontificio para ir a Tierra Santa? ¿Sería inviable el viaje desde Barcelona, en cuarentena por la peste? ¿Acaso fue su salud? No sabemos cuál sería el primer motivo para permanecer en Manresa un tiempo más largo del inicialmente previsto. Pero, sea cual sea esa razón inmediata, la verdad es que hoy diríamos

que se acabó su ímpetu inicial y se encontró desfondado. Es decir, a Iñigo se le apagó la alegría, y con ella la posibilidad de seguir adelante.

Desde el momento, en su cuarto de enfermo de la casa torre en Loyola, en que comprendiera que los planes de Dios eran los que le daban una consolación duradera, ha estado en un estado de constante efervescencia y consuelo. Es cierto que ha sentido remordimiento, pena, vergüenza por su vida pasada. Pero eso no le ha hecho perder la devoción grande, el júbilo profundo al proyectar su nueva vida de peregrino. Durante meses se ha sentido embriagado e ilusionado. Ni la desaprobación de Martín, ni la despedida de los suyos, ni el abandono de su pasado han hecho mella en esa alegría.

Sin embargo en Manresa se encuentra, de golpe, sumido en una tiniebla y una desazón que le deja, a ratos, abatido y desconsolado. A veces toca el cielo y otras está en el fondo de un pozo. Va a atravesar una crisis tan profunda, tan existencial y tan radical que todo su mundo de convicciones y seguridades se irá desmoronando. Todo lo exterior es lo mismo. No hay motivos para tales cambios, se dice. Se extraña. «¿Qué nueva vida es esta que ahora comenzamos?». Se pregunta con incertidumbre qué le pasa por dentro para estar sometido a esos embates.

¿Qué le está consumiendo? Su pecado, que antes le producía vergüenza, ahora le provoca escrúpulo. Cada vez es mayor el dolor y menor el consuelo, hasta que se siente incapaz de mirar hacia Dios. Sólo ve, enorme, brutal, todo el mal que ha hecho antes. De nada le sirve haberse confesado en Montserrat y volver a hacerlo aquí una y otra vez. Ante él se alza, acusadora, la imagen sucia -y posiblemente exagerada- de sus egoísmos, sus afanes de riqueza y gloria, sus noches de lujuria, los años perdidos entre

pompas y vanidades. Con implacable precisión revive cada episodio en que ha actuado mal, en que ha utilizado a otros, en que ha insultado o ignorado a un semejante. Tiene la sensación de no haber confesado del todo, de tener algo más que decir. No puede creer que Dios le perdone -y ciertamente él no se perdona tampoco-,

A medida que avanza el verano se va sumiendo más y más en esta espiral de culpa. Llega un momento en que su confesor, eras una nueva confesión escrita, le ordena que pase página, que no se confiese más por todo lo que ya ha dicho. Es algo que el mismo Íñigo ha estado deseando, consciente de que si la orden viene de alguien con autoridad moral sobre él, como es este doctor de la Seo a quien ahora acude, tal vez entonces consiga salir del cenagal en que se está ahogando. Sin embargo, al instruirle, el confesor deja caer una frase que arruina todo. Le dice que no vuelva a hablar de esos episodios, que no hace falta que los mencione más a no ser que sea algo muy claro. ¿Algo claro? Para Íñigo, perfeccionista y obsesionado, todo es diáfano. Su vida anterior le resulta nítidamente pecaminosa. Se desprecia por lo que ha hecho.

Quiere mortificarse, pagar sus culpas, compensar a Dios con sacrificios. Funciona en él la imagen de un Dios ofendido, un Dios medieval que está muy lejos del Dios Padre al que todavía tiene que descubrir. Reza siete horas diarias en su camarilla, en el convento de los dominicos. Pero son largas horas de sequedad y sed insatisfecha. ¿Dónde está Dios? ¿Por qué no viene? ¿Qué tiene que hacer para ganar su favor? Aún no ha descubierto Íñigo que ahí, precisamente, está su trampa. Mientras siga pretendiendo que alcanzar a Dios depende de sus propios esfuerzos seguirá estrellándose contra el muro de su incapacidad.

El dominico que duerme en la celda de al lado se despierta una noche oyendo a Íñigo dar grandes voces de desesperación y súplica. «Socórreme, Señor -le oye gritar-. Dime qué tengo que hacer. Sea lo que sea, lo haré. Si me mandas correr detrás de un perrillo, iré. ¡Pero hábame!». Con esas y palabras similares expresa su angustia el peregrino. Pero no hay respuesta. Oyendo los sollozos desconsolados de su vecino el monje se estremece, incapaz de conciliar el sueño esa noche.

Pasan las semanas. El calor ya no aprieta tanto. La vida exterior de Íñigo sigue sus rutinas: misa, hospital, limosnas y austeridades. Cada vez habla menos con otras personas, siempre cordial, pero ahora sumido en la tristeza. Los amigos y bienhechores que se interesan por él observan con preocupación cómo va perdiendo el peso y el color. Está demacrado y a veces parece perdido.

La batalla interior continúa. Hastiado de no encontrar respuestas, llega a pensar en el suicidio. En su cámara hay un boquete en el suelo, normalmente cubierto con un tablón. Cada noche piensa Íñigo en acabar con todo. Saltar, dejarse deslizar por ese agujero negro, desprenderse, hasta que la dureza de las piedras en el suelo lejano ponga fin a esta agonía que le consume. Sí no lo hace es por miedo a una condenación eterna y por el deseo de no aumentar aún más la lista de sus pecados.

Siente como si Dios le estuviese poniendo a prueba. ¿Quieres ver de qué soy capaz? ¿Quieres que te pruebe mi absoluto amor, devoción, arrepentimiento? —parece pensar—. Esa perspectiva le lleva a una nueva locura que se le ocurre un domingo al final de la misa. Dejará de comer. Si se trata de sufrir, no tiene miedo ni medida. Todo, con tal de volver a ganar el favor de ese Dios que parece haberle dado la espalda. No probará bocado. No

sólo carne. Nada. Durante una semana entera permanece firme en su propósito. Continúa con su ritmo de oración, oficios divinos... Nadie advierte su debilidad creciente ni su insano propósito. El domingo siguiente, como de costumbre, va a confesar antes de la misa. Transparente con su confesor, le habla de su ayuno. El buen viejo se espanta. Ordena a Iñigo desistir de esa abstinencia, que de ninguna manera puede ser algo querido por Dios. De nuevo Iñigo, fiándose de una palabra autorizada, obedece. Al salir del templo pide limosna y come lo que le dan. No es que esté en el cielo, pero al menos parece hallar un poco de sosiego.

Dos días le dura esta vez la tranquilidad. El martes siguiente en su oración nocturna se ve azorado una vez más por los escrúpulos. De nuevo le asaltan las imágenes de su vida pasada y se inicia su letanía de recriminaciones a sí mismo. Con desesperación percibe cómo la familiar sombra de la culpa va dominándole. Pero esta vez ha llegado al *límite*. Después de meses de lucha no le quedan fuerzas ni siquiera para martirizarse. No sabe qué más puede hacer. Ha tocado fondo.

Se rinde. En ese momento, y tal vez por primera vez en su vida, brota de él una oración distinta. Siente que él solo, frágil y limitado, nada puede. Comprende que nada va a conseguir por sus propios medios. Por primera vez intuye que seguir a Dios no es cuestión de la propia perfección, sino de dejarse acompañar, sanar, conducir. En esta rendición se está haciendo, por vez primera, absolutamente pobre. En su corazón deja de mirar hacia sí mismo y se vuelve a Dios. Y descubre que Dios está ahí. Que nunca ha dejado de estar. Sólo que él ha estado tan equivocado, buscándolo en otros lugares, persiguiéndolo donde no podía encontrarlo... Vuelve el consuelo, Ja ale-

gría, más serena que antes, la paz. Siente como que despierta de un mal sueño. La losa que durante largos meses le ha estado oprimiendo parece desvanecerse. Las lágrimas que ahora lavan su rostro hablan de alivio y de humildad, de encuentro, de esperanza y comprensión. Sonríe. Esa noche duerme, por unas horas, como no había dormido en mucho tiempo.

Hay que dejar hacer a Dios

¿Cómo interpretar este episodio? Podría uno pensar, al acompañar a Iñigo en su noche oscura, que Dios ha sido muy duro *con él*. ¿No hubiese bastado con que mantuviese su corazón cantando y calentito, lleno de fervor y devoción camino de Jerusalén? ¿Era necesaria esta agonía?

De entrada esas preguntas parten de una comprensión equívoca de las cosas. Dios no ha «hecho sufrir» a Iñigo. Cuando, tiempo después, escriba acerca de cómo se desarrolla en nosotros la lucha de diversos espíritus, en sus reglas de discernimiento, el mismo Ignacio afirmará que el desconsuelo es obra del mal espíritu en nosotros, nunca de Dios. Como mucho, Dios lo permite, pero no lo provoca. ¿Qué padre haría algo así con hijos a quienes adora?

Cambieamos entonces la pregunta: ¿Por qué Dios ha permitido esto? ¿Por qué, si Iñigo estaba tan desgarrado, no lo levantó antes, no le llenó de consuelo, de luz, de paz? ¿Por qué no le invadió? (y, tal vez, de paso, ¿por qué a veces nosotros le buscamos y no terminamos de encontrarle?)

Una imagen puede ser ilustrativa para entender el proceso espiritual de Iñigo hasta este momento. En Loyola Iñigo descubre un nuevo camino. Es Dios quien

Je ilusiona con elío. Y, sin embargo, el joven, aventurero e impulsivo, sintiéndose convertido y curado, cree que ahora ya todo depende de sí. Es como si Dios le hubiese invitado a subir a un carro para llevarle a un lugar soñado, y en vez de montarse en el carro dispuesto para él, Íñigo se empeñara en empujar, incapaz de comprender que se tiene que dejar llevar. Durante las primeras etapas todo marcha bien. Íñigo y Dios empujan el *carro* en la misma dirección. El peregrino está exultante. Hasta aquí (Montserrat) todo va como la seda.

Sin embargo llega un punto en que el camino se bifurca. Y esta encrucijada es tan compleja que define tu vida, porque io que *hay* que elegir es cómo vivir, en que' Dios creer, y si uno está dispuesto (de veras) a ponerse en sus manos. Íñigo se empeña en tirar por el camino equivocado. En el fondo ahí se estrella su espejismo de ser «el mejor santo del mundo». Ahí se estrella su ideal de perfección. *Ahí* va de cabeza su orgullo. Hasta este momento todavía íñigo no ha caído en la cuenta de que lo que Dios le pide no es que sea un íñigo irreal, puro y magnífico; lo *único* que Dios quiere es que íñigo, con sus fuerzas y flaquezas, se deje enamorar, seducir por el Cristo pobre y humilde que le está esperando, y que se convierta en testigo y transmisor de ese amor.

¿No es algo familiar, y *Tristemente Frecuente*? Ese empeño por tirar del carro, por cumplir, por hacer, por ser... que sólo lleva a clavar la mirada en un espejo en lugar de mirar a DÍOS. A cargar -heroica e inútilmente- con las limitaciones, empeñándose en corregirlas en lugar de dejar que sea Dios el que sane Jas heridas y abraza las miserias. Ese empeño por hacerse fuertes en la fortaleza, en lugar de escuchar esa palabra que promete que la fuerza -de DÍOS- se realiza en la debilidad -la nuestra—.

Ese es el otro camino. *El* carro no puede avanzar *más* en la dirección en la que empuja Iñigo. O al menos si avanza es para alejarse de Dios; e Iñigo es, eso sí, suficientemente sensible para darse cuenta de ese alejamiento, aunque no sepa ponerle nombre. Y por eso está clavado en un punto, sin avanzar, sin poder moverse. Dios señala hacia otro lado. Y cuanto más empeño pone el hombre en empujar, más se agota inútilmente. De nada sirven sus sacrificios o sus sufrimientos, porque lo que Dios quiere no tiene que ver con eso.

Sólo cuando finalmente, rendido, haga (a pregunta: «¿Adónde quietes que vaya?»), sólo cuando mire dónde está Dios, se percatará de que lo único que tenía que hacer era dejarse llevar. Sólo ahora se quita la venda de los ojos. Sólo ahora es capaz de continuar camino, llevado por Dios, adentrándose, por fin, en nuevas profundidades que jamás intuyó.

Como un maestro de escuela con un niño

A partir de este momento se inicia una época en la que Iñigo comienza a avanzar, interiormente, por lugares que hasta el momento le habían sido esquivos. Ahora que, sintiéndose nada, se ha hecho verdaderamente pobre, empieza a comprender mucho más de sí mismo y de su diálogo con Dios.

Es aquí donde empieza a crecer el hombre capaz de analizar el interior con sorprendente finura. Al repasar su recorrido de los pasados meses advierte con precisión cómo ha estado enttampado en un espejismo, un engaño, una químera. Empieza a reconocer con lucidez cómo actúan en su interior, además de sus propias inquietudes,

el espíritu de Dios, que a veces empuja y otras calla; y ese espíritu burlón y engañoso, que a veces te golpea y otras jalea tus insensateces, de modo que por su medio el mal se nos cuele dentro.

Hoy siguen citándose, tanto por parte de creyentes como no creyentes, algunas de las intuiciones de Ignacio de Loyola. Mucho antes de que hubiese psicología y conceptos bien diferenciados para explicar el mundo interior, este peregrino se sumerge en las profundidades de su alma y aprende a distinguir afectos y resistencias, trampas e impulsos, engaños y llamadas, espíritus varios que le llevan en direcciones insospechadas.

Ha comprendido, dejándose la salud en el camino, que sus excesos, sus mortificaciones y ayunos terribles no eran sino trampas, absurdos propósitos que sólo han conseguido mantenerle enroscado dando vueltas en torno a sí mismo. Decide volver a comer carne con tranquilidad, sintiendo en ello que es claramente de Dios el que abandone su anterior privación. Tal es su certeza que ni las reticencias de su confesor -tal vez asustado por un cambio tan tajante- le hacen dudar. Modera sus extremismos. Comprendiendo que tan excesiva es la obsesión por la imagen como su absoluto abandono, vuelve a cortarse **uñas** y cabellos. Ya no parece el eremita desquiciado, sino, ahora sí, un hombre de Dios, pobre, sencillo, ponderado y reflexivo.

Un episodio es especialmente revelador de cómo Íñigo va adquiriendo una perspectiva distinta, un control interior nuevo, una capacidad de desmenuzar e interpretar lo que le pasa por dentro. Durante varias noches se queda desvelado, con grandes consolaciones y alegrías espirituales que le mantienen radiante. Sin embargo reflexiona y, con una sensatez recién adquirida se dice que, pasando

como pasa todo el día en cosas del espíritu, oraciones y conversaciones, ¿no es la noche el tiempo para dormir? JNO será en el fondo este consuelo una ilusión que sólo le va a conducir a agotarse en unos cuantos días? Decide -con muy buen criterio- utilizar la noche para descansar, consciente ahora de que Dios no juega con uno, y sospechando que esas consolaciones nocturnas no son otra cosa que una falsedad. Es así como descubre que a veces el mal espíritu se te cuela bajo capa de bien, proponiéndote cosas aparentemente irrechazables, que sin embargo resultan tramposas.

Habrá quien diga en el futuro que Ignacio es frío, calculador, metódico, racional... Pero por el recorrido que hemos hecho hasta el momento podemos comprender que lo que hay quien toma por frialdad o cálculo es más bien una sabia moderación aprendida desde los propios excesos. Que si a algo ha tendido el corazón de Ignacio es a dejarse abrasar por emociones e impulsos. Y si termina siendo un maestro en la delicadeza de las emociones, en la sutileza de los afectos o en el discernimiento de los espíritus que nos agitan, es porque ha comprendido que el alma humana es compleja, nuestros sentimientos no son fáciles de interpretar, y el lenguaje de Dios es en ocasiones voz estruendosa, pero otras muchas un susurro sólo perceptible en el silencio.

La expresión palmaria de la experiencia mística de Ignacio en Manresa es lo plasmado en los ejercicios, que se irán completando durante los siguientes años, pero cuyo corazón ya está perfilado en Manresa. En esa escuela vital de oración que es el librito de los *Ejercicios Espirituales* el peregrino trata de encaminar a otros para que puedan aproximarse a lo que él mismo va descubriendo en sus ratos de oración, en esta segunda etapa de su aprendizaje manresano.

Dios le trata en este tiempo «como un maestro de escuela con un niño». Ahora que se ha puesto en sus manos el peregrino es de nuevo tierra sedienta, preparada para recibir el agua y dejar que la semilla plantada germine. A medida que avanzan los días irá sintiendo, con absoluta confianza y certeza, cómo Dios le ilumina y le hace comprender el evangelio y la fe de una forma personal y nueva. Sus palabras autobiográficas al describir la manera en que Dios va tocando su corazón y su alma nos resultan extrañas, posiblemente porque describen una experiencia tan particular, tan única, que el lenguaje no la sabe capturar. Ignacio hablará, cuando recuerde esta etapa, de *visiones interiores, noticias espirituales* que Dios imprime en su alma, *ver con los ojos del entendimiento, imágenes* que se le aparecen en tal o cual figura... ¿Cuánto es aquí imaginación y cuánto sensibilidad? ¿Cuánto es físico y cuánto espiritual? De poco sirve enredarnos en análisis varios de algo que se nos escapa. El caso es que en el tiempo que sigue Iñigo en Mantesa se ve constantemente iluminado por Dios, aprendiendo, creciendo y sintiendo. Cuando ya al final de su vida recuerde este tiempo su memoria conservará las lecciones de esta última etapa manresana como claves de su vida.

Esas lecciones sin aula ni pupitre, sin otro maestro que la guía de Dios y sin más estudio que los momentos de oración, le van ayudando a comprender lo que hasta el momento sólo eran palabras o una fe «aprendida», pero no tan asumida. En un futuro no muy lejano este aprendizaje tan peculiar le granjeará sospechas. «¿Pretendes que Dios mismo te ha iluminado?». «¿Quieres acabar en la hoguera?». Pero no adelantemos acontecimientos. Por ahora no tiene esos problemas el peregrino, que disfruta de una escuela diferente.

Rezando al Padre, al Hijo, al Espíritu y a las tres Personas a la vez comienza a entender mucho más de este Dios que es relación, que es amor compartido. Una mañana, mientras reza, se lo figura como tres teclas que sólo pueden sonar juntas. El peregrino solitario se descubre cautivado por un Dios que es Trinidad. No puede dejar de sollozar, con emoción, con dicha, con gratitud. Y para siempre tendrá una devoción grande a la Santísima Trinidad. De un modo igualmente hondo intuye, con profusión de imágenes y alegría, cómo Dios crea el mundo. Este Dios que, como creador, es principio y fundamento de todo resonará más adelante, cuando redacte, probablemente en París, el prólogo de sus *Ejercicios Espirituales*. En una Eucaristía, ante la hostia elevada al cielo comprende con absoluta certeza que en ese pan consagrado está el Señor. A menudo se le aparece la humanidad y figura de Cristo. El Cristo pobre y humilde, que más adelante va a resonar una y otra vez en sus palabras, lo intuye con mucha frecuencia en sus ratos de oración. También se le aparece en semejante imagen Nuestra Señora.

No todas las visiones son inducidas por el buen espíritu. También descubrirá Iñigo que una extraña forma, similar a una serpiente, que se le ha representado bastantes veces causándole enorme alegría -y que se le seguirá apareciendo muchas otras veces en su vida- es, sin embargo, un engaño, que nada tiene que ver con Dios.

De visiones y otras rarezas. Cuando habla el místico

Llegados a este punto se hace necesario intentar precisar de qué estamos hablando. ¿Qué es esto de las imágenes que se le aparecen? El escéptico en nosotros frunce el ceño

y se pone alerta cuando empezamos a hablar en estos términos. De entrada, todo este mundo de las visiones nos suena extraño y nos induce a pensar que algo no encaja. Si hoy en día alguien pretende «tener visiones», probablemente le recomendaremos un poco de aire libre, le pasaremos una batería de tests psicológicos o le preguntaremos qué tipo de sustancias consume. Tal vez nos hemos vuelto más cínicos. O más prudentes. O más racionales. O en nuestro mundo desencantado no caben esas experiencias.

Sin embargo es necesario no descartar sin más lo que no entendemos fácilmente. ¿Cómo interpretar estas «visiones» de Iñigo? ¿De qué está hablando? Hoy la misma palabra nos resulta sospechosa, y por eso, llegado a este punto del camino de Iñigo, uno puede sentirse incómodo. A lo mejor pensamos que el hambre y las penitencias extremas le han vuelto un visionario. Con escepticismo podríamos decir que tal vez se trata de elucubraciones o extrañas fantasías de un tipo en el límite de la cordura. Si somos muy racionales podemos buscar, con un cierto espíritu académico, enmarcar la experiencia en categorías cognitivas que nos dejen tranquilos. En ese caso lo interpretamos como autosugestiones inducidas por su psicología... (y en todo caso afirmamos que el que está detrás de esas sugerencias es Dios y salvamos en el mismo argumento la dimensión creyente...).

Pero todas esas aproximaciones son erróneas o al menos incompletas. Porque tratan de desmenuzar lo que es una experiencia global que no se puede desmontar como un mecano. Y tratan de entender como literal lo que no deja de ser el lenguaje expresivo de Ignacio, que ni siquiera al final de su vida ha encontrado palabras para formular aquello que le pasaba por dentro.

¿Cómo entender estas descripciones? ¿Veía o soñaba? ¿Sentía o imaginaba? ¿Cómo encontraba a Dios? Sus propias palabras son un intento impreciso de transmitir lo que, de alguna manera, es inefable.

Hay un tipo de encuentro con Dios, tan interior, tan particular, tan hondo, tan único, que quien lo experimenta sólo puede expresarse a medias al hablar de ello con otros. Definimos como místicos a quienes experimentan ese encuentro con lo divino. Nos asomamos de lejos a su experiencia. Es tan personal y tan irreplicable la forma de experimentar a Dios que la persona sólo puede describirlo con imágenes, metáforas, evocaciones... Si ocurre que el místico es un lírico, que sabe insinuar con los verbos, crear imágenes sugerentes o convertir en verso lo que en su interior es explosión, entonces tenemos las cimas de la literatura que, en el caso español se llega a alcanzar con san Juan de la Cruz o santa Teresa de Jesús.

Pero no todo místico es un poeta. Cuando Dios se comunica de ese modo, particular y único, desencadena expresiones bien distintas. En el caso de Ignacio de Loyola probablemente son los *Ejercicios Espirituales*, más que su propia narración de los hechos, el eco más audible de lo que ocurrió en su interior en los atribulados tiempos de Manresa. Los ejercicios irán siendo el resultado destilado del encuentro del peregrino con Dios, de su lucha y su rendición.

¿Qué son esas visiones? Es su forma de describir su oración, su encuentro con Dios, la manera excepcional en que la gracia se derrama sobre el hombre, su comprensión, que tanto tiene de racional como de emotivo, de conocimiento como de certeza, de escucha como de interpretación. Tan honda es esa comunicación que comentará Ignacio que, aunque no hubiese otras fuentes

del conocimiento en cuestiones de fe, le bastaría ío que ha asimilado en estas jornadas de Manresa para creer con absoluta certidumbre, hasta dar la vida por ello si llegara el caso.

La experiencia más definitiva, la que posiblemente supone la culminación de la etapa manresana es la que tiene lugar junto al río Cardoner. Mientras Iñigo camina hacia la iglesia de San Pablo, situada entonces a un par de kilómetros del pueblo, se sienta tranquilamente junto al río. «Estando allí sentado se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y eso con una ilustración tan grande que todas las cosas le parecían nuevas» {Aut., 30). Ese aprendizaje será, al final de sus días, el que recuerde como el momento de su vida en que más iluminado se sintió. Llega a afirmar que todas las otras experiencias de su vida entera juntas no alcanzan a igualar lo experimentado allá, junto al Cardoner.

Desde entonces se siente diferente. La consecuencia de esta extraña comunión es sentirse otro hombre, con otra comprensión de las cosas distinta de lo que hasta el momento ha podido tener. Desde este momento ya siempre tendrá Iñigo una inquietud y una meta que, allá donde vaya, marcará su camino: ayudar a las almas. Su amor a Cristo va a ir siendo desde este momento cada vez más explícito, más perfilado. El Cristo pobre y humilde se va a convertir en su referencia, su amigo, su Señor...

Podría decirse que lo que le ha llenado junto a este río es como un manantial bien distinto, un torrente que se desborda, que necesita comunicarse. Es muy importante entender el significado de esto. La experiencia de Iñigo en

el Cardoner es, posiblemente, la semilla más significativa de la espiritualidad **ignaciana**. Y, en ese sentido, no es una experiencia particular que se agota en él. Es, más bien, la manera en que Dios utiliza a una persona concreta para llegar a otras muchas.

Si queremos entender a Ignacio, también en esta dimensión mística, hemos de comprender que en él convergen la lucidez para analizar la sociedad y el mundo en que se mueve, una fe inquieta, un espíritu en búsqueda, un mundo interior de singular riqueza, que auna la apertura a la trascendencia con una increíble capacidad de introspección, una especial facilidad para conversar y aconsejar a otros sobre cuestiones de Dios y sobre la propia vida, y un carácter apasionado. Todo ello se combina de una forma única. Todo ello le permitirá aproximarse al evangelio y comprender a Dios de un modo que, entonces, rompía moldes. Todo ello está en la base de lo que durante siglos se ha de llamar espiritualidad ignaciana, que sigue siendo, para muchas personas hoy, un camino de aproximación al evangelio.

De nuevo en marcha

Llega a su fin el tiempo de Manresa. Iñigo, en el invierno frío, ha estado enfermo y alojado en casa del señor Ferrer. Las mujeres que se han convertido en sus bienhechoras le atienden, le velan de noche, se preocupan de que se abrigue y se cuide durante el invierno... Es, de alguna manera, como el niño frágil que inspira ternura y despierta el instinto de protección de quienes le ven desvalido. No imaginan, en verdad, su fortaleza. De la batalla interior que ha librado en estos meses ha salido físicamente exhausto.

Su estómago se resiente de sus excesos ascéticos. Un cólico biliar le acompañará ya toda su vida. Pero también ha salido fortalecido. Ha cambiado. Es, de alguna manera, un hombre nuevo. Ya no es el soñador inexperto que llegó a Manresa. Pero sigue siendo un hombre con una meta, un sueño.

Ahora bien, no imaginemos ese cambio como la transformación del capullo convertido en mariposa. Eso tiene demasiado de maniqueo, de dualista (antes era pérfido y ahora es immaculado). No, Íñigo posiblemente es el mismo, aunque ha podido llegar más hondo dentro de sí, y más hondo dentro de Dios. Y eso le da una profundidad distinta a su vida y a la perspectiva desde la que vivirá. Pero también seguirá teniendo sus conflictos, sus momentos de orgullo y de vanidad, sus exageraciones, sus perplejidades y sus flaquezas. Describe, en su *Autobiografía*, cómo creyéndose morir por la fiebre, se mantiene la lucha interior entre su propia conciencia de ser santo y de ser pecador. La verdad es que las dos cosas van tan unidas... Si a estas alturas de la vida Íñigo fuese un hombre etéreo, perfecto y sin mácula, un santo sin pecado, un espíritu puro, creo que no merecería la pena seguir *con él*. No *Tendríamos* nada que compartir y muy poco que aprender. Dios no cambia así a las personas. Tal y como somos, con nuestro carácter, luces y sombras, puede entrar -si le dejamos- y convertirnos. Pero en esa conversión no perdemos nuestra identidad. Íñigo sigue siendo un personaje en continuidad con su historia, con sus rasgos y con su camino.

Su idea *cié it a jecusalén* permanece firme. Quiere marcharse a vivir allá. A predicar el evangelio. A ayudar a las ánimas. A compartir lo que ha recibido en estos tiempos. Jerusalén, la tierra de Jesús. Posiblemente su deseo de

llegar a Tierra Santa es ahora mayor que antes. Quiere dedicarse allí a convertir fieles e infieles. Los ecos de un lenguaje de cristiandad, una historia de cruzadas y vidas heroicas siguen ahí.

Al llegar el nuevo año de 1523 ve llegado el momento de partir. Aunque se siente entre amigos, encuentra gran facilidad y gusto en las conversaciones espirituales que mantiene con ellos y es consciente de que así puede hacer mucho bien a las gentes, también se siente enjaulado, con ganas de continuar camino. No es este el lugar ni el tiempo para echar raíces. Está impaciente por partir. Quiere, además, estar solo. En las manos de Dios. Sin otro refugio ni seguridad. Siente que esa es la voluntad de Dios, que pone en su corazón tales deseos, y ante eso no puede haber más demoras.

Sus gentes se entristecen, aunque también saben que el peregrino tiene que partir. Inés Pascual, su amiga más cercana en este tiempo, comenta con él una y otra vez sus planes, le da consejos, le ofrece un lugar -que Íñigo acepta- para hospedarse en Barcelona mientras encuentra pasaje.

Se despide de Manresa, de los frailes, de su confesor, que ha sido refugio y ayuda en estos meses de vorágine interior. Se despide de los hombres y mujeres que le han cuidado y querido: del pequeño Juan y su madre, Inés. Del señor Ferrer, de Jerónima, que le atendió siempre en el hospital de Santa Lucía. Dice adiós a estos rincones que han sido escenario de sus zozobras y sus alegrías: la iglesia en que tantas horas ha rezado; los caminos que le han visto pasar, gritando a veces, llorando otras; el crucero ante el que se ha arrodillado a menudo; su cueva, junto al Cardoner. Escucha por última vez el sonido de esas aguas cristalinas que le han traído el rumor de otro manantial

inagotable. Recoge sus pocas pertenencias de la celda en que ha pasado tantas noches en vela. No puede evitar un estremecimiento al mirar al agujero del suelo que tantas veces pareció su única salida.

Recibe los últimos consejos. Se dan los últimos abrazos. Se aleja, caminando, mientras un grupo de gente le ve marchar. Se vuelve una última vez y alza el brazo. Quiere a estas gentes. Pero, aunque él no lo formularía con estas palabras, empieza a descubrir que el corazón humano tiene esa extraña capacidad, que cuantos más nombres entran más caben. Y son muchos los nombres, las vidas y las historias que esperan a este peregrino que continúa su camino.

Peregrino

Los hombres se acercan al Hospital de San Juan, lugar de acogida de los peregrinos en Jerusalén. Quienes los ven llegar miran la escena sorprendidos, sin saber si reír o inquietarse. El más robusto es moreno, alto y corpulento, bien conocido en estos lugares. Se trata de uno de los criados sirios del monasterio. Está harto de tratar con peregrinos que ponen en peligro las vidas de todos, ya de por sí harto complicadas. De ahí el mal humor que su rostro no disimula; el enorme garrote que lleva en su mano izquierda quita a cualquiera las ganas de bromear con él. Su diestra agarra con rudeza el brazo del otro hombre. Este se deja llevar sin oponer resistencia por el camino polvoriento. Es menudo y delgado, de modo que no es muy difícil hacerle avanzar. Por su expresión ausente y satisfecha uno diría que está en cualquier lugar lejano y placentero, y no poco menos que arrastrado por un coloso destemplado que no deja de zarandearle y masticar improperios.

Al llegar al hospital un monje franciscano sale a la puerta. El criado suelta el brazo del otro y con un brusco empujón le arroja hacia el interior del recinto, alejándose. Cuando el hombre menudo se cruza con el monje, este le mira con una mezcla de alivio y exasperación. Le responde una mirada franca y tranquila que parece explicar, con disculpa pero sin arrepentimiento: «Tenía que hacerla». No dicen nada.

En el interior le recibe un variopinto grupo de per-satKtjes. Son todos peregrinos como él, que, sabiéndole a salvo, recuperan la tranquilidad. Le rodean, le preguntan, bromean, parlotean todos a la vez. Con las horas vuelve la calma.

Ha anochecido. Se hace el silencio, sólo roto por ronquidos y alguna que otra tos. El hombre pequeño, incapaz de dormir, contempla, a través de un ventanuco, el cielo estrellado. Lamenta tener que irse, pero está dispuesto a obedecer. ¿Y ahora, qué va a hacer de su vida!

Estamos a finales de septiembre de 1523. Seis meses ha durado la aventura hierosolimitana de Iñigo. Él esperaba que este fuera el lugar donde gastar su vida. El viaje le ha llevado medio año. Ha sobrevivido a tormentas, ha atravesado un país azotado por la peste, ha sorteado controles y superado barreras sanitarias. Sin embargo sólo ha podido pasar *tres* semanas en Tkrra Santa, y ahora tiene que irse. Perplejo, está descubriendo que la voluntad de Dios no es tan clara en su vida. Ayudar a otros, sí. Pero, ¿dónde?

tu

Preparativos

Las semanas que Iñigo pasa en Barcelona antes de embarcarse son, sobre todo, tiempo de espera para conseguir pasaje. Y no es que esté perdiendo el tiempo o que espere pasivamente. Eso no va con su carácter. En 1523 el

tiempo se mide de otra manera, y veinte días es casi un suspiro cuando se trata de arreglar una partida.

Su principal objetivo es encontrar un barco que le pueda llevar hasta Italia. Con el ligero inconveniente de que no tiene dinero y además pretende seguir así, convencido de que ha llegado, para él, el momento de vivir a la intemperie, poniendo su total espetanza en la Providencia. Por esa misma razón rechaza las recomendaciones y ofrecimientos que se le hacen para viajar acompañado. Muchas personas le aconsejan que vaya con alguien más. No tiene dinero y no sabe italiano ni latín. «¿Cómo vas a ir solo, Ñigo?». Le apuntan el nombre de personajes de mayor o menor rango que están preparando el viaje. Le ofrecen una recomendación, una presentación, un contacto que le pueda facilitar el acomodo. Al menos tendrá un amigo, alguien cerca. De ese modo sabrá en quién apoyarse en caso de enfermedad, de hambre, de tantos imprevistos como pueden surgir en un viaje que uno sabe cuándo empieza pero ignora cuánto durará.

Son precisamente esas razones las que mueven a ñigo a ir solo. ¿A quién ha de volverse en la hora de necesidad? ¿A algún compañero de viaje acomodado? ¿Va a ser esa su confianza en Dios? Pues bonito peregrino sería. Ñigo es en este momento como un trapealista sin red, convencido de que sólo el sobrevolar el vacío hace pleno su vuelo. Está dispuesto a vivir desguarnecido, rico en su pobreza y fuerte en su abandono, disfrutando de la amistad con Dios recién descubierta.

Pide limosna mientras pasan los días. A menudo busca personas que quieran hablar de cosas espirituales. Gente como Isabel y Juan Rosel, que una mañana le llevan a comer a su casa, dando comienzo a una amistad que durará décadas. El deseo de conversar sobre Dios y la

vida de las personas va a ser, en adelante, una inquietud constante en la vida de Íñigo. Le ocurre como a tantos hombres y mujeres cuando algo verdaderamente bueno les llena de júbilo. Quiere compartirlo, comunicarlo, desea que otros puedan participar de esa misma dicha. No siempre habrá interlocutores interesados, ni gente que pueda entender de qué está hablando. De hecho, en estas semanas le defrauda el no encontrar apenas gente con quien conversar así. Pronto le identifican en los alrededores como un hombre piadoso y recibe bastantes donativos. Toma lo poco que necesita y reparte el resto con otros que, como él, mendigan para vivir.

Frecuentemente se acerca al puerto para informarse sobre el destino de los barcos que van a zarpar y negociar su posible acomodo -gratuito- en alguno de ellos. El puerto de Barcelona es un lugar de incesante actividad. Aunque tiene que hacer frente a la competencia de Valencia y Genova, y ha quedado excluido del comercio indiano, sigue siendo un lugar privilegiado para el mercadeo en esta zona del Mediterráneo. Es la puerta por la que salen de la península cargamentos de coral, papel, cordelería, vidrio, loza, armas, miel, aceites o azafrán con destino a Francia o a Italia, y a la vez puerto de entrada para enormes cargamentos de trigo de Sicilia. ¿Cómo conseguir pasaje gratis en uno de esos barcos? No es Íñigo un marinero que pueda ofrecer sus servicios, y posiblemente su aspecto no es el de un hombre saludable que pueda ser de mucha ayuda en una nave. Complica más el asunto el hecho de que no todos los barcos son seguros. De hecho Isabel Rosel consigue que Íñigo renuncie a montarse en el primer bergantín que ya le ha admitido, alegando que es un barcucho inestable. Y sorprendentemente para alguien que no hace mucho caso de los consejos de esa

índole, Íñigo cede. Aunque Isabel le dará algún problema bastante serio en el futuro, habrá que tolerárselo, pues el bergantín que Íñigo abandona a instancias suyas se hunde, con todos sus pasajeros, nada más salir de puerto.

Posiblemente en las negociaciones con el capitán que finalmente le acoge, Íñigo deja caer, con cuidada intención, su peregrinaje a **Tierra Santa**. Es muy reservado para lo suyo, pero también es muy resuelto cuando se trata de conseguir algo. Generalmente evita hablar de su destino. Y si alguien le pregunta se Umita a informar de que quiere ir a Roma, como hace cuando una mujer indiscreta le interroga al verle pidiendo limosna. Ese silencio sobre sus intenciones es revelador. No es por un afán de ser misterioso y circunspecto. Quiere evitar —de nuevo— la vanagloria. Es consciente de que su viaje proyectado a Jerusalén tiene mucho de emocionante, de aventurero, de valiente y de grande. No cualquiera lo haría. Hay que tener un espíritu audaz y estar dispuesto a arrostrar grandes dificultades y peligros. Si a esto se le añade que, aunque sea pobre, se ve que es un hombre educado, si cuenta que va a la tierra de Jesús inmediatamente despertará en sus interlocutores admiración, rumores de santidad y demás. Y eso al tiempo le atrae y le incomoda, le tienta y por eso mismo le repugna, pues la vanidad es uno de los fantasmas que le rondan y contra los que quiere luchar. Así que lo silencia, decidido como está a vivir humildemente. No es una manía ni una minucia, sino una forma de ser honesto consigo mismo y con Dios.

Sin embargo, práctico como es, es posible que al capitán del barco le haya dejado entrever su destino. Así el marinero puede razonar y decirse que, después de todo, si este es un hombre de Dios no viene mal tenerlo de su parte -por aquello de contar con la protección divina en

una travesía marítima-. Sea por las razones que sea, finalmente le acepta en la nave, con la condición de que lleve con él lo suficiente para su sustento, pues una cosa es darle sitio, y otra bien distinta tener que alimentarle.

Parece razonable. Pero para Iñigo no es tan sencillo. Su deseo de vivir a la intemperie incluye también no llevar nada para comer. «Dios proveerá», parece ser en este momento su máxima. Así que está ante un dilema. Si mantiene su absoluta indigencia, no sube a botdo. Pero si embarca con provisiones, se siente *un*. traidor a su deseo de perfección en el seguimiento del Jesús pobre y a su búsqueda de la gloria de Dios. ¿Qué hacer? Lo que siempre hace Iñigo cuando no ve la salida a un problema: preguntar a su confesor, consciente de que a veces uno es ciego a lo que otro puede ver con claridad. Dicho y hecho, acude a buscar ayuda. Y el confesor resulta, como de costumbre para Iñigo, clarificador {y sensato). «Hijo, lleva algo para comer, que con eso no estás traicionando ni la perfección ni la gloria de Dios». Solucionado el dilema. Aunque no tanto, Iñigo pide limosna, y recibe abundantes provisiones y dineros. Sigue intranquilo con tanta seguridad. Así que finalmente se embarca, pero deja todo el dinero que ha recibido en un banco en la arena y lleva consigo únicamente algunos comestibles. Podría sonarnos como una anécdota. En una interpretación ligera uno podría hasta pensar: «¡Qué puntilloso es este Iñigo!». Y aunque es verdad que Iñigo tiende a lo extremo, a un punto de exageración y a buscar el límite, este episodio, pequeño pero ilustrativo, nos habla fundamentalmente de radicalidad, de coherencia y del deseo intenso de ser fiel a aquello que intuye que Dios le pide.

Ha pasado en total algo más de veinte días desde que llegara a Barcelona. Cuando el barco se hace a la mar y

se aleja del puerto el peregrino, sintiendo el viento contra su rostro, es dichoso. Ni una vez vuelve los ojos hacia la tierra que deja atrás. Está dispuesto a no regresar jamás. Dice adiós para siempre a este mundo de hidalgos y nobles, de guerreros y damas, de ascensos y caídas. Adiós a su familia, que tal vez, en la casa torre, se pregunta qué ha sido de él. Adiós a la alta dama que un día ocupó sus sueños de enfermo. A Montserrat, donde una espada queda colgada de una verja como mudo recuerdo del que un día pasó por allí, y un viejo monje benedictino se pregunta qué caminos recorren hoy sus pies nómadas. Adiós a Manresa, aún fresca en su memoria, escenario de una noche sombría y un despertar radiante.

Su mirada está clavada en el horizonte. Sus ojos escudriñan a lo lejos, se pierden en el mar infinito, dibujan tierras que aún no se ven y le transportan a esa Jerusalén soñada, la tierra de Jesús, que, ahora sí, está un poquito más cerca.

En camino

La travesía marítima es rápida. En el barco viaja la fauna habitual y diversa de este tipo de expediciones: otros peregrinos que, como él, emprenden camino hacia Roma o hacia Jerusalén, clérigos que viajan con diversas encomiendas a la Ciudad Eterna, algún dominico y algún franciscano -que siempre hay frailes en los barcos-, caballeros de las órdenes militares, moviéndose constantemente por el Mediterráneo, señores con sus criados, algún hidalgo en busca de fortuna, y comerciantes que incansablemente tejen sus redes por toda Europa.

Hay mar bravo durante la travesía. Pero el viento les

es favorable, con lo que llegan a Gaeta en cinco días. Durante este tiempo Iñigo tiene más que suficiente con sus exiguas provisiones y lo que le dan algunos pasajeros para alimentarse. Está impaciente por llegar a tierra. En el barco no hay mucho que hacer. Las conversaciones de cubierta suelen ser intrascendentes, de modo que se mantiene distante. Observa a sus compañeros de navegación, le llama la atención la extraña belleza de un muchacho de ojos huidizos. Al final cae en la cuenta de que es una chica a quien su madre disfrazó, pues viajan solas y quiere evitar exponerla demasiado. De vez en cuando conversa con un joven que se dirige a Roma, y que le recuerda a sí mismo años atrás. Pasa muchos ratos recogido, en oración. Cuando por primera vez divisa los acantilados del golfo de Gaeta se siente feliz e impaciente.

Apenas espera a que terminen de tender la pasarela para bajar a tierra, y ya en el puerto pregunta por el camino a Roma, prácticamente entendiéndose por señas con los vecinos de Gaeta. Con su deje cantarín, al oír el nombre de la Ciudad Eterna los gaetanos gritan, gesticulan, se llevan las manos a la cabeza, hablan entre sí... Entre invocaciones a la «Santa Madonna», y otras jaculatorias que no descifra, cree entender Iñigo que en algún sitio hay peste: «¡¡¡é la peste ñera, signore!!!». También comprende el significado de «non» y de «possibile», pero ía filosofía de este peregrino tiene mucho más de «querer es poder» que de «ten cuidado». Es testarudo y no está dispuesto a esperar, así que insiste. «A Roma, a Roma» hasta que sus interlocutores se dan por vencidos y le señalan el camino entre exageradas muecas de lamento. En tealidad esta escena se repite a menudo en Gaeta, y es ya casi un divertimento para los habiientes estudiar a los viajeros, haciendo apuestas acetca de quién se echará atrás y quién seguirá camino.

Entre los que deciden continuar están la madre y la hija, así como el joven con quien ñigo entablara conversación en el barco. Saben que el viaje va a ser más incómodo, pues en tiempos de peste las ciudades están cerradas, como medida sanitaria preventiva muy restrictiva. Yendo a pie no es posible avanzar demasiado rápido, y no será fácil encontrar alojamiento. Sienten que tal vez viajando juntos vayan un poco más protegidos y finalmente emprenden el viaje los cuatro.

Sin embargo poco les va a durar la seguridad. La primera noche hallan acomodo en un caserío en el que también hay algunos soldados dispuestos a pernoctar. Las tropas de Carlos V pululan por la península italiana, y es fácil encontrar grupúsculos dispersos en uno y otro lugar, como esta mesnada que se calienta con vino y fuego mientras cena entre chistes soeces y grandes risotadas. Los soldados son acogedores, y rápidamente hacen un sitio a los recién llegados en torno a la hoguera. Les dan comida y sobre todo abundantes tragos de vino. Ñigo advierte, incómodo, las miradas ambiguas que varios de ellos lanzan a la joven que a nadie parece engañar con su disfraz de muchacho. A la hora de dormir madre e hija son alojadas en una estancia del caserío, mientras Ñigo y el joven se tienen que conformar con un rincón del establo.

Pasada la medianoche Ñigo escucha gritos que provienen de fuera. Sale del establo y encuentra a las dos mujeres, llorosas y desarregladas envolviéndose en sus ropas, y tras ellas varios soldados ebrios. La madre grita que intentan forzarlas. La cría llora nerviosa. Los hombres ríen y se acercan, amenazantes. Ñigo siente entonces una cólera que le devuelve a sus tiempos mozos. Agarra el bastón como si fuese un arma y encara a los matones insultándolos por su cobardía y lo intolerable de su abuso.

Mientras ramo, el otro joven, inseguro acerca del resultado del choque y poco proclive al heroísmo por personas a quienes apenas conoce, se escabulle, dejando a Iñigo y las mujeres a su suerte. Algo debe quedar en este peregrino del porte de soldado que enfría la exaltación de los mozos. Estos parecen convertir en broma el episodio y se alejan fanfarroneando.

Sin embargo no hay que tentar al destino. Los tres peregrinos recogen sus pertenencias y deciden seguir camino esa misma noche. Al fin Iñigo ha tenido su minuto de gloria heroica, su episodio digno de Amadís, su hazaña en servicio de una dama. Ni la dama es de alta alcurnia, ni la gesta se cantará por generaciones, ni el propio Iñigo se siente ya caballero, sino sólo un poco asqueado y enfadado por la situación. Pero cuando se atempera su genio, a medida que los cubre el manto negro de la noche, no puede evitar sonreír para sí mismo y mover la cabeza de un lado a otro al pensar en la extraña forma en que sus sueños caballerescos se han cumplido cuando ya no los soñaba.

El episodio tiene sus secuelas. Caminan rápido para alejarse del caserío. La primera ciudad que encuentran está cerrada a cal y canto y terminan pasando el resto de la noche en las ruinas de una iglesia, bajo la lluvia que se cuela por los agujeros del techo desvencijado. Al día siguiente Iñigo está exhausto -pues lleva días comiendo lo justo—, y su pierna se resiente de la veloz marcha nocturna. La ciudad -Fondi- continúa sellada para ellos. Insiste a sus compañeras para que prosigan su viaje. Aunque dudan, conscientes de estar en deuda con él, también desean seguir su camino sin que las retrase un compañero enfermo. Por su parte, lo último que quiere Iñigo es que se queden a cuidarle. Así que con el argumento de que les

conviene alejarse de la zona las convence fácilmente. Las ve partir hacia Roma, mientras él queda sentado en un margen del sendero, tratando de recobrar las fuerzas.

A lo lejos se abren las puertas de la ciudad y sale un numeroso grupo de gente, un séquito que parece acompañar a alguien poderoso. Cuando llegan cerca de él, Iñigo, acostumbrado a los protocolos cortesanos, no tiene problema para localizar a la figura que, sin duda, tiene más autoridad en este grupo. Se trata de Beatriz de Colonna, la señora de Fondi. Iñigo no lo sabe, ni tampoco es que le impotente mucho el universo de Colonnas y Gonzagas, Urbinos y Médicis, Borgías, Farneses y Carafas que se disputan el prestigio y el poder en los reinos de Italia. A él, que ha alternado con los grandes de España, no le intimida el boato. Sin ningún recato se adelanta y se planta en el camino delante de la litera que lleva a la dama. Habla con una tranquilidad y educación que poco tienen que ver con el temor avergonzado con el que normalmente tratan los desheredados a los señores. Explica que no tiene la peste, y que su aspecto demacrado obedece nada más que a la fatiga y al hambre. Solicita que se le permita entrar en la ciudad a pedir limosna en ella. La condesa, sorprendida e intrigada por la calma de este pordiosero cultivado que le habla en un castellano más propio de señor que de soldado, accede a la petición, pese a la severidad de los controles sanitarios en tiempos de peste.

Iñigo entra en Fondi y allí consigue pronto reponer las fuerzas. El comienzo de su marcha ha sido, sin duda, trepidante y complicado. Pero, visto cómo se ha desenvuelto, parece claro que el peregrino sabrá arreglárselas bastante bien. Continúa su camino en solitario, como había sido su intención primera.

Roma

Llega a Roma el 29 de marzo de 1523. Domingo de Ramos. Su estancia durará alrededor de dos semanas. En este tiempo sólo hay una cosa que le interesa: conseguir del papa Adriano VI el permiso para viajar a Jerusalén. Dicho pase se expedía normalmente en la Penitenciaría, una de las oficinas de este Estado Pontificio complejo, que conjuga en un extraño juego lo temporal con lo espiritual, el mecenazgo de los artistas con el cuidado de las almas, el anuncio del evangelio y las luchas sordas por el poder en la enrevesada política europea. En dos días consigue el permiso pontificio para peregrinar, recibiendo la bendición papal con otros peregrinos el 31 de marzo.

Una vez le llama la atención la sobriedad de la corte papal. Después de todo, desde su infancia viene oyendo hablar de la escandalosa vida de pontífices recientes como Alejandro VI —el papa Borgia— o Julio II, un verdadero monarca volcado en los asuntos temporales. Este Adriano VI que ahora le bendice, antes Adriano de Utrecht, es un papa atípico en el Renacimiento. No ambicionó el solio pontificio, que fue más bien fruto de las intrigas de su protegido Carlos V. Durante su breve pontificado, que sólo durará desde enero de 1522 hasta septiembre de 1523, intenta imponer austeridad y rigor en la corte romana. Preocupado por la fuerza que va tomando el movimiento que secunda a Lutero en Alemania cree necesario tomar medidas. Pero sus propuestas son un puro retoque de la fachada, cuando es el edificio entero el que necesita una reforma urgente. Y no es precisamente la compostura exterior la solución. El emergente humanismo del Renacimiento no quiere ahora austeridades ni rigores como los que proponen Adriano (y Lutero), sino dispendio y alegría de vivir, mecenazgo

y grandeza, colorido y fiesta. Esta Roma pequeña -de apenas 50.000 habitantes- y recién castigada por la peste, quiere crecer, quiere vibrar, quiere hacerle sombra a Florencia, y no convertirse en un enorme claustro de silencios y oraciones. La reforma católica será barroca, no románica. El pobre Adriano morirá pronto sumido en una triste melancolía ante su incapacidad para acometer la reforma en profundidad de la Iglesia. Nada sabe Íñigo, al recibir la bendición, de toda esa marejada eclesial, ni mucho menos del papel destacado que le va a tocar representar en el tablero de las reformas y contrarreformas cuando, finalmente, sus pasos de peregrino le traigan de nuevo a la Ciudad Eterna.

Una vez logrado su salvoconducto pasa en la ciudad toda la Semana Santa y la semana de Pascua. Asiste a las celebraciones religiosas, especialmente solemnes en estos días. Visita las grandes basílicas, Santa María, San Juan de Letrán o San Pablo Extramuros, que hacen de Roma algo digno de verse, aunque está todavía lejos de la magnificencia que adquirirá en los siglos venideros.

Habla con otros españoles que, como él, se hospedan en el hospicio de Santiago, cercano a la plaza Navonna. Este hospital acoge a los peregrinos navarros y españoles. La mayoría han terminado aquí su peregrinación. Algunos, como él, planean llegar hasta Jerusalén. Pero no hay ninguno que conciba un viaje tan expuesto como el de Íñigo. La mayoría de los peregrinos consideran, no sin razón, que ya bastante arriesgado es atravesar miles de kilómetros. Están amenazados por tormentas, por los turcos encabezados por Solimán, cuyo solo nombre les hace santiguarse; por epidemias, por una violencia brutal que vuelve esta época insegura e incierta... No hace falta añadir a esto la pobreza.

En realidad la mayoría de los peregrinos son gente que puede permitirse viajar con ciertos recursos, comprar comida abundante para las largas travesías, y a veces llevan con ellos un ajuar considerable que incluye mantas, colchones o armas. No es de extrañar que cuando oyen de labios de Íñigo su intención de viajar sin dinero y a pie pongan el grito en el cielo. «Pero, ¿adónde vas, insensato? Estás tentando a Dios». Por supuesto Íñigo oye las advertencias como quien oye llover. ¿Cómo explicarles que precisamente es Dios la riqueza que tiene, y no necesita otra? Le tomarán por pretencioso o por loco. Así que calla. Pero al final tanta advertencia termina haciendo mella cuando algunos le dicen que se olvide de embarcar si no puede pagar su pasaje. Una cosa es un barco comercial que te puede hacer sitio para cruzar de Barcelona a Gaeta, y otra muy distinta el largo viaje en la nave de peregrinos, que se financia en buena medida por lo que aportan los propios viajeros. ¿No es razonable? Algo así debe pensar Íñigo, que, ante la duda, pensando que tal vez sea un necio si arruina su propósito por esta obstinación, pide limosna para pagarse el pasaje cuando llega a Venecia. Al fin reúne una buena suma, sabiendo que es mucho lo que se necesita para el barco.

Sin embargo en cuanto salga de Roma y se vea en camino, lejos de estos profetas de calamidades que le han pronosticado tantos males, vuelve a sentir que el dinero es para él una cadena y una trampa. Decide irlo repartiendo entre aquellos necesitados que vaya viendo en su trayecto hacia Venecia. Y así lo hará, hasta quedarse de nuevo sin nada. Íñigo se ha hecho pobre y es muy difícil que algo le haga sentir de otro modo.

¿Es demasiado radical? ¿Es un extremista imprudente, un temerario, como le vienen diciendo algunas de las

personas con quienes se encuentra? En realidad Iñigo sí es un radical. Pero que el lenguaje no nos engañe. Porque a veces identificamos radical con extremista, como el que va por Ubre, con posiciones límite, gustos minoritarios y alternativos, a veces con algo de transgresor y estridente. ¿Y puede ser que, cada vez que hablamos de la radicalidad de Iñigo, nos quede la sombra de ese tipo de exaltación, que está muy lejos de la propia vida y que nos suele dejar más inquietos que ilusionados?

Hay una trampa en esa apreciación. Porque la radicalidad religiosa, al menos bien entendida, no es eso. No es un fundamentalismo doctrinario ni un excesivismo en las acciones. No es un seguimiento «a la tremenda» en el que sólo decide un corazón entusiasmado y no intervienen otras consideraciones. Habrá veces, por supuesto, en que las acciones y los compromisos te lleven lejos, y te exijan mucho. Y veces en que convenga llegar a situaciones extremas. Pero no es ese el rasgo que define lo radical.

Radicalismo, antes que nada, hace referencia a las raíces. Supone, sobre todo, que aquello por lo que apuestas forme parte de lo más profundo, lo más definitivo, lo más esencial. No es un entretenimiento o algo anecdótico, ni algo pasajero o caprichoso. Es tan fundamental que no comprendes tu vida sin ello. Lo radical, en la vida de cada uno, es aquello que te nutre y te sustenta, que se convierte en el motor y la fuente de energía. Ese espacio donde creces fuerte, porque sabes que ahí estás seguro: tu familia, tu tierra, tus amigos, tu Dios... Ahí está el reto y la oportunidad. Dejarse enraizar en Dios. Dejar que la propia vida arraigue en la tierra fecunda del evangelio. Que sea su lógica la que te guíe, su hondura la que te atrape, su alegría la que te haga sonreír, su claridad la que te abra los ojos para mirar al mundo con misericordia.

Ahí estriba el poder afirmar que el seguimiento de Jesús *es radical!*. Como el de Íñigo. Su vivencia es radical no porque se concrete en prácticas muy exigentes, sino sobre todo porque a partir de la experiencia vivida en Manresa, el Dios que ha descubierto se ha convertido en la tierra donde planta sus raíces. Es lo que se va a convertir en el manantial último de su caminar, de sus búsquedas y proyectos. Y eso le llevará a concreciones siempre serias pero bien distintas a lo largo de su vida, dependiendo de lo que siente e intuye que debe hacer en cada momento.

Y así, desposeído pero rico, sigue su camino, dejando atrás la ciudad del Tíber, sus intrigas y sus diplomacias, sus boatos y sus miserias. Él continúa avanzando, ubre, inquieto, con su esperanza intacta, sin posesiones ni esclavitudes, sin ataduras ni otro equipaje que su increíble pasión por Dios.

Venecia

El recorrido hasta la ciudad de los canales no es fácil. Toda Italia está herida por la peste reciente. Hay quien confunde 3. Íñigo, por su aspecto macilento, con un enfermo, y a menudo tiene que dormir en pórticos de iglesias o al aire libre. Se levanta temprano con las primeras luces, cuando aún la neblina envuelve los caminos, y echa a andar. Apura las jornadas, anhelando llegar cuanto antes a Venecia, que es ya la última parada de este largo viaje. Pero la imposibilidad de entrar en bastantes ciudades y la dificultad para conseguir limosna con la que sustentarse ralenrizan su camino.

Al ir avanzando hacia el norte se le juntan otros caminantes. Cuando ya se asoman a la laguna veneciana les

avisan de que con los controles sanitarios la entrada en la ciudad es muy restringida. Deciden desviarse hacia Padua para solicitar en esta ciudad una cédula sanitaria. Sus compañeros le dejan atrás, pues su fatiga y su salud quebrada le impiden avanzar a buen ritmo, y ellos están ansiosos por alcanzar su destino. Pero en esa situación se sentirá especialmente consolado por Cristo, como le ocurre a menudo cuando podría estar más hundido y, sin embargo, desborda esperanza. Ese mundo interior suyo que le abre a lo más alto cuando más bajo está le da nuevas energías. Cuando llega a Padua consigue entrar en la ciudad sin problema alguno con quienes vigilan sus puertas, lo que no pueden decir sus compañeros que habían llegado antes que él y que encuentran bastantes resistencias. Algo semejante le ocurrirá cuando al fin la barca que le lleva a Venecia toque tierra. Será el único que no tenga complicaciones con los guardias para poder adentrarse en esta ciudad de islotes, puentes y canales, que en ese mes de mayo bulle de actividad. Parece que la Providencia le hace un guiño al final de su agotador recorrido por tierras itálicas.

Cuatro semanas le ha llevado recorrer los más de seiscientos kilómetros que separan Roma y Venecia. Y una vez en la ciudad de las lagunas te toca empezar a gestionar su partida hacia Jerusalén. No es nada fácil. Ahora que es reciente la toma de Rodas por Solimán la salida de la nave de peregrinos es incierta, pese a que la República tiene la autorización de los turcos para organizar una vez al año esta peregrinación. Muchos de los peregrinos que llegan hasta aquí desisten ante la inseguridad del trayecto y el temor a los corsarios. A eso hay que añadir el que, si llega el caso de que salga el barco, Iñigo no tiene dinero para pagar el pasaje. Sin embargo en ningún momento duda.

Su voluntad es inquebrantable, y está seguro de que, si sale el barco, él estará a bordo.

Por el momento vive de limosna y duerme en la plaza de San Marcos, cerca del palacio ducal y de la colosal basílica del apóstol. El tiempo, a medida que se acerca el verano, es benévolo. Iñigo no quiere presentarse al embajador de Carlos V para solicitar ayuda en sus gestiones, pues sabe que inmediatamente querrán saber quién es, y no esrá dispuesto a utilizar su nombre para conseguir plaza en la nave. Así que espera. Un día, pidiendo limosna, un hombre le invita a comer a su casa. Se trata de un rico comerciante español que ha reconocido en este peregrino a un compatriota. Como suele hacer Iñigo cuando es acogido por familias, escucha mucho y come con moderación, y a los postres aprovecha lo que ha oído para iniciar conversación acerca de las cosas de Dios. Esto, unido a su particular talento para tocar fibras sensibles y despertar *voces* dormidas en sus interlocutores, le suele granjear la confianza y el aprecio de sus anfitriones. En este caso ocurre lo mismo. El mercader le hospeda en su casa y se convierte en su protector en la ciudad. Y es a través de este contacto cómo Iñigo consigue audiencia con el dux Andrea Gritti. Este, al escuchar la narración del peregrino e intuir la hondura de sus motivos ordena que se le busque acomodo en la nave de los gobernadores que van a Chipre.

Dos naves están preparándose para partir. *La Peregrina* es la que lleva a la mayoría de los viajeros hasta Tierra Santa. También esrá aparejada *U Negrona*, un gran navio mercante, que llevará otros nueve peregrinos al menos hasta Famagusta, destino del nuevo gobernador chipriota. Es una nave espléndida, y es en ella donde el dux ordena que se dé acomodo a Iñigo, eximiéndole de pagar la

elevada suma de 26 ducados que es obligada. De nuevo parece que el curso de los acontecimientos le da la razón.

Una inoportuna enfermedad le tumba cuando todo parece arreglado. En la casa en que le hospedan están preocupados porque pasan los días y la fiebre no cede. La víspera de la partida Íñigo toma una purga. Cuando un médico llamado por sus anfitriones ve su estado le recomienda no embarcar, pues lo más posible en estas circunstancias es que no soporte el largo viaje. Por supuesto, Íñigo no hace caso. Si ha llegado hasta aquí, ¿va a quedarse ahora a las puertas? No embarcar ahora significaría no hacerlo al menos en un año. ¿No es Dios el que ha puesto en su corazón este proyecto? Con lo que ha pasado hasta ahora no le va a detener la salud. Otras veces ha salido adelante.

Últimos pasos

Zarpan el 14 de julio. El barco abandona la laguna veneciana. Algunos pasajeros se santiguan y rezan para que los turcos no tomen el barco. Otros contemplan extasiados los perfiles de la ciudad, con el campanile y la cúpula de la basílica asomando a lo lejos. Aún no ha llegado la época de máximo esplendor de la ciudad, cuando suntuosos palacios abarrotan los márgenes del gran canal pujando por mostrar el poderío de nobles familias de comerciantes de nombres sonoros: Pissani, Belloni, Foscari o Barbarigo. Aun así, la ciudad que se aleja ya es un espectáculo digno de verse en esta hora temprana de la mañana, cuando el sol naciente comienza a blanquear los tejados y los brillos convierten la laguna en un baile de espejos movedizos. Nada de todo esto ve Íñigo, que sigue postrado sin recuperarse.

Este cielo azul y el sol brillante que embellece la ciudad anuncian, sin embargo, una dificultad. La calma es total. No hay viento. Cuando el navio sale al mar apenas avanza. No obstante el ligero bamboleo es suficiente para marear a Ñigo, que vomita todo lo que tiene en el organismo. Esa resulta ser la mejor medicina, pues se repone inmediatamente.

Ahora toca esperar. El barco avanza poco. Si cinco días se le habían hecho largos entre Barcelona y Gaeta, ¿cómo enfrentar la impaciencia cuando pasan las semanas, y el destino anhelado parece al riempo tan cerca y tan lejos? No hay mucho que hacer. Ñigo se da cuenta de que en el barco se hacen "algunas suciedades y torpezas manifiestas» {Aut., 43) y comienza a amonestar a los que se comportan indecorosamente. ¿Serían marineros que, lejos de tierra, sustitúan el calor de las mujeres por el que se podían dar unos a otros? ¿Habría en el barco doncellas del séquito del gobernador que tuviesen demasiada proximidad con los marineros? No sabemos lo que era, pero podemos intuir algún tipo de promiscuidad acentuada por la inactividad. Ñigo habla y amonesta. Pero tiene que medir hasta dónde llegar, que entonces, como siempre, ciertas intromisiones despiertan malos instintos. Ya podemos imaginarnos algún comentario: «¡Maldito entrometido! Viaja gratis, recomendado por el dux, vive de la comida ajena y encima se permite criticar». Alguno de los viajeros le advierte que tiene a los marineros muy hartos y que están hablando de dejarlo tirado en una isla. Ñigo, que tampoco es tonto, ha dicho ya lo que tiene que decir, así que opta por una oposición más discreta y la sangre no llega al río. Finalmente llegan a Famagusta el 13 de agosto por la noche, tras un mes de navegación.

Allí abandonan el barco y caminan, atravesando toda

la isla de Chipre, para alcanzar el puerto de Salinas en el otro extremo. Allí está esperándoles *La Peregrina*. El 19 de agosto zarpan. Última salida. Iñigo piensa que ya no hay más barcos en su horizonte. Sólo llegar. Alcanzar Jerusalén. Vivir allí el resto de su vida. Su entusiasmo no se ha enfriado, sino que se ha ido acrecentando a medida que transcurrían estos meses de camino. En las noches frías, en las largas jornadas de marcha con los pies destrozados, cuando el hambre le mordía o la lluvia le calaba hasta los huesos. Siempre ha sentido el calor interno de disponerse a seguir a Jesús de una forma tan nítida. Ahora se siente cerca de alcanzar, al fin, su meta. Y esta última semana de navegación es un tiempo de profundo consuelo en el que siente a Jesús muy presente, como si estuviese tendiéndole una mano desde esa Tierra Santa, dándole ya la bienvenida a casa.

El 25 de agosto entran en el puerto de Jaría, pero aún tardan unos días en bajar del barco. El 31 de agosto descienden de la nave. Quedan cincuenta kilómetros. Como es costumbre con los peregrinos occidentales, los recorrerán en asnos, escoltados por soldados turcos. Dicha escolta no es un adorno ni una procesión. La violencia y el desprecio hacia los occidentales pueden provocar cualquier incidente si estos viajan solos. Han de moverse custodiados al menos hasta que encuentren a los franciscanos que saldrán a recibirles en las proximidades de Jerusalén. Tienen que aguantar miradas hostiles e insultos al pasar por los pueblos de esta tierra dura que recorren. Nada de esto afecta a Iñigo, cuyo corazón late con fuerza, al irse aproximando a la tierra de Jesús.

Iñigo agradece enormemente la intervención de Diego Manes, uno de los peregrinos que, cuando están a unos kilómetros de alcanzar su destino, propone que entren

en la ciudad en silencio, recogidos, en oración. Es justo eso lo que quiere Iñigo, que al divisar a los franciscanos, esperándoles con una cruz en alto, se siente como Moisés pisando terreno sagrado.

Jerusalén

Al fin está aquí. Iñigo exulta. Cada aroma, cada ruido, cada imagen le hace pensar en Jesús que, en otro tiempo, aspiró los mismos efluvios, escuchó idénticos rumores, vio esta misma tierra de olivos y arena, se bañó en sus aguas y recorrió sus veredas.

La visita de los peregrinos, ayer como hoy, está estrictamente programada. Hay que tener cuidado con no ofender a los musulmanes. Hay que evitar los peligros. No se debe andar sin protección o solo por estas tierras, pues si te pierdes o te secuestran eso supondrá un enorme problema para los franciscanos. Prácticamente cada salida del hospicio donde se alojan está pactada de antemano con las autoridades turcas.

¿No se puede andar solo? ¡Si es precisamente lo que quiere Iñigo! No se desanima. Tiene toda la vida por delante para ir encontrando su ritmo y su acomodo. Todo saldrá adelante. Con el grupo visita por primera vez los lugares sanos. Le sobrecoge el recorrido por el Cenáculo, el Santo Sepulcro... Se estremece en el huerto de los olivos, pensando en las lágrimas tristes derramadas por Jesús en su noche de angustia. Poco le importa si estos lugares están excesivamente recargados, enterrados algunos de ellos entre las paredes de enormes basílicas. Iñigo mira con otros ojos, que prescinden de todo lo añadido para rescatar únicamente lo que le remite a Jesús. Se emociona

cuando van a Belén, imaginándose con todo detalle la escena del nacimiento. El Jordán, con sus ruidos, le habla de un profeta y un Mesías, de un bautismo sagrado... Así transcurren los días, recorriendo lugares donde Iñigo se sume en quieta contemplación de ese Jesús que, aquí, le resulta tan inmediato.

Cuando se acerca el final de la estancia del grupo, Iñigo plantea al Guardián del Sepulcro su intención de permanecer aquí. Sabiendo que la información conviene racionarla, y previendo las resistencias, calla su deseo de ayudar a las almas. Por el momento se limita a expresar su voluntad de vivir para siempre siguiendo los pasos del Señor.

El Guardián no parece nada convencido. En este momento bastantes problemas tiene con sostener a los frailes que ya habitan aquí. Las estrecheces económicas les están ahogando y probablemente tenga que enviar a algunos de sus monjes de vuelta a Italia. No tienen forma de acoger a otro habitante en este reducido mundo cristiano de Jerusalén. Iñigo insiste. No quiere que le sostengan. Él se buscará sustento. Le basta con poder venir a confesarse regularmente. El Guardián duda y declina responder. Habrá que consultarlo con el provincial de los franciscanos, que en ese momento está en Belén y no puede pronunciarse.

Iñigo, habiendo advertido que el Guardián vacila, da por hecho el permiso y ya se ve desarrollando una actividad intensa por los valles cercanos. Ya se imagina predicando el nombre de Jesús a quienes aún lo ignoran. Incluso piensa en la posibilidad de un martirio que lejos de desanimarle le incita más a vivir así. Y ahora, cuando por fin se ve estable, mira hacia atrás y piensa en todos aquellos con quienes ha compartido algún momento de

esta larga marcha desde que abandonara su casa hace ya año y medio: Martín y Magdalena, Chanón, Inés y Juan Pascual, Isabel Rose), tantos otros peregrinos, compañeros de palabras y pasos... Por primera vez ve llegado el momento de tender puentes hacia ellos, que tan lejanos están. Por eso decide escribirles. La víspera de la partida de los restantes peregrinos, con papel y tinta que le deja uno de ellos, comienza a escribir largas cartas para sus amigos de Barcelona. Espera que el barco las pueda llevar de vuelta. Apenas está *en* la segunda de *sus misivas* cuando le avisan de que el provincial de los franciscanos está de vuelta y quiere verle. Íñigo se apresura y corre del hospital al convento próximo. En una sala le recibe el provincial franciscano, que con mucha suavidad, pero inflexible, le *anuncia* que, lamentándolo mucho, no se puede quedar. Íñigo argumenta, insiste, resiste, protesta y se explica... pero se encuentra con un muro infranqueable. *Ya son demasiados los que llegan con esos sueños o similares y terminan siendo únicamente un problema, secuestrados o asesinados. Íñigo debe marcharse. El peregrino replica que no puede hacerlo, que es la voluntad de Dios la que le ha traído aquí. «Tengo autoridad para hacerte excomulgar, hijo, y si te quedas lo haré».*

Con esas palabras la discusión termina. Íñigo, tanto como testarudo, es limpio y sistemático en su manera de actuar. Para él la autotidad eclesial es la expresión más clara cíe la raiuntad de Dios. ¿No ha acudido en momentos de zozobra a confesores que le han dado luz? ¿No estará Dios hablándole a través de *este provincia*.} Esa orden, proveniente de alguien con autoridad eclesiástica, es para él mucho más definitiva que interminables razonamientos. Se compromete a abandonar Jerusalén al día siguiente, con los restantes peregrinos.

Al salir del convento vuelve a la escancia, alicaído, y comienza a recoger sus papeles. Piensa en los lugares que ha visitado. Cuando, días atrás, los recorría, pensaba que era sólo un primer contacto. Ahora desearía haber fijado su atención en cada matiz, cada piedra, cada color. Lo más cercano a la hospedería es el monte de los Olivos. En él está la piedra desde la que, les han dicho, Jesús ascendió al cielo... Se da cuenta con pesar de que ni siquiera consigue recordar cómo era. Y entonces, llevado por un impulso, hace algo insensato. Sale del hospicio y a toda prisa se encamina al monte. Quiere apurar los últimos momentos. Quiere aferrarse a estas imágenes, hasta que queden clavadas en su retina. Que cada vez que, lejos de esta tierra, rece intentando imaginarse las escenas pueda reproducir *con minuciosidad* *hacia* el *último* detalle. Por primera vez, ahora sí, camina solo por Jerusalén, indiferente al peligro de andar sin guía. Tiene que sobornar a los guardias regalándoles un cuchillo para poder acceder al monte. Sube corriendo. Mira. Reza. Por un rato se encuentra de nuevo en profunda paz y consolación. Al fin emprende el camino de vuelta. Al alejarse se da cuenta de que no sabe con exactitud cómo eran las marcas de los pies en la piedra, y de nuevo vuelve al monte (previo pago, esta vez, de unas tijerillas). Al final queda satisfecho.

Esto, que casi podríamos describir como un episodio fruto de su espíritu abatido, un pobre intento de asir lo que se le escapa, es cambién y sobre codo una pisca que nos habla de la oración de Iñigo. Esa oración que, en los ejercicios, definirá como contemplación. Ese gusto por imaginar los lugares donde transcurren las escenas. Por rezar no sólo ni primero con palabras, sino con imágenes, con la vista, con los oídos. Estas jornadas en Jerusalén han sido una escuela cuyas lecciones resonarán en muchas vidas.

En el convento han enviado a varios de los criados sirios a buscar al desaparecido. Advertidos de la discusión con el provincial, los monjes temen que Iñigo quiera hacer una locura u ocultarse hasta que haya partido la expedición. Frailes y criados están igualmente irritados. Cada año ocurre lo mismo. Llegan en peregrinación tipos con intenciones imposibles que a los únicos que crean problemas es a los que viven aquí siempre. Cuando uno de los criados encuentra a Iñigo, poco importa que el peregrino esté ya camino de vuelta. Lo agarra con fuerza sin cesar de protestar y lo trae casi a rastras hasta el monasterio. Sin embargo Iñigo se deja llevar contento. Siente, una vez más, a Jesús cerca.

Por la noche, incapaz de dormir, empieza a preguntarse: «¿Y ahora qué?».

Incertidumbres hispanas

La catedral de Notre-Dame se alza, majestuosa, en la lie de la Cité. Desde lo alto de sus torres se adivina el perímetro de París, tres barrios encerrados dentro de los márgenes de una muralla que se va quedando pequeña. A la derecha del río se percibe, bulliciosa, la Urbe, e; bamã comercial de bateles, comercios y viviendas majestuosas, donde el mercado central de Les Halles aglutina las idas y venidas de los parisinos. Al frente, en la misma isla, se descubre, entre un mar de casas bajas, la espigada belleza de la Sainte-Chapelle, y los perfiles de un palacio real que todavía está lejos de la grandiosidad que alcanzarán las tonstrucáenes de bi monarquía absoluta borbónica. A la izquierda, cruzando el Sena, el barrio latino, donde se desparraman colegios y pensiones que albergan el incesante movimiento de la Universidad de París, una de las más vibrantes del mundo.

Si alguien estuviese en la torre de Notre-Dame, como un Cuasimodo prematuro, podría distinguir, en esta mañana fría de febrero, la llegada de un nuevo estudiante. Como todos los que recorren por primera vez las calles parisinas, parece un poco abrumado por la efervescencia de la ciudad, que incluso a esta hora tardía late llena de vida. El hombre eleva los ojos a menudo hacia las torres cuadradas de la catedral. Pero no llega a entrar en la lie. Llegado a cierto punto, se sumerge en el laberinto de callejas que dibujan las casas del barrio latino.

Presta atención a los grupos de estudiantes con los que se va cruzando, hasta que reconoce un idioma familiar. Se dirige a cuatro muchachos de aspecto risueño, que reconocen en él a un compatriota. Sabedores de las urgencias de un recién llegado, pues todos lo fueron en fechas no lejanas, le llevan a una posada bastante económica, donde además, le dicen, podrá encontrar otros paisanos. El hombre acepta. Aunque ¡os jóvenes tienen ganas de hablar más, de preguntarle por las novedades de su tierra y de informarle sobre los colegios y los estudios, el hombre, fatigado, se despide en cuanto puede. Un poco desilusionados los muchachos vuelven a zambullirse en los callejones que, ya oscuros, acusan la hora tardía y empiezan a despoblarse. Se alejan, vivaces, haciendo conjeturas sobre el recién llegado. Cuando queda solo, en su pieza, se siente aliviado. Un mes lleva caminando para llegar hasta aquí. Pero al fin sabe lo que quiere hacer. Y esta vez no puede salir mal.

Es el 2 de febrero de 1528. Han pasado cuatro años y medio desde que dejáramos a Íñigo en Jerusalén, preguntándose «qué hacer ahora». Durante este tiempo ha emprendido, una y otra vez, un camino que no parece haberle conducido a ninguna parte. Cuatro años en que ha tenido que darse cuenta de que a veces las ideas más simples necesitan concreciones muy complejas. Años hispanos, de inicios y tropiezos, de juicios y sentencias, pero también muy Jjenos de nombres y *de vida*.. Ha aprendida mucho en este tiempo, y cree estar ya en marcha, pero se acerca a los cuarenta años y no puede estar eternamente recomenzando.

Desandar el camino

Cuando Íñigo sale de Jerusalén, el 23 de septiembre de 1523, le queda el consuelo de su invencible fe en que volverá. Aquí, en esta tierra bendecida, en este espacio privilegiado de encarnación, debe terminar su vida. Predicando. Ayudando a las almas. Se pregunta, mientras la pequeña caravana avanza rumbo al puerto de jaffa, qué (e está diciendo Dios con este cambio imprevisto de planes, con esta demora que no sabe cuánto ha de durar. Permanece mudo, ensimismado, incapaz de compartir la alegría de los testantes peregrinos. *Estos sienten* haber ganado ya, con este viaje, la bendición de Dios. Ya han cumplido sus promesas y vuelven a casa. Pero Íñigo, ¿qué ha cumplido?, ¿adonde ir ahora?

Su sentimiento es agrídulce. Le queda el gusto sereno de los ratos pasados en contemplación en estos lugares recorridos por Jesús. Le queda la tranquilidad de sentir que es Dios, siempre, el que le guía. Pero también se lleva el desánimo que se produce cuando algo trastoca todos tus planes. Cuando te encuentras en una situación imprevista, indeciso y sin saber muy bien hacia dónde ir ahora. Desde el primer momento de su conversión, cuando rezaba durante aquella convalecencia lejana en su hogar, Jerusalén fue el destino seguro. Ni en los tiempos de Manteca desapareció la convicción firme de que algún día llegaría aquí para quedarse. Por eso esta inseguridad de ahora.

El viaje de vuelta es difícil y **triste**. El ambiente es hostil a los occidentales, como fruto de las crecientes tensiones en el Mediterráneo. Por cada villa escuchan insultos que no comprenden, algunas veces tienen que resguardarse de las piedras que les arrojan los chiquillos ante la pasivi-

dad cómplice de sus escoltas turcos. Algún jefe beduino intenta extorsionatles obligándoles a pagar por el tránsito, y a punto están de quedar retenidos. Todo esto, que angustia hasta el límite a sus compañeros, no inquieta apenas a Iñigo, sumido en una zozobra más honda.

Finalmente, el 2 de octubre llegan a Jaffa y embarcan en la nave peregrina, que íes llevará de vuelta hasta Chipre. Durante este trayecto, que en *el* viaje de ida le resultara tan lleno de consuelo, no consigue quitarse de encima esta desazón recién sobrevenida. En Chipre dicen adiós a la nave peregrina, que no regresará a Venecia hasta el año próximo, cuando llegue el tiempo de una nueva expedición. Habrá de buscar acomodo en uno de los barcos que vuelve a Italia desde Chipre. No resulta fácil. Ahora afronta las dificultades que no encontrara al venir. No hay un dux para facilitarle el pasaje. De los navios que se preparan para abandonar Famagusta, el capitán del más grande, donde piensan viajar los restantes peregrinos, se niega a admitirle gratis. Por más que sus compañeros intercedan por él no logran ablandar al marino. Y como sucede en todas las épocas, el que regresa de un viaje tiene los ahorros justos para volver a casa, de modo que sus amigos no pueden pagar por él. Al fin convence al capitán de un bajel mucho más sencillo que le admite a bordo. Pasan los días en la isla, hasta que el 1 de noviembre embarcan. El primer intento de zarpar hacia Venecia es abortado por una tormenta violenta, que hunde en la misma costa el navio grande. Al fin los náufragos, rescatados del mal trago, tienen que acomodarse en el mismo barco que Iñigo. Peor suerte han tenido los pasajeros de otra embarcación turca, que se hunde rambién sin que haya supervivientes ¿Es un nuevo guiño de la Providencia al peregrino?

El viaje de vuelta es tormentoso. Si al venir era la calma chicha la que impedía avanzar, ahora son las galernas las que obligan al barco a atracar en varias islas durante el trayecto.

No llegarán a Venecia hasta el 12 de enero, recién comenzado el invierno. Las nieblas dan un aspecto fantasmal a la ciudad de los canales. El frío se mete hasta los huesos. De aquella primavera veneciana, de grato recuerdo, a esta austeridad invernal media un buen trecho.

Será aquí, en Venecia, donde por fin se haga la luz para ñigo. ¿Qué hacer ahora? Esa pregunta que lleva martilleándole en los últimos meses le inquieta. Hasta que comienza a pensar con la calma y serenidad que es más natural en él. Sigue vigente uno de los dos objetivos que han marcado su caminar: ayudar a las almas. Sea o no sea en Jerusalén, ñigo siente que la pasión por Dios no se ha enfriado ni un ápice, y el deseo de comunicarlo y ayudar a otros a experimentar lo mismo, tampoco. Ahora bien, si quiere dedicarse a proclamar el evangelio, a despertar en los otros la misma hondura que él descubre ante el seguimiento de Jesús, la vida sacramental y demás, ¿no tendría bastante sentido hacerlo como sacerdote? Estudiará para ello.

En el mismo momento que lo piensa se siente consolado y contento. Además, ¿no será tal vez esta la forma de encontrar otras personas que compartan su deseo? Quizá se trata de eso. Tal vez Dios le quiere en Jerusalén, pero con otros. Esa idea, que alguna vez había barajado, desde los tiempos de Manresa, parece ahora cobrar vida propia. El bien, cuanto más universal, mayor. ¿No es infinitamente mejor que reúna a otros como él? Y juntos volverán a Tierra Santa. Juntos, como aquellos discípulos

primeros que recorrieron los caminos de Galilea. Rebrotó el entusiasmo. Sonríe. Camina más ligero mientras cruza el puente de Rialto.

De inmediato comienza a cavilar. ¿Adónde ir? Él tiene pocas letras, tan sólo la educación infantil de la escuela de Azpeitia y la formación *cortesana* de los tiempos de Arévalo. Pero jamás se había planteado antes hacer estudios formales, eclesiásticos... ¿Cómo y dónde? Una vez que tiene la idea ya está lanzado. No se engaña sobre su situación. Sabe que no está preparado para la universidad. Piensa de inmediato en Barcelona. Allí tiene buenos amigos que podrán orientarle. Tal vez ciese allí se vaya a Manresa, o a Montserrat. ¿Podrán los monjes ayudarlo a adquirir los rudimentos de latín que son imprescindibles para estudiar? Le parece que merece la pena intentarlo. En cuanto lo ve claro, vuelve a sentirse impaciente por partir.

Encuentra una mañana al mercader español en cuya casa se había alojado el año anterior, y este, sabedor de sus intenciones, le da algo de dinero y ropa para abrigarse. Con esos pertrechos se echa de nuevo al camino. No teniendo esta vez que bajar hasta Roma, planea atravesar la península, como siempre a pie, para embarcar en Genova.

El viaje de vuelta es una condensación de todas las características de íñigo. Por una parte, nada más llegar a Ferrara, sus ojos, lejos de extasiarse en la contemplación de su magnífica catedral o los colosales palacios de la familia de los *Este*, se vuelven a los desheredados que viven a la sombra de tanta magnificencia. Conmovido por la miseria de quienes son más pobres que él, termina entregando todo el dinero recibido en Venecia en pequeñas limosnas

que le granjean la devoción de los desamparados, pero le dejan de nuevo en total indigencia. Como que esto fuese un problema para él. Lo único que le preocupa de su vuelta a la familiar estrechez económica es que no tiene nada más que dar.

El trayecto entre Ferrara y Génova es digno del aventurero que algún día quiso ser. Italia es en ese momento el escenario en el que se enfrentan Carlos V y Francisco I de Francia. En concreto es el Milanesado la región por la que disputan, y Génova está peligrosamente cerca. La línea más recta no es la más segura. Pero ñiigo tiene prisa, no tiene tiempo que perder. Por eso, aunque unos soldados españoles que le dan cobijo una noche le intentan hacer tomar una ruta más protegida, él no hace ni caso. Faltaría más. Ahora tiene una meta. Dios es su refugio. De nuevo el insensato y el genio caminan juntos en este peregrino que sabe adonde va.

Como habían pronosticado los soldados, cualquiera que le vea en el camino le tomará por un peligro. Los españoles pensarán que es un espía. Los franceses, con más razón. De hecho dos veces será detenido. La primera vez, pese a ser tratado con bastante dureza, desnudado por soldados que buscan en él algún mensaje escondido y paseado poco menos que en cueros por el campamento militar, no pierde la calma ni el humor. Cuando el capitán le interroga se hace el loco. Literalmente. Habla con palabras deslavazadas, espaciadas e inconexas. Y cuela. El capitán manda que lo echen al camino. Le dejan libre. La segunda vez que le detienen el capitán resulta ser de algún lugar cercano a Guipúzcoa, así que no sólo no le castiga, sino que le da una buena cena y le encamina, esta vez sí, hacia Genova.

Este periplo de ñiigo es digno de una novela. No

falta ni siquiera una persecución, en este caso marítima. Embarca gracias a Rodrigo, otro vizcaíno a quien había tratado en la corte de Fernando el Católico, que le consigue pasaje en una galera. El barco sufrirá la asechanza del genovés Andrea Doria, que aunque pronto se unirá a Carlos V, en este tiempo todavía lucha de parte de los franceses. Finalmente el cazador *no* se cobra su presa, y la galera llega al puerto de Barcelona a finales de febrero de 1524. Ha pasado poco menos de un año desde que Íñigo abandonara este mismo puerto, pensando que jamás volvería a ver el perfil familiar de la ciudad.

Barcelona. Latines, compañeros y penitencias...

El reencuentro con sus gentes es una fiesta. Cuando corre la voz de que ha regresado aparecen como por ensalmo sus viejos conocidos. Inés Pascual no cabe en sí de gozo. Juan, ya adolescente, no se cansa de preguntarle por sus aventuras. Los ojos juveniles del muchacho se abren con admiración y envidia al oír los relatos de sus andanzas por tierras lejanas. Íñigo está a gusto con estos amigos, que le ofrecen su casa para hospedarse. Acepta. Es una vivienda sencilla, como corresponde a la familia de un algodonero. De alguna manera, es para él un hogar. Tal vez cuando en su cuadernillo de ejercicios escriba sobre Betania, ese lugar en el que Jesús tenía a sus amigos y una puerta abierta cuando no lo recibían en Jerusalén, le vendrá a la memoria esta Betania barcelonesa suya. Pronto aparece también en escena Isabel Rosel, deseosa de volver a escuchar las palabras espirituales y profundas de Íñigo, el que le habla de Dios.

Lo que les cuenta acerca de su forzado retorno les

provoca una mezcla de contento y tristeza. Pena porque intuyen lo que el fracaso le ha dolido a Iñigo, que tantas esperanzas tenía puestas en esa vida peregrina en Tierra Santa. Alegría por tenerlo de vuelta, porque están seguros de que puede hacer tanto bien en estas cierras, con ellos...

«¿Qué vas a hacer ahora?». Al fin la pregunta, acompañada de mil sugerencias. Iñigo ha meditado mucho durante las largas jornadas de viaje. «Estudiaré. Creo que podré ayudar bien a los otros siendo sacerdote, y hay muchas cosas que tengo que aprender». Una decisión que es recibida con poca sorpresa. Isabel Rosel se entusiasma pronto. Ella conoce a un joven bachiller que seguro que está dispuesto a darle clases. Y por supuesto está dispuesta a correr con los gastos y lo que sea necesario para su sustento. Iñigo tiene todo solucionado: casa, estudios, sustento... Pero, no debería sorprendernos a estas alturas, tiene otros planes. Lo ha pensado bastante. Irá a Mantesa, donde está seguro de que uno de los monjes que le confesaba cuando vivió allí puede darle buena formación. ¿Tira de él un cierto deseo de volver a este lugar donde Dios le tocó de una forma tan honda? Ciertamente Manresa es para él un lugar cargado de significados.

Su partida, aunque sea a un lugar cercano, produce cierta decepción a los suyos. Otra vez despedirse de él... Es cierto que Manresa está vecina, que están seguros de que le verán de vez en cuando, pero no deja de ser una separación. El trayecto de Iñigo, desandando el camino recorrido tiempo atrás, le trae memorias de aquellos meses que transformaron su vida. Desde entonces siente esta familiaridad con Dios, que le acompaña, le consuela cuando menos se lo espera. Le va conociendo más. Todo su trayecto es una acción de gracias por esa presencia, y

un ofrecimiento del rumbo que va tomando su vida. Sin embargo le espera una nueva contrariedad. El monje ai que quiere encomendar su educación murió el invierno pasado. Se ve que la opción barcelonesa es la mejor. Así que finalmente se instala en Barcelona, en la casa de Inés Pascual, y comienza un período relativamente tranquilo en su vida, si se puede hablar de algo así en esta intensa existencia de Iñigo.

Tras dos años de movimiento vendrán ahora dos años de «estabilidad» y estudio. Ahora bien, no nos imaginemos a un Iñigo plácido y sosegado, dedicado únicamente a los latines. E] *maestro Jerónimo* Ardevoi le enseña en el liceo barcelonés. Con él comienza Iñigo a aprender el latín que sabe imprescindible para los estudios eclesiásticos. Simultanea esta actividad con una intensa vida apostólica. Quiere ayudar a otros. Quiere comunicar a este Jesús a quien siente y *trata como un* amigo. Así se van acercando a él personas muy diversas, de todos los estratos sociales. En esas conversaciones se gestan vínculos profundos con gente que, mucho tiempo después, seguirá recordando a Iñigo. Muchos hombres, y especialmente mujeres, hablan *con él*. *Iñigo suele* despertar en los otros el hambre de Dios y el entusiasmo por la vida espiritual. Empieza a compartir su experiencia espiritual manresana.

El germen de los ejercicios ya está actuando, y pronto tiene compañeros. Otros hombres que se sienten entusiasmados con su proyecto, un horizonte que perciben también como algo que puede dar sentido a sus propias vidas. Ahí, en esa capacidad de contagio, asoma la dimensión más carismática de Iñigo que empieza a dejar vislumbrar el líder que siempre ha sido. Calixto de Sa, Juan de Arreaga y López Cáceres serán los primeros compañeros

de Íñigo. *Los* primeros que se unen a una causa que está lejos de perfilarse bien, pero que empieza a dejar adivinar algunos contornos: varios, juntos, compartiendo una espiritualidad que el propio Íñigo les transmite, y una misión... Por ahora basta.

No se limita Íñigo a *Jos estudios* y las conversaciones espirituales. Por supuesto, sigue teniendo una intensa vida de oración. De hecho, de nuevo se encontrará con una treta que ya descubriera en Manresa, en aquellas noches en que el aparente consuelo espiritual le impedía dormir. Esta vez la falsa consolación le llegará en clase. Allá, cuando está sentado en un banquillo, tratando de seguir las lecciones del maestro Ardcvol, rodeado de chiquillos, ¿cómo no distraerse? ¿Cómo no se le iba a hacer dura y exigente la disciplina del aprendiz? ¿Y qué mejor que abstraerse en honda meditación? A costa de declinar *amo-amas-amare* se eleva a las dimensiones místicas del amor. Esas y otras asociaciones similares le elevan a las alturas y le impiden concentrarse. Como sus distracciones son espirituales y enormemente consoladoras, se deja llevar, hasta que se da cuenta de nuevo de que no pueden ser de Dios. Porque empieza todo muy piadoso y muy devoto, pero al final, la consecuencia es que ni aprende, ni estudia, ni avanza. Íñigo entonces se dice: en las cosas de Dios, el principio, el medio y el fin es bueno. En las que no son de Dios, el principio y hasta el medio pueden ser muy buenos, y sin embatgo termina uno donde no quería. Así descubre el engaño de *este misticismo inoportuno*. Y, como suele hacer, desde ese momento lucha con todas sus fuerzas contra esas distracciones escolares. Incluso pide al maestro, sorprendido por la disposición de este estudiante peculiar, que le exija todo lo posible y no le permita perder el tiempo. Y ya sabemos *que* Ja fuerza de

voluntad de íñigo es mucha, así que al fin aprovecha las lecciones.

Cuenta también que en esta época, sintiéndose bastante fuerte y sano, retoma la seriedad de sus penitencias. Relata él mismo que agujerea sus zapacos, para andar menos cómodo, hasta que casi va con los pies descalzos. Es algo que ya hemos advertido en otros momentos en su itinerario, y que puede producirnos cierto desasosiego o incomprensión al mirar a Íñigo. ¿Por qué hace esto? Pasar frío, ir descalzo intencionadamente, provocarse cierto dolor físico... ¿Qué sentido tienen esas prácticas que llamamos ascéticas, con las que uno, de alguna manera, se exige, se pone en situaciones límite, de un modo muy riguroso con uno mismo? Nos resulta difícil de entender. Especialmente si, en una lectura gruesa de lo que está detrás, caemos demasiado rápido en interpretarlo con categorías inapropiadas. Por ejemplo, hay quien habla de masoquismos religiosos... ¡Nada más lejos de estas prácticas! No hay aquí ninguna recreación en el dolor, ni ciertamente búsquedas de placer o similares. ¿Qué hay, entonces?

Como todo en su vida, especialmente desde Manresa, Ignacio quiere vivir cumpliendo la voluntad de Dios. Y al tiempo sabe que, a la hora de escuchar, comprender y vibrar con esa voluntad expresada en el evangelio, uno tiene mucho que luchar. Porque el amor, la caridad, es hermoso, pero no es fácil. El amor al prójimo no es un juego ni un accesorio, ni es una fiesta perpetua, sino algo tan esencial que es al tiempo don y tarea, exigencia y regalo, cruz y resurrección. Ese amor Ignacio lo descubre en Jesús pobre y humilde, el del pesebre y los caminos... Y también descubre que, a la hora de dejarse seducir por

esta lógica evangélica hay muchas dinámicas que nos entrapan, nos inquietan y de algún modo a veces nos ciegan. Somos, cada uno a nuestro modo, un campo de batalla. Tenemos resistencias. Un yo a veces excesivamente abultado se convierte en barrera que nos impide ser alcanzados por Dios, y abrírnos a los otros.

De ahí la necesidad de abnegación. Que no es negarse a sí mismo, sino sobre todo afirmar al Otro. Abnegación es otra palabra que nos asusta. Y nos debe asustar si la entendemos como una anulación de la propia identidad, como una forma de perfeccionismo moralizante o como un puro voluntarismo. ¿De qué se trata entonces? En un mundo a veces excesivamente ego-centrado, se trata de recordar que la única afirmación válida no es la de uno mismo. Abnegarse es la cruz de la moneda. Afirmar algo -Dios y el prójimo- es la cara. Abnegarse es dejar que disminuya un yo que, si se infla demasiado, me cierra a Dios y a los otros. Todos conocemos gente tan llena de sí que nada más cabe. Abnegarse es, en realidad, afirmar a los demás y al Dios que nos vincula a los otros tanto como a uno mismo.

Las prácticas ascéticas, tal y como las entiende y vive Ignacio, son el intento de domar la propia voluntad, de exigirse, para ser libre en el seguimiento. Visto desde el presente, aún nos inquieta y nos hace fruncir el ceño el ver cómo concreta eso. Nos parece inquietante esa opción que implica dañarse. Hoy, sin duda, los acentos son diferentes. Probablemente las concreciones también han de variar. No compartimos un tipo de prácticas, que nos chocan y tal vez nos disuenan, especialmente lo que tiene que ver con ese dolor forzado. Seguramente preferimos insistir en las batallas que ya trae la vida, y reconocemos que tomarlas en serio, y no huir de ellas, implica suficiente sacrificio.

Pero, en todo caso, seguimos valorando la necesidad de una austeridad que nos abra a la verdadera riqueza, una sobriedad que nos abra a la verdadera plenitud, una parte de renuncia que nos ayude a afirmar lo que merece la pena, y una abnegación que nos abra al evangelio. Que es al final de lo que se trata.

Cuando miramos aquel universo de prácticas de Iñigo, hoy dejamos de lado aquello que, propio de una época y contagiado por una mentalidad, ha quedado ya supetado. Pero podemos mantener la capacidad de mirar afuera, de apostar, afirmar y valorar lo otro. Aunque a veces nos resulte exigente y arduo. Esa capacidad que Ignacio describió, magistralmente, cómo salir del propio amor, querer e interés.

Y así van transcurriendo las semanas, los meses, la sucesión de las estaciones que van marcando con su regular cadencia el paso del tiempo. Dos años pasa Iñigo en Barcelona hasta que considera que ya tiene la suficiente base para marchar a estudiar a la Universidad. Ardevol le da el visto bueno. Iñigo, inseguro en los latines, se hace examinar por partida doble, por el bachiller y, más tarde, por un doctor en teología. Está decidido a estudiar y llegar a ser sacerdote. No sabe qué hará después. ¿Entrar en alguna orden religiosa? Debería ser una reformada, se dice a menudo. Una donde pueda ir con estos compañeros que va juntando. Pero, ¿no es más evidente el propósito de ir a Tierra Santa? ¿No es esto lo que Dios sigue poniendo en su corazón? Tiempo tendrá para ver cuál es la voluntad divina. Por ahora, hay que prepararse.

Con sus examinadores también se asesora acerca de los siguientes pasos que debe dar. ¿Dónde estudiar ahora? Los dos le recomiendan Alcalá. A Iñigo le parece una elección

válida. Allí se formará, al tiempo que siga ayudando a las almas. Allí estudiará. Al fin podrá ordenarse.

Sus compañeros están decididos a marchar con él. Por vez primera tiene la experiencia de echarse al camino sabiendo que no está solo. Aunque se irán en fechas distintas, cuando Íñigo deja Barcelona y a sus gentes, en marzo de 1526, sabe que pronto Calixto, Cáceres y Arteaga seguirán sus pasos. De nuevo le tenemos por los caminos de España. Por rutas familiares que tal vez un día recorrió en el séquito de Velázquez de Cuéllar. Ahora las recorre esa estampa, ya familiar, del peregrino. Menudo, con una cojera casi imperceptible, caminando rápido. Infatigable.

Alcalá de Henares. Tiempo de sospechas

La ciudad a la que llega Íñigo, y pronto Calixto, Cáceres y Arteaga es un hormiguero de efervescente vida académica. Cuando el cardenal Cisneros fundó la universidad, comenzando el siglo XVI, Íñigo era apenas un niño inquieto que corría y vivía despreocupado en el valle de Loyola. Desde entonces, al tiempo que el niño se convertía en joven, y el joven en hombre, y el hombre encontraba a Dios tras perderlo todo, la Universidad también crecía. Impulsada por el mecenazgo del cardenal humanista, la idea tomó forma. Las clases comenzaron, especialmente orientadas a lo literario, filológico, filosófico y teológico. Maestros como Nebrija y proyectos como la *Biblia Poligbta* van dando renombre a Alcalá. Una universidad renacentista, moderada, humanista, universal, que favorezca las nuevas ideas de una forma crítica y que promueva la reforma espiritual de una Iglesia muy necesitada

de ella. Un lugar de revisión y discusión sobre las diatribas de Erasmo, que restallan como un látigo en la Europa católica. Un espacio para un saber abierto al futuro. Ese es el sueño de Cisneros, y es esta ciudad pujante y viva la que va a acoger a un Iñigo ansioso por formarse.

Encontrar acomodo en Alcalá no es fácil. De nuevo la pobreza pesa. Por eso su primer techo será el del hospicio de los pobres, y pasará los primeros días mendigando. Sin embargo, entonces, como ahora, algunos necios juzgan y condenan rápido. Un hombre aparentemente sano y limosneando resulta insultante para un grupo de jóvenes, entre otros un clérigo, que viendo a Iñigo pedir empiezan a insultarlo y a burlarse de él. «Anda, holgazán, vete a engañar a otros». «Patán pedigüeño, ¿no ves que en esta ciudad sobras?». Iñigo calla.

Pero el episodio resulta al fin una bendición para él. Toda la escena la ve un hombre que se conmueve por la digna mansedumbre del mendigo. Conversando con él, y sabiendo de su intención de estudiar, le ofrece un aposento y cubrir sus gastos en el hospital de Antezana, del que es encargado. Iñigo se encuentra así en condiciones más que favorables para lanzarse al estudio de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, la Física aristotélica y los Términos. Pronto llegan sus compañeros desde Barcelona. Un joven de origen francés, Juan de Reinaldo, se une al grupo. Parece que las circunstancias son favorables para Iñigo y los suyos.

Sin embargo el año y medio que pasan en Alcalá resultará tiempo bastante desaprovechado. Dos son las razones fundamentales. En primer lugar, Iñigo no consigue aparcar un poco su actividad pastoral. Es algo que le quema, y en cuanto encuentra personas que se sienten inquietas y entablan conversación, ya está enganchado en

relaciones que hoy diríamos de acompañamiento, ayuda, clarificación y formación. Es algo especialmente buscado por muchos en esta época de luces y sombras, en la que tantas voces diversas confunden a las personas de espíritu inquieto. Dedicar mucho tiempo a la plática con otros, a quienes busca ayudar a reformar su vida, iluminar en cuestiones de religión y de costumbres.

Algo tienen los integrantes de este singular grupo, y especialmente su líder, que atrae a la gente. Muchos estudiantes los conocen. Y en la ciudad se empieza a hablar de ellos como los «sayales grises» por su hábito común. De nuevo, como ya le ocurriera en Barcelona, se encuentra Iñigo acompañando a personas de muy diversos rangos sociales. Ricos y pobres. Hombres y mujeres. Formados e iletrados. Desde el editor Miguel de Eguía hasta estudiantes que se acercan a menudo a hablar con él. Uno de los muchos hermanos del editor, Diego de Eguía, hospeda en su casa a los compañeros barceloneses de Iñigo. ¿Es posible que se cruce alguna vez con Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás de Bobadilla, Jerónimo Nadal u otros que, en el futuro, van a ver sus vidas transformadas por el contacto con Ignacio? No lo sabemos. En la ciudad están. Pero aún no convergen los caminos de estos hombres, que por el momento sólo se cruzan, acaso sin verse todavía.

Iñigo da los ejercicios de diversos modos. Y esto toca la vida de la gente. El encuentro con el evangelio lleva a las personas a querer cambiar sus vidas, a veces de modo imprudente. Tiene que convencer a una mujer noble y a su hija para que no se echen a los caminos, como él, en severa peregrinación. Después de ver a la atractiva muchacha, y recordando aquella otra experiencia con madre e hija en los caminos de Italia, les recomienda alguna devoción un poco menos expuesta. Otros le hablan de espíritus

que les poseen. Hay quien le consulta sobre prácticas de vida cristiana... Como en todas las épocas, la diversidad y complejidad de las personas es enorme. El caso es que Iñigo dedica mucho tiempo a esto. Tiempo que, evidentemente, no dedica a los estudios. Y aunque se da cuenta de ello, por otra parte no encuentra el modo de salir de esa espiral de actividad.

A esto se une un segundo problema que, a la larga, va a resultar bastante más grave. El caso de Iñigo no es único. Hay en ese contexto de tal dinamismo espiritual muchas personas que hablan acerca de cosas de Dios. Y muchas, como él, sin tener aún una formación académica rigurosa. Son abundantes los casos de Alumbrados, una corriente de pensamiento y vida espiritual que está severamente perseguida por la Inquisición, pues muchas de sus afirmaciones contradicen abiertamente posiciones católicas, y no está el horno para bollos en el agitado panorama religioso europeo. Cuando se oye hablar de las actividades de Iñigo y sus compañeros, pronto la sospecha comienza a rondar. ¿Serán estos alumbrados? Si no tienen estudios, ¿de qué hablan a la gente? ¿Qué enseñan? ¿Qué prácticas recomiendan? ¿Están corrompiendo a algunos de los jóvenes más brillantes de la universidad con doctrinas perniciosas? No es de extrañar que pronto la Inquisición empiece a tratar de encontrar claridad.

La consecuencia de esto será el encadenamiento de tres juicios que terminan sacando de quicio a Loyola, e impidiéndoles desarrollar su labor apostólica. Juega un papel destacado aquí el Vicario General del arzobispado de Toledo, don Juan Rodríguez de Figueroa. Tras la primera investigación, entre noviembre y diciembre de este año 1526, no se encuentra problema en ellos, pero se les pide que cambien sus hábitos, o que no todos vistan igual,

pues eso hace pensar que son un grupo constituido, con algún tipo de oficialidad, y puede dar lugar a confusión. Íñigo se desespera. Pero, «¿se nos ha encontrado herejía?». «Si se os juzgase herejes os quemarían», afirma solemne Figueroa. «También a usted le quemarían si le declaran hereje». Íñigo, como se ve, no se amilana ni se muerde la lengua. No hay nada erróneo en lo que propone. Es innecesaria toda esta historia. De cualquier modo, aceptan cambiar sus hábitos. Adiós a las sotanas grises.

Tres meses durará la tranquilidad. La devoción excesiva de algunas mujeres lleva a Figueroa a investigar de nuevo en marzo de 1527, pero tras interrogarlas descubre que las enseñanzas que reciben por parte de Íñigo no pueden ser más ortodoxas. Este fuego se apaga sin apenas llegar a encenderse.

Sin embargo, aquella mujer noble que quería echarse al camino con su hija va a ser la causa del mayor problema para Íñigo. Se llama María del Vado, y finalmente se ha marchado, con su hija Luisa y una criada, Catalina, a pie a la Verónica de Jaén, un santuario donde la devoción popular reconoce el pañuelo con que Verónica enjugara el rostro de Jesús. Han desaparecido. Hay quien habla de que se han ido en peregrinación, y quien, entre los suyos, señala a Íñigo como el instigador de algo que parece insensato para mujeres solas. Y esta va a ser la causa del tercer juicio, incluyendo esta vez, el encarcelamiento de Íñigo. Él no tiene ni idea de esta historia. Hace tiempo que dejó de hablar con estas mujeres, y en todo caso, había intentado disuadirlas de ese proyecto desmesurado. Sin embargo su encarcelamiento, el Viernes Santo, 19 de abril de 1527, es por esta causa, aunque a él no le dan ninguna explicación. Le interrogan, vagamente, sobre sus actividades. Sólo tres semanas después le plantean el ver-

dadero motivo. Iñigo, por supuesto, niega haber instigado a estas mujeres. Figueroa, que parece bastante amigable, se alegra y quiere creerle. Pero devuelven a Iñigo a prisión hasta que retornen las peregrinas (si es que vuelven) para que ellas confirmen la historia. Así que mientras toda España festeja el nacimiento de Felipe, hijo de Carlos V, que algún día, como Felipe II, poseerá un Imperio, Iñigo pasa los días encarcelado. Eso sí, en una prisión relativamente confortable, visitado por incontables adeptos que no dejan de pedirle consejo, claridad y doctrina.

Posiblemente le molesta la sospecha. Le incomoda el juicio. Le preocupa que esto se convierta en un obstáculo para su proyecto de ayudar a las almas. Después de todo, no es ciego, y sabe que hay por ahí mucho iluminado pronunciando sermones chocantes y promoviendo prácticas extrañas. Le duele ser confundido con cualquiera de ellos. Y aquí se da cuenta de que no es su orgullo lo que está en juego, sino su misión. Por eso en algunos momentos de reflexión, solo en su celda, se enfada. No quiere ser tachado de alumbrado ni comparado con personajes de extraña espiritualidad, a veces abusiva.

Calixto, recién llegado de Segovia, viene a verle y se encierra con él. Iñigo se siente agradecido por su fidelidad, pero preocupado por su compañero. Él no tiene miedo a la soledad, pero, ¿cómo hacérselo entender a este muchacho, impulsivo y de corazón noble? Una oportuna enfermedad de Calixto resuelve el problema, pues Iñigo le convence para volverse al hogar de Diego de Eguía, donde podrá restablecerse.

Finalmente regresan las peregrinas y confirman punto por punto la declaración de Iñigo. Es liberado, y el 1 de junio se emite una sentencia acerca de su forma de actuar. Aunque no se encuentran motivos para cuestionar sus

prácticas, se les exige vestir como los restantes estudiantes de la universidad; y, peor todavía, se les prohíbe hablar y enseñar en cuestiones de fe durante cuatro años.

Podemos imaginar el enfado de Íñigo. Su temperamento sigue siendo recio. Discute, intenta razonar. Las explicaciones de Figueroa ni siquiera le hacen mella. El vicario, visiblemente incómodo, intenta calmarle. Hasta les ofrece costear las ropas de estudiantes, algo que Íñigo y los suyos aceptan, pensando que la dignidad ofendida no está reñida con el sentido práctico. Si son estas autoridades las que les obligan a vestir así, que sean ellos los que proporcionen el traje. Pero que no piense Figueroa que con esa palmadita en el hombro le va a contentar. Íñigo no comprende a qué obedece la prohibición, sí no han encontrado en ellos nada erróneo. Y ante la injusticia no piensa ceder. Obedecerá, porque es lo que siempre hace con aquello que viene de una autoridad eclesiástica y, por tanto, no hablará de cuestiones espirituales en Alcalá. Pero no piensa permanecer en Alcalá ni un minuto más de lo necesario. Está dispuesto a ir al arzobispo de Toledo para dejarle claro su malestar.

Figueroa lo lamenta de veras. Respeta a Íñigo. Ha aprendido a admirarle y a valorar su honestidad en estos meses de exámenes y juicios, pero por otra parte se ve sometido a tantas presiones, hay tantos planteamientos que están en límites muy delicados y tanta gente espera un tropiezo que le haga perder su propia posición, que respira con alivio cuando al fin termina la discusión.

El arzobispo Fonseca está en Valladolid, y allá se enaemina Íñigo unas semanas después de la sentencia. En la ciudad bañada por el Pisuerga, y conmocionada todavía por los fastos del nacimiento de Felipe II se encuentran reunidos los más importantes teólogos del momento y las

principales autoridades eclesiásticas, dispuestos a discutir acerca de la doctrina de Erasmo. Iñigo llega a finales de junio y consigue audiencia con Fonseca. El arzobispo le escucha, y hasta parece comprenderle, pero no está dispuesto a desautorizar a su Vicario. Así que les ofrece ayuda para que estudien en otra universidad. «Allí empezarán de nuevo. Sin prejuicios. Sin sospechas». Iñigo acepta. Ya había pensado en Salamanca y, de hecho, allá esperan sus compañeros. Fonseca promete a Iñigo acomodo y protección, y le da algo de dinero, para que pueda comenzar cuanto antes esta nueva etapa.

Salamanca

Pese a la prometedora perspectiva que abre la protección del arzobispo, tampoco la ciudad del formes será benévola con Iñigo y los suyos. El ambiente de sospecha y de inquietud ante las nuevas corrientes de pensamiento se ceba en la ciudad castellana como lo hiciera en Alcalá. En su Universidad, centro teológico de primer orden, enseñan figuras como Francisco de Vitoria, y en sus aulas se preparan personajes que alcanzarán la talla intelectual de Melchor Cano. Ambos están en este momento en Valladolid, participando en las discusiones sobre el erasmismo. El miedo a la herejía abre muchos oídos, atentos a cualquier manifestación que pueda resultar ambigua o intrigante.

Desde puntos muy lejanos de la geografía hispana llegan estudiantes para obtener aquí la preparación eclesiástica. Por sus callejas, a las que monumentales edificios de piedra arenisca van dando un aspecto característico, se mueve Iñigo. Tal vez se detiene a admirar la original construcción de la catedral nueva, que desde hace diez años

empieza a levantarse adosada a la vieja catedral románica. Al entrar en esta, para rezar, no se imagina que en unos días estará encerrado en su torre que sirve de prisión eclesiástica. En realidad su mente está ocupada, meditando sobre los últimos episodios. Se da cuenta de que no tiene el mismo entusiasmo con el que comenzara sus días alcaláinos. Le duele este año y medio perdido. Tiene ya 36 años. Va haciéndose mayor. A su edad otros muchos han dado tantos pasos... Él no exige. No recrimina. Acepta que Dios le vaya guiando, aunque a veces no comprende qué pasa, y en algún instante una sorda rebeldía se remueve en su interior. Confía en Dios, pero le enervan los hombres necios. Le duele la injusticia cometida. Hasta ahora todo han sido buenas palabras y ninguna condena sobre su enseñanza, pero al fin lo único firme han resultado ser las prohibiciones. «¿Qué quieres, Señor?». Se pregunta por qué tantos obstáculos en su camino hasta esa Jerusalén que sigue apareciendo tan lejana.

Le saca de sus medicaciones un rostro vagamente familiar. Iñigo no consigue identificarla, pero la mujer ha reconocido en este hombre que reza al extraño maestro de gentes de Alcalá, donde ella vivía antes. No le ha sorprendido encontrarle aquí, pues ya días antes ha visto a los otros compañeros. Incluso sabe dónde se alojan. Se ofrece a llevarle hasta ellos, Iñigo acepta. El reencuentro es alegre. Les comunica el resultado de su gestión con el arzobispo Fonseca. Ninguno esperaba que revocase la sentencia alcaláina desautorizando a su propio Vicario, así que el relato de su benévola acogida y de su cercanía les tranquiliza. Iñigo parece el menos entusiasmado de todos. Tal vez, a su edad, empieza a comprender que los planes que uno hace son a menudo desbaratados por las circunstancias.

Apenas tienen tiempo para organizar sus clases. La mujer de Alcalá ha hablado de ellos a amigos y conocidos que vienen pronto en su búsqueda, ávidos de conversación, de formación, de alguien que pueda ayudarles. Así que ya está de nuevo el grupo dedicado a una labor apostólica por la que parece haber verdadera sed. Predicando, hablando, educando a mayores y niños. Tal vez empieza ya Íñigo a preguntarse quién de estos interlocutores está preparado para asomarse a los ejercicios espirituales, que cada vez va perfilando más... «Quizá -empieza a ilusionarse-, sea aquí donde hemos de prepararnos».

Por supuesto no descuida su vida sacramental y, como hace siempre que llega a una ciudad, busca a un confesor. El convento de los dominicos es el lugar elegido. En la monumental iglesia de San Esteban encuentra Íñigo la palabra y el consejo de un viejo fraile. No se sorprende cuando este le invita a comer con la comunidad. Está habituado a compartir la mesa con gente benévola interesada en la conversación espiritual, y cuando el fraile le plantea que sus compañeros de convento le quieren conocer, acepta con humildad y calma.

Es el inicio de un nuevo proceso, y el que precipitará finalmente a Íñigo a tomar una decisión drástica. La comida, un domingo, resulta ser una encerrona. Tras el postre pasan a una capillita Íñigo, Calixto, que le acompaña, y algunos monjes más, entre ellos el subprior dominico. Rápidamente el diálogo toma el cariz de un interrogatorio. Íñigo, que se da cuenta de la intención a la tercera pregunta, siente el hastío de una situación que le resulta desgraciadamente familiar y se refugia en un digno mutismo. Se niega a decir una palabra más. La consecuencia de ello es que, con un tono bastante insolente, se les

ordena quedarse en el convento, encerrados en esa misma capilla, esperando que se clarifiquen algunos puntos. Iñigo y Calixto se arman de paciencia y aceptan la situación sin una mueca. Transcurren los días. Bastantes dominicos se acercan al oratorio convertido en provisional prisión para hablar con ellos. Es una situación extraña. Muchos de los frailes, cuando se marchan, lo hacen convencidos de que es una necesidad tener aquí encerrados a estos hombres, que no parecen sostener ninguna doctrina herética. Más bien dan la sensación de ser hombres de Dios. En el convento hay división de pareceres.

Tras tres días de encierro un alguacil los lleva a la cárcel, situada en el torreón de la catedral vieja. Allí los encadenan en un cuartucho destartado, en un piso alto. Iñigo no se inmuta. Las cadenas, la prisión, el encierro por haber compartido el evangelio. ¿No es en el fondo lo que le ocurrió al mismo Jesús? Iñigo siente un gran consuelo, que contagia a Calixto. La gente que los conoce se encarga de que se amueble el cuchitril con cierto decoro. A la cárcel siguen viniendo a hablarles.

El interrogador esta vez resulta ser un bachiller llamado Frías. Tampoco parece agresivo, ni en su lenguaje se advierte animadversión alguna. Sólo se trata, les deja ver, de clarificar las cosas. Le pide directamente los papeles de los ejercicios, para ver si hay en ellos algún error. Localizados el resto de los compañeros, Cáceres y Arteaga son encerrados en el calabozo del piso inferior. Sólo Juan, tal vez por su juventud, es dispensado de la prisión.

Y así transcurren las semanas. Tiempo que Iñigo aprovecha no sólo para continuar sus conversaciones con gentes que le visitan, sino sobre todo para analizar su propia situación. No lleva ni un mes en Salamanca, y ya están así las cosas. ¿Qué puede resultar de todo esto?

¿Va a producirse también aquí una cadena de juicios? Por la cabeza no le pasa ni por un momento que pueda haber una condena seria. Está seguro de que la doctrina que predica es segura. Pero, ¿de qué serviría hablar de *su experiencia manresana*? Sólo terminaría granjeándole miradas incrédulas y suspicacias. Por otra parte, en algunos momentos comprende la posición de gente como Frías o Figueroa. También él ha sabido de lunáticos que afirman tener visiones y no son más que gente que engaña a otros, o bien se engañan a sí mismos. Por todo eso se siente entre la espada y la pared. Tiene que estudiar si quiere que le dejen en paz. Un título le abrirá muchas puertas, le hará creíble. Y esa credibilidad resulta imprescindible si quiere ayudar a las almas. Y, por otra parte, ¿no es un obstáculo este incesante goteo de gentes ávidas de conversación y guía? No toda la culpa de lo que le pasa es de jueces e inquisidores. ¿No tiene él también una parte de responsabilidad en esta lentitud, por la manera en que se le va el tiempo en ayudar a los otros? ¿Tal vez debería retirarse un poco? A veces, en orden a ayudar bien, hay que tomarse un tiempo para la preparación... ¿No habrá estado queriendo hacer demasiadas cosas a un tiempo? Quiere dedicarse al cuidado de otros, sobre eso no le cabe la menor duda. Pero, ¿es posible que deba hacerlo de un modo distinto?

Una y otra vez da vueltas a estas cuestiones. Habla con Caiixto a menudo, pero el muchacho, atolondrado y algo ingenuo no le ayuda mucho a clarificar. Es un buen compañero, pero también es joven, y muchas de estas inquietudes le resultan todavía ajenas. Para él, el seguimiento de Jesús se mezcla con la admiración que siente por Iñigo y el deseo de vivir una vida apasionante.

Pasan los días encerrados. Esta vez un tribunal les exa-

mina exhaustivamente. Piden a Íñigo dar cuenta de sus enseñanzas, de la manera en que expone ciertos temas, le hacen muchas preguntas acerca del contenido de sus ejercicios espirituales... En todo responde con firmeza y sin vacilar. Sigue la reclusión, tres semanas más, sin que haya respuesta. Finalmente hay una sentencia. El bachiller Frías le devuelve los papeles. Todo está en orden. Pero, de nuevo, tendrán que dejar de predicar sobre asuntos de moral. Más precisamente se les prohíbe tratar cuestiones relativas a lo que es pecado o no lo es durante cuatro años.

Tras *esta* decisión Íñigo sabe lo que tiene que hacer. Tiene que irse lejos. A donde no entienda la lengua. Donde no pueda entraparse. Donde le dejen en paz. Ningún sitio de España le servirá. ¿De qué valdría ir ahora a Santiago de Compostela o a cualquier otra universidad cercana? Seguramente se encontraría en unos meses de nuevo cuestionado o preso... Porque no puede resistirse a la gente que venga pidiendo ayuda. Decide ir a París. Entre las universidades europeas, es una buena opción. La mejor si se trata de estudiar artes, filosofía o teología. Sólo Bolonia, excelente en derecho civil y canónico tiene un nombre tan prestigiado como la universidad francesa. Pero en el horizonte de Íñigo no entran los derechos. Es la ciudad gala la que parece estarle llamando.

Sus compañeros aplauden la decisión. «¿Por qué no? Iremos a París». Sólo Juan se entristece, y les dice que no cuenten con él. Ha decidido hacerse monje. Quiere ser cartujo, esa es la vida que sueña. El joven, casi un chiquillo, se despide, con lágrimas en los ojos, de estos compañeros de ilusiones y sueños. Calixto, Cáceres y Arteaga secundan con entusiasmo a Íñigo. ¡París! Les parece un

destino magnífico. Hablan atropelladamente. Otro país. Otra vida.

Finalmente se deciden. Iñigo irá delante. Buscará acomodo para todos. Abrirá camino. Y ellos le seguirán después. Seguramente, en su juventud, están seguros de que todo saldrá bien. Iñigo, que es más mayor, ya ha experimentado los extraños giros que da la vida. Sabe que los planes no siempre salen como uno los dispone. Pero también deja esto en manos de Dios. Él le ha dado compañeros. El los mantendrá si quiere.

Si supiésemos todo lo que nos depara la vida no podríamos vivirla. Es mejor así. Ignorar. Esperar. Construir. Soñar y luchar por lo que uno quiere. Apostar, sin tener seguros los resultados. Saltar al vacío una y mil veces. Eso, en parte, es vivir. Estos cuatro hombres que ahora se separan no saben nada de esc futuro que todavía no existe. Ninguno de ellos, cuando se abrazan, en el Puente Romano, intuye que es la última vez que se ven. La despedida, emocionada, no es la de quien dice «adiós para siempre», sino sólo "hasta pronto». Están conmovidos. Han compartido muchos momentos buenos y malos, fatigas y alegrías, conversaciones hondas. Han hecho planes. Se quieren y se apoyan. Tienen aún tanto por hacer... Iñigo, al alejarse, siente una extraña emoción. Se va disminuyendo en el horizonte su estampa peregrina, mientras reza por estos muchachos. Pidiéndole a Dios que bendiga sus caminos hasta que, un día no muy lejano, vuelvan a encontrarse todos en París.

Cuando, ya instalado en la ciudad gala, quiera retomar el contacto con estos primeros amigos, encontrará que, lejos de él, sus propósitos se han desvanecido. Calixto, que ha compartido con Iñigo prisión y cadenas, terminará hecho un hombre acaudalado tras hacer fortuna en las

Indias. Tal vez, en alguna noche helada, ya viejo, mirará con nostalgia sus días de encierro y de cárcel, recordará sus días de una pobreza elegida que, por un tiempo, le hizo rico de otra manera. Quizá se pregunte entonces qué hubiera pasado si hubiese ido a París y un ligero estremecimiento le hará arrebujarse en su capa. Después, con un brusco cabeceo, querrá apartar el recuerdo...

Cáceres no imagina, al ver alejarse al peregrino, que su propia vida terminará tan lejos de los planes que ahora, en su ingenuidad, cree fáciles de realizar. Al segoviano le ocurrirá lo contrario que a Iñigo. Si este se convirtió después de una vida azarosa y bastante mundana, el joven Cáceres hará el recorrido inverso. Sus ideales, sus creencias, su deseo de santidad han de dar paso a una vida disipada, más superficial, más frívola, ¿más vacía? Tal vez también algún día, ya mayor, buscando en su interior vestigios de hondura, se pregunte, con dolor, dónde está el chiquillo idealista y creyente que un día fue. A veces ocurre. ¿Por qué? ¿Cómo? Quién sabe. Uno deja de mirar a la fuente. O se enfrían los afanes del joven sin darles tiempo a cuajar en algo sólido. O un mal paso te lleva a otros, y al fin llegas a donde nunca imaginaste. Entonces llorará por todo lo que no ha sido. O fingirá indiferencia. O dejará que triunfe el olvido, ese aliado benévolo que nos libera de las memorias que duelen.

Arteaga tiene por delante un camino eclesiástico, pero no será esa vida soñada, con Iñigo y los otros, en Jerusalén. Será comendador, y más tarde obispo en las Indias. Allí morirá.

De nuevo está Iñigo en marcha. Es su imagen, en el trayecto de Salamanca a Barcelona, un poco distinta de la figura a la que estamos acostumbrados. Por una vez lleva

cabalgadura, un pollino que le han proporcionado amigos en Salamanca, muy útil ahora que se mueve con algunos libros. De aquel caballero cristiano, pletórico y fuerte, que entrara en Montserrat, a este hombre sabio, que ha tocado simas y cielos, hay mucha distancia, muchos pasos, y lágrimas, y encuentros...

Estamos en septiembre de 1527. Menos de dos meses ha durado la tentativa salmantina. Una vez más sus pasos le encaminan a Barcelona, a sus amigos, para darles noticias y prepararse para la marcha francesa. Como de costumbre, los suyos, durante estos días, viven la doble sensación de alegría e incomodidad. Alegría por tener a Iñigo de vuelta. Isabel Rosel e Inés Pascual, el maestro Ardevol, Juan, las hermanas de Requeséns. Todos celebran con alborozo su llegada, pero reaccionan con reproche cuando les habla de su intención de marchar a París. Nada menos que atravesar a pie Francia. Un país enemigo en este momento. Las luchas de Carlos V y Francisco I no disminuyen. «Pero, Iñigo, ¿quieres acabar asesinado en cualquier vereda?». «Te quemarán vivo». «¿No es acaso tiempo de parar ya? Tal vez tu destino, tu vocación esté aquí, con nosotros». Vanas palabras, vanos intentos de disuadirle. Y de algún modo lo saben. Conocen el fulgor de la mirada de Iñigo cuando está decidido a algo. Su terco silencio. Su media sonrisa cariñosa que no oculta una férrea determinación. Les desarma la absoluta convicción con que asegura que Dios está detrás de sus pasos. Y ciertamente le creen.

Así que, tras unas semanas de reencuentro y alegrías, de paseos tranquilos, visitas y conversaciones largo tiempo deseadas por unos y otros, de nuevo emprende el peregrino su marcha. Solo y a pie. Al final ha decidido llevarse lo mínimo necesario. Acepta, eso sí, que sus gentes le

envíen algo de dinero que le habrá de ayudar para pagarse el sustento y los estudios, al menos durante el primer año. Ha aprendido la lección. Es imprescindible poner los medios para alcanzar el fin, cuando uno entiende que el fin es lo que Dios le propone. Por ello el dinero, que en otro tiempo le quemara como fuego hiriente, lo acepta ahora, sin avidez pero sin incomodidad. A principios de enero de 1528 abandona la Ciudad Condal. La despedida es, de nuevo, emotiva. Iñigo es un hombre de encuentros y partidas. Lloran él, y lloran los suyos. ¿Por cuánto tiempo esta vez? ¿Qué va a hacer? El viajero infatigable, el buscador inquieto se encomienda a Dios al echar a andar. Esta vez tiene que funcionar. Más de cuatro años lleva persiguiendo un destino que se le ha escapado una y otra vez. El 2 de febrero de 1528, tras un mes de camino, entra en París.

La voluntad de Dios, mi voluntad, la libertad
y otras circunstancias

Una y otra vez parece escabullírsele a Iñigo la voluntad de Dios. Jerusalén, Alcalá, Salamanca... le han ido cerrando las puertas. Pregunta, una y otra vez: «¿Qué quieres de mí?». Y cada vez la respuesta que intuye le pone de nuevo en camino. Cuando cree poder asentarse, tiene que volver a partir. Prueba, y fracasa. Y en el proceso va descubriendo que su búsqueda es compleja. Mucho más de lo que pensara cuando se lanzó a esta vida peregrina. Pero no se rinde.

Buscar la voluntad de Dios... ¡Qué frase! ¡Qué meta!
¡Qué reto! Cuando Ignacio defina lo que son los ejercicios espirituales, reflejando su propio itinerario vital e interior,

esta propuesta resonará con fuerza. Ejercicios espirituales, ocasión para prepararse, «para quitar de sí mismo las afecciones desordenadas, y buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de (a propia vida» (EE.EE. 1).

Buscar la voluntad de Dios. Una propuesta inmensa y difícil al tiempo. ¿Nunca te lo has preguntado? ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Nunca te lo ha planteado alguien, llenándote de incertidumbre? «En la vida te conviene buscar la voluntad de Dios...». Y tú te quedas ahí plantado, con cara de susto, preguntándote cómo se hará eso, y en qué consiste esto de la voluntad de Dios. Te inquieta pensar que te falta una sensibilidad especial que otros sí parecen tener, para detectar, sentir, descubrir y ver claramente que Dios quiere que hagas esto y no esto otro.

Es semejante a lo que ocurre cuando la gente pregunta por esto de la vocación, y mitifica «la llamada», como si se tratase de tener línea directa con Dios, que con inconfundible claridad te va a decir: «Ahora haz esto», y «ahora lo otro». En realidad no es tan claro, ni tan explícito, al menos no en la mayoría de los casos. Y el mismo ejemplo de Iñigo nos lo deja ver.

Iñigo también busca la voluntad de Dios. De alguna manera dicha voluntad ya está definida: «Ayudar a los prójimos». Las concreciones dependerán de tantas cosas... ¿Era voluntad de Dios que fuese a Alcalá, a Salamanca, a París...? ¿O son, más bien, las opciones de Ignacio, dejándose guiar por el Espíritu y *tratando* de concretar esa voluntad básica que, con tanta claridad, se ha manifestado para su vida?

Conviene huir de una imagen demasiado pasiva de las existencias. Como que Dios fuese el que maneja los hilos y nosotros sólo marionetas que tenemos que dejarnos mover, A veces resulta excesivo pensar que Dios «quiere»

que hagamos tal o cual cosa: ¿Me compro esto o no me lo compro? ¿Hago este viaje o no lo hago? ¿Leo este libro o este otro? Dios quiere que vivamos conforme al evangelio. De esto se trata. En realidad la voluntad de Dios no anula nuestra voluntad, ni nuestra libertad, sino que pasa por ellas. Lo que Dios quiere y sueña, para la vida de cada ser humano, es la capacidad de vivir con dignidad y -supuesta la dignidad de las situaciones humanas— abiertos a una trascendencia que nos devuelve al mundo para vivir en él constuyendo el Reino; de acuerdo con la lógica de un amor que se refleja en Jesús de una forma definitiva: el amor pascual. Cada uno de nosotros, en función de nuestra vida, educación, carácter, historia y circunstancias, lo vamos concretando, descubriendo cuál es la opción en la que más en plenitud podemos vivir esa vocación común. Dejándonos guiar también por lo que el Espíritu de Dios suscita en nosotros.

En nuestras opciones, nuestra familia, nuestros trabajos, la manera en que elegimos vivir... (sí, también se trata de elecciones personales), buscamos esa voluntad de Dios. Pero una voluntad que pasa también por nuestra propia voluntad -seducida por el evangelio— y nuestra libertad. De esto se trata en definitiva. ¿Hay una vocación para mí? Sí. Esa vocación común de la humanidad querida y creada por Dios; y una concreción particular, exclusiva, mía; que tiene mucho que ver con mi manera única y definitiva de ser, de amar, de sentir, de vibrar y de luchar, en el *contexto* y tiempo en que me ha tocado vivir.

¿Cómo encontrarla? Ahí es donde intervienen nuestra capacidad de arriesgar y de buscar, nuestra disposición a escuchar (fuera y dentro de uno) tratando de ver cómo resuenan ciertas cosas, qué sentimientos y pensamientos despiertan, cómo, en el fondo, determinados pasos te

ponen en un camino y en ese camino creces y cambia el mundo contigo. Para mejor.

Y ahí tenemos a Íñigo. Buscando esa voluntad. Tratando de decidir, una y otra vez. Preguntándose, adonde le está conduciendo Dios, qué nombres, qué rostros, qué historias le esperan. Moviéndose entre la intuición y la fe, entre la búsqueda y el deseo, entre la esperanza y la respuesta.

París, estudios y compañeros

*T*res hombres caminan junto a la ribera del Sena. Dos de ellos son jóvenes, y el tercero un poco mayor. Conversan en voz baja, con sosiego. No **hay** apenas movimiento en torno. Es muy temprano incluso para la madrugadora ciudad, y una ligera neblina da a los perfiles de la cercana catedral un aspecto fantasmagórico. Faltan aún horas para que amanezca.

Los hombres se mueven para no quedarse fríos, pero no se alejan mucho del puente que conduce a Nôtre-Dame. Esperan. Se oyen pasos y otros dos jóvenes aparecen entre la niebla. Los recién llegados apresuran el paso hasta ¿legar a la altura del grupo. Los saludos son breves y sobrios. «Sólo faltan Nicolás y Simón», es el comentario escueto y nervioso de uno de ellos. «Tranquilo, Francisco, que llegarán». El tono sereno y sosegado de su compañero parece tranquilizar al más inquieto.

El mayor del grupo no ha hablado apenas en los últimos minutos. Esta despedida, junto a un puente, le recuerda a otra muy similar siete años atrás. Pero siente que ahora es distinto. Esta vez hay una pasión, una energía poderosa, una hondura en los vínculos que nunca llegó a experimentar entonces. ¿O es lo mismo que pensaba antaño? ¿Y si se engaña? ¿Y si algo sale mal? ¿Y si, como entonces, le dejasen solo? Con un imperceptible gesto de disgusto se arrepiente de estos pensamientos. Se ha asomado al corazón de estos muchachos. No duda de ellas,

ni de lo que Dios ha hecho en sus vidas. Estos que quedan aquí son sus amigos, sus hermanos, pondría la mano en el Juego por ellos... Esto no va a ser un adiós.

Le saca de su ensimismamiento el ruido de unos cascos. Entre la niebla aparecen los dos hombres que faltaban. Uno de ellos guía un caballo viejo por la brida. Los pasos del animal retumban en el silencio de la ciudad dormida.

Ha llegado el momento. El que trae el caballo se excusa atropelladamente por la demora, en una mezcla de latín y portugués que ha llegado a serles familiar. Hay un momento de silencio incómodo en el que se miran, como preguntándose: «Y ahora, ¿qué?». Es el mayor el que toma la iniciativa, y va abrazando uno a uno a los seis jóvenes, cambiando frases que ocultan la honda emoción que embarga a todos. «Pronto, muy pronto». «Sí, en Venecid». «Cúidese mucho, y restablézcase bien, que le estaremos esperando». «Dígale a mi madre que soy muy feliz», pide en voz bajita el más joven. «Alfonso, le contaré todo lo que quiera saber, no te preocupes». Acompaña la sentencia con una cariñosa palmada en Li nuca, y el muchacho ¡raga saliva para no llorar, abrumado por la doble emoción de una despedida y el recuerdo de la familia distante.

Ya no queda más que hacer. Rezan una oración en voz queda. Al fin sube al caballo. A la mayoría les sorprende su destreza para montar. Se da cuenta de la mirada de sorpresa, y piensa con un punto de divertida reivindicación: «Hay cosas que no se olvidan nunca». Un último saludo: «Nos veremos entonces en Venecia, Dios os bendiga», y se aleja, a paso ligero.

Miran hasta que la niebla se lo traga y aun entonces siguen en silencio, escuchando los cascos que se alejan.

Al fin, los ruidos del río y de la ciudad que empieza a despertar apagan los últimos ecos del amigo partido. No hablan de ello ahora, pero sienten que quedan un poco huérfanos sin este hombre que les ha unido. El grupo se dispersa, cada quien dispuesto a comenzar la jornada. No ha amanecido aún en París.

Estamos en la primavera de 1535. Han pasado siete años desde que llegara Iñigo, dispuesto a estudiar. Un largo tiempo ha durado esta etapa parisina. De aquí sale ya Ignacio, el maestro Ignacio, y en la ciudad deja un grupo de compañeros que comparten su sueño, enamorados profundamente del mismo Dios de Jesús, que un día le sedujo a él, y dispuestos a marchar con él a Tierra Santa. Al fin el proyecto largamente acariciado va tomando forma. Su salud está quebrada, y por eso debe volver a su tierra por unos meses. Pero no puede dejar de darle gracias a Dios, que pone en su corazón la certeza de que ahora, por fin, todo marcha bien. Ignacio cabalga contento.

Los años de Iñigo en París son un período crucial en su vida y su trayectoria. Lo que hasta aquí habían sido intuiciones, intentos, búsquedas, empieza a cuajar. Todavía faltan algunos pasos, años y caminos inciertos. Pero es en París donde la figura admirable del peregrino Iñigo se convierte en Ignacio de Loyola. Es aquí donde un grupo de hombres, reunidos por él, echarán a andar, sin saber aún que con ellos está naciendo una orden religiosa que pronto tendrá un papel trascendental en el panorama eclesial europeo.

Vida de estudiante

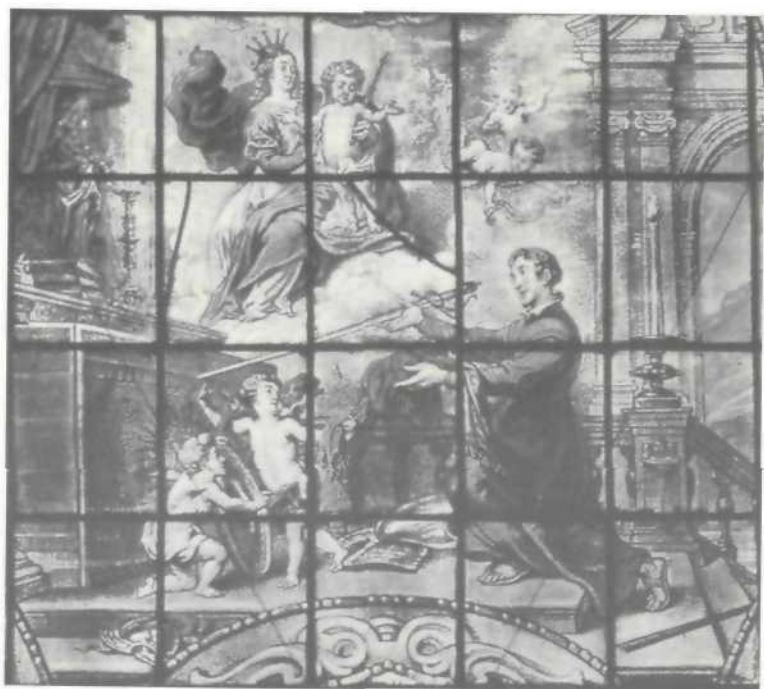
Consiguió estudiar. Lo que no había podido hacer en Alcalá ni en Salamanca, finalmente lo alcanzará en París, aunque no llegue a completar su programa en teología, que tendrá que continuar en Venecia. Quiere recuperar el tiempo perdido. Los primeros diez meses se dedicará a estudiar gramática, en el colegio de Montaigu. Quiere pulir lo aprendido con el maestro Ardevol en Barcelona. Sabe que el dominio del latín es imprescindible para después poder dedicarse con profundidad a otras disciplinas, y no quiere que el idioma sea un inconveniente. Ha aprendido la lección, y sabe que si verdaderamente quiere formarse tendrá que poner todos los medios con disciplina y buen criterio. El colegio de Montaigu es una institución que, con una metodología exigente le resulta de gran ayuda para ponerse a la altura de sus compañeros en el uso suficiente de la lengua. Es algo imprescindible si quiere aprovechar después un estudio más sistemático de filosofía y teología.

¿Cómo financiarse? Tiene claro, después de sus anteriores incursiones en el mundo académico, que no puede estar dedicado a demasiadas actividades a la vez. Si se dedica a recoger limosna para poder mantenerse, eso le quitará un tiempo precioso. Sus amistades barcelonesas han quedado en enviarle dinero. Y lo hacen. Una buena suma para que viva el primer año. Se dispone entonces a lanzarse a los estudios de cabeza.

Pero en todas las épocas hay que ser cuidadoso con los ahorros. Íñigo sabe que conviene tenerlos a buen recaudo, y por otra parte siente cierta incomodidad teniendo en su habitación demasiado dinero. **Tal** vez, acostumbrado a vivir sin reservas, sin más que lo estrictamente necesario, y



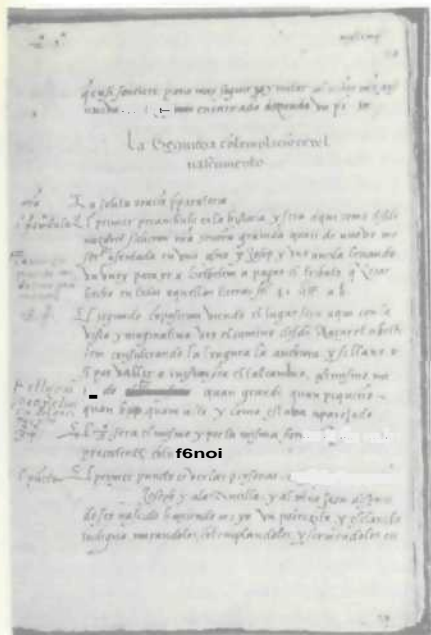
San Ignacio de Loyola (1556). Óleo de Jacopo del Conté (c. 1515-1598). Casa Generalicia de la Compañía de Jesús (Roma). *Arriba*: Escudo de la Compañía de Jesús. Iglesia de San Fidel (Milán).



*Arriba: San Ignacio deposita la espada ante la Virgen en el santuario de Montserrat. Vidriera de Andrea Pozzo (s. XVIII). **Gallería** di Andrea Pozzo, Residencia del Gesù (Roma).*

A la derecha: Nuestra Señora de Montserrat.





Arriba: San Ignacio escribe los Ejercicios Espirituales. Vidriera de Andrea Pozzo (s. XVIII). Galería di Andrea Pozzo, Residencia del Gesù (Roma).

^ la izquierda: Una página manuscrita de los Ejercicios Espirituales.



A /Í izquierda:
l'ortadilhi de la
primera edición de las
Constituciones (1559).

Abajo: El papa
Pahlo III aprueba las
Cofistitiiciones de la
Compañía de Jesús y
recibe de san Ignacio,
a quien acompañan
los primeros
compañeros de la
Compañía de Jesús,
un ejemplar de los
Ejercicios Espirituales.

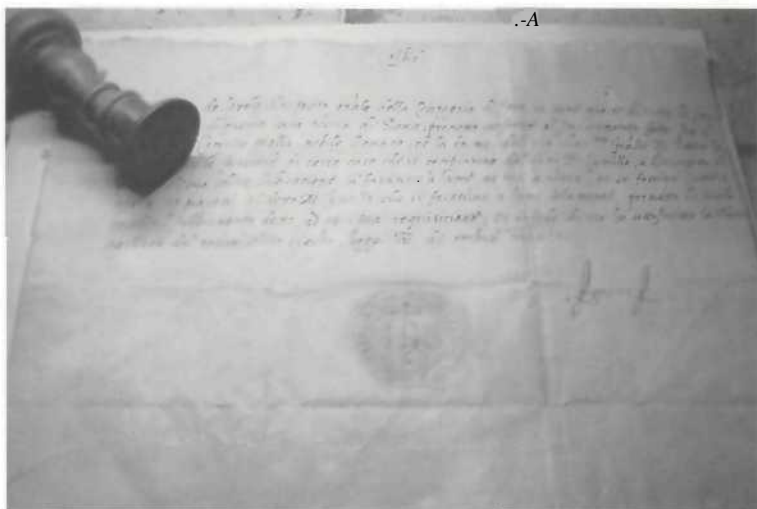
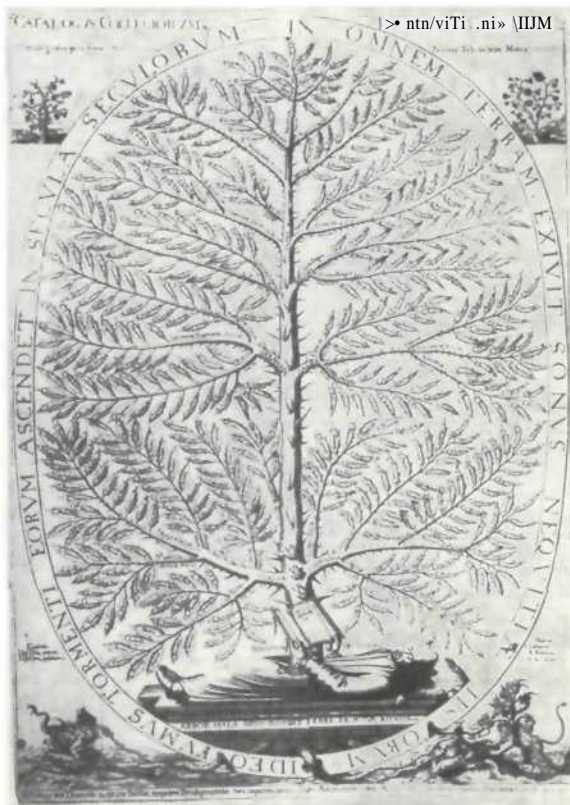
Anónimo del siglo
XVII, conservado
en la antesacristía de
la Iglesia del Gesú
(Roma).





Arriba: *San Ignacio presenta al papa Julio II! a los alumnos del Colegio Germánico.* Boceto para grabado de Pedro Pablo Rubens. Galería Nacional de Escocia (Edimburgo).
A la izquierda: vista de la fachada del santuario de San Ignacio en Loyola.

A la derecha:
La difusión
mundial de
la Compañía
de Jesús.
Grabado en
el *Ars magna*
LUCÍS et
Utnbrae, de
Athanasius
Kircher
(Roma 1645),
p. 553. **Abajo:**
manuscrito
autógrafo de
Ignacio de
Loyola, con el
sello jesuítico.





Arriba: Fachada principal de la Iglesia **del Gcsü** (Roma), de **Giacomo** della Porta. *Abajo, a la izquierda:* San Ignacio de Loyola. Grabado de Marco Píteri. Archivo de la Casa **Generalicia** (Roma). *A la derecha:* retrato de san Ignacio elaborado a partir de la máscara mortuoria.





Arriba: *Muerte de san Ignacio*. Anónimo de comienzos del s. XVII. Capilla **Farnese** (Roma). Abajo: una placa en el suelo indica la fecha y el lugar exacto en el que murió san Ignacio.



a menudo ni siquiera eso, le resulta ahora extraño encontrarse bien provisto. Prefiere que otro lo guarde. Tal vez así no tenga esta sensación de opulencia que ahora le molesta. En la posada en la que se ha instalado viven bastantes estudiantes. Uno de ellos, compatriota suyo, le parece de fiar, así que le pide que tenga el dinero a buen recaudo. El otro acepta, ufano y solemne, satisfecho por ser merecedor de tanta confianza por parte de este recién llegado cortés y devoto. Acuerdan que Íñigo le irá pidiendo cantidades pequeñas cuando tenga pagos que hacer y, si bien no lo plantean estrictamente en términos económicos, si el otro pasa algún apuro Íñigo le ayudará. Conocedor de personas, esta vez Íñigo ha elegido mal. Durante semanas la cosa va bien, pero a fines de marzo, un día que le pide a su «cajero» dinero para pagar la estadía en la posada se encuentra con la mirada culpable y avergonzada del joven. No hacen falta demasiadas explicaciones. Debiera haberlo sabido. La vida dispendiosa del muchacho, sus frecuentes salidas, la forma en que últimamente se comportaba de un modo huidizo, evitándolo, todo eso que debiera haber observado con más detenimiento tendría que haberle puesto sobre aviso. O tal vez lo vio venir, pero prefirió dar una oportunidad al chico. Ahora no queda nada. La generosidad financiada con dinero ajeno ha permitido al mozo vivir unos meses el sueño del gran señor, jaleado por amigos de ocasión y compañeros de correrías. Ahora a todos les toca despertar.

Íñigo se queda perplejo. ¿Cómo puede ese insensato haberse gastado en menos de dos meses los ahorros que debieran haber servido para vivir con tranquilidad durante un año? De nada sirve lamentarse ni recriminar. No puede pagar el hospedaje. Tiene que recoger sus exiguas pertenencias y abandonar la habitación. No se enfada. Tal vez

está hecho para vivir con poco, y esto le resulta sólo un contratiempo. Cuando sale de la posada pasa a despedirse del compañero causante de su desgracia, pero su estancia está vacía. A veces la vergüenza y la culpa no quieren testigos.

Se ve de nuevo en la calle. Apenas ha empezado las clases. ¿Qué hacer ahora? De entrada, lo que le queda a quien nada tiene. Acogerse a la beneficencia. El Hospital de peregrinos de Santiago es la solución para un estudiante en bancarrota. Allá se dirige Iñigo. Piensa que tal vez sea esta la señal de que debe volver al limosneo diario. Pero pronto se da cuenta de que, entre el tiempo que le roba la mendicidad, y lo que tarda en recorrer la distancia que media entre el hospital y Montaigu se le va el día. Esa es una lección que no necesita que le repitan. No puede desperdigarse en mil actividades. Empieza a buscar un trabajo de criado. En este mundo académico es frecuente que doctores y maestros -muchos de estos últimos alumnos de cursos avanzados— tomen como ayudante o criadillo a algún estudiante de cursos bajos. Iñigo busca un trabajo así. Pero es muy mayor. Nadie le quiere contratar, ya sea por viejo, por débil o por serio. Así que esa puerta se le cierra también.

Se siente inquieto. Así no puede ser. Ya se imagina viendo pasar los años sin aprovechar sus estudios... Lo comenta con uno de sus conocidos de la posada, que conocedor de su situación, le convida a comer de vez en cuando, lo que no supone mucho gasto, ya que Iñigo se ha acostumbrado a mantenerse con poco. Más veterano en París, y buen conocedor de las estratagemas estudiantiles, su interlocutor le propone una solución que no parece descabellada: «Vete a Flandes y consigue allí el sustento». No es una propuesta baladí. Dedicar unos meses a conse-

guir dinero donde están los comerciantes españoles ricos. Son buena gente, cristianos piadosos dispuestos a sufragar los gastos de la cartera clerical de un compatriota. Muchos estudiantes viven así. Ñigo no lo piensa mucho. La idea le parece acertada. Así que allá parte, al final de ese primer verano, en dirección a Flandes. Al llegar a Brujas se queda sorprendido por la belleza y riqueza de esta ciudad de mercaderes. En nada tiene que envidiar al dinamismo y la efervescencia de Venecia, se dice este viajero infatigable, que si bien sabe detectar de las ciudades su cara más oculta y herida, también conserva de su educación cortesana, la sensibilidad para apreciar los indicios de gusto y refinamiento.

Y allá se lanza a buscar ayuda. Si queremos describirlo en términos contemporáneos, no va a mendigar, sino a buscar una beca. Una buena subvención que pueda venir de la largueza de alguno de estos mercaderes acomodados. No ha de ser difícil conseguirla. Estos hombres acaudalados tal vez se sientan más cerca del cielo pagando la formación de un hombre de Iglesia. No ha de sorprendernos esta mentalidad propia de una época en que la salvación también se compra y vende en forma de bulas e indulgencias. No es de extrañar, conociendo a Ñigo y su manera de conversar en cuestiones de Dios, que pronto se gane el favor de alguno de estos negociantes. Con bastante facilidad obtiene recursos que le han de bastar para todo el año. Durante tres veranos viajará así: dos veces a Flandes, y una a Londres. A partir de ahí ya habrá conseguido un patrocinador fijo, Juan Cuéllar, que le envía dinero puntualmente a París, evitándole la penuria y favoreciéndole una vida estable. En realidad no sólo le está pagando los estudios y la vida a Ñigo, que con mucho menos se arreglaría, sino a otros muchos estudiantes a quienes este

ayudará. Pese a un comienzo desastroso en lo económico, pronto su horizonte queda resuelto por ese lado.

Estos episodios parisinos nos van a permitir comprender algo sobre la pobreza ignaciana. Si en otros momentos hemos visto a Iñigo dispuesto a vivir sin nada, y rechazando repetidamente cualquier seguridad, ahora *sín embargo* acepta que, en orden a poder estudiar, ha de asegurarse unas condiciones de vida suficientes. En esa evolución, que seguirá siendo fundamental en su itinerario, podemos vislumbrar algunas características de la pobreza en la espiritualidad ignaciana.

Hay muchas formas de vivir la pobreza. Hay un tipo de pobreza que no es buena. Es la de quienes se ven privados de lo elemental para vivir, y con ello sufren carencias básicas, lloran lágrimas de rabia y de impotencia, ven morir a los suyos... Contra esa pobreza luchamos. Ayer y hoy. Siempre. En nombre de y con aquellos que tienen derecho a unas condiciones de vida dignas. Tristemente es una pobreza que se multiplica, que cambia de rostro y de forma, pero no encontramos la forma de que desaparezca. Es un monstruo de mil cabezas, que hoy se llama hambre y mañana intemperie, hoy muerde a niños de ojos grandes y estómagos hinchados, y mañana lanza a sus víctimas a los caminos, a las pateras, a las vallas que trazan, crueles, las líneas entre la rendición y la esperanza.

Hay otra pobreza que uno abraza. Tiene algo de libertad en cuanto te permite no vivir encadenado. Mucho de búsqueda de lo esencia!, en cuanto educa la mirada, la vida y el corazón. Es la pobreza de quien, agradecido, no exige. Tiene que ver con el seguimiento de Jesús, un Jesús que también fue pobre y se rodeó de gente sencilla. Y con la sensibilidad para percibir las diferencias, y tratar

de vivir sin cerrar los ojos a ellas, zambulléndose a veces en medio de quien las sufre con más rigor. Siempre se define como austeridad, y a veces cobra la forma de una pobreza extrema.

El caso de la espiritualidad ignaciana, aquella que viven (o tratan de vivir) los herederos de san Ignacio, empezando por los jesuítas, se empieza a comprender a la luz de estos episodios parisinos. Es una pobreza que acepta tener bienes, siempre y cuando estén al servicio de una misión. Este Ignacio que se está formando descubre que no puede hacerlo ahora con la intensidad de su época peregrina. Entiende que necesita medios en orden a que el bien que quiere hacer pueda ser mayor. Ahí hay una clave; una posibilidad; y una trampa si no se viven bien esos pasos. La pobreza que va entendiendo y aceptando es una pobreza tamizada por el objetivo que se persigue: el bien de las almas. Una fuente de tensión y de constante revisión. Una oportunidad, un modo de vida, un lugar de encuentro y una responsabilidad.

En cuanto a los estudios, una vez zanjado lo económico, por fin conseguirá Íñigo aprovechar bien su tiempo de formación. Diez meses pasa estudiando latín y retórica en Montaigu, y cuando se considera preparado se dispone a pasarse a los estudios de artes y filosofía.

El colegio de Santa Bárbara será su elección. No imaginemos un proceso de selección y acceso a las universidades como los que hoy en día estremecen a muchos antes de lanzarse en las garras de la burocracia académica. Íñigo sólo tiene que encontrar un maestro que esté dispuesto a admitirle entre sus discípulos. El maestro es, entonces, el que apunta al estudiante en su lista y desde ese momento se convierte en su protector y su valedot ante autoridades

académicas. Con el maestro se vive, se come, se asiste a sus lecciones... ¿Quién podría ser el maestro de Íñigo? Pregunta de nuevo a sus conocidos, y le hablan de un doctor que proviene de la diócesis de Sigüenza que tal vez pueda acogerle. Se llama Juan Peña y se le conoce por su seriedad. Acostumbra a tener varios estudiantes, y en este momento alguien ha oído que estaría dispuesto a recibir alguno nuevo.

Se acerca el comienzo del nuevo curso. Estamos a finales de septiembre de 1529 cuando Íñigo va a buscar a Juan. La conversación es breve. Va al grano. Quiere estudiar firme. Sabe que Peña es un buen maestro. Está dispuesto a aprovechar el tiempo. Se defiende suficientemente en latín, y puede pagar lo que el otro estipule por los estudios y mantenimiento. El maestro acepta. «El primero del próximo mes. En mi estancia de Santa Bárbara. A mediodía».

Dicho y hecho, un primero de octubre Íñigo entra en el ruidoso colegio llevando un hatillo con sus libros y papeles. Pregunta por la estancia de Juan Peña, y le indican unas escaleras que le conducen, pasando entre hordas de estudiantes, hasta la tercera planta. Hay en los pasillos la algarabía propia de un comienzo de curso, del reencuentro de amigos que durante meses no han tenido noticias unos de otros, de esos primeros días de chanzas y risas que anteceden a la rutina y la seriedad del trabajo. Íñigo se alegra al percibir que a medida que asciende el bullicio se atempera. Le sorprende el tamaño del edificio, que desde fuera no pareciera tan lleno de recovecos. Otro estudiante le acompaña hasta la puerta que busca. El maestro está dentro. La estancia es mayor de lo que esperaba. El mobiliario es austero, de apariencia recia, y el local está ordenado, lo que le causa buena impresión.

Hay en la habitación huellas de otros estudiantes, e Iñigo se pregunta con quién le tocará vivir. Juan Peña le recibe de modo sobrio, pero cordial. Le señala un jergón y un arcón donde podrá colocar sus cosas. Intercambian algunos comentarios prácticos acerca del lugar, horarios y otras consideraciones que puedan resultar útiles al recién llegado. Después Peña se acerca a la mesa y se inclina sobre un fajo de papeles. Rebusca entre ellos y saca uno donde se pueden distinguir, en pulcra caligrafía, vanos nombres. Le mira y pregunta con cierta solemnidad, como queriendo remarcar lo significativo del momento: «Está bien, vamos a formalizar esto. ¿Cómo te debo inscribir en mi lista?». Hay un momento de breve vacilación. «Ignacio. Ignacio de Loyola».

¿Qué le movió a este cambio? ¿Devoción al santo obispo de Antioquía? ¿Era conveniente latinizar su nombre, que provocaba algunas confusiones para los trámites universitarios? ¿Intentaba buscar un nombre más universal, como expresión de una ciudadanía sin otra raíz que el evangelio? Es difícil saberlo. Pero aquí abandonamos a Iñigo. Desde ahora será ya para siempre Ignacio, nuestro peregrino.

El maestro se concentra en su lectura e Ignacio va colocando con pulcritud sus pertenencias en el arcón cuando entran en la estancia dos estudiantes, que interrumpen su conversación al ver al recién llegado. Uno de ellos le mira con simpatía. El rostro del otro permanece indescifrable, y examina al nuevo compañero con una mirada escrutadora que no deja adivinar sus pensamientos. Peña les introduce: «Ignacio, compartirás esta estancia con Pedro Fabro y Francisco Javier». Se saludan.

Basca compañeros

Desde que volviera de Jerusalén Ignacio siente que su deseo de ayudar a las ánimas ha de multiplicarse al hacerlo junto a otros. Otros hombres que, como él, puedan dedicarse a proclamar el evangelio de este Jesús pobre y humilde a quien cuanto más conoce más ama, y cuanto más ama más quiere seguir.

Su primer intento ha fracasado. Calixto, Arteaga y Cáceres, a quienes en vano espera en París desaparecen del horizonte. Al principio les escribe. Les anuncia que ya pueden venir, que hay condiciones suficientes para que estudien todos... Pero no hay respuesta. Cuando finalmente se da cuenta de que no vendrán, Ignacio siente dolor. No es exactamente que lo tome como algo personal. Tampoco que se sienta abandonado o traicionado; tal vez sí algo defraudado. Después de todo han compartido años, estudios, cárcel y apostolado. Pero sobre todo es el suyo un sentimiento de pérdida, la sensación de haberles fallado a esos muchachos generosos, a quienes, sin embargo, no ha sabido transmitir con hondura suficiente esta pasión que a él le consume. Las noticias que algunos paisanos le traen acerca del rumbo que van tomando las vidas de sus antiguos compañeros le entristecen. Y algunas preguntas le martillearán durante semanas: «¿Podría haberlo hecho de modo distinto?». «¿Debí cuidarlos más?». «¿Qué va a ser ahora de ellos?».

Pero Ignacio no es hombre que se siente a lamentarse por las heridas. Su historia le va enseñando que no hay fracaso, sino aprendizajes. Siente responsabilidad. Parte de su misión de ayudar a los prójimos pasa por contagiar, iluminar otras vidas con esa luz que es para él resplandor en algunos momentos de oración tranquila. Por eso, aunque

durante este tiempo de estudios no quiere desarrollar una intensa labor apostólica, sin embargo decide seguir compartiendo esta pasión por el Dios de Jesús con otros, que a su vez puedan transmitirlo a muchos más. Así, siente, trabajaremos por el reino de Dios.

Tras la decepción de los compañeros hispanos pronto se encontrará Ignacio en contacto con algunos jóvenes atraídos por la alegría tranquila y la fe viva que descubren en él. Los domingos pasa la mañana en el convento de los Cartujos, conversando acerca de cuestiones espirituales con estudiantes que, en ese diálogo encuentran un tipo de enseñanza que toca sus vidas de una forma muy real. Los consejos y las inquietudes de Ignacio les sacuden más que las sumas y los tratados que pueblan sus horas de estudios. Son hombres inquietos que necesitan que alguien les acompañe, les oriente, les hable de Dios o les ayude a seguirlo. Ignacio, que duda sobre si habrá transmitido una pasión insuficiente antes, ahora se va al extremo opuesto. Durante esa etapa en la que todavía estudia latines en Montaigu y vive en el albergue de los peregrinos, tres estudiantes muy brillantes, Juan Castro, Pedro Peralta y Eduardo de Elduayen, quedan fascinados por el evangelio que les descubre. Hacen los ejercicios y tal es la transformación que experimentan que dejan todos sus bienes y comodidades, sus colegios y se van a vivir con Ignacio al Hospital de Santiago, mendigando para ganarse la vida. El escándalo es mayúsculo. Hay quien le hubiese despellejado por meter ideas tan excesivas en la cabeza de estos muchachos. Llega a haber intentos de agresión por parte de los amigos de Castro y Peralta. Y don Diego Govea, rector del colegio de Santa Bárbara donde estudia Elduayen, amenaza con castigar públicamente a Iñigo. Afortunadamente, con Govea llegará a fraguar una gran

amistad, como suele pasarle a Iñigo con bastantes de sus detractores, que cuando lo conocen personalmente encuentran una persona bien distinta de la que se figuraban. Un tal Pedro Orriz, pariente de Peralta, vuelve a acusarle de herejía ante la Inquisición, aunque esta vez ni siquiera habrá proceso. Iñigo va a hablar con el inquisidor, y este, después de escucharle, no le vuelve a llamar.

Los tres jóvenes son brillantes y de carreras prometedoras, y sus amigos no pueden comprender esta súbita transformación en sus vidas. ¿Acaso van a tirar sus estudios, sus futuros y sus carreras a un cenagal? La situación es problemática. Por una parte el radicalismo -ya hemos hablado de él- tiene que encontrar una forma de concretarse. Por otra parte, ¿cuál ha de ser la concreción más adecuada? Es el LTcmo dilema. Entre dos bienes. Entre varios caminos. Entre distintas posibilidades... ¿Cómo elegir?

Los amigos, con ánimo irritado, llegan a secuestrar a Castro y Peralta para hacerles abandonar su estrepitosa aventura. Iñigo escucha las razones de quienes protestan. Habla con los jóvenes. ¿Tal vez nos hemos precipitado? En las voces que le hablan de la conveniencia de que estos muchachos terminen sus estudios antes de decidir nada reconoce sus propios razonamientos acerca de la importancia de aprovechar el tiempo parisino. Se pregunta si tal vez hay otro camino. Se da cuenta también de que las decisiones han de tener en cuenta el contexto. El hombre impulsivo, que se lanzó un día a los caminos, va adquiriendo, en episodios como este, una sabiduría distinta, con un punto de pragmatismo, un punto de sensatez, y siempre inquietud evangélica y apostólica. Deliberan juntos. Tratan de atinar en sus opciones. Finalmente toman una decisión. Los tres jóvenes volverán a sus rutinas, y cuando terminen los estudios verán adonde les llevan sus propó-

sitos. Al final, tampoco estos compañeros serán los que se lancen a los caminos con Ignacio.

Vemos en estos episodios a un hombre inquieto, deseoso de transmitir algo bueno. Un hombre a quien, en ese intento, no le importa moverse entre lo sublime y lo ridículo. Como cuando, sabiendo de un estudiante que está en amores ilícitos con una mujer, le espera bajo un puente, metido en el río helado, y al pasar el enamorado le grita desde abajo, como si fuera la voz de su conciencia, diciéndole que él está en el agua gélida para purgar el pecado del otro que se está enfangando. ¿Es leyenda o es un episodio cierto? ¿Es coerción afectivo-religiosa o es el deseo de despabilar a un mozalbote que está malgastando su vida? La verdad es que a medida que pasen los años iremos descubriendo a un Ignacio que a veces tiene conductas pintorescas, pero siempre orientadas a tocar el corazón del otro. Y de hecho, el episodio sirve para que el muchacho abandone esa relación que le está apartando de su vida y sus estudios, y vuelva a una normalidad que se le escapaba.

Vemos también al apóstol deseoso de proclamar el evangelio cuando recibe una carta de aquel compañero de posada que le había dejado sin blanca. Resulta que está enfermo en Rouen, a unos ciento cincuenta kilómetros de París. Allí se ha quedado en su camino hacia la costa para embarcarse y volver a España, pues definitivamente ha arruinado sus estudios. Se ve que, entre la gente que ha tratado en París, y pese al descalabro que le ha provocado, confía más en Iñigo que en sus compañeros de correrías, y por eso le escribe contándole su situación. Iñigo ve la ocasión de mostrar claramente la gratuidad del perdón, y, ¿por qué no?, la ocasión de ganar el corazón de un

hombre, que, está seguro, debe reaccionar ante un ejemplo de misericordia y cuidado. Así que allá se va, y a pie recorre el trayecto entre París y Rouen, donde cuida del enfermo hasta que puede dejarlo de nuevo en camino. La siembra está hecha, y que Dios recoja lo que brote aquí.

En definitiva, Ignacio en París busca compañeros. Sabe que el ser humano, cuando se asoma a la riqueza y la verdad que Dios transmite, es capaz de reconducir su vida. E intuye que esto merece la pena. Por eso, aunque limita mucho más otras actividades apostólicas, no quiere dejar de conversar o de compartir los ejercicios espirituales con algunos de sus compañeros y maestros.

«Amigos en el Señor». La amistad y sus honduras

Tras estos intentos baldíos, tras esos encuentros que le dejan a veces confundido, inquieto, ilusionado o defraudado le toca seguir buscando. En el momento en que se encuentra con Fabro y Francisco Javier, en esa estancia alta del colegio de Santa Bárbara, no intuye que acaba de conocer a quienes van a compartir su proyecto hasta la muerte.

De hecho, entre Fabro e Ignacio pronto se manifiesta una sintonía grande. Este estudiante saboyano tiene 23 años cuando se conocen. Proviene de una familia sencilla, de ganaderos bastante acomodados, y sólo su gusto por lo espiritual le ha sacado de un presumible futuro rural pastoreando los rebaños familiares. Es un joven que tiene cierto talento natural para las relaciones personales. Delicado en el trato, sereno en la conversación. Un hombre bueno. Como alumno está terminando el programa de artes, de modo que puede ayudar a Ignacio que comienza

el suyo. Cuando en 1530 consiga su título de maestro se convertirán en un par curioso: el joven experto en artes, ayudando a Ignacio con sus estudios, y el maduro maestro en las cosas de Dios, compartiendo su sabiduría con el muchacho. Y así transcurren muchas veladas, entre conversaciones que invariablemente derivan de contenidos filosóficos a meditaciones espirituales —hasta tal punto que tendrán que poner ciertos límites a la devoción para que no se les vayan las horas en ello—. Empieza a surgir una amistad profunda. El joven descubre en Ignacio un interlocutor distinto. Alguien que entiende bien sus propias luchas.

Fabro tiene enormes escrúpulos ante sus tentaciones contra la castidad, que observa desde niño. ¿Qué no va a saber Ignacio de los escrúpulos, él que pasó tantos meses en Manresa sumido en la tristeza por su incapacidad para perdonar su propia limitación? Así que suavemente va ayudando al saboyano a cambiar la mirada, a voiver los ojos a Dios, y descubrir en Su perfección la clave para la virtud propia. El saboyano hace la primera semana de los ejercicios. Las conversaciones pasan a otros temas: el futuro, los posibles caminos que Pedro puede elegir.

Esta amistad, así descrita, puede parecer un proceso rápido. Sin embargo, no lo es. La confianza va creciendo con calma. Sólo cuando llevan tres años de conversaciones y confidencias, y cuando ya el discípulo está cautivado por el Dios que su maestro le ha ayudado a descubrir, Ignacio le habla de su proyecto de peregrinar a Jerusalén. Lo que antes hiciera al poco de conocer a sus interlocutores, ha aprendido a dejado madurar. De ese modo Fabro puede sentirse atraído o no por esa vida peregrina, pero, en todo caso, su entrega a Dios no se tambaleará. De algún modo Ignacio ha aprendido una lección sobre la importancia de

dejar que cada persona encuentre su camino. Para eso ha preparado a Fabro, para que pueda escoger.

Se siente dichoso cuando la reacción del saboyano es de entusiasmo. ¡Claro que quiere compartir ese proyecto! Está seguro. Su corazón se lo dice. Y su cabeza. Y sus visceras.

El año 1534 será crucial para Fabro. En ese año completará finalmente los Ejercicios Espirituales. Ignacio ha esperado mucho tiempo antes de lanzarle a la plenitud de esta experiencia única. Los ejercicios transforman definitivamente al joven maestro. En mayo se ordenará como sacerdote, y tres meses después celebrará su primera misa.

Con Javier la relación será muy diferente. También tiene 23 años cuando se conocen. Es un navarro simpático e intenso. Un estudiante exitoso. Hoy diríamos que es un tipo popular, fiestero, deportista, alumno brillante y vivo. Es conversador, activo, inagotable. Participa por igual en los debates filosóficos y en los torneos deportivos. Tiene fama de ser uno de los mejores saltadores de la universidad. Es extrovertido. Vive por encima de sus posibilidades, lo que incluye pagar rumbosamente a un criado que lo idolatra. Al principio no es tan acogedor como Fabro con el nuevo compañero. El mero nombre de Loyola evoca enemistades en las luchas familiares, en el pasado, en la historia atravesada de su tierra. Mira con recelo a este estudiante mayor, del que a veces no sabe si debe fiarse o evitarlo. Pero al cabo de unos meses aprende a tolerarlo. Resulta ser un compañero cómodo, que reporta bastantes ventajas; entre ellas siempre se le puede pedir alguna ayuda económica cuando la bolsa se vacía, y eso, para Javier, es incentivo más que suficiente para mantener una relación cordial.

A veces, en esas noches en que Ignacio y Fabro se pierden en interminables conversaciones espirituales, Javier, inclinado sobre sus libros, a la luz de una vela que multiplica el baile de sombras, y fingiendo indiferencia, escucha y reflexiona. Otras veces es Ignacio el que, ante algún nuevo éxito del navarro, ufano por tener más alumnos de los que puede atender, por algún triunfo deportivo o por el halago de algún doctor, le recuerda, entre la broma y la seriedad, casi como una muletilla, "Francisco, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?». A pesar de su espíritu orgulloso, esa burla tolerable y familiar del otro no le irrita, porque percibe que hay cierta verdad en esas palabras, y también descubre un fondo de aprecio profundo y sincero en la manera en que Ignacio le habla. Además, ¿no son sus modales los de alguien que podría tenerlo todo? ¿No es su nombre el de una familia poderosa? Javier, que en estos años lucha por que vaya quedando constancia de sus títulos académicos y nobiliarios, no puede menos que preguntarse qué lleva a este extraño compañero a ser tan indiferente a todas esas dignidades en las que se fundamenta la estima y consideración de los hombres.

El proceso de acercamiento es distinto. Ignacio va descubriendo con admiración los valores de este muchacho vivaz y apasionado. De algún modo le recuerda su propia intensidad en los años de juventud. Le parece un diamante que ha de pulirse. Sabe que las conversaciones con él nunca son vacías, que procesa todo lo que oye. Que piensa, y probablemente reza sobre ello, aunque no dé señal. Pasan casi cuatro años en ese tira y afloja, en ese juego de palabras y silencios, de bromas y conversaciones serias, de préstamos nunca devueltos y duelos dialécticos. Hasta que una noche en que están solos en el aposento Javier rompe su coraza.

Estamos a principios de 1533. Han convivido durante cuatro años. La noche transcurre por los derroteros normales, desgranando comentarios sobre clases, sobre estudios, sobre los progresos de Ignacio, que está a punto de recibir el título de licenciado en filosofía y se prepara para adentrarse, al fin, por los vericuetos de la teología. Javier habla menos que de costumbre. Ignacio percibe en él cierta tensión, la expresión contenida de quien necesita desesperadamente hablar pero no sabe cómo hacerlo. El muchacho calla, con las manos cubriendo su rostro, restregándose los ojos como si quisiese exorcizar fantasmas que le inquietan. Ignacio interrumpe su discurso. Se levanta y cruza la habitación hasta sentarse, en un banquillo, junto a su atormentado compañero. En un gesto que conjuga la ternura con la severidad pone una mano en su hombro, como tratando de hacerle volver de la sima en que parece hallarse. «¿Qué **ocuire?**». Javier le mira con ojos implorantes. Parece tan perdido, tan vulnerable en ese momento... De nuevo la pregunta, sencilla: «¿Qué tienes, mi hijo?». Este contacto, que combina la cercanía del amigo, la confianza del hermano y la fuerza del padre desata el nudo que atenaza a Javier. Rompe a llorar, con sollozos primero incontenibles, después más sobrios. Una larga conversación, que primero es monólogo y después diálogo, se come la noche. Durante horas emerge a la superficie la lucha que ha mantenido durante años. Cómo ha tratado de resistirse, displicente primero, inquieto después, a una fuerza que, por dentro, le empuja a aprender de Ignacio o del mismo Fabro. Una energía que le ha ido haciendo perder el gusto por cosas esas que hasta ahora le resultaban imprescindibles, y que, sin embargo, percibe cada vez más huecas. Cuanto más habla más necesita decir. Es la suya una mezcla de explicación

y disculpa, de rendición y canto. Como un largo salmo en el que volcase su alma, hablando sobre Dios y sobre el mundo. Las preguntas que Javier nunca quiso o supo hacer encuentran ahora respuestas en un interlocutor que, admirado por la intensidad del navarro, se limita a contestar con su pobre verdad, sabedor de que Dios ha de ser el mejor alfarero para el barro limpio que ahora se pone en sus manos. Sólo al amanecer, exhausto, Javier se echa en su catre y se duerme con una paz recuperada. Ignacio reza, en silencio, con quieta gratitud.

A partir del día siguiente Francisco se ha convertido en discípulo. Poco tiene que hacer Ignacio, pues el salto está dado. Tanto como se resistió antes, ahora se entrega a un proceso de maduración interior, de encuentro con Dios y de pasión por su Reino. También hará los ejercicios, pero no todavía. Cambia su vida. Despide a Miguel de Landívar, su criado, que culpando a Ignacio por la transformación de su señor, tratará de agredirle, pero sin ningún resultado. Francisco sella aquí su propio viraje, su peregrinación interior que le ha de llevar a extender esta pasión por el Dios que descubre hasta los confines de la tierra. De esta escuela compartida saldrá una amistad férrea. También Francisco, cuando Ignacio al fin le hable de Jerusalén, se siente parte del mismo proyecto.

Y como ellos, otros más. Muchos le buscan. Se habla de su facilidad para entablar conversaciones profundas, que ayudan a las personas a crecer, cambiar, vibrar, asomarse al evangelio de un modo diferente. Les enseña a examinar la propia vida. Les ayuda a encontrar el sentido a una práctica sacramental honda y frecuente. Les invita a vivir conscientes de la presencia cercana de Dios... Y algunos de esos jóvenes experimentan la misma atracción y con-

versión que les impulsa a tomar como propio ese proyecto de peregrinar, consagrarse a Dios, ayudar al prójimo en Tierra Santa. No hay estridencias ni precipitación en este proceso. No hay aquellos extremismos que impidan estudiar. Cada quien sigue con su vida. Al principio ni siquiera saben que hay más como ellos. Ignacio no quiere repetir errores. Ha comprendido que la decisión de cada uno tiene que ser personal, única, basada en su propia fe y su propia respuesta a Dios, y no quiere gregarismos mal discernidos. Por eso nada dice a los que acompaña acerca de que hay otros. Y así va creciendo un pequeño grupo que, sin saberlo, está llamado a compartir mucho.

Diego Laínez es un estudiante brillante. Pequeño, sonriente, sus ojos vivos muestran una sagacidad notable. Sus antecedentes judíos le han creado a menudo problemas en una España siempre pendiente de la pureza de sangre, pero no tiene ningún complejo por ello. Se sabe inteligente, y, sin usar su talento como arma contra otros, tampoco se deja avasallar por nadie. Proviene de Almazán, y llega a París en 1533, junto con su amigo Alfonso Salmerón. Ambos han estudiado juntos en Alcalá. Ahora, con 21 años recién cumplidos, y graduado como maestro en Artes, Laínez quiere completar su formación estudiando teología.

Salmerón es aún más joven, tan sólo cuenta con 18 años, pero su amistad y confianza con Diego, a quien conoció en Alcalá, le ha animado a echarse a los caminos. Espera graduarse en artes en París, y tal vez continuar también estudios de teología. Viene de un hogar bastante pobre, y es consciente de que tiene que aprovechar el tiempo y su vida, para responder al sacrificio de sus padres, que han dado más de lo que podían para que este hijo suyo pudiese estudiar y llegar lejos algún día. Ambos

encuentran a Ignacio. ¿Tal vez se reconocieron de los tiempos alcalaiños? ¿O fue Juan Peña, de la misma diócesis de Sigüenza a la que pertenecía Láñez, el que los puso en contacto? ¿Puede ser que otros estudiantes les hablasen de cierto español muy particular que cada domingo reúne a bastantes jóvenes en la Cartuja para hablar de cosas de Dios? El caso es que, cada uno por su lado, ambos se van dejando contagiar del espíritu de Dios al que se asoman en Ignacio. Ambos por separado harán los ejercicios, y se sentirán llamados a sumarse a ese proyecto en Tierra Santa.

Como también el palentino Nicolás Alonso, a quien pronto empieza a conocerse en París como Bobadilla, por ser el nombre de su pueblo. También llega a París en 1533. Es un hombre infatigable, alegre e impulsivo. Tiene la franqueza y la insensatez de un adolescente, pero por **otra parte**, a sus 24 años ya ha dado muchísimos pasos. Ha estudiado en Alcalá y Valladolid, donde además ha enseñado durante los últimos años. Es maestro en artes y tiene ya estudios de teología. Ahora quiere especializarse en las lenguas bíblicas: latín, griego y hebreo, y para ello le han recomendado París. También entra en contacto con Ignacio. Tal vez cuando en una conversación él le recomienda estudiar teología escolástica y no adentrarse en los estudios de lenguas, que son en ese momento caldo de cultivo de herejías, se siente confiado con este hombre que le habla claro y parece tener criterios lúcidos. Se caen bien. Y así empieza también Bobadilla su propio proceso de búsqueda.

El último de los compañeros estaba ya en Santa Bárbara cuando Íñigo entró por sus puertas aquel primero de octubre de 1529. Simón Rodrigues de Acebedo había llegado a París en 1527, con 17 años y ganas de estu-

diar, favorecido por una beca del rey de Portugal. Desde entonces vive en el colegio de Santa Bárbara. Este portugués, a ratos alegre y a ratos nostálgico, lleva en su sangre la alegría y la melancolía del fado. Durante un tiempo observa con curiosidad a Ignacio. Descubre con añoranza la amistad de esos compañeros del tercer piso, que parecen siempre alegres. Se hace el encontradizo. Busca a Ignacio sin querer ser demasiado claro, tal vez por una mezcla de pudor y reserva. Hasta que finalmente un día le pide ayuda y le descubre su corazón, le habla de sus anhelos, su sed que nunca parece colmarse, su tristeza que a veces oculta bajo esa capa de alegría. También él encontrará en las palabras, el ejemplo y la guía de Ignacio, el camino hacia el evangelio.

Finalmente Ignacio los reúne. ¿Los invitó un día a conversar? ¿Fue uno de esos domingos en la Cartuja, cuando descubrió a cada uno ías intenciones de los demás? Fuera como fuese, pasaron a convertirse en un grupo con un proyecto común. Ocurrió en la primera mitad de 1534. De golpe ya no eran personas tratando de encontrar sus caminos particulares. Ni únicamente amigos dispuestos a compartir el proyecto de Ignacio. Eran un grupo. Se sentían así. Siete hombres brillantes, cultos, con personalidades arrolladoras, testigos de un mismo evangelio y portadores de una vivencia interior profunda. Conscientes de sus propias fragilidades y de sus fortalezas. Enamorados de un Jesús pobre y humilde que, tal y como lo conociera Ignacio en Manresa, vivían ahora como presencia común. Deseosos de compartir una vida apostólica en jerusalén.

Descubrir a ese grupo de hombres, aglutinados por la fuerza carismática de Ignacio, pero sobre todo por su pasión creciente por el evangelio, invita a pensar. A imagi-

narlos charlando largas horas, compartiendo inquietudes, deseos, proyectos. Invita a asomarse a sus diferencias: de carácter, de origen, de personalidad y de perspectivas. Su etapa de París debió ser un tiempo muy feliz. Pobres en casi todo, pero ricos sin duda. Compartiendo ese tiempo primero en el que las fuerzas aún no escasean, y el futuro se abre expectante ante las miradas juveniles dispuestas a llegar lejos. Aprendiendo unos de otros. Contemplando siempre un mundo amplio, y herido, necesitado del Dios que pone la fe y la justicia en los corazones de los suyos.

Algún día Ignacio definirá a este grupo como un grupo de «amigos en el Señor». Es una imagen bonita. Porque incluye lo afectivo y lo espiritual. Son amigos, y como tales, se valoran, se quieren, a veces discutirán y otras estrecharán sus lazos. En ocasiones necesitarán del perdón, y siempre de la confianza y el darse una oportunidad más. Son distintos. Y encajan de maneras diferentes. Y se definen «en el Señor», porque comparten una fe y una espiritualidad que les ayuda a vivir con un proyecto común, desde ese tronco recio que es su fe viva y la relación con Dios. Y eso les hace mucho más fuertes en la comprensión recíproca de unos y otros. Una fe que les enseña a mirar el mundo, cada uno con sus ojos, y al tiempo con una perspectiva intuita en ese Dios que también se asoma, con infatigable esperanza, a las alegrías y tristezas de la humanidad.

Es importante construir amistades con suelos firmes. Y la fe puede ser un buen cemento o una tierra fértil donde enraicen nuestros afectos. Tal vez porque la fe, cuando se interioriza, cuando se convierte en algo personal, te ayuda a vibrar con palabras cargadas de significados, con sensibilidades compartidas, con formas de abrazar la vida.

Ese grupo parisino también ilumina nuestro presente.

En un mundo como el nuestro, de muchas soledades y abundantes incomunicaciones, tal vez es hoy también el evangelio la base firme en la que, como personas, podemos asomarnos unos a otros.

Hay un tipo de amistad así. Que comparte miradas y proyectos. Que perdona, porque se sabe perdonada por el que es mayor. Que comprende la fragilidad y la herida, y valora la fortaleza como talento compartido. Que está hecha de risa y compromiso, de lágrimas desveladas y brazos que apoyan. Una amistad de ternura y firmeza, de sinceridad compasiva, de novedad y rutina, de descanso y tarea, de crisis y renacer. Crece con el tiempo. También pasa por su infancia y por su adolescencia, por su idealismo jovial y por la sabiduría adulta. Se aquieta y se serena, pero sin gastarse. Tiene nombres, cada quien sabe cuáles. Y evoca historias, conversaciones, gestos, encuentros, caminos cruzados y descruzados. Sabe abrazar, pero sin poseer. Sabe acoger, y también deja partir.

La que Ignacio aprende en Dios, hablando con él como un amigo habla a otro amigo. La que ese grupo de compañeros descubre en París. La que seguimos viviendo hoy, desde el cariño y la confianza, tantas personas que compartimos sueños y proyectos. Ttutando de vivir, como un día díjeta otro amigo bueno, con palabras prestadas, arraigados y cimentados en la caridad.

Montmartre. El **fin** de **una** etapa

Juntos celebrarán la ordenación sacerdotal de Pedro Fabro, y juntos empiezan a proyectar. ¿Qué hacer? ¿Cómo? Piensan, planean. Va tomando forma un proyecto en el que cada uno aporra *SUS* propios matices. Quieten vivir

dedicados a cuidar de los más desprotegidos, curando las heridas de un mundo golpeado y predicando la palabra de Dios. Para que el mundo se vuelva a su creador, y cada ser humano le descubra, le alabe y le sirva. Y quieren vivir en pobreza. Una pobreza atenuada ahora por la necesidad de completar sus estudios de teología, pero que se hará más extrema cuando terminen esta etapa. Y amar en castidad. Una castidad que dos de ellos -Ignacio y Fabro- ya han prometido a Dios.

Ei sueño de Jcrusatén sigue ahí. Discuten si han de ir para quedarse o para volver. El mismo Ignacio, ansioso por gastar su vida en aquellas tierras, es consciente de los obstáculos que van a encontrar para permanecer allí. Y, por otra parte, ¿no es en este momento el Mediterráneo un hervidero de tensiones y peligros? ¿Seguirá saliendo La Peregrina, puntualmente, cada año, desde Venecia? Todo eso lo hablan, con seriedad, con esperanza, con inquietud, confiados en Dios que les conducirá aunque aún no sepan bien adónde. Poco a poco se va perfilando un proyecto común.

¿Conviene expresar este propósito que comparten de algún modo especial, ahora que se sienten como un grupo que comparte un horizonte? No podemos olvidar el contexto. Es el suyo un mundo de ceremonias y rituales, una sociedad de gestos y símbolos, donde todos los eventos significativos se celebran y se expresan. ¿No han pasado muchos de ellos por graduaciones solemnes? Ignacio mismo ha pertenecido en su juventud a una corte, y comprende la importancia de lo expresivo y protocolario. Viven en un París que celebra procesiones espectaculares, y en un universo de liturgia y ritual, de solemnidad y memoria empalabrada. Un mundo más inmediato que el que hoy conocemos, en el que las imágenes no llegan de

fuera, sino que uno las construye, las vive, las celebra. No es de extrañar que estos siete hombres quieran expresar con algún tipo de compromiso solemne su nueva hermandad, su sensación de fraternidad, su recién descubierta amistad en el Señor y su compromiso de futuro.

Todo eso confluirá en los votos de Montmartre, que pronuncian el 15 de agosto de 1534. La colina de los mártires, Montmartre, está muy lejos de ser el tumultuoso barrio de artistas en que se convertirá en el futuro, y tampoco existe en ella la enorme basílica del Sacre-Coeur, que sólo se levantará, blanca y poderosa, dentro de trescientos años. El lugar al que van los compañeros es un monte tranquilo, aún en las afueras de la ciudad que crece. Allí hay una capilla pequeña, dedicada a san Dionisio y sus compañeros de martirio, Rústico y Eleuterio. No es difícil para un grupo encabezado por un sacerdote conseguir de las monjas benedictinas, que desde la abadía próxima cuidan de la capilla, el permiso para celebrar la Eucaristía en la cripta. Allí se juntan los compañeros en la mañana de la Asunción.

Se recogen en silenciosa oración. Cada quien es consciente de lo especial de este momento, de lo simbólico y al tiempo lo auténtico del gesto que se disponen a compartir. Cada uno se sume en su plegaria distinta. Recordando los rostros lejanos de seres queridos, pidiendo por los nuevos compañeros, acudiendo a Dios, desde la flaqueza y la intensidad, desde las incertidumbres y, sobre todo, la confianza.

Ignacio da gracias a Dios. Se sabe bendecido con estos compañeros de camino. De algún modo se siente un poco padre de cada uno de ellos. Les ha dado los ejercicios a todos, excepto a Francisco, que se dispone a hacerlos en fechas próximas. Los conoce. Ha sido testigo de la forma

en que Dios les iba moldeando. Y al tiempo reza en silencio agradecido por su propio camino. Por el trayecto recorrido en los trece años transcurridos desde Pamplona. En silencio percibe, una vez más, la íntima comunión que le une a ese Dios que le abrasa y le llena.

En la Eucaristía y antes de la comunión cada uno de los siete compañeros promete con voto lo que juntos han acordado. Vivir en pobreza y en castidad, trabajando para atender a los más necesitados y predicando el evangelio de Dios. Y prometen también hacerlo en Jerusalén. Si no pudiesen llegar a ese destino anhelado, o si una vez allí no pudieran quedarse, entonces se pondrán al servicio del Papa en Roma, para que este los envíe a donde considere necesario. Este es su compromiso. Lo sellan con la comunión.

Juntos celebran sobriamente el resto del día: **una** comida frugal, una tarde tranquila, de bromas y palabras, de silencios y juegos, viendo desde la colina la ciudad llena de vida. Desde ese momento se sienten más cercanos unos a otros, el vínculo que les une parece más tangible ahora que lo han consagrado en esa promesa compartida.

Tras Montmartre sigue la vida cotidiana. Aunque ahora ya tienen fechas y plazos en el horizonte. Ignacio avanza en sus estudios de teología, que ha emprendido en Saint-Jacques, con los dominicos. También los otros siguen su preparación. Continúa puliendo el texto de los ejercicios, que prácticamente en París adquiere su estructura definitiva.

Es muy particular la experiencia de esta etapa para el grupo. Cuando en el futuro otras opciones y otras concreciones vayan tomando cuerpo, siempre quedará el recuerdo, para todos alegre, para algunos nostálgico, de esta primavera de deseos e inocencia, de propósitos y

esperanza. Son tiempos de conversación y luz, de proyecto y deseo. En que descubren esta amistad profunda que les une aún sin fisuras. La vida, luego, pondrá cargas y dificultades. Dios les llevará por otras sendas. Las fortalezas y debilidades de cada uno seguirán pesando -siempre- y siendo fuente de luces y sombras. Sus aprendizajes y sus manías seguirán ahí, creciendo, como sabiduría y como cansancio; que también envejecer y derramarse forma parte de la vida. Y tal vez entonces, más ajados y gastados, más lúcidos, y más humildes, seguirán recordando este tiempo primero de encuentro, de fiesta y de promesa.

En el horizonte se apunta una fecha: el 25 de enero de 1537. El día de la conversión de san Pablo. Una fecha que expresa también la mudanza de sus vidas. Para ese día cuentan con haber terminado los estudios, y entonces partirán hacia Venecia, para embarcar. Ignacio piensa en lo diferente que se ve ahora de lo que fue su primer peregrinaje, cuando partiera, solo, recién convertido, doce años atrás.

Sin embargo en ese inicio de 1535 algo inesperado viene a complicar sus planes. Ignacio se siente enfermo. Está muy débil, y aunque él no quiere mostrarlo, sus compañeros lo perciben rápidamente. Sus excesivas penitencias, la vida exigente que lleva, el rigor de sus estudios y su escasa alimentación pasan factura. Su estómago nunca ha llegado a recuperarse de los excesos manresanos, pese al tiempo transcurrido. Pero esta vez parece estar más afectado, con altas fiebres intermitentes que hoy remiten y mañana regresan. Los médicos no saben qué hacer con él. Terminan recomendando que se vaya. ¿Por qué no regresa a España? ¿Por qué no vuelve a su casa, a respirar los aires frescos de Loyola? El verdor del valle, la frescura

del ambiente, los aromas familiares seguro que hacen bien al peregrino.

Duda. No quiere comprometer el proyecto del grupo. Sin embargo los compañeros son los que más insisten. «Ignacio, sería mucho peor que tengas que ir a Jerusalén enfermo». «Podrías visitar a nuestras familias, y contarles lo que nos está pasando». Esta última propuesta parece decirle. ¿Por qué no? Además, también ha aprendido en su itinerario que el rigor y la austeridad no están reñidos con el cuidado y la mesura. Hay un tiempo para la exigencia, y otro para dejarse cuidar. Tal vez pueda pasar unas semanas en casa, con los suyos. ¿Le reconocerán en su tierra? Quince años es mucho tiempo. ¿Qué saben ellos del joven soldado que un día abandonó la casa torre camino de Navarrete? Ignacio también se siente en deuda con los suyos. Quiere compartir con ellos esta nueva vida.

¿Por qué no ha vuelto antes? Tal vez porque esperaba poder mostrar algo concreto, un proyecto, una vida hecha. Lo que ahora sí tiene. Quiere que le conozcan como es al presente, con sus proyectos, sus sueños y sus deseos. Sabe que no va a ser fácil. Le inquieta la idea de la casa torre, con sus lujos provincianos y sus comodidades de señor local. ¿Cómo estará Martín? ¿Seguirá el reproche ahí plantado, asomando a su rostro? ¿Será capaz de comprender algo?

Ya está Ignacio planeando con los suyos, discurriendo, decidido a marchar. Hablan sobre fechas. ¿Cuándo? ¿Dónde habrán de encontrarse de nuevo? Y en medio de los preparativos, un jarro de agua fría. Han vuelto a suscitarse rumores e inquina contra él. Parece ser que la Inquisición anda detrás de los ejercicios, que Ignacio aparece sospechoso ante las autoridades, que alguien ha hecho nuevas denuncias... ¿Para esto ha estudiado? ¿Para

esto lleva siete años en París? No puede ni quiere evitar la irritación que refleja su rostro y tensa su cuerpo. Este hombre manso y tranquilo también puede ser resolutivo y enérgico. Como hiciera ya años atrás, se dirige al inquisidor. «Fray Valentín, soy Ignacio de Loyola. Creo que le han hablado de mí». La conversación es cordial. El dominico no parece preocupado por lo que ha oído de Ignacio, aunque es cierto que ha habido acusaciones. Le pide revisar los ejercicios. Su acogida no puede ser más benévola. **Tras** aprobar el texto únicamente pide quedarse con una copia, pero por gusto, no por encontrar ningún inconveniente. Ignacio esta vez no está tranquilo. Quiere un veredicto. No le basta con que le despidan con buenas palabras. Si años antes las sentencias fueron de prohibición, ahora cree imprescindible que haya una palabra de autoridad, un dictamen que confirme su ortodoxia. El inquisidor parece resistirse, y es el propio Ignacio el que trae notario y testigos. Demasiados conflictos ha vivido en carne propia. Y demasiadas persecuciones y alguna que otra hoguera ajena ha visto en estos años de París como para permitir que la sombra de la duda ponga en peligro su venidera labor apostólica. Prefiere jugar fuerte antes que amilanarse. Al fin se va tranquilo, quedando constancia de su fidelidad a la doctrina de la Iglesia.

Una mañana fría, cuando comienza la primavera de 1535, Ignacio parte. Los compañeros le han comprado un caballo. Es un jamelgo viejo, pero es un hermoso gesto y una gran ayuda para este al que despiden con pena. Ignacio se va tranquilo. Sabe que Fabro seguirá cuidando del grupo. No es que haya entre ellos autoridades o jerarquías, pero de alguna manera, en ausencia de Ignacio, parece evidente que se volverán al saboyano en espera de una cierta guía. Tal vez por ser el primero que emprendió camino

con Ignacio. O porque ya se percibe en él una facilidad y profundidad únicas para dar los ejercicios. O por tratarse del único sacerdote del grupo. Ignacio sabe que será Pedro quien, discreto y sereno al tiempo, los conduzca. Por eso desecha los pensamientos que le hacen recordar otra despedida, la de aquellos primeros compañeros hispanos. Cuando finalmente se aleja del grupo, que queda en una orilla del Sena, viéndole partir, se siente ya impaciente por reencontrarlos, por avanzar en esta aventura. Ya intuye a lo lejos, siempre anticipando lo que está por llegar, el verdor de Layóla, la belleza de Venecia y la sequedad pictórica de Jerusalén.

Tiempo de espera viva

En esta plaza gente pasea por la Plaza de los Señores,
 en esta última hora de la tarde, cuando la
 ciudad de Vicenza reposa. Lejos del infinito
 movimiento de La Serenísima, aquí la vida transcurre
 despacio. Tampoco el Palacio de la Región concita a estas
 horas idas y venidas, como ocurre por la mañana, cuando
 hay que tratar los asuntos públicos. Esta plaza es una de
 tantas que embellecen las villas y ciudades de la región
 del Véneto. Podría resultar casi vulgar, si no fuera por la
 estampa gótica del Palacio de la región, donde se tratan
 los asuntos públicos. Aún no engrandece sus perfiles la
 arquitectura de Andrea Palladio, que tal vez ya pasea por
 los alrededores, imaginando las construcciones con las que
 en pocas décadas la convertirá en una joya renacentista.

Bajo la estatua del león alado que señala la sumisión
 de la ciudad a la vecina Venecia desde hace más de medio
 siglo, un grupo de hombres dialogan. Prestan especial
 atención al discurso de uno de ellos, un poco mayor que
 el resto, que parece elegir con cuidado cada palabra antes
 de decirla. Algún paseante les mira curioso. Ellos permanecen
 apartados y ajenos a lo que ocurre en torno. Los
 habitantes de Vicenza se han acostumbrado a la presencia
 de algunos de ellos en la ciudad, y han llegado a apreciar
 a esos hombres piadosos, que hablan de Dios y ayudan a
 los más pobres con idéntico entusiasmo.

Los rostros están serios. Arrugas de preocupación envejecen prematuramente los semblantes de otro modo juveniles. «No queda más remedio. De nada sirve seguir esperando, hemos de empezar a actuar, a prepararnos para tomar una decisión definitiva». Un silencio cargado de intención sigue a estas palabras. Ninguno quiere ser el que pronuncie las palabras de rendición, «¿Y si finalmente zarpa la nave antes del 8 de enero? No debemos perder la confianza». El tono ilusionado y la voluntad optimista de esta sentencia no contagian a ninguno. De algún modo lo llevan intuyendo meses. Nada hace indicar que el año próximo vaya a ser diferente a este. «De nada nos sirve seguir dándole vueltas», tercia uno más. «Esperemos unos meses, repartidos como hemos decidido. Y si no podemos ir a Jerusalén, entonces nos encontraremos en Roma».

Parece que hay poco más que hablar. No se puede decir que la alternativa les duela. Tal vez su mayor pesar es lo que pierden, la renuncia al sueño largamente acariciado, aunque lo que pueda llegar a continuación lo viven como oportunidad y bendición. Sienten confianza en que algo bueno ha de suceder.

«¿Volvemos a separarnos, entonces?», pregunta el más joven del grupo. «¿Y qué diremos si alguien nos pregunta quiénes somos?». Todos se vuelven hacia el mayor, que parece gozar de una autoridad especial. «¿Por qué no identificarnos como compañía de Jesús?». Hay un silencio; primero serio; después los ojos brillan. Afloran varias sonrisas, que parecen disipar las sombras anteriores: «¡Me gusta ese nombre!». Exclama el que preguntó primero. Vuelven las bromas, la naturalidad, la frescura y la alegría.

Comienza septiembre de 1537- Han pasado algo más de tres años desde los votos del grupo en Montmartre. Ha sido un tiempo de espera. Ciertamente, bien aprovechado. No han parado ni un instante, y la infatigable actividad apostólica será ya para siempre una marca distintiva de sus vidas. Ignacio ha viajado, ha continuado sus estudios y multiplicado su actividad pastoral. Son ya sacerdotes. Y el grupo ha aumentado. Ahora son once. Pero la posibilidad de ir a Jerusalén es cada vez más incierta. La coyuntura política no hace previsible que surjan nuevas peregrinaciones. Al acercarse el término del plazo que se habían dado, tienen que volverse a aquella promesa que hicieron en Montmartre: ponerse a disposición del Papa para que este los envíe a donde crea necesaria su labor. No todo está decidido aún, pero hay que empezar a prepararse para esa posibilidad. ¿Qué han hecho durante todo este tiempo, y qué les hace desistir de sus propósitos iniciales?

15 si is 

Vuelta a casa. Azpeitia

Ignacio deja París a principios de abril de 1535. A caballo, con sus libros y sus papeles. Con sus pocas pertenencias. Atraviesa esta Francia que aún se despereza lentamente del letargo invernal. La primavera apunta con timidez, y la marcha, sorteando deshielos y crecidas, barro y piedras, es fatigosa.

Tiene tiempo, durante esas largas jornadas de viaje, para pensar. Lleva tanto tiempo fuera de casa... Esta vuelta al hogar de Loyola le hace recordar. Vuelve la vista

y la memoria a los meses de convalecencia. Con gratitud rememora ahora lo que significaron para él. La herida, el dolor de la pierna... Inconscientemente se lleva una mano a la rodilla, como si el tacto le devolviese a aquella estancia familiar, al sufrimiento provocado por las operaciones repetidas, a su hueso aserrado... Piensa también en los libros de su cuñada, en cómo los recibió con desgana, y las sorprendidas emociones que suscitaron en él. Impresiones tan *¡mensas* que Je abrieron Ja puerta a un mundo interior vibrante y a un Dios que íe cautivó. Desde la sabiduría ganada con los años recuerda su ingenuidad de entonces, su deseo de ser mejor que los santos. Sonríe, pensando en su vanidad camuflada de virtud. Ha aprendido mucho desde entonces...

Piensa también en Martín y Magdalena. ¿Cómo estarán? Sus hijos ya serán hoy adultos hechos y derechos. Seguramente habrá muchos nietos, sangre nueva de Loyola hirviendo, pidiendo a gritos su turno para vivir y dejar una huella. ¿Tendrá su hermano, como tuviera su propio padre, hijos ilegítimos? Ai pensar en esto no puede evitar un estremecimiento de disgusto y de conmiseración pensando en el papel de Magdalena, la esposa fiel, siempre a la sombra, siempre callando. ¿Se habrá convertido ya Martín en el gran patriarca que siempre quiso ser? Hay una pregunta que no puede evitar, aunque intuye la respuesta. ¿Seguirá su hermano molesto con él? No olvida Ignacio aquellos últimos días de consejos y reproches, y conoce la pasta de que está hecho Mattín, tan preocupado por la honra y el nombre de la familia, tan atado a las tradiciones... Por otra parte no puede criticarle por ello. Él mismo vivió durante mucho tiempo bebiendo de esa retórica que hoy le parece vacía, de ese peso de los títulos, los apellidos y los aplausos del mundo. Bien sabe Ignacio

que la conversión no depende de uno mismo. ¿Podrán entenderse ahora? ¿Podrá el señor de Loyola comprender la pasión que anima a este hermano pequeño, transformado en peregrino y apóstol, en hombre pobre pero más rico que el más adinerado de los señores?

Estas cavilaciones le inquietan mientras avanza hacia el sur. Se imagina instalado de nuevo en la casa torre, en el calor del hogar, con los cuidados de la buena Magdalena... ¿Cómo va a conseguir que entiendan sus proyectos y su conversión si sólo lo ven como un hijo pródigo retornado al hogar? Intentarán, seguramente, obsequiarle, cuidarle con interminables detalles. Se empeñarán en alimentarle como si no hubiera comido en meses. Sería más adecuado decir que querrán cebarle, viéndole desmejorado. Ya se imagina cuántas discusiones inútiles le esperan por minucias. Cuanto más lo piensa, más desasosiego siente ante la idea. No está hecho para eso. Ya no. De alguna manera, si quiere que Martín le tome en serio no puede acogerse bajo su mismo techo. No quiere que desde el primer momento establezcan la relación de un jefe de familia con un hijo díscolo. Una idea va germinando en su interior. ¿Quiere que los suyos le conozcan tal y como es ahora? Se alojará en el hospital de Azpeitia. Como un pobre más. Viviendo y sirviendo a los más heridos. Ya se ha olvidado de su necesidad de reposo y de que vuelve a la tierra paterna para recobrar la salud. «Lo que me puede quitar la salud es encerrarme bajo el techo de Marcín. Eso sí que es fuente de malos humores y dolores de estómago», se dice, cada vez más convencido de la conveniencia de que su estancia sea significativa.

Esto le lleva a pensar también en la gente del pueblo. No le conocen. ¿O sí? Conocen al antiguo Íñigo, al hijo menor del clan. Saben algunas historias de cuando era un

mozo. Entonces le miraban con la distancia y reverencia con que se mira a los señores, que en la mentalidad atropellada del hombre humilde parecen dotados de una autoridad distinta. Entonces toleraban -sin remedio— sus bellaquerías y las andanzas compartidas con alguno de sus hermanos, esos caprichos de los poderosos ante los que el sencillo calla. El rubor tiñe sus mejillas pálidas al recordat cómo le gustaba sentir la adulación y el temor. Cómo se pavoneaba con sus ropas cortesanas cada vez que llegaba a visitar a los suyos y salía a lucirse por las calles de Azpeitia. Cómo le gustaba hablar a voz en grito, con una aparente indiferencia hacia los aldeanos que, sin embargo, eran el auditorio buscado de sus brillos y fanfarronerías. Sí. También debe algo a este pueblo, ligado a su familia y a su historia. Hay algo de justicia en que llegue como pobre y dispuesto a dar, el que un día pasó por aquí como señor a quien todo se le debe.

Al acercarse a la frontera ya tiene tomada una decisión. Vivirá en Azpeitia, en el hospital de los pobres. Se imagina la mezcla de estupor e indignación de Martín. Que se ponga como quiera. No le va a dar oportunidad de decidir. Y si para ello tiene que llegar a escondidas y dar un rodeo para entrar en Azpeitia sin tener que pasar por delante del señorío familiar, lo hará.

No sabe que ya en una posada de Bayona le ha reconocido un hijo de María Garín, aquella que fue su nodriza. A pesar de los años y de los cambios físicos no ha pasado desapercibido. Y las noticias, especialmente una reaparición tan inesperada, vuelan. De ahí su sorpresa y fastidio cuando, ya en la provincia de Guipúzcoa, le encuentran dos criados de su hermano que dicen estar buscándole para acompañarlo a la casa. Su intento de llegar inadvertido ha fracasado, pero eso no le mueve ni un ápice de su

propósito de no instalarse en la casa torre. Por más que insistan los criados, temerosos tal vez de una reprimenda de Martín, más irascible cuanto más viejo, no consiguen convencer a Ignacio. Y, después de todo, ¿no son pleitos entre señores, entre hermanos? Que lo resuelvan ellos, parecen pensar al fin. Se dan por vencidos y vuelven solos a la casa, mientras Ignacio se adentra por las calles de Azpeitia y llega al hospital de la Magdalena tras casi un mes de viaje. Es el 30 de abril de 1535.

Sale a pedir limosna por las calles. La noticia de su llegada ha corrido por toda la villa, y su figura suscita simultáneamente sorpresa, admiración y devoción. No están los azpeitianos acostumbrados a ver grandes muestras de virtud en sus señores, ni siquiera en sus curas. La aparición de este hijo de Loyola, al que muchos recuerdan como un joven simpático, galante y alocado, amigo de las juergas y bravatas, convertido ahora en mendigo y penitente tiene un efecto notable. Cuando más adelante se sepa que reparte la mayoría de las limosnas que recibe con los más necesitados del hospital entonces el pueblo, amigo de mitos y necesitado de santos, creará reconocer a uno entre sus calles.

El encuentro con Martín no se hace esperar. Los meses que pase Ignacio en Azpeitia van a tener algo de pulso entre ambos hermanos. Los dos son tercios y fuertes. Los dos son listos y se conocen, leña del mismo tronco. Informado de la negativa de Ignacio a hospedarse en la casa, rápidamente se encamina el mayor al hospital. La noticia de la mendicidad de Ignacio, que alguien le anuncia maravillado, le resulta violenta como una bofetada. Aprieta las mandíbulas y su mirada se endurece. Es ana humillación, una insensatez de este hermano loco y estrafalario.

Ignacio llega, ya anocheciendo, al hospital, tras este

primer día de limosneo. Le resulta demasiado familiar la figura que espera en el patio de entrada como para no saber de quién se trata. Se encuentran al fin. *Se miden con la vista.* Su hermano mayor está muy envejecido. Ha engordado, sus arrugas y barba canosa y la respiración cavernosa hablan de un declive que ya ha comenzado, de un cansancio que pesa, de una vida de excesos que empieza a pasar factura. Más sorprendido está Martín, que apenas reconoce al gallardo joven que dejara la casa trece años atrás en este hombre ajado. Su delgadez extrema le da un aspecto frágil, que sin embargo contradice la firmeza que se percibe en su mirada. También ha perdido mucho pelo. Su ropa es pobre. «¿Qué ha sido de ti?», piensa entristecido. Martín es un hombre rudo, no muy dado a expresar sentimientos, pero por encima de todo siente alivio al encontrarse al fin con Ignacio. Durante años le temieron muerto. Después llegaron noticias suyas, y hasta alguna catta escrita desde París. Pero es ahora, al estar frente a frente, cuando la sangre reconoce a la sangre y una alegría visceral y primaria emerge. Se acerca, y con toda su corpulencia lo abraza. Ignacio es más sobrio en sus sentimientos, pero también se conmueve este reencuentro, a menudo imaginado y a veces temido. Sin embargo la emoción no disimula la diferencia. Estos Loyola son como los lobos enfrentados en su escudo, mirándose de frente, erguidos, indómitos. «No puedes quedarte aquí, Iñigo. Vendrás conmigo a la casa». Esta frase, dicha en tono áspero, desencadena un diálogo imposible. ¿Cómo hacerse entender? Ignacio está en lo cierto. Es muy difícil para su hermano comprender el cambio operado en él. Y será imposible si se deja encerrar en el bienestar seguro del hogar familiar. Cuando finalmente comprende que se quedará aquí, y que piensa enseñar el catecismo a los

niños y a quienes quieran escucharlo, Martín no puede evitar exclamar displicente: «Nadie querrá venir a oírte, ingenuo...». La despedida esa noche es fría.

Desde ese momento comienza una etapa de intensa actividad. Ignacio, al poco de llegar parece haber olvidado la necesidad de descansar y reponerse. Los ataques de su estómago han cedido -posiblemente esperando emerger de nuevo, con más fuerza- y se siente con fuerzas y casi urgencia por predicar el evangelio en esta villa de su infancia y juventud atolondrada. Se convierte en el apóstol de Azpeitia. Mendiga para vivir. Y predica. Con mucho éxito. Al aire libre, en una ermita, y alguna vez en la iglesia parroquial. Incluso un día llega a hacerlo subido a un árbol, pues por la fiesta de san Marcos una abigarrada muchedumbre se ha juntado en romería y quieren escucharle, ya que todos han oído hablar de él. No es que sea un gran predicador. Sus clases de retórica posiblemente le han ayudado, aunque no le han convertido en un orador de masas, experto en el dominio de los tiempos, los silencios y los ritmos. Pero tiene algo que es insustituible y mucho más poderoso que la mejor de las elocuciones: tiene una buena noticia que compartir. Porque Ignacio es un hombre tocado por Dios, y eso se concreta en una lectura de la vida, del mundo, de las opciones propias (y ajenas) que le permite hablar de forma tal que quienes le escuchan se sienten conmovidos en lo más hondo. Instruye a los niños, con enseñanzas muy básicas del catecismo. Y lo hace de tal manera que también los mayores se acercan a escucharle. Porque entonces, como en todos los tiempos, lo que pueden comprender los niños también es palabra para los adultos. Habla sobre los mandamientos, sobre la vida sacramental, sobre las virtudes...

Se van sucediendo reformas en la villa. Bastantes personas se sienten removidas por el testimonio de Ignacio. Su autoridad es doble. Lo que dice les llega hondo. Pero además saben que se trata de un Loyola, un señor de familia noble que podría vivir con una holgura que para la mayoría es impensable. Y, sin embargo, aquí le tienen, en el hospital, comiendo poco y durmiendo mal, compartiendo techo y escudilla con los más desfavorecidos... Eso le hace más creíble. Se habla también de sus penitencias, del rigor con que se trata, de su austeridad extrema. Cae enfermo de nuevo. Pero se niega, también en su convalecencia, a refugiarse en la casa torre. Serán algunas de sus sobrinas las que vengan a cuidar de él aquí.

Azpeitia va sintiendo la influencia del peregrino. Desaparecen los juramentos. Se clarifican relaciones ilegítimas, algunos casos notorios de amancebamiento parecen desaparecer... Hasta el clero, a menudo gremial y sordo a todo lo que no venga de sus propias filas, acepta los cambios que les propone este seglar. La reforma del clero azpeitiano, sobre todo en cuestiones morales, dejará honda huella en la región. Hasta consigue mediar y encontrar solución en una disputa ya estancada que enfrentaba al rector y clérigos de la iglesia parroquial con unas monjas desde tiempo inmemorial.

Su insistencia en la honestidad le lleva, ante el ruego de la suave Magdalena, a enfrentarse (una vez más) con Martín, para instar a este a abandonar a una amante. El diálogo es velado, indirecto, pero suficiente para que ambos entiendan. Y de nuevo los lobos de Loyola, uno frente al otro, se miden en ese conflicto sordo. Martín calla. ¿Cómo toma esta intromisión? ¿Acepta? ¿Espera? ¿Cede? Ignacio no está seguro. La vida sigue. Pasan las semanas.

No descuida tampoco atacar los problemas más básicos. Se promulgan en esta época, favorecidas por su impulso, unas ordenanzas locales para atender a las necesidades de los más desfavorecidos... Es como si una inocencia dormida, súbitamente sacada de su letargo se hubiese enseñoreado de las casas y las calles de esta villa, contagiada del espíritu que parece mover a este hijo del valle que ha regresado con palabras nuevas.

Una tarde está predicando. Hay un grupo numeroso de personas que le escuchan. Como siempre los niños se sientan en el suelo, cercanos a él. Hay además bastantes adultos. Eleva la vista, clavada durante largo rato en los infantes, hacia los mayores, y descubre, en el auditorio que le escucha, lejano pero bien atento, un rostro muy conocido. Se cruzan los ojos de los hermanos, que se sostienen la mirada. Es un intervalo apenas perceptible para quienes asisten a la escena, y sin embargo en ese intercambio mudo parece fluir un diálogo largo tiempo esperado. Hay un callado reconocimiento en ese instante de silenciosa comunión. Por parte del mayor, que empieza a vislumbrar algo nuevo en Ignacio, que está más allá de linajes y familias, de honores y tradiciones; por parte de este, que advierte, agradecido y vencedor, algo que nunca antes había percibido en Martín: respeto y, tal vez, comprensión. La voz se le quiebra ligeramente cuando continúa con su sermón, aunque nadie lo advierte.

Nunca hablarán de esto. Continuarán con sus diferencias respecto a cada pequeña decisión. Hasta el último día, cuando siguen discutiendo acerca de si debe echarse de nuevo a pie a los caminos, como pretende hacer Ignacio, o si conviene que se lleve una cabalgadura. Inútil, como siempre, el empeño de Martín en suavizar las condiciones de vida del peregrino. Llega al fin el momento de partir.

Se despide de los suyos. Martín y algunos más quieren acompañarle un trecho, y es sólo ese trayecto, hasta el límite de la provincia, lo que va Ignacio cabalgando. No hablan demasiado en esas horas de lento trote. Tal vez los dos hermanos presienten que no se verán más en este mundo. Podrían decirse muchas cosas. ¿Cabría bajar la barrera, por un momento y hablar de corazón a corazón? Tal vez no es necesario, o sencillamente no es su forma de comunicarse. Pero, de alguna manera, ambos se alegran de estos meses de reencuentro. Martín ha desmontado, mientras Ignacio se despide del resto de los familiares: sobrinos y sobrinos nietos están contentos de haber conocido a este miembro tan peculiar de su familia. Algunos no lo conocían. Han oído hablar de él desde su infancia, a veces dudando de si sería otro más de los cuentos de sus madres, y el descubrimiento de su existencia les ha abierto los ojos a otro mundo.

Finalmente Ignacio se vuelve a Martín. «¡Qué flaco está, demonio!», vuelve a pensar el patriarca. De nuevo el abrazo de oso aprieta al peregrino, que se deja acunar por este hombre poderoso y, a la manera brutal de su época, tictno. «Adiós, Iñigo». «Adiós».

De nuevo en camino

La segunda parte de su periplo hispano ha de ser, según lo planeado, para visitar á las familias de sus compañeros. Dar noticias. Llevar alguna carta. Tranquilizar a quienes puedan estar inquietos o preocupados por la suerte de los suyos. También recoger algo de dinero, del que siempre envían los familiares a los hijos lejanos, y girarlo desde Almazán, por medio de la familia de Laínez, para que los

compañeros puedan mantenerse el tiempo que les queda en París.

Así transcurrirán semanas de camino. Se siente feliz. Las jornadas de marcha, el cansancio, el encuentro con gentes y pueblos distintos. La intemperie que proporciona el mejor techo para quien nada exige. Todo ello le recuerda otros momentos de su vida, otros senderos, otras épocas de búsquedas. Ahora parece que sabe mejor adónde va. Tiene compañeros, y juntos esperan pasar a Tierra Santa. Piensa mucho en ellos. Sus amigos. ¿Cómo irá su vida de estudios en París? Se ha cumplido un año de los votos que hicieran en Montmartre. Sí todo ha ido bien, se habrán reunido de nuevo en la capilla, y habrán repetido esa promesa... Con una mezcla de alegría y nostalgia piensa en ellos.

En Navarra visita al hermano menor de Javier, don Juan de Azpilicueta. En Almazán, cerca de Soria, a los padres de Láñez. Pasa por la corte en Madrid, donde ha oído que puede encontrar a aquel Arteaga con quien compartiera sueños y esfuerzos en Alcalá y Salamanca. Ignacio no ha olvidado a aquellos primeros compañeros, pero Arteaga no quiere saber ya nada de los planes de Ignacio. Por Alcalá sigue hasta Toledo. Allá encuentra a los padres de Salmerón, y como había prometido al muchacho al despedirse, junto al Sena, habla largo con ellos, les cuenta todo lo que quieren saber acerca de la vida parisina, del grupo de amigos, de la intención compartida de dedicar sus vidas a ayudar al prójimo en Tierra Santa. Las familias se sienten consoladas. Reconocen en las palabras de Ignacio a sus seres queridos, y se sienten orgullosos de sus propósitos. Es esta una época distinta, en la que las grandes decisiones pueden condicionar que los caminos no se crucen más. Lo saben. Están preparados para ello. Y

reconocen en la opción de los suyos algún destello que les habla de Dios. Por eso pesa más la alegría que la distancia o la tristeza por la separación duradera.

También en Toledo ve a Peralta, aquel muchacho que, un día, en París, dejó todos sus bienes y se fue a vivir con él al hospital. Es ahora un gran predicador, y canónigo de la iglesia metropolitana. Pasean junto al Tajo, hablando y pensando en lo lejana que parece ahora París, y el hospital de Santiago, como si hubiese transcurrido una eternidad, y no únicamente seis años. ¿Tal vez Peralta experimenta, en este reencuentro, una punzada de inquietud o nostalgia por la forma de vida reflejada en Ignacio? No lo sabemos. También puede ser que sienta confirmada su decisión. Bendice a Ignacio, cuando se despiden, deseándole lo mejor para él y sus compañeros.

Sigue, incansable, su camino, a pie y solo pero siempre con Dios y con tantos nombres como van tejiendo en su vida una increíble red de afectos y presencias. Trescientos kilómetros le separan de Valencia, adonde se dirige para visitar a Juan de Castro. También este compañero de París encontró, al final de sus estudios, otro camino: la vida contemplativa en la Cartuja. Ignacio mismo había pensado en esto en los tormentosos inicios de su conversión, y encuentra un particular agrado en poder pasar unos días acompañando a Castro en el monasterio, participando de esa vida litúrgica ordenada que habla de días cuyo reloj late al tiempo de Dios.

Su estancia en la península toca a su fin. Llega el momento de pasar de nuevo a Italia. Aún quedan muchos meses, casi año y medio para que lleguen los compañeros según lo proyectado, pero quiere aprovechar bien el tiempo, y ha decidido terminar sus estudios de teología.

Valencia es una ciudad enorme, y en su puerto será

fácil encontrar un navio que le lleve hasta Génova. Los cartujos intentan disuadirle, espantados por la inseguridad de un Mediterráneo amenazado por el corsario turco Barbatroja. Sin embargo no serán los piratas, sino una tempestad la que está a punto de hacer que el viaje termine en tragedia. No es la primera galerna que enfrenta Ignacio. Pero esta vez intuye la muerte cercana. Y en ese momento lo único que siente es pena. Por no haber aprovechado bien su tiempo. Por la cantidad de cosas que le quedan por hacer. Por una vida que hubiese querido más plena... Sin embargo la tormenta no hunde el barco y finalmente llega a Genova. Estamos a mediados de noviembre de 1535. Los compañeros deberían llegar a Venecia hacia finales de marzo de 1537. Ignacio tiene, entonces, un año y cuatro meses por delante. ¿Qué hacer?

Decide ir a Bolonia. Esta ciudad es prestigiosa por su Universidad, la más antigua de Occidente. Allí podrá encontrar la forma de completar su formación teológica, y quizá ganar algún compañero más para el proyecto común que los une. ¿No ha de haber hombres de espíritu audaz en la ciudad donde se educaron Dante o Petrarca, Erasmo o el mismo Nebnja, cuyo nombre se pronunciaba con reverencia en sus tiempos de Alcalá? Parece una decisión acertada. Pero una vez más los planes de Ignacio se tuercen. Ciertamente llegará a Bolonia, pero sólo tras largas semanas de una marcha muy exigente, con un frío invernal que azota la península italiana, atravesando parajes donde el camino se hace difícil, y debiendo forzar mucho su ya de por sí castigado cuerpo. Consecuencia de todo ello es que está exhausto cuando llega a la ciudad. El agotamiento y el frío envuelto en densas nieblas le postran. Afortunadamente conoce algunas personas en el Colegio Español de San Clemente. Ellos le atienden

durante una semana de fiebres y vómitos. Pero pronto se da cuenta de la práctica imposibilidad de vivir aquí de limosna. Replantea su decisión. Tal vez sea mejor marchar a Venecia. Allí conoce más gente. La ciudad le es familiar. Ya ha estado antes. Es cierto que no hay universidad, pero probablemente podrá estudiar por su cuenta y, al fin y al cabo, lo que ahora necesita no es un título, que ya recibió en París, sino completar su formación.

Así que opta por Venecia. A finales de diciembre recorre el trayecto que separa ambas ciudades. Han pasado más de diez años desde que abandonara la ciudad de los canales. Qué lejos parece aquel momento, piensa ahora, cuando la barca le acerca al conjunto de islas de la laguna. Al irse aproximando reconoce la silueta familiar de los edificios, y descubre algunos nuevos palacios que se van levantando al tiempo que crece el poder de La Serenísima. Escucha los sonidos de la ciudad viva, que parece darle la bienvenida. Tal vez un día no muy lejano saldrá de la laguna hacia el Adriático, en esa nave Peregrina que le conducirá hasta la tierra del Señor. En silencio, eleva a Dios una plegaria, por los amigos distantes, por sus vidas, por el proyecto futuro: «Hágase tu voluntad, Señor».

Venecia. Un año solo. Los ejercicios espirituales

De nuevo está en la ciudad de los canales. Todo el año 1536 se extiende ante él. Un año completo. ¿Qué hacer? ¿Dónde vivir? ¿Cómo? Ignacio es un hombre práctico. Cada vez más. Ha aprendido a valerse, y a encontrar aquellos medios que son necesarios para el fin que se proponga. Dado que su fin en este tiempo ha de ser aprovechar para estudiar y acompañar a otros, es necesario

conseguir un acomodo suficiente. Pronto tiene arregladas todas las cuestiones materiales. Don Andrea Lippomani, de la orden de los Caballeros Teutónicos y responsable del priorato de la Santísima Trinidad, le ofrece alojamiento. En el priorato hay suficientes habitaciones, y él podrá llevar el tipo de vida que quiera. Isabel Rosel, siempre amiga, siempre fiel, le enviará dinero de vez en cuando para ayudarle a mantenerse.

Con esos apoyos y algunas otras ayudas que sin duda irán surgiendo podrá dedicarse con calma a tres actividades básicas. Lo primero, tiene que estudiar para completar su formación teológica. No hay estudios reglados aquí en Venecia, pero está seguro de que puede encontrar consejo y guía para seguir con su formación. Además llevará una tranquila pero profunda vida de oración. Tras la sobriedad interior de sus años parisinos, vuelve ahora a dar espacio a esa dimensión mística que va aproximándole a Dios de un modo siempre distinto. Y en tercer lugar, puede dedicarse al apostolado. Especialmente a ese apostolado espiritual en el que siente que Dios le ha dado un talento único y, en consecuencia, una responsabilidad peculiar. Un apostolado que se concreta en conversaciones, en cartas, largas misivas que escribe a sus conocidos, hablando con palabras que despiertan en ellos la sed de Dios. Y, sobre todo, los ejercicios espirituales. Cada vez va estando más definido lo que sea esta escuela de oración, esta ventana abierta a una lectura diferente del evangelio, esta aproximación distinta, personal y única al Jesús a quien Ignacio sigue desde que lo descubriese en una Manresa ahora lejana.

Quizá ha llegado el momento de hacer un pequeño paréntesis. Una y otra vez hemos ido hablando de los ejer-

cicios espirituales, ese instrumento que permite a Ignacio compartir su experiencia de Dios. Pero, ¿qué son?, ¿de qué se trata? Seguramente no imagina Ignacio que lo que está terminando de pergeñar en Venecia se convertirá en un instrumento apostólico que atravesará los años, las vidas y los siglos, sin perder un ápice de su fuerza. Desde los inicios de la conversión hasta este momento, hemos visto cómo va tomando forma el libro de los *Ejercicios Espirituales*, en Manresa y Jerusalén, en París y Venecia... Ignacio va puliendo y completando esa inspiración primera. Plasmando su propia experiencia para que esté al alcance de otros muchos.

Pero, ¿de qué hablamos exactamente? No se trata de un libro de lectura, que uno pueda abrir en la primera página y tratar de leer, como una novela o como el diario espiritual de un determinado personaje, ni tan siquiera como una serie de reflexiones piadosas.

Si alguien intenta leerlo hoy en día, puede creer que su dificultad para comprender obedece a los giros del lenguaje, propios de una época cortesana, que aún hoy se mantienen. Pero no es el lenguaje la razón de esta dificultad. En realidad el libro de los ejercicios no se lee. Los ejercicios se hacen, normalmente con la ayuda y guía de otra persona que los ha experimentado antes que uno.

Se trata de una escuela de oración. Es la descripción de una metodología de acercamiento al evangelio. El propio acercamiento de Ignacio plasmado en papel. Una zambullida en la imagen de Dios, creador y padre, principio y fundamento de la humanidad y de cada ser humano. Un Dios que es amor vivo y operante. Ahí está el gran marco de la experiencia. Del creador, que tiene un proyecto para la humanidad y cada ser humano (por ahí comienza la experiencia espiritual del que hace los ejercicios, en el

principio y fundamento), al amor como clave angular (la contemplación para alcanzar amor, último paso de la experiencia). Y en medio, treinta días (aproximadamente) de oración, silencio y encuentro con Dios. Tiempo para una doble lectura que va en paralelo. De la propia vida, con todas sus ambigüedades y posibilidades, con sus luces y sombras, con sus desórdenes y sus valores. En definitiva, con su pecado y la gracia que sobreabunda y desborda. Y un acercamiento personal, hondo, intelectual y sobre todo afectivo a la vida y persona de Jesús, el rostro humano de Dios, el Dios encarnado que se convierte en el punto central de atención del ejercitante. Para conocerle, amarle y seguirle.

Una experiencia personal. De conversión y encuentro. De iluminación y proyecto. De toma de decisiones fundamentales en la propia vida, o reforma de las condiciones en que uno actúa, vive, ama. Con unos acentos bien marcados en ese acercamiento a Dios. Jesús es el Dios encarnado, el hombre pobre y humilde en los caminos de la historia. Su seguimiento por amor es la implicación en una causa bien precisa, el reino de Dios. Luchando contra las dinámicas evasivas que nos invitan a vivir desde otra lógica.

Cada hombre o mujer que se adentra en este camino es distinto. Distintos son Ignacio, Fabro o Javier. Y cada uno de los primeros compañeros. Y tantos hombres y mujeres como después irán repitiendo esa misma experiencia, hasta hoy... En cada uno han de resonar las palabras del evangelio de forma diversa, pues cada quien tenemos nuestra historia, nuestro carácter y nuestro corazón. Por eso cada ejercitante tendrá que aprender a distinguir (discernir) cómo resuena, en su oración, en lo que piensa o contempla, en lo que escucha o imagina, la voluntad de

Dios. Para aprender a elegir, buscando siempre aquello que conduce a un bien mayor, que es en definitiva de lo que se trata la voluntad de Dios en la vida de cada uno.

Ignacio plasmó su experiencia espiritual, su propio itinerario interior en esta propuesta. Lo formuló con categorías de su época -que conservan hoy sorprendente vigencia-. Lo fue puliendo a lo largo de su vida. Dándole una dimensión eclesial.

En definitiva, se trata de arriesgarse, ponerse a la escucha, en una búsqueda activa, atreverse a dejar que «lo de Dios» toque la propia vida. Para asomarse a Dios desde la propia realidad. Eso son los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. Una obrita pequeña, pero que a lo largo de quinientos años será semilla de una incansable fecundidad apostólica. Criticados a veces como si fuesen una herramienta de manipulación de conciencias -y un mal uso de ellos podría conducir a esto—. Pero alabados más a menudo por ser fuente de una espiritualidad —que definimos como ignaciana— que hace a las personas fuertes en la debilidad, apasionados en el seguimiento, colaboradores de la misión de Cristo en la transformación de este mundo, en ese espacio donde Dios es Padre común y nosotros hermanos.

Pero volvamos a Venecia y a Ignacio. En este mundo grande las pocas personas que se mueven se cruzan a menudo. Algo así debe pensar Ignacio cuando reconoce un día a Diego de Egui'a, aquel alcalaíno en cuya casa se alojaron en tiempos sus compañeros. Y con él Esteban, uno de sus hermanos, que ha enviudado. Los dos, de paso en Venecia después de una peregrinación, deciden hacer los ejercicios conducidos por Ignacio. Y ambos determinan unirse a su proyecto, a su modo de vida, aunque

previamente tienen que volver a España a arreglar sus asuntos.

También un sacerdote malagueño, feo pero gracioso, de nombre Diego de Hoces, se siente intrigado por Ignacio. Pero es la suya una curiosidad insegura. ¿Será de fiar este hombre? Esto de los ejercicios, ¿será ortodoxo? ¿Por qué estas dudas? ¿Habrán llegado a sus oídos las intermitentes campañas de descrédito o persecución inquisitorial hacia Ignacio? No va por ahí la dificultad. En las incertidumbres de Hoces resuenan las palabras de Juan Pedro Carafa, obispo dimisionario de Chieti con quien Ignacio tiene una relación muy tensa. Y lo curioso del caso es que comenzaron entendiéndose bien. Son dos hombres de personalidad fuerte y espíritu reformista. Y cuando se encuentran, por vez primera, en Venecia, probablemente hablan de las carencias de esta Iglesia necesitada de purificación y de una vuelta al evangelio. Trece años atrás, en 1524, Caetano de Thiene y el propio Carafa habían fundado en Roma los teatinos, una congregación de clérigos regulares que busca vivir en pobreza evangélica. Cuando tres años después las tropas de Carlos V saquearon Roma, los doce teatinos que entonces componían la orden tuvieron que refugiarse en Venecia. Cuando Ignacio conoce a Carafa, los teatinos son sólo catorce, con dos casas en Venecia y Nápoles. Podrían convertirse en una orden religiosa nueva, fuerte, pujante, que la Iglesia necesita. Ignacio, de hecho, así lo percibe. Pero no terminan de arrancar. Es una congregación que no crece, no ilusiona ni entusiasma a hombres inquietos. Sincero como pocos, Ignacio le expresa en una carta a Carafa las razones que ve para ese lentísimo despegue: el propio Carafa no vive como un religioso, fiel a su pobreza, sino como un obispo renacentista, opulento y acomodado. Y además, la decisión de que

la congregación dedique muchas horas al coro la aleja de la gente, hasta el punto de que varios de sus miembros no tienen ninguna labor apostólica. Adorna esas dos verdades lapidarias con muchas expresiones de cortesía y respeto, pero un lector lúcido -y Carafa lo es- puede percibir la contundencia del análisis. Si llegó a mandar la carta o si se lo dijo de palabra, no tenemos constancia de ello, pero lo cierto es que el obispo, irritable y explosivo, montó en cólera por la insolencia de ese español que, sin siquiera ser sacerdote, se atrevía a criticarle con tal desfachatez.

En todo caso, las espadas están en alto entre los dos. Y Hoces habla con frecuencia con el obispo, que acompaña espiritualmente a gran número de personas desde la iglesia de San Nicolás de Tolentino. Por eso cuando finalmente el malagueño se decide a hacer los ejercicios con Ignacio, lleva consigo un buen arsenal de libros, dispuesto a defenderse si la doctrina contenida en ellos es heterodoxa o herética. Sus celos quedan pronto disipados ante la hondura y verdad de lo que percibe en ellos. Y por eso, cuando los termina, ha decidido unirse al grupo del que Ignacio ya le ha hablado.

El tiempo transcorre apacible. Es una época serena en la vida de Ignacio. 1536 se va en un suspiro. Mientras se mueven las piezas en el tablero en el que la reforma y la contrarreforma van a tener que batallar, Ignacio sigue su vida italiana. Calvino publica *La Institución de la Vida Cristiana* y se instala en Ginebra. Enrique VIII, que ha consumado su ruptura con la Iglesia católica, expropia los monasterios y declara nula la autoridad de! Papa en Inglaterra. Muere Erasmo, uno de los pensadores católicos más rebeldes y una de las voces que ha clamado por cambios en la Iglesia. Pablo III, preocupado por la reforma eclesiástica, empieza a reunir en torno suyo a figuras que

puedan orientarle en este camino. Entre otros, en septiembre llama al obispo Carafa a Roma. En unos meses más será elevado al cardenalato. ¿Olvidará la «ofensa» de Loyola un príncipe de la Iglesia?

Reencuentro veneciano

Los compañeros deberían salir de París el 25 de enero de 1537, y **llegar** a finales de marzo. Ignacio les ha escrito avisándoles de su llegada a Venecia, pero no sabe nada de ellos. Está preocupado por las contiendas entre Francisco I y Carlos V, especialmente virulentas ahora en terreno francés. No duda del valor de sus amigos. Sabe que no se van a echar atrás. Pero, pueden ocurrirles tantas cosas... De ahí que cuando el 8 de enero de 1537, dos meses antes de lo previsto, le avisan de la llegada de visitantes que preguntan por él, sale a la calle preguntándose de quién puede tratarse. Cuando reconoce los rostros familiares de Javier, Fabro, Salmerón, Láinez... de todo el grupo, estallan en júbilo.

Es un reencuentro memorable. Todos quieren abrazarle, hablan a la vez. Es la reunión de amigos, la confirmación de una opción conjunta, el nuevo cruce de caminos que, esperan, ya han de continuar entreverados. Los recién llegados aparecen demacrados, muy delgados y sucios después de interminables jornadas de una marcha que ha sido dura. Pero nada de eso importa en este momento. El vocerío hace asomarse a alguna ventana vecina rostros curiosos, que sonrían por la alegría contagiosa de este grupo de hombres ruidosos. Ignacio advierte rostros nuevos. Es Fabro quien los presenta. «Ignacio, estos son Claudio Jayo, Pascasio Broet y Juan Coduri.

También son de los nuestros». Tres nuevos compañeros, dos de ellos sacerdotes, que se han unido al grupo parísino, y a quienes Fabro ha dado los ejercicios espirituales. Ante la alegría de los compañeros que se reencuentran han permanecido a la expectativa, indecisos, como esperando ser introducidos. Llevan tanto tiempo oyendo hablar del maestro Ignacio que ahora no saben cómo reaccionar. Pero es Ignacio el que toma la iniciativa, y les trata con la misma cordialidad y familiaridad que al resto.

Por el momento pasan al interior del priorato. Acá podrán lavarse y descansar un poco. Ignacio ya tiene pensada una propuesta relativa al alojamiento del grupo, pero aún deben hablarlo entre todos. Ahora hay que reponerse. Se mueve de un lado a otro. Consigue comida, les facilita un lugar para asearse... No se cansan de hablar, de preguntar. Les habla de sus familias, de los recuerdos y las palabras que mandan a través de él. Esa evocación de los hermanos y padres lejanos despierta la alegría de unos y la nostalgia de otros... Pero no es tiempo de melancolías. Ignacio ríe y su cercanía es contagiosa. También él tiene un nuevo compañero que presentarles, el bachiller Hoces, que estará al caer por aquí... y hasta es posible que haya algunos más, que están acercándose a los ejercicios. Hablan a la vez. Bromean. Acaban de pasar meses terribles, pero todo parece haberse olvidado una vez llegados.

Son, salvadas las distancias, como esos peregrinos que tras largas etapas de dolor y sufrimiento parecen olvidar las lágrimas y las fatigas, la impotencia y el dolor ante la alegría de llegar al destino tanto tiempo intuido. A estos nueve hombres les ocurre algo similar. Han caminado hasta la extenuación. Han corrido peligro y han estado *i* punto de ser detenidos varias veces. Han pasado hambre y frío. Pero ahora lo único que brilla, enorme y espléndido,

es la alegría del reencuentro y el sentirse otra vez «en casa» al estar todos juntos.

Entre relatos de unos y otros va enterándose Ignacio de lo ocurrido en este año y medio. Cómo siguieron con sus vidas y sus estudios en París tal y como habían acordado. Cómo Fabro, que conocía a Jayo desde la infancia, le acercó al grupo. Cómo el saboyano ya estaba con ellos cuando renovaron sus votos en Montmartre, en 1535, echándole tanto de menos, pero teniéndole muy presente. Cómo después siguieron el mismo camino Broet, un sacerdote de la Picardía y Coduri, nacido en Embrun. Los dos participarían ya en los votos en 1536. Le cuentan también que el 4 de octubre pasado muchos de ellos obtuvieron por fin su título de maestros en artes. Y cómo decidieron adelantar la partida, ante los rumores de una situación cada vez más inestable en el trayecto. Salieron el 15 de noviembre, en cuanto pudieron arreglarlo todo para dejar París. Por supuesto que hubo intentos de disuadirles, cuando se hizo pública su intención. El relato del viaje recuerda a Ignacio aquellos recorridos suyos por una Italia devastada. Le hablan de cómo tuvieron que dar un rodeo enorme. Cuántas veces las tropas les preguntaban, y afortunadamente los franceses del grupo pudieron hablar en nombre de todos, mientras los españoles permanecían tan callados como podían. Cómo caminaron, a veces separados para no llamar la atención, y finalmente todos juntos pensando que era más seguro así. Cómo cada día celebraban misa y comulgaban, con qué alegría y devoción rezaban, que hasta conmovían a quienes les encontraban en el camino. Habían pensado pedir limosna, pero dado el peligro, terminaron agrupándose, diciendo a quien preguntaba que estaban en peregrinación hacia Loreto y malvivieron con los pocos recursos que traían de París. En

muchos sitios han tenido que discutir acerca de cuestiones de fe, especialmente cuando pasaron por Alemania, pero han vapuleado doctrinalmente a algunos que querían defender posturas protestantes. Ignacio no puede menos que sonreír al escuchar el relato. Sabe bien que Laínez es un enemigo temible cuando se trata de discutir sobre cuestiones de fe. No quisiera estar él en el pellejo de un pastor protestante poco preparado que se atreviese a debatir con el de Almazán.

El relato llega a su fin. Ha anochecido hace largo rato. Las voces excitadas, las risas, las bromas y las historias dan paso a una oración conjunta. Dan gracias a Dios que los ha traído hasta aquí. No está el cuerpo para plegarias mucho más largas. Pronto duermen, arrebujados en mantas que mitigan el frío de la noche veneciana. Esta noche quedarán, provisionalmente, con Ignacio. Mañana hablarán ya más despacio.

Sólo Ignacio permanece despierto. No está tan fatigado como ellos, y la alegría de estar de nuevo con los suyos le impide conciliar el sueño. Pasea la vista por esos rostros dormidos. Conoce a casi todos como si fuesen sus hijos. Le han abierto su corazón. Confían en él, y él en ellos. Recuerda tantas conversaciones con cada uno... Ahí está Fabro, que ha mostrado ser un excelente líder. Y ahí reposa Javier... viendo dormido al navarro, Ignacio es consciente de la intensidad de sus sentimientos por estos muchachos que, para él, son más queridos que sus propios hermanos. Recorre sus semblantes, sus historias. Conoce bastantes de sus heridas y sus fortalezas, de sus miedos y sus valores. Como le viene sucediendo últimamente, la emoción da paso a la oración, y esta viene acompañada de lágrimas. Lloro con gratitud, con hondura, percibiendo la poderosa fuerza que le une a estos hombres, brotando

de un más allá, un Dios, al que siente, una vez más en el centro de su vida; su todo, su amor. « Todo es vuestro ».

Hospitales. Cuando se tocan las llagas de este mundo

A la mañana siguiente Ignacio les expone su propuesta. El barco de peregrinos no zarpa hasta después de Pentecostés, de modo que tienen varios meses por delante. Habrá que ir a Roma a solicitar la bendición papal, pero, dado que tienen tiempo, es mejor esperar a que pase lo más crudo del invierno. La primavera será más benigna para esa peregrinación. Y, mientras tanto, hay una oportunidad magnífica en estos meses. ¿Por qué no distribuirse entre los dos grandes hospitales, y trabajar sirviendo a los más pobres de los pobres? Ignacio sabe que las ideas y proyectos necesitan aterrizar. No duda de estos hombres, que han probado su firmeza y su reciedumbre. Pero por otra parte, sólo ahora están empezando a hacer real su promesa. Su compromiso ha tenido mucho de proyecto, pero las pruebas están por llegar. Su evangelio necesita encarnarse en rostros y situaciones humanas, que son el crisol donde muchas veces han de templarse los mejores aceros. Él ha vivido mucho, y es consciente de la fragilidad, las resistencias, las dudas y los miedos que atenazan a cada persona. Y precisamente por ello sabe que cada uno tiene que enfrentarse cara a cara con la miseria y el dolor, con la frustración y el pecado que, en este mundo, excluye y mata. Con ese Cristo pobre y humilde que tiene tantos rostros e historias. Por eso su propuesta para ellos. Estos jóvenes hasta ahora han vivido en un mundo intelectual, en academias y escuelas. Ignacio, curtido en años de peregrinación, que ha compartido techo con los más abando-

nados y ha vivido en la desprotección más absoluta, está seguro de que para cada uno de ellos ese contacto con las realidades más atravesadas puede ser escuela, bendición y punto de encuentro con Dios y con los otros de un modo nuevo. De ahí su propuesta.

Que vayan a vivir a los dos Hospitales. Cinco al de San Juan y San Pablo, y cinco a Los Incurables. A atender a los enfermos, lavarles, alimentarles... acompañar a los moribundos. Hasta enterrar a los muertos. Todas las manos son necesarias. Le tranquiliza el entusiasmo con el que reciben su propuesta. Aunque también percibe nervios y destellos de tensión en algún rostro. Hablan y matizan, y le dan cuerpo a la idea. Al fin y al cabo acostumbra a tomar las decisiones en común, y esta vez no es distinto. Pero se fían de él en lo básico de esta propuesta. Él mismo ha dudado mucho si debería o no formar parte de uno de estos grupos. Finalmente ha decidido que no. No quiere que hagan esto por seguirle a él, sino como parte de su experiencia más personal y honda con Jesús. Es mejor que él se quite de en medio. Acogen su guía. Sigue siendo para ellos maestro, y se dejan orientar, aunque ninguno está obligado a ello.

Empieza para los hombres un período duro. Se ven enfrentados muchas veces con sus propios miedos y limitaciones. Los hospitales son lugares sórdidos. Con frecuencia la desesperación y el dolor se expresan en gritos que taladran los oídos más sensibles. En el invierno es peor. A veces hay tantos enfermos que no hay dónde atenderlos, y se hacinan en salas enormes, tendidos en jergones y catres, o incluso en el suelo. Los jóvenes estudiantes se ven ahora enfrentados a una actividad que está lejos de las disputas filosóficas y teológicas de las aulas parisinas. Aquí les toca lavar cuerpos enfermos, a veces venciendo su repugnan-

cia ante llagas y úlceras que les provocan espanto y cuyo hedor es a veces insoportable. Dan la comida a quien no se vale por sí mismo. Limpian, acompañan. Escuchan las historias, a menudo ininteligibles, que desgranán hombres heridos, necesitados de una mirada, una mano cercana o un oído dispuesto a escucharles; son los desheredados, que ya sólo anhelan la última ficción de que aún significan algo para alguien. Y esa ficción la convierten los compañeros en verdad profunda. Porque en ese contacto real con el sufrimiento de otros seres humanos, estos hombres se vuelcan. Aprenden a amar a los desamados. Lloran en la noche las lágrimas vertidas por otros a lo largo de jornadas intensas. Se mezclan ante ellos los cuerdos y los locos, los agonizantes y los que aún tienen alguna esperanza, en esta otra Venecia, que no es de carnaval ni de máscara, sino de verdad desnuda.

Cuentan los distintos relatos de esta etapa veneciana que los compañeros tuvieron que superar sus propias resistencias. Cada uno ha de librar su particular batalla. Hasta tal punto que Francisco Javier un día, ante el asco que le daba la llaga lacerante de un leproso, tratando de vencer su repugnancia, besó aquella herida. O que Laínez, estando el hospital ya saturado, se vio en la tesitura de acostar en su propio lecho a un enfermo sin otro lugar donde caer rendido, y después pasó mucho tiempo temeroso de haberse contagiado. Ignacio escucha, inspira, motiva, anima a estos hombres, ayudándoles a superar sus miedos, a comprender sus fragilidades, a hacerse fuertes para los más débiles, a rezar también desde el dolor del mundo.

Y podemos preguntarnos: ¿por qué tanto esfuerzo? ¿Era necesario esto? Lo que estos hombres están aprendiendo

es que hay una parte de nuestra fe que necesita encarnarse. Hablamos de un Dios que, al hacerse humano, se abajó. Es una imagen poderosa. Y real. Porque sin ella uno corre el peligro de vivir instalado en pedestales. De honor y de riqueza, de sabiduría y de elocuencia, de triunfo y fortaleza, de ideas y proyectos. Pedestales que al tiempo te protegen y te aíslan. Y que, si te descuidas, te van encerrando en burbujas herméticas y asépticas.

Porque a esas alturas no tienen acceso los hombres y mujeres que, en los márgenes de los caminos, en las cunetas de la historia, en las noches del mundo, sufren. La soledad. El hambre. El abandono. El miedo que tiene tantos rostros. La violencia sorda que destruye brusca-mente los sueños inocentes para dar paso a la hora de las pesadillas. El llanto que nadie oye ni consuela. La desesperación en los ojos que sólo ven más dolor, más fracaso, más derrota. La guerra que desplaza, y la que entierra. Las bombas que mutilan cuerpos y almas. La noche, siempre esa noche larga que no ve amanecer.

Es imprescindible bajar de las peanas, los podios desde los que el mundo se ve sólo a medias. Para alzar, juntos, los cuerpos llagados. Para derramar agua fresca sobre labios reseco que, de otro modo, se cerrarán, inertes. Para aprender a mirarnos en el espejo de una humanidad rota. Para saber lo que hay que denunciar y anunciar. Para, descubriendo los golpes, ayudar a sanarlos. Para que el amor sea infinito. Es imprescindible saber estar, alguna vez, en esa tierra áspera hollada por pies descalzos, esa tierra seca y agrietada donde las carencias son más hirientes y las lágrimas más ciertas.

Ahí está el escándalo y el milagro de un Dios encarnado, naciendo en un pesebre, iniciando un camino que le lleva a una cruz; tocando los espacios desolados; com-

partiendo el polvo de la tierra que levantan los caminantes fatigados en su marcha.

No se trata de sufrir por sufrir. Ni de un voluntarismo humanitario. No se trata sólo de una conciencia solidaria, o de una sensibilidad social. Tampoco es cuestión de culpabilizar a uno mismo o a otros, ni de cargar, como una losa imposible, con todo el dolor del mundo sobre la propia espalda. Se trata, sobre todo, de la capacidad de mirar, cara a cara, las dimensiones de una fraternidad rota. Y en ella descubrir las semillas del Reino y denunciar las heridas lacerantes que el pecado inflige. Se trata de traer esperanza. De iluminar (a uno mismo y a otros) en los lugares de sombras. Con una luz distinta. Con ese amor infinito que nos hace tan humanos y nos acerca a Dios.

Sacerdotes y apóstoles

Pasa el invierno. Llegada la Cuaresma de 1537, parece oportuno ir a Roma a solicitar la bendición papal para la peregrinación que esperan emprender en la Pascua. Ignacio decide no acompañar al resto del grupo. La razón en este caso es esiratégica. El doctor Ortiz, aquel que, dolido por el cambio de vida de Peralta, había denunciado a Ignacio ante la Inquisición en París, es ahora procurador de Carlos V en Roma, y es uno de los personajes que puede brindarles acceso al Papa. Ignacio no quiere que las animadversiones personales, en caso de que perduren, dificulten ese encuentro. Además no duda de que en la corte papal tendría que vérselas de nuevo con Carafa, nombrado cardenal de la Iglesia. Sospecha que el teatino no habrá olvidado sus tensiones venecianas. Definitivamente, es mejor que se quede. Por otra parte, ya ha hecho

este camino. Ha estado en Roma antes y ya ha pedido la bendición en otro viaje. No lamenta dejar pasar esta ocasión...

Los compañeros lo encuentran prudente. Después de todo, cuanto menos hagan que pueda poner en peligro el viaje a Jerusalén, mejor. Así que allá marchan, en pobreza radical, peregrinando a la Ciudad Eterna, mientras Ignacio se queda en Venecia, esperándolos.

Cuando regresan, pasadas unas semanas, no pueden traer mejores noticias. De nuevo el relato de sus viajes tiene en Ignacio un oyente interesado y ávido por saber hasta el menor detalle. Con el estilo claro de Fabro, con la intensa pasión de Javier, con la incesante verborrea de Bobadilla o con la capacidad descriptiva de Laínez, en esa mezcla de latín, portugués y español que chapurrea Rodrigues o en el verbo gracioso de Hoces... todos aportan algo al relato, que se va cargando de imágenes, nombres, historias y promesas.

Cuentan cómo llegaron a Roma el domingo de Ramos, tras viajar, de tres en tres, en pobreza absoluta... —Ignacio asiente, pensativo, recordando cómo también él llegara a Roma un domingo de Ramos, catorce años atrás-. El Papa les ha recibido en audiencia. Durante la comida —Sorprenden a Ignacio con el relato de un periplo romano mucho más afortunado de lo que podían haber previsto-. No, claro que no fue difícil conseguir acceso a Pablo III. El doctor Ortiz se ha portado como un amigo, un aliado que les ha favorecido en todo lo posible. Hasta envía un recuerdo para el maestro Ignacio. —Este sonrío, entre fascinado y contento por la intervención del inesperado aliado—. Y no sólo eso, sino que el mismísimo Pontífice les hizo disputar sobre cuestiones teológicas. —Todas las voces se juntan queriendo describir la escena, y a veces es

difícil entender, entre tantas interrupciones. Ignacio tiene que pedirles un poco de orden, y es finalmente Fabro el que continúa el relato-. Por supuesto que disputaron sobre las cuestiones planteadas por el Papa, delante de los cardenales y otras figuras prominentes. El pontífice estaba extasiado con ellos. Les bendijo especialmente. Se quedó muy sorprendido cuando le dijeron que no venían a pedir ningún favor especial, más que el permiso para ir a Tierra Santa. -El relato va llenando de alegría a Ignacio, orgulloso de estos compañeros, capaces de mostrar una lógica distinta a la que hace de la corte papal, demasiado a menudo sometida al mercadeo de prebendas y nombramientos, una fuente de descrédito para la Iglesia-. Le hablan de la sorpresa de Pablo III, que no podía creer que no quisiesen algo más. Eso debe ser porque está acostumbrado a que todos le pidan algo. Así que les dio el permiso. Y además los presentes hicieron una colecta para ellos, recaudando un montón de escudos, que así podrán utilizar para su viaje a Jerusalén.

La narración, salpicada de innumerables anécdotas y descripciones de lo que han visto en Roma y en los caminos, se va acercando a su fin. Pero tienen otra gran noticia, el Sumo Pontífice les ha autorizado para que sean ordenados sacerdotes cuando y donde quieran. Sin quedar atados a una diócesis. Le parece bien el proyecto de permanecer en Tierra Santa, aunque lo ve difícil en las circunstancias actuales. Hasta ha dado una dispensa especial a los ya sacerdotes para que puedan perdonar pecados reservados.

Ignacio está ya como ausente mientras desgranar estas últimas noticias, absorto en una de las novedades. El permiso para la ordenación es una bendición largo tiempo esperada, y va penetrando lentamente en su mente. Hace

mucho tiempo que está en su horizonte ese deseo de ser sacerdote para ayudar a las almas. Pero ahora que lo ve tan cerca, el pensar en sí mismo repitiendo ías palabras y los gestos de Cristo que tantas veces ha contemplado... Le cuesta seguir la conversación. Ahora necesita silencio, quiere estar a solas con Dios, ofrecerle, en acción de gracias, este nuevo paso. Farfulla una excusa y se separa de ellos. Los demás intuyen en su alejamiento la necesidad de estar solo.

Así que se ordenan sacerdotes. Excepto Salmerón, que por su poca edad sólo puede alcanzar el diaconado por el momento y debetá esperar unos meses más, el resto reciben las órdenes menores, el subdiaconado, el diaconado y la ordenación sacerdotal entre el 10 y el 24 de junio. Seis nuevos presbíteros en el grupo: Ignacio, Javier, Laínez, Bobadilla, Rodríguez y Coduri. Un momento muy especial para todos ellos. Ahora se sienten no sólo con la posibilidad, sino con el deber y el compromiso de lanzarse a un apostolado bien explícito, a predicar el evangelio...

Es curioso que, sin embargo, no tengan prisa para celebrar sus primeras misas. Se dan un intervalo de tres meses para hacerlo. Tal vez esperan a llegar a Jerusalén. Y eso que la peregrinación se va complicando. La situación entre Venecia y Oriente es insostenible, al punto que La Serenísima ha roto las relaciones con los turcos y parece dispuesta a alinearse con sus enemigos. En esa situación no parece previsible que haya expedición de peregrinos en la Pascua. Por otra parte, nunca ha dejado de salir el barco, ¿no será esto una tormenta pasajera que se desvanezca? ¿No volverán las aguas a su cauce, como otras veces ha ocurrido? ¿Por qué van a desistir tan pronto? Están dispuestos a esperar. Pero, ¿qué hacer, mientras se clarifica si hay o no hay peregrinación? Dialogan, rezan, y final-

mente determinan separarse, por grupos, hacia ciudades más pequeñas, para dedicar allí un tiempo a la oración y después lanzarse a predicar. Por sorteo se reparten entre ciudades relativamente cercanas. Bobadilla y Broet irán a Verona. Bassano es el destino de Jayo y Rodrigues. Hoces y Coduri vivirán en Treviso, mientras Javier y Salmerón predicán en Monselke.

Ignacio, Fabro y Lat'nez se encaminan a Vicenza. Allí consiguen hospedaje en San Pedro de Vivarolo, una casa ruinosa que forma parte de los restos de un monasterio que les ceden los capuchinos. Dedicán entonces cuarenta días a la oración, pasando su particular desierto. Se alimentan de lo que Fabro y Láñez consiguen limosneando, que después Ignacio, demasiado débil esos días para salir, se encarga de cocinar. De nuevo su salud le tiene medio agotado. Sin embargo, siempre capaz de sacar fuerzas en la necesidad, cuando llega aviso de que Rodrigues está muy enfermo, tal vez en peligro de muerte, se marcha, con Fabro, caminando hasta Bassano para visitar al amigo convaleciente. Afortunadamente el portugués se repone y pueden volver a sus planes. Se les une en Vicenza Coduri -pues han decidido abandonar Treviso, para que Hoces pueda dedicarse a cuidar a Rodrigues—.

El verano va pasando. Comienzan su labor apostólica. Los compañeros se reparten en cuatro plazuelas a la vez. Avisan con sonos de campana. Atraen a la gente, y hablan de cosas de Dios. Para quien quiera escuchar. Es una estampa curiosa la de estos hombres, vestidos de negro, predicando en una mezcla de francés, español, latín y sobre todo mal italiano, y proclamando la palabra de Dios con una claridad a la que no están habituados los ciudadanos de Vicenza. La gente acoge bien el testimonio de estos

hombres buenos, que no parecen peligrosos y cuyas vidas testimonian austeridad y coherencia. Los aldeanos están acostumbrados a sacerdotes mal formados, que a menudo ni siquiera saben leer el misal y bastante hacen con retener las fórmulas rituales de consagración y bendición, y que si predicán lo hacen de un modo a menudo vulgar. Pastores iletrados, en una Iglesia decadente que pide a gritos una renovación de su clero. De ahí que la frescura de estos clérigos que catequizan de un modo tan distinto les granjee pronto la acogida de la población. Son unos meses bonitos para ellos.

No dejan de estar atentos a las noticias que llegan de Venecia. Pero el ansiado mensaje sobre la peregrinación no termina de llegar. Queda sólo un trimestre para que se cumpla el plazo que se han fijado. Se hace necesario ir previendo un cambio de planes. La hipótesis de ir a Roma y ponerse al servicio del Papa, que tan lejana pareciera cuando la añadieron a los votos hechos en Montmartre, está pasando a *primerísimo* plano.

Ignacio decide convocar a todos los compañeros en Vicenza. Aprovechando que llega el momento de la ordenación sacerdotal de Salmerón, se reúnen todos y se acomodan como buenamente pueden en las estrecheces de San Pedro de Vivarolo. Comienzan días de deliberación. ¿Qué hacer? El verano se acaba. A estas alturas parece claro que este año no zarpará el barco. Pero, ¿no convendrá esperar un poco más? ¿El 8 de enero es la fecha límite? ¿Y si esperan hasta la primavera próxima? Tal vez entonces sí partirá la nave. Después de todo, la situación es excepcional. Por otra parte, ¿no será esto una señal de que la voluntad de Dios es que no vayan a Jerusalén? Es una difícil decisión la que tienen que tomar, y les resulta

peliagudo encontrar luz en medio del vaivén de fuerzas y deseos que les mueven.

Tras largas discusiones acuerdan darse una última oportunidad. Se dispersarán de nuevo, esta vez por ciudades universitarias, y esperarán un año para tomar una decisión definitiva. De este modo, además de su servicio apostólico, tal vez el contacto con jóvenes estudiantes les permita encontrar algunos más que estén dispuestos a unírseles. Hoces y Coduri irán a Padua, Jayo y Rodrigues a Ferrara. Javier y Bobadilla se atreverán con esa Bolonia que tan hostil fuera para Ignacio, mientras Broet y Salmerón se dirigirán a Siena. Mientras tanto, Ignacio, Fabro y Laínez se encaminarán a Roma. Allí habrán de ir preparando el terreno por si fracasa definitivamente la peregrinación. Ninguno quiere rendirse, pero todos sienten que es una posibilidad cada vez mayor. Una prueba de ello es que van renunciando a la intención inicial de esperar para tener sus primeras misas en Tierra Santa, y casi todos la van celebrando ya. Sólo Ignacio, paciente, espera.

En su anterior dispersión se han encontrado con la pregunta insistente, por parte de aldeanos, y hasta de clérigos locales, que quieren saber quiénes son y cómo es que siendo sacerdotes no pertenecen a ninguna diócesis ni congregación religiosa. Es un interrogante que, de alguna forma, ellos mismos necesitan clarificar. Mientras están todos juntos es más fácil. Son amigos en el Señor, y basta. Pero eso no es fácil de explicar desde la distancia. ¿Qué diremos si alguien nos pregunta? Entonces surge la propuesta. «¿Por qué no identificarnos *como* compañía de Jesús?». Después de todo es Jesús quien les ha unido, quien les llama y les seduce a todos. Es su vida la que quieren imitar y sus huellas las que quieren seguir. El nombre les resulta natural. Se perciben como compañeros

de Jesús y entre sí. Todavía es únicamente una forma de llamarse. Por el momento no son más que un grupo de amigos unidos por su fe, con un proyecto común y ahora dos palabras que les definen. Pero parecen sentir que el tener un nombre compartido les hace estar unidos aun en la distancia.

Ignacio vive cierta incertidumbre ante este camino que parece conducirle indefectiblemente lejos de Jerusalén. Está perplejo. «¿Qué quieres, Señor, de mí? ¿Qué quieres de nosotros?». No deja de preguntar, busca, se esfuerza por comprender. Se siente, pese a todo, en paz cuando una mañana de mediados de octubre se dispersan.

S

La Compañía de Jesús

En la quietud de la enorme basílica de San Pablo Extramuros cualquier sonido se multiplica, repetido por los ecos de paredes contrapuestas. Clemente Vil, desde su retrato, recientemente añadido a la galería de pontífices difuntos, contempla, inexpresivo e impasible, el paso de los peregrinos que, en su recorrido por las siete basílicas romanas, veneran en este templo al apóstol de los gentiles. Huele a incienso, y a cera. El enorme mosaico del ábside captura la atención de los devotos que, más allá del enorme baldaquino, quedan atrapados en la mirada penetrante del Cristo en majestad que domina, desde su cielo de piedra, la profundidad del templo. A otra hora del día se podrían escuchar los cantos de los benedictinos, alabando a Dios al ritmo de las horas. En esta mañana primaveral sólo se oye el latín de una misa celebrada en alguna de las capillas.

El sonido proviene de la capilla de la Virgen, situada a la derecha del templo. Allí, bajo la imagen protectora de la Madre, seis hombres celebran la Eucaristía. El que preside es pequeño, andará cerca de los cincuenta años, y su concentración resulta casi intimidante. Los otros cinco son más jóvenes, y muestran similar recogimiento: ojos cerrados, cabeza levemente inclinada, sus labios musitan las oraciones con que van acompañando el misterio. Llegado el momento de comulgar se miran. Ha llegado la hora. Ante la hostia consagrada el celebrante se arrodilla.

*Y comienza a pronunciar unas palabras que, para todos ellos, significan un paso definitivo: «Yo, Ignacio de Layóla, prometo a Dios Todopoderoso, y al Soberano **Pontífice**, su Vicario en la Tierra, en presencia de la Virgen María y de la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpetua pobreza, castidad y obediencia según la forma de vida contenida en la bula de la Compañía de Nuestro Señor Jesús y en sus constituciones declaradas o por declarar. Prometo además obediencia especial al Soberano Pontífice en j o que se refiere a las misiones, como éslá escrito en la bula. Prometo también trabajar para que los niños sean instruidos en les fundamentos de jaje, conforme a la dicha bula y a las constituciones». Al acabar supromesa comulga. Alza el pan consagrada/, que queda asi, suspendido entre sus dedos, como el centro de la atención de todos ellos. Cada uno de los cinco hombres que participan en la celebración hace una promesa similar, arrodillados ante esa hostia donde encuentran a Jesús. V prometen además obediencia al propio Ignacio de Loyola, Prepósito General de la Compañía de Jesús. Acabada ¿a Eucaristía se separan por los diversos altares de ¿a basílica. Rezan en silencio, conscientes de la trascendencia del paso que acaban de dar. Finalmente se vuelven a reunir en torno al altar, y cada uno de los cinco abraza al nuevo General. Este permanece serio mientras recibe el cordial reconocimiento de ¿os suyos. Terminada esta discreta ceremonia, que ha pasado desapercibida en la quietud de la colosal basílica, los seis salen del edificio y continúan su camino.*

22 de abril de 1541. En tres años y medio la decisión de emprender el camino a Roma, y la imposibilidad de peregrinar a Tierra Santa han precipitado una serie

de decisiones. Dejábamos a Ignacio y a los suyos como grupo de amigos con inquietud apostólica, que hablan de sí mismos como compañeros de Jesús, y los *encontramos* ahora como miembros de la Compañía de Jesús, una nueva orden religiosa de la Iglesia católica, capaz de admitir nuevos miembros entre los muchos que quieren unirse a ellos, y pronto presente en los extremos del mundo. ¿Cómo se ha producido este cambio? ¿Qué ha hecho que Ignacio, el peregrino pobre y humilde, se convierta en superior general de una Congregación religiosa, algo que jamás pretendió en sus largos años de búsqueda?

LE CJ 13 5

Hacia Roma

Cuando abandonan Venecia, a mediados de octubre de 1537, Ignacio siente una mezcla de disponibilidad y extrañeza. Cada vez ve más lejana la anhelada vida en Tierra Santa. Es cierto que se han dado un año más, pero es escéptico ante el clima bélico que parece traer vientos de guerra y no invita al optimismo. «¿Qué quieres, Señor, de mí, de nosotros? ¿Qué debemos hacer para seguirte? ¿Adónde nos llevas?». Tras el primer intento fallido de quedarse en Jerusalén, creyó comprender que era voluntad de Dios que buscase compañeros y se preparase, con ellos, para desempeñar una labor más amplia en esa tierra de infieles. Y es lo que ha hecho durante catorce años. Pero, ¿se ha equivocado? ¿No era esto lo que Dios quería? ¿O acaso esa cláusula que incluyeron en Montmartre, sobre su disposición a ponerse en las manos de! Papa, resulta

ser la verdadera voluntad divina, expresada a través de! acontecer histórico concreto?

No habla demasiado en estos días de trayecto. Laínez y Fabro le ven preocupado. Ambos conocen bien a Ignacio. Son ya años de proyectos y búsquedas los que comparten, y comprenden su desazón. Al tiempo se sienten reconfortados por la tranquilidad que desprende su compañero. A menudo expresa una inquebrantable confianza en que, ocurra lo que ocurra, están en las manos de Dios.

No sospecha Ignacio que estas son las últimas jornadas de su vida como peregrino. No intuye que se aproxima el fin de su vida nómada y que llega ahora el tiempo de asentarse. Tal vez si lo supiese trataría de retener cada sensación, cada brisa, cada aroma, el cansancio de los pies tras una etapa de marcha, la alegre sensación de compartir una oración mientras se avanza, la libertad de quien nada tiene y acepta agradecido lo que le dan, la distendida conversación con el tranquilo Fabro y el agudo Laínez.

Roma está ya cerca. Se puede adivinar por el movimiento creciente en los caminos. Al aproximarse a la ciudad les adelantan con frecuencia carruajes ricamente ornamentados que, sin duda, llevan a alguien poderoso. Algún embajador, en el incesante vaivén diplomático que agita esta tierra. O algún príncipe de esta Iglesia a cuyo corazón se dirigen. Incluso, ¿por qué no?, alguna cortesana de lujo, de esas que pasean su descaro por galerías y plazas, colgadas del brazo de duques y cardenales, y que llega a Roma llamada por algún gran Señor o viene a buscarse la vida, dispuesta a repetir sus triunfos de Florencia o Venecia. Ignacio no se engaña acerca de Roma. La conoce. Sabe de sus grandezas y sus miserias, de sus ambigüedades y sus honduras. Conoce la mezcla de misticismo y barbarie, piedad y violencia, devoción y desenfreno que

van de la mano en el gran teatro del mundo, y sabe que la Ciudad Eterna no va a la zaga en todo ello. Por eso, una y otra vez su plegaria se vuelve al Padre, pidiéndole luz en este momento que percibe como de encrucijada.

Pasando cerca de una ermita, situada en el cruce de caminos de la Storta, entre la vía Claudia y la vía Cassia, deciden hacer una pausa. Fabro y Laínez conversan en voz queda. También ellos se preguntan por los siguientes pasos que podrán dar. Ignacio entra en la capilla y se arroja en silenciosa plegaria. Repite, como otras veces a lo largo de estos días de camino, su oración, que tiene tanto de súplica como de ofrenda: «Ponme contigo, Señor». Se vuelve hacia la madre, a quien constantemente le pide que, como ella, él pueda estar con Jesús. «Ponme con tu Hijo». Palabras sencillas que, sin embargo, expresan el anhelo profundo y ardiente de una identificación...

Esta plegaria, que se ha convertido en una letanía, le resulta hoy diferente. Con esa densidad interior con la que a veces descubre más palpable la presencia de Dios, una sensación de consuelo le inunda. Como en otras ocasiones, no puede dudar de que Dios pone en su corazón este fuego que le enciende y le eleva. Entonces lo escucha, con tanta claridad como si alguien lo estuviese diciendo en voz alta. Pero no hay nadie cerca. «Quiero que tomes a este como servidor». Esas palabras le fulminan, le atraviesan. ¿A quién se dirigen? ¿Quién habla? Está abrumado, es insólito este sentimiento y, sin embargo, no tiene miedo, sino paz. «Quiero que tomes a este como servidor». De nuevo. Esas palabras no son tuyas. Sabe, con inconfundible certeza, que sólo pueden ser de Dios. ¿Quién tiene que servir? ¿A quién? ¿Le está dando Dios un servidor? ¡No!, eso no corresponde a todo el camino recorrido. Ignacio sabe que él es el que está llamado a servir.

De golpe, como que lo ve, con esas visiones que, ya desde Manresa, le son familiares, aunque difíciles de explicar. Le parece vislumbrar que es Dios Padre el que le dice al mismo Jesús que tome a Ignacio como siervo. Un Jesús que carga con la cruz. Y esa comprensión es como un torrente que se desbordase, limpio y purificador, arrasando en su interior todos los vestigios de proyectos añejos y seguros. Poco importa Jerusalén. Lo único que tiene sentido es que sus pasos vayan detrás de los de este Señor pobre y humilde, este Dios crucificado. Y eso se puede encontrar en muchas sendas. Todo le parece nítido ahora. «Yo os seré propicio en Roma». De nuevo esa voz sin palabra ni sonido le traspasa y se enseñorea de su interior. ¿Roma? ¿Es esa mi Jerusalén? ¿Seremos crucificados en Roma? ¿Cómo interpretar esta visión de servicio y cruz, confirmación y consuelo, favor en la Ciudad **Eterna**?

Vuelve la calma. No podría decir si ha sido un instante o un buen rato lo que ha pasado así. Por la mirada interrogante de Laínez intuye que ha transcurrido un tiempo largo. Cuando sale de la ermita su rostro transparente un cambio. Está exultante. Las sombras de estos días pasados se han disipado. No sabe cómo interpretar este maremoto interior. Tampoco sabe qué significa ahora Roma en este contexto de servicio y cruz. ¿Será que en Roma van a ser perseguidos, como el mismo Jesús? ¿O más bien se trata de que este va a ser el lugar donde han de desplegar su actividad apostólica? Poco importa. De alguna manera ha recobrado la certeza de estar en el camino que Dios quiere. «El nos está llevando». La visión de la Storta se convierte en un hito significativo a la hora de comprender la pedagogía con que Dios va guiando a Ignacio, y con que este se va dejando llevar, atento a encontrar una voluntad divina que no siempre resulta evidente.

Roma

Estamos a finales de octubre de 1537, cuando llegan al fin a su destino. Se instalan en una casita que les presta un hombre llamado Quirino Garzón en el monte de la Trinidad. No es muy grande, pero para ellos tres, basta. Ya sí viene el resto de compañeros tendrán que buscar otra solución.

Pronto Ignacio solicita una audiencia con el papa Pablo III. Este le recibe, y se queda gratamente sorprendido cuando Ignacio le anuncia que, mientras esperan que se clarifique la cuestión de Venecia, puede contar con él y con otros dos compañeros para el servicio apostólico que considere más necesario. Por supuesto que el Papa recuerda al grupo de peregrinos que la Semana Santa anterior le causara tan grata impresión, y se muestra muy contento al saber que puede contar con clérigos bien preparados, que es algo que escasea. Este Pontífice, que en su juventud ha pecado de todos los defectos de este Renacimiento promiscuo y brutal, e incluso comenzara su pontificado elevando al cardenalato a dos de sus sobrinos aún adolescentes, perpetuando el nepotismo que agtieta cualquier posibilidad de renovación verdadera, está ahora seriamente preocupado por la reforma de la Iglesia. Valora de veras el elemento de savia nueva que apottan estos hombres que parecen querer vivir un apostolado diferente. Por eso acepta inmediatamente el ofrecimiento de Ignacio y destina a Fabto y Laínez a enseñar en el Colegio de la Sapienza, mientras que al propio Ignacio lo deja libre para un apostolado más vinculado a los ejercicios espirituales. Uno de los primeros en recibirlos será el doctor Ortiz, que desde sus resistencias parisinas ante el de Loyola, ha dado un giro completo, y se convierte en protector poderoso de

Ignacio y los suyos. Como él, también el cardenal Gaspar Contarini hará el retiro, y será un valedor importante de los compañeros en el período que comienza.

A partir de este momento se van a ir sucediendo una serie de decisiones y pasos que, como piezas de un dominó que caen empujadas por las anteriores, van a llevar a Ignacio y a los suyos a una situación que no imaginan todavía en estos inicios de su vida romana. El año 1538 será el tiempo en que se imponga la necesidad de una opción definitiva en la cuestión de su apostolado futuro. Durante los primeros meses del año los tres compañeros se afanan en el encargo del Pontífice. Las noticias que llegan dejan ver sin atisbo de duda que tampoco este año zarpará el barco. Ignacio, que parece haber asumido que no podrá hacerlo en Jerusalén, celebra al fin su primera misa, largo tiempo pospuesta, en el altar del pesebre en la iglesia de Santa María la Maggiore. En el mes de marzo reciben una mala noticia. El bachiller Hoces, en Padua, ha fallecido, víctima de una enfermedad fulminante. En un momento estaba predicando sobre la conveniencia de vigilar y orar, y a la hora siguiente yacía muerto *en* el mismo hospital donde se alojaba. Ya nunca más estarán juntos todos los compañeros.

En primavera Ignacio llama a los compañeros restantes. Deben venir a Roma. Es tiempo de dar el siguiente paso, y ponerse, definitivamente, al servicio del Papa. Para poder alojarse todos, cambian su residencia a una casa un poco más grande, que está en el centro, aunque, siendo alquilada, es necesariamente provisional, pues no disponen de rentas fijas para pagar un alquiler, ni quieren atarse a ello. Parece evidente, cuando se reencuentran, que han de optar por la opción alternativa a Jerusalén. De nada sirve alargar una espera que ya saben inútil. Y, por

otra parte, tal vez sea esto una expresión del designio de Dios para sus vidas.

Sin embargo, ahora que se muestran dispuestos a acudir al Papa, encuentran dos obstáculos. El primero es logístico. Pablo III está en Niza, donde intenta mediar entre Carlos V y Francisco I, tratando de que por un instante olviden su enemistad y pacten para luchar contra los turcos, que se van convirtiendo en una amenaza más que seria para la cristiandad. De modo que tendrán que dedicarse, por el momento, a la labor apostólica en Roma. Juan Vicente Carafa, también cardenal y primo del teatino, les proporciona licencias para poder ejercer su ministerio en la ciudad.

Junto a eso hay una dificultad más inquietante, y es que ya en Roma ha comenzado una nueva campaña de descalificación hacia el grupo. En este caso la inquina viene de un predicador, de nombre Mainardi de Souzo. Sus sermones, que atraen a grandes multitudes, han sido criticados por los compañeros debido a sus abundantes errores teológicos. Esto lleva a los defensores del monje, algunos de ellos muy bien situados en la curia, a atacar con saña a Ignacio y a los suyos. Los atacantes cuentan además con la inestimable ayuda de Miguel de Landívar. Aquel criado de Javier en los tiempos de París parece no dejar de cruzarse en el camino de los compañeros. Ya en Venecia trató de unirse a ellos, si bien por alguna razón no cuajó. Y ahora se dedica en Roma a calumniar a Ignacio, acusándolo de ser un presidiario fugado y otras lindezas de mayor envergadura. Todas estas polémicas generan un sentimiento de recelo generalizado hacia Ignacio y sus compañeros. La campaña es brutal y feroz, y algunos curiales se muestran implacables en su juicio acerca de los recién llegados, generando un clima de sospecha que enturbia su labor.

Como suele hacer en estos casos, Ignacio decide enfrentar el asunto directamente, y se va a hablar con el gobernador de Roma, que, oyéndole, destierra a Landívar de la ciudad. Pero Ignacio no está contento. No sólo han de desmentirse las falsedades sobre su persona. También quiere que las acusaciones de tinte doctrinal que se han vertido sobre ellos queden aclaradas, y para ello insiste en lograr una declaración legitimada por la autoridad del mismo Pontífice, aun sabiendo que esto puede llevar algo de tiempo. De modo que inicia una campaña de recogida de testimonios positivos de los obispos y otras autoridades de los lugares donde han estado trabajando, y pide que el Papa mande examinar sus escritos y se emita una sentencia firme. En agosto él mismo va a Frascati, donde Pablo III le recibe y le permite exponer sus argumentos en defensa de sí mismo y de los compañeros que desarrollan su tarea en Roma.

Mientras esperan que se produzca un desenlace prefieren no ir a exponer al Pontífice el propósito de ponerse en sus manos para la misión, para evitar que se mezcle su recepción con una posible condena o al menos una situación de desconfianza. Finalmente, el 18 de noviembre de 1538 el dictamen exonera de toda sospecha a Ignacio y sus compañeros. Ya pueden seguir adelante con sus propósitos.

Ese mismo día se disponen a ofrecerse al Papa, como habían acordado en Montmartre. Es uno de esos últimos días de noviembre cuando Pablo III recibe al grupo de compañeros. Le manifiestan su devoción, su deseo de servir a la Iglesia. Le hablan de su voto de ir a Jerusalén, y de la decisión de ponerse a disposición de Su Santidad en caso de que esto fallase. Seguramente es en este momento, o en uno de los encuentros sucesivos que mantendrán,

cuando el Papa les expresa su convencimiento de que en Roma tienen una buena Jerusalén. ¿Cómo resonarían estas palabras en Ignacio? ¿Son una confirmación, quizá un eco en palabra humana de esa visión de la Storta?

El Papa les encomienda, de entrada, desplegar su apostolado en Roma. Les irá dando misiones explícitas, relacionadas con la enseñanza, o los ministerios. Y deben estar preparados y dispuestos para cualquier misión que pueda llegar.

Comienza una etapa de vida bien activa. Tiempo de predicar y enseñar, confesar y catequizar al pueblo romano, que acoge con agrado a estos sacerdotes. El invierno es muy duro. Hay hambre generalizada, y gran cantidad de pobres. Los compañeros recogen a los que no tienen otro lugar donde caerse muertos, y en su propia casa crean un improvisado albergue. Mendigan para conseguir alimento para tantas bocas hambrientas. Roma, ciudad de mil ojos, sabe lo que están haciendo. Se habla de ello con admiración, y el ejemplo parece sacudir las conciencias amodorradas de nobles y altas figuras, que reaccionan con generosidad, aliviando con ello la crisis de ese invierno romano.

Empiezan a llegar solicitudes al Papa. Después de todo ya han estado desperdigados por Italia. En muchas ciudades del norte han dejado una huella indeleble, y obispos y nobles, concededores de su disposición para obedecer al Pontífice, comienzan a pedirle que envíe a algunos de ellos a continuar su apostolado. También de más lejos —y de más alto— llegan las propuestas. Govea, rector de Santa Bárbara, les escribe para hablarles de las necesidades en las Indias. La respuesta de Ignacio incide en que ya no son libres de ir donde crean, sino donde les mande Pablo III. El propio Juan III de Portugal y Carlos V, informados de

las novedades romanas, en este mundo donde las cartas entretejen una red de noticias e intenciones, piden que se les envíen algunos de estos hombres. Ambos monarcas parecen interesados en contar con buenos evangelizadores que legitimen la carrera colonizadora de territorios de ultramar en que ambos reinos se enzarzan.

Y ahora, ¿qué? Deliberaciones romanas

Aunque están aún todos en Roma en este comienzo de 1539, es cada vez más evidente que pronto empezará la dispersión. ¿Qué hacer ahora? Ignacio ve con preocupación y con duda ese futuro que se abre. Por una parte es algo magnífico. ¿No era esto lo que soñaron? Poder servir proclamando la palabra de Dios, anunciándola a otros, ayudando a las almas allá donde se les envíe. Pero, por otra parte, ¿será esta separación el adiós definitivo? Desde que se juntaran en París, hasta ahora, siempre pensaron en una misión conjunta. Sin embargo, ¿qué quedará ahora de esta unión?

Esta inquietud no es únicamente suya. En los últimos tiempos la vienen compartiendo todos, en conversaciones, en su oración... A veces las discusiones se quedan cortadas de súbito, cuando surge la cuestión del futuro, precisamente por su incertidumbre acerca de lo que les espera. Por eso a ninguno sorprende el que, en marzo de 1539, al comienzo de la Cuaresma, Ignacio les plantee la necesidad de preguntarse: «Y ahora, ¿qué?». Todos saben que hay cada vez más posibilidades de que alguno de ellos sea enviado lejos. Además, en su labor de este año romano se han encontrado con que otros hombres, contagiados por su espíritu y su espiritualidad, plantean la posibilidad

de unirse a ellos. Pero, ¿unirse a qué? ¿Qué son ellos, mas que un grupo de amigos hasta ahora?

Deben tratar de responder a esas cuestiones. Han de discernir, para encontrar el proyecto de Dios para ellos. Ignacio está escarmentado. Sabe que la comprensión de esa voluntad divina se le escapa una y otra vez. Que cuando parece tener la evidencia de hacia dónde se encamina su vida, y cree estar obedeciendo a Dios en ello, las circunstancias le hacen girar y, de nuevo, ha de preguntarse hacia dónde está yendo. Es importante, entonces, escuchar sin precipitación. Tratar de descifrar qué les está diciendo Dios con esta historia que comparten. Por eso se dedicarán, durante tres meses, a clarificar algunos puntos acerca de su identidad y su futuro. Durante el día continuarán con su actividad apostólica normal, y será por las noches cuando examinen las posibilidades, iluminadas por su oración diaria. A medida que avanzan en el intento de perfilar los contornos de cómo pueden seguir su camino conjunto en esta nueva situación van a empezar también las diferencias entre ellos.

El primer interrogante, el más básico, es si deben seguir juntos, aun en la dispersión; o si desde el momento en que se separen serán ya únicamente hombres que un día coincidieron en la intención, y hoy sirven a la Iglesia bajo el Romano Pontífice, cada uno donde este le ha enviado. Amigos, tal vez, pero desvinculados. La deliberación es en este caso sencilla y la respuesta, unánime. Todos sienten que deben seguir unidos. De alguna manera Dios les ha congregado, y no deben olvidar eso.

Se abre entonces una cuestión más delicada. Pero, ¿qué serán? Unidos, ¿cómo? ¿Basta un nombre, como fuera ese de «compañía de Jesús» que se dieran dos años atrás? ¿O han de darle más contenido a esa «compañía...»? En el

fondo se están preguntando si deben constituirse en una orden religiosa. Y, en ese caso, la cuestión básica: ¿Deben hacer voto de obediencia a uno de ellos? La pobreza y la castidad ya la han prometido, desde Montmartre. Pero la obediencia supone un cambio radical respecto a la fraternidad, el carácter deliberativo y la igualdad con la que han tomado hasta ahora sus decisiones. Les cuesta resolver este punto. En realidad aquí empieza el ocaso de esa etapa parisina en la que la camaradería y la amistad, la vida compartida y la informalidad de los vínculos marcaran los primeros años de recorrido común. Y algunos parecen resentirse más de ello. En especial Bobadilla se ve atado, con nostalgia, a esa época primera. El palentino parece intuir que los pasos que parecen dispuestos a dar suponen dejar atrás la juventud parisina, ese tiempo de emoción compartida e inquietudes comunes. Toda la vida sentirá cierta nostalgia de este tiempo en que eran los primeros compañeros, y esto dará buenos quebraderos de cabeza al resto. Pero la disyuntiva parece clara. Si no optan por este vínculo común su sueño morirá con ellos, diluido a medida que se esparzan por el mundo. Por esto, tras semanas de deliberación terminan llegando a la conclusión unánime, a principios de mayo, de que deben prometer con voto obediencia a uno de ellos.

Bobadilla manifiesta sus primeras reservas firmes cuando discuten si deben hacer también voto de educar a los niños. Por primera vez no hay unanimidad en una decisión y deben optar por un sistema de mayorías. Continúan las deliberaciones para ir tratando de ver qué propuesta han de hacerle al Papa. Y a medida que las discusiones avanzan la dispersión comienza. Broet y Simón Rodrigues son enviados a Siena junto con un joven, Francisco de Estrada, que ya se ha unido a esta

compañía naciente. Deben reformar un convento de monjas de estricta observancia, necesitado de guía en este momento. Tras ellos serán Fabro y Laínez, en junio, ya acabada la etapa de deliberación del grupo, los que partan para Parma y Placencia. Y el saboyano tendrá que marchar después como teólogo a Worms. Empieza a aumentar la distancia geográfica entre ellos. A comienzos del otoño Bobadilla es enviado a Nápoles, con el fin de evitar la separación escandalosa de Ascanio Colona y doña Juana de Aragón, casados durante veinte años.

Reformas conventuales, guía espiritual de los grandes señores, papel destacado como teólogos en las discusiones doctrinales que encienden Europa... El potencial de este grupo es extraordinario. Ignacio, desde su cuarto de Roma, se va dando cuenta del horizonte que se abre. No puede menos que admirar la sorprendente forma de guiarles de Dios. ¿Estaba todo esto en sus planes? ¿Ha sido el camino desde la casa torre hasta aquí la forma que Dios tuvo de ir preparando el terreno para esta explosión apostólica? Calla y teza.

El 3 de septiembre de 1539 le presentan a Pablo III su propuesta. Es el cardenal Contarini, muy favorable a ellos, el que hace llegar al Pontífice la «Primera Suma del Instituto de la Compañía de Jesús». Es una formulación provisional. Un compendio en cinco capítulos de sus propósitos. Tienen que saber si cuentan con la bendición papal para seguir adelante en este camino. El Papa bendice el proyecto de viva voz, y ordena que se prepare la Bula de aprobación de la Compañía de Jesús.

Sin embargo lo que parece inmediato no lo va a ser tanto. El proceso va a tropezar con la burocracia y la inseguridad sobre el camino que deben tomar las reformas. Los cardenales elegidos para supervisar esa concreción

no van a ser tan protectores como Contarini. El cardenal Ghinucci, primer encargado de revisar el texto, no entiende el sentido del voto especial de obediencia al Papa, siendo algo común a todos los cristianos. Y, sobre todo, manifiesta reservas acerca de la supresión del coro. Hasta este momento la vida de las órdenes religiosas, ya sean las contemplativas o las mendicantes, gira en torno al rezo común de las horas. ¿Y propone esta nueva orden que ese rezo sea individual, y flexible en función del apostolado? ¿No están con eso dándole la razón -aun sin quererlo— a Lutero, que entre sus soflamas anticatólicas incluye la minusvaloración de coros y religiones?

Ignacio se desespera cuando sabe de estas reservas. Es hombre práctico, y su sentido común le hace enervarse al comprender que las resistencias a lo nuevo vienen precisamente de no querer darle la razón al reformista si es que en alguna cosa la tiene. ¿No está la Iglesia necesitada de una vida apostólica más activa? ¿Por qué ponerle obstáculos? Se inquieta más aún cuando le dicen que Ghinucci ha puesto todo el asunto en manos de otro cardenal, Guidiccioni, conocido por su insistencia en que únicamente deben quedar cuatro órdenes religiosas masculinas en la Iglesia católica. Si el juez piensa así, ¿qué veredicto nos cabe?, puede pensar el de Loyola.

Una vez más, la espera no será pasiva. Entendiendo claramente que es voluntad de Dios el que sigan adelante los compañeros utilizan todos los medios espirituales y temporales que tienen a su alcance. En lo espiritual, ofrecen miles de misas por la intención de la aprobación de la Compañía. Y en lo práctico, contactan con todos aquellos que pueden dar informes positivos sobre su actividad. Después de todo, si en tantos lugares son llamados, ¿no cae por su propio peso que se constituyan en orden

religiosa, capaz de admitir nuevos miembros a sus filas, hombres capaces de responder a una demanda creciente?

Ignacio se ha dado cuenta de la necesidad imperiosa de buenos obreros en esta viña inmensa. El, que cuando escuchó que el Papa les pedía quedar en Roma, pensó que era un campo tan pequeño, ha visto en estos meses de actividad que por más que se esfuercen no dan abasto con las carencias espirituales y materiales de la ciudad. Cuanto más al ir separándose. Las cartas que empieza a recibir de los compañeros dispersos le hablan de tantas insuficiencias... Definitivamente, tiene sentido la creación de la Compañía de Jesús. Además, a todos estos motivos se une, para él, uno más personal que siente crecer día a día. Cuando se apruebe la orden él podrá seguir adelante, marchar, como siempre ha querido, a seguir trabajando por otros. Allá donde le envíen. Como un compañero más. Obedecer. Su trabajo estará cumplido. Dios le ha conducido de modo inesperado.

En marzo de 1540 Bobadilla vuelve a Roma. El rey de Portugal ha pedido hombres para marchar a las Indias, a evangelizar aquellas tierras. Ignacio decide enviar a Rodríguez y a Bobadilla. El portugués ya se encuentra en su patria, y el palentino ha de prepararse para marchar inmediatamente. Sin embargo una enfermedad inesperada hace imposible que Bobadilla parta. Es urgente tomar una decisión y no se puede posponer más. El Papa ha pedido una respuesta a la demanda de Juan III. Entonces Ignacio vuelve los ojos a quien en este momento es secretario del grupo, su mano derecha en estos meses romanos: Francisco Javier. Posiblemente, cuando hablan sobre este destino no imaginan que los sueños apostólicos del de I «yola será el navarro quien los realice. Tal vez fantasean con la posibilidad de que el propio Ignacio emprenda más adelante el mismo camino.

No suponen la infatigable marcha que espera a este misionero, que desde el extremo del mundo conocido escribirá cartas que han de resonar en las cortes y en las universidades, inflamando a otros muchos en el deseo de aventurarse en aquellas tierras, para llevar el mismo evangelio. Nada de esto saben cuando se despiden en Roma. Ni siquiera sospechan que esta es la última vez que se ven. Una última noche se queda Javier a cenar y conversar con Ignacio, antes de partir. ¿Recuerdan esa otra velada parisina, donde un corazón se abrió? ¿Piensa Ignacio en los años de lenta preparación, de palabras pronunciadas para tratar de penetrar en la coraza del otro? ¿Recuerda este sus dudas, sus cavilaciones, su lenta rendición a una fuerza que le iba ganando el corazón y los deseos? ¿Hablan, tal vez, del tiempo de ejercicios de Javier, tiempo de intensidad y excesos tales que Ignacio le tuvo que pedir moderación? ¿Hablan con sobriedad o con emoción, con palabras expresadas o con silencios elocuentes? Los dos saben que la amistad es un privilegio, un regalo, una oportunidad, pero también son conscientes de que hay que saber marchar, poner distancia. «Cu/date, Francisco, Dios te bendiga». «Adiós, Ignacio. Queda con Dios hasta que nos veamos».

Los meses transcurren despacio. Con los compañeros dispersándose cada vez más, la impaciencia y la zozobra a veces pesan a Ignacio. Todo parece estar bloqueado. Guidiccioni ha devuelto los papeles y la decisión a Ghinucci, y este no da ninguna noticia. ¿Va a quedar todo estancado en algún despacho curial? Será Bobadilla, ya repuesto de su enfermedad, el que consiga mover la pieza decisiva, a través de una carta a Hércules II de Este, muy favorable al grupo. Este interviene ante su hermano, un cardenal influyente, y consiguen que las reservas respecto a la aprobación de la compañía se dejen de lado.

El 27 de septiembre de 1540, en el palacio de San Marcos, Pablo III proclama la bula «*Regimini militantes Ecclesiae*», en la que está contenida la Fórmula del Instituto, regla básica de la Compañía de Jesús. Desde este momento los amigos en el Señor se han convertido en miembros de una orden religiosa.

Toca ahora dar los siguientes pasos. Hay que elegir entre ellos un superior general, que tendrá que darles unas constituciones. Por el momento son Ignacio y Coduri los encargados de empezar a redactar la nervadura de las constituciones tal y como ha encargado el Papa.

Ignacio, General de la Compañía de Jesús

Al comenzar la primavera de 1541 llama Ignacio a todos los compañeros dispersos que pueden llegar a Roma. No podrá venir Javier, que en la lejana Lisboa está a punto de zarpar para las Indias. Tampoco Rodrigues, que si bien al final no zarpará hacia Oriente ante la insistencia de Juan III en conservar a uno de ellos junto a sí, está ya desde hace tiempo en la corte portuguesa, tratando de implantar la Compañía de Jesús en el país luso. Fabro sigue en Worms, y tampoco podrá abandonar Alemania para reunirse con los otros. Laínez, Jayo y Broet regresan a Roma, donde ya esperan Ignacio, Coduri y Salmerón. Bobadilla, retenido en Bisignano por mandato explícito del Papa no puede llegar a tiempo. Hay que elegir al primer prepósito general. Javier y Rodrigues habían dejado su voto antes de partir, y Fabro ha enviado el suyo.

Se acerca la Semana Santa, y ese tiempo parece especialmente indicado para un retiro y una plegaria compartida, para pedirle luz a Dios. Comienzan el proceso de elección

con un retiro de tres días. Ignacio se siente agitado en este tiempo. ¿Piensa en el futuro? Lo pone en manos de Dios. Quiere quitarse ya de encima esta responsabilidad con la que, de una manera informal, lleva cargando años, y para la que se siente incapaz. Lleva mucho tiempo siendo el maestro de todos, el líder real, aquel a quien todos se vuelven, considerándolo padre y guía. Lo sabe. En este primer tiempo romano él ha llevado la iniciativa. Pero parece que ya la obra está hecha. La Compañía ya está fundada. ¿Era esto lo que quería el Señor de él? Es sorprendente. Nunca pensó en una orden religiosa, y, sin embargo, hasta aquí les ha traído el Espíritu. Ya está en marcha. Llega el momento de que otro tome el timón. Uno de estos hijos suyos, más jóvenes, más enérgicos y con menos historia a sus espaldas. Él se siente indigno. Por otra parte se alegra de que llegue este momento. Tal vez ahora pueda continuar su camino. Tal vez, llegado a este punto, podrá tomar de nuevo su borla de peregrino y ser enviado a donde haya necesidad. A vivir en obediencia, pobre y humilde. Quizá le enviarán al fin a Jerusalén, o a las Indias, a reunirse con Javier. ¿Y si le eligen a él? Prefiere no pensarlo. La sola idea le quita la tranquilidad y le llena de congoja. Tampoco se engaña, y es consciente de que ser elegido por sus compañeros es una posibilidad muy real, pero confía en que el Espíritu de Dios les guiará para elegir a otro más capacitado para esta tarea.

Tres días de oración y ayuno sirven para que cada uno pondere su decisión. Y al fin, el 5 de abril, emiten sus votos. Cada uno deposita su elección por escrito, Y no lo leen inmediatamente, sino que por otros tres días continúan con su oración, pidiéndole a Dios que confirme su deseo.

Finalmente, el 8 de abril, viernes de Pasión, ven los

votos. Todos han elegido a Ignacio. Excepto él, que ha votado con una fórmula bastante sorprendente: «A aquel que obtenga más votos, excluyéndome a mí mismo...». Mientras van leyendo los votos, con las razones que cada uno de ellos da para inclinarse por Ignacio, este no levanta la vista del suelo. Sus manos entrelazadas y sus nudillos blancos por la presión denotan la tensión que le asalta. Cuando tienen todos los resultados, alza la mirada, extrañamente angustiada, y con voz débil pero firme, rechaza el nombramiento. «Lo siento, no puedo ser general. Debéis elegir otro».

¿Cómo comprender lo que pasa por su cabeza? Es bastante probable que desde hace tiempo venga intuendo que los demás le iban a elegir. Aunque no quiera. De algún modo es el padre en la fe de todos. El autor de los ejercicios. El alma de este grupo. El les ha mostrado, con su ausencia azpeitiana, que pueden valerse juntos sin necesidad de estar con él, pero eso no es suficiente para que deje de tener un enorme ascendiente sobre ellos. Sin embargo, tras esta primera elección deja ver claramente que no quiere ser general. ¿Es pose o es realidad? ¿Es la resistencia ficticia del que ve venir lo inevitable, la honestidad de quien se siente incapaz, o un intento desesperado por recuperar su vida sencilla? ¿Podría ser que, consciente de las ambigüedades del poder, se sepa tentado por ello y quiera apartarlo de sí?

Ignacio conoce la talla de que están hechos sus hombres. Ha acompañado en sus procesos a casi todos ellos. A su lado se siente enormemente pecador. El que ya no pesen los escrúpulos, como antaño, no quiere decir que no se sepa frágil y limitado. Tiene miedo de que los demás no lo entiendan así. Teme que se hayan hecho de él una imagen perfecta. Por eso, al argumentar su renuncia a la

elección, les hablará de sí mismo. De su pecado y su miseria. Les insiste para que elijan a otro.

Es posible que también pese algo que va descubriendo en estos meses romanos. El superior general de una orden religiosa como la que ellos han fundado tendrá que moverse entre las figuras más importantes de su época. Entre monarcas y cardenales, entre emperadores y príncipes. Y él ha renunciado a todo eso. Ahora ese mundo le pesa. Le cae encima como una losa. Intuye el absorbente mundo diplomático en que va a tener que desempeñar su misión el líder de la orden, y se dice que no es algo para él, precisamente porque un día lo valoró tanto.

Podemos hacernos aún una pregunta. ¿Por qué, entonces, su propio voto es tan ambiguo? ¿Por qué, si su resistencia es auténtica, no ha señalado el propio Ignacio a uno de ellos, dando prueba de una intención clara, explícita y definida? ¿Por qué un voto como el suyo, excluyéndose a sí mismo y apoyando a cualquier otro que cuente con el respaldo de la mayoría, pero sin nombrar a nadie en particular? Un motivo puede haber sido que, aventurando que iba a ser él mismo el elegido, haya preferido esa fórmula más neutra por su parte. Pero cabe además pensar, en este mundo de afectos y amistades profundas, que no se haya sentido capaz de señalar a uno sobre los demás. Es algo muy humano. De algún modo se debe sentir hondamente vinculado a todos el que ha iniciado a la mayoría en este camino. Cuando en el futuro algunos de ellos den problemas muy serios, Ignacio siempre tratará a estos primeros compañeros con una delicadeza y una paciencia única, que no muestra con nadie más. ¿Es posible que no quiera suscitar entre ellos la sensación de preferir a uno sobre otros? Incluso aunque sólo tuviese que determinarse entre los otros dos

líderes indiscutibles en este grupo: Fabro y Javier, ¿cómo elegir entre ellos?

En ese caso, nos queda una última objeción. Pero, Ignacio, si todos votasen como tú, ¿no sería esto un fracaso? ¿No es el tuyo un voto ambiguo? Y ahí es posible que la respuesta sea sí, que a Ignacio le haya podido la presión, o el afecto, o la prudencia... Pero no es este el lugar para juzgar, sino para tratar de comprender.

Lo que encontramos, en esta negativa, humilde pero firme, es a un Ignacio que se resiste al generalato, convencido de que debe rechazarlo. Se cierra en banda. Les pide que lo vuelvan a meditar y a reflexionar, que oren más sobre ello. Después de todo, varios han indicado como segunda opción, en caso de que Ignacio falleciese, a Fabro. ¿No conviene volver a pensarlo? Tras varios días más de retiro y oración y una nueva votación el 13 de abril, el resultado vuelve a ser el mismo. Y otra vez Ignacio rechaza la elección. Llegan entonces a una situación tensa, con tintes dramáticos. Más aún cuando Laínez, normalmente ponderado, afirma, irritado y tajante, que si el propio Ignacio se niega a reconocer la voluntad de Dios, él abandonará esta Compañía, defraudado y estafado.

Ha tocado en un punto sensible. Ignacio, siempre tras la voluntad de Dios, se ve ahora cazado en esa misma convicción. ¿Está con su negativa desobedeciendo a un mandato divino expresado con tanta unanimidad en las voces de sus compañeros? Duda. Pero no puede decir que sí. ¿Aceptar el generalato? Algo le empuja a resistirse. ¿Qué implicaría esto? Él, que a veces se siente deleznable, ¿va a convertirse en la referencia y la mediación de Dios para tantos hombres infinitamente mejores que él? Él, que por años ha vivido en los caminos, sin otro dueño que Dios y sin otra misión que proclamar el evangelio... ¿tiene que

encerrarse ahora en esta Roma de lisonjas y politiqueos, de corte y curia, a escribir, a gobernar, a legislar? ¿Acaso es esto ser puesto con el Hijo? ¿Y si aparejado con el poder llega el orgullo? ¿No será esta otra trampa para su vieja vanidad, que espera, oculta, asaltarle al menor descuido? Todo se mezcla en su interior, agitado por un inesperado vendaval. Pero los compañeros no ceden. Les pide un tiempo para reflexionar y consultarlo con su confesor.

A este se dirige. Fray Teodosio de Lodi, fraile menor de San Pietro in Montorio, le escucha con calma. Después le aconseja que acepte el nombramiento. Ignacio se estremece. Hace un último intento y pide al fraile que dedique unos días más a orar. Espera, tal vez, que le dé un argumento, una última escapatoria, una luz con la que convencer a los compañeros de la conveniencia de otro nombre. Pero fray Teodosio, al fin, le asegura que rechazando una elección tan clara estará desobedeciendo la voluntad de Dios. Ignacio no tiene alternativa. El 20 de abril llama a los compañeros y acepta su decisión.

Servir o no servir. He ahí la cuestión

¿Por qué esta obstinación férrea? Se ha resistido con uñas y dientes a su elección, hasta que no ha tenido otro remedio que aceptar. Consciente de que el verdadero mando requiere gente buena, se siente miserable y pecador, y por tanto, piensa él, indigno. Se sabe barro frágil. Tal vez con excesiva inclemencia para consigo mismo percibe sus sombras y carencias, y cree que le incapacitan para gobernar a otros. Consciente de su debilidad, no se ve capaz de liderar bien a los suyos.

Pero en realidad está errado cuando plantea sus resis-

tencias. Porque la verdadera medida del mando no está primero ni principalmente en nuestras capacidades o limitaciones, sino en la disposición auténtica para servir a los otros. Una lógica distinta y alternativa. Una lógica evangélica. Y de eso él va sobrado, aunque se sienta tan pequeño.

La autoridad verdadera es la que nace del servicio. La lógica que subyace a este binomio afirma que lo que conlleva el poder no debería ser el dominio o la posesión, sino la responsabilidad y el cuidado de quienes están a tu cargo y aquellos para quienes trabajas o vives. Y especialmente entre esos, los más desprotegidos, aquellos por quienes nadie más mueve un dedo. Esa lógica dice que quien tiene talentos para liderar puede hacerlo al servicio del bien común, y especialmente de quienes están más desatendidos. Afirma que el verdadero líder no es el que se siente superior, viviendo en alguna esfera inalcanzable desde donde mira a los infelices que están por debajo; sino e! que se sabe igual, y comprende su vida como servicio a otros, como dedicación a un proyecto. Es, en fin, la lógica del pastor que cuida de los suyos, a los que atiende y protege. Sin dejar nunca de mirar más allá, consciente de que siempre conviene levantar la mirada, para no quedarse atrapado en fronteras estrechas. Para percibir las necesidades, los gritos silenciados, las lágrimas ocultas, las semillas que esperan crecer. Es la lógica de quien cree en el evangelio, las bienaventuranzas, el Reino... Es la que reflejó quien, siendo más alto, se ciñó una toalla a la cintura para lavar los pies a los suyos. Y la que, en una lectura creyente de la vida, están llamados a perpetuar rodos aquellos hombres y mujeres que tienen responsabilidad por otros, ya hablemos de autoridad política, civil, religiosa o familiar...

Este es el liderazgo que está llamado a ejercer Ignacio. Se siente abrumado porque entiende que ese servicio requiere gente buena, y se siente un patán. Se juzga con dureza. Consciente de sus debilidades, parece olvidar que la limitación y la fragilidad no están reñidas con el servicio. Es más, posiblemente es la conciencia lúcida de la propia flaqueza la que capacita a uno para heredar a otros sin sentirse superior. Ignacio no se da cuenta de que todo en su vida está hablando de servicio, que contagia una pasión por el evangelio que los otros perciben con nitidez. De ahí que sus resistencias a aceptar el generalato estén equivocadas. Los compañeros han querido escoger a quien presienten que lleva el evangelio en el corazón.

¿Y no son esos los líderes que nuestro mundo y nuestra Iglesia necesitan? Hoy como en tiempos de Ignacio. Hombres y mujeres empapados de evangelio, capaces de tomar decisiones y guiar grupos. Capaces de desvivirse por otros. De soñar y contagiar sueños. De levantar al caído, cuidar al herido, inquietar al tibio, alentar al triste y ayudar a cada quien a dar lo mejor de sí mismo. Gente frágil, claro está. Y limitada, como todos lo somos. Imperfectos. Capaces de grandes aciertos, pero también humanos para cometer errores, y ojalá capaces de rectificar cuando sea necesario. Altos o bajos, guapos o feos, tímidos o dicharacheros, racionales o emotivos... eso no es lo esencial. Lo que hace falta es que, desde su debilidad y su capacidad estén dispuestos a amar y servir. Por los otros. Por Dios y por su proyecto. En todo. Y para eso Ignacio está preparado.

Dos días después de que acepte su elección como general peregrinan a las siete basílicas romanas. En San Pablo Extramuros celebran la Eucaristía, y a su término hacen la profesión solemne. Los compañeros prometen, con

voto, obediencia al Papa y a Ignacio en la Compañía de Jesús. Bobadilla hará la profesión más tarde, pasando por Roma. Fabro y Rodrigues la harán en Alemania y Portugal, respectivamente. Y Javier dos años más tarde, cuando reciba la noticia del resultado de esta larga deliberación, en la lejana India.

El 22 de abril de 1541 Ignacio se convierte en el primer general de la Compañía de Jesús. Se abre un tiempo distinto. El peregrino ha terminado, definitivamente, su andadura. Roma es su Jerusalén. Ahora le pesa una responsabilidad distinta. Debe cuidar de esta obra que, comprende, es lo que Dios ha puesto en sus manos para su mayor gloria. Para convertirla en un instrumento al servicio del proyecto del Reino. ¿Cómo hacerlo? ¿Qué le espera ahora? Cuando en su cámara, por la noche, reza su última oración, tal vez vuelven a sus labios aquellas palabras manresanas que abrían, tantos años antes, su itinerario interior... «Señor, ¿qué nueva vida es esta que ahora comenzamos?».

Desde una habitación romana

f" h/viblo IV, antes conocido como Juan Pedro Carafa,
 /""—N / jcomienza el día despachando con sus secretarios,
 í —\/*^ Ahora que Carlos V ha abdicado en España,
 su sucesor, el joven rey Felipe, está dándole quebraderos
 de cabeza. Empieza a dudar sobre la oportunidad de su
 enfrentamiento con los monarcas españoles, que no le está
 dando más que disgustos. Un ayuda de cámara se acerca
 presuroso. «Un padre de la Compañía de Jesús solicita
 audiencia/: Se vuelve, molesto. Tiene dada orden de que
 nadie le interrumpa mientras atiende las cuestiones de
 Estado. La intromisión indica que ha de tratarse de algo
 urgente. «Hazlo pasar». El tono seco y cortante indica
 claramente que ya puede ser un asunto que no admita
 demora si el ayudante no quiere enfrentarse a una de los
 estallidos de cólera del Pontífice.

El rostro del recién llegado le resulta familiar, aunque
 no es capaz de decir de qué lo conoce. Viste de negro,
 como todos los miembros de su orden, y al llegar a la
 altura del Papa se inclina y le besa la mano. «Santidad,
 el Padre Ignacio se muere. Y el Padre Laínez también
 está grave. Vengo a solicitar su bendición para ellos».

La serenidad de la petición no oculta el ligero timbre de
 urgencia.

Ignacio de Loyola. Ese hombre. Sus caminos se han
 cruzado durante veinte años. Le embarga una doble sen-

sacian, de reconocimiento y de incomodidad. El mismo que se atrevió a desafiarle en Venena. El mismo con el que ha coincidido en esta ciudad durante tantos años... Se han cuidado mucho de no interferir el uno con el otro. Algún roce menor en tiempos de sus predecesores, pero siempre con guante blanco. Y en estos meses de su Pontificado, un trato respetuoso, y hasta cordial. El Papa Carafa sabe reconocer a un hombre de talla, y en el de Loyola ha visto a uno. En cierto modo, rival y aliado. Ambos han trabajado por la reforma de esta Iglesia que, al fin, parece estar cambiando. No comparte algunas de las extravagancias de esa Compañía de Jesús, como es el no tener coro, pero, por otra parte, han contribuido bastante al saneamiento de la vida romana... Es cierto que le incomoda el propio Ignacio. Esa forma suya de hablar...

Le saca de sus cavilaciones un carraspeo insistente. Ahora ha reconocido al hombre que le sigue mirando con ojos apremiantes. Es el secretario del vasco. Otro español más. alguna vez se han visto las caras, pero no tiene con él una relación tan fluida como la que le une a Bobadilla, o al propio Laínez, que según le dicen también está enfermo.

«¿Hay esperanza?». La pregunta es directa. «Poca». La respuesta lacónica está cargada de tristeza. Entonces da unas palabras de aliento, y envía al secretario de vuelta a la casa. «Hágales saber que mis oraciones y mi bendición están con ellos». El hombre se despide apresurado. El Pontífice camina hacia una ventana y mira a lo lejos, sobre los tejados de esta Roma que despierta. La ciudad se prepara para otro día de calor.

31 de julio de 1556. Tras quince años de generalato, Ignacio agoniza. Se apaga su luz, en el cuarto de la casa de Santa María della Strada. Agotado. Gastado por la actividad frenética desplegada en este tiempo. La Compañía de Jesús es ya una orden religiosa extendida por todo el mundo, con miles de miembros en formación. Su labor es reconocida en todo el orbe católico, y sus hombres se despliegan por toda suerte de campos y labores. Quince años que ha pasado Ignacio tejiendo, desde su camareta, una red apostólica única en el mundo. Quince años de un peregrinaje sin camino, especialmente duro para él que siempre anheló continuar su marcha.

13 PI IID 

Echando a andar

Ignacio desplegará su actividad al frente de los jesuitas desde las habitaciones pequeñas que ocupa en la nueva casa de la Compañía en Roma. Un edificio vecino a la iglesia de Santa María della Strada, que ha quedado encargada a la Compañía. En el futuro la monumental Iglesia del Gesú reemplazará el pequeño templo, y un inmenso caserón albergará durante siglos la casa madre de la orden. Pero ahora es un edificio pequeño, y es este el espacio, sencillo y sobrio, desde el que comienza su labor.

¿Por dónde empezar? Hay tanto por hacer... Ya ha comenzado, junto con Coduri, la redacción de reglas y normas que han de desembocar en unas constituciones. Pero sabe que eso no puede hacerse a la ligera. Han de tomar tiempo y ver cómo van desarrollándose las cosas.

Rescata ahora sus años de formación cortesana, su aprendizaje en la contaduría de Velázquez de Cuéllar, las lecciones que le recuerdan que lo escrito ha de pensarse con cuidado, y la ley debe ser precisa en el fondo y la forma. Es meticuloso y no quiere dejar cabos sueltos. No pueden saber de antemano cómo organizado todo. La misma experiencia tendrá que ir mostrándoles el camino. Es tan consciente de que Dios le ha guiado por vericuetos inesperados, que ahora siente una mezcla de confianza e incertidumbre. Se repite una y otra vez esa máxima que al tiempo le exige y le libera: obrar como si todo dependiese de sí mismo, sabiendo que al final todo depende de Dios. Luchar hasta el extremo, para después dejarlo todo en las manos divinas.

Esta Compañía naciente es como un bebé que empezase a crecer rápido, y a multiplicar sus necesidades. Ignacio percibe todo esto. Cuenta con el apoyo incondicional y poderoso de Pablo III, y eso es una gran ventaja. También tiene en la curia serios valedores, y si bien hay detractores que no están demasiado satisfechos con el empuje de estos recién llegados, su oposición no es, por el momento, un obstáculo que impida avanzar. El panorama es exigente. Las demandas de compañeros son cada vez mayores. En Italia, y fuera de ella. También son muchos los que solicitan incorporarse a su Compañía. Pero hace falta un proceso para que puedan convertirse en hombres de temple. No se les puede mandar a ninguna misión sin que antes se hayan empapado en la mística que compartieran los primeros compañeros, enraizada en la experiencia manresana de Ignacio. Algunos de los solicitantes son ya doctores, maestros, sacerdotes, hombres formados. Otros son muchachos que apenas han abandonado sus hogares. Las necesidades de todos son diferentes, pero ai tiempo

han de pasar por algunas experiencias comunes. ¿Cómo forjarles, para hacer de ellos apóstoles preparados para una vida entregada al servicio de los prójimos, compartiendo esa idea de Ignacio? Deben hacer los ejercicios espirituales. También, como hicieran los primeros compañeros en aquel invierno veneciano, el contacto real con la miseria, en los hospitales, ha de ser para ellos forja y escuela.

El 29 de agosto de 1541, cuando sólo están en el comienzo de su empeño, muere Coduri. Ese fallecimiento inesperado deja a Ignacio solo anie la tarea de redactar las constituciones. No puede sacar a ninguno de los compañeros de sus misiones, pues precisamente ahora está todo arrancando. También la labor apostólica en la misma Roma, primera misión encomendada por el Papa, es cada vez más absorbente. Y además algunos se están preparando para nuevos proyectos. En la mente de Ignacio está la petición de Pablo III de enviar a algunos de ellos a Irlanda, para reavivar la presencia católica, amenazada por las exigencias de Enrique VIII. Enviará a Broet y Salmerón con meditadas instrucciones sobre la forma de actuar, aunque la misión resultará un fracaso.

Va apoyándose en los nuevos miembros, que empiezan a asumir responsabilidades. Hombres que, incluso antes de la aprobación oficial de la Compañía, han ido uniéndose a ellos. Como Estrada, Olave, Viola, Oviedo, o su propio sobrino Araoz, que, llegado de España para tratar de devolverlo allá, queda cautivado por el proyecto de su tío y se une a él. Diego de Eguía, ya ingresado en la Compañía, se convertirá en su confesor. El benjamín de la creciente comunidad es Pedro de Ribadeneira, un toledano que sólo tiene 13 años cuando en 1540 huye del séquito del cardenal Farnese, con el que había llegado a Roma, y se refugia en la comunidad de Sanra María della

Strada. Se convierte en un soplo de aire fresco y vital en medio de la severidad y de la incesante actividad de los compañeros. A Ignacio le hace sonreír este muchacho descarado que, sin ningún reparo, se burla de sus meteduras de pata con la gramática italiana. Un poco de familiaridad donde todos le tratan con reverencia es para él como una brisa refrescante.

Nuevos rostros. Nuevas incorporaciones. Hay que prepararlos bien. Sobre todo ahora, al principio, cuando no hay otros formadores, otras figuras que hayan bebido en las mismas fuentes de esa espiritualidad que inunda el proyecto. El propio Ignacio será, en buena medida, el forjador de estas primeras generaciones en Roma, mientras los primeros compañeros hacen lo propio allá donde se van estableciendo.

Se multiplica. Está desbordado, pero encuentra el tiempo para todo. Para una vida interior intensa, una oración constante y la celebración diaria de la Eucaristía que se convierte en su norte. Un encuentro con Dios que ha de iluminar sus búsquedas. Para avanzar en la redacción de instrucciones, normas y constituciones. Para formar a los nuevos compañeros que se van uniendo, hasta tal punto que en muy pocos años necesitarán una casa independiente para ellos en la ciudad. Con profunda intuición les escucha, encuentra lo que más conviene para cada uno, les exige... al doctor lo pone a limpiar cocinas, al maestro a barrer, al inseguro le alienta, al débil le va ayudando a descubrir una fortaleza mayor. Al enfermo lo cuida y al sano lo prueba. Al que ve capaz le anima a unirse a ellos, y deja después que sea el encuentro con Dios en los ejercicios el que confirme esa decisión si es su voluntad.

Escribe sin cesar. Ya desde los tiempos de París y Venecia se conservan esquelas, mensajes, cartas de Ignacio a

los suyos. Pero el volumen de su correspondencia ahora se multiplica. Continúa manteniendo el contacto con los suyos. Muerto su hermano Martín, dos años antes, escribe ahora a su sobrino Beitrán, o a su hermana Magdalena. También mantiene el contacto con las gentes de Azpeitia, donde tal huella dejara. Y con los amigos de Barcelona, como Isabel Rose!, que, demasiado apegada a su maestro y habiendo enviudado recientemente, cada vez exige más atención de él. No descuida a las personas a quienes acompaña y aconseja espiritualmente desde la distancia. También, con motivo de la fundación de colegios y el envío de nuevos compañeros empieza a cartearse con príncipes y figuras destacadas del panorama europeo: el rey Juan III de Portugal, don Fernando de Austria, rey de romanos, el príncipe Felipe de España -futuro Felipe II- o Ascanio Colona. El virrey de Cataluña Francisco de Borja, impresionado al conocer a Fabro y Araoz, se pone en contacto con Ignacio. Comienza una correspondencia frecuente entre ambos, que continuará cuando el virrey vuelva a su ducado de Gandía.

Los propios compañeros, urgidos para ello por Ignacio, descubrirán que la mejor forma de mantener la unidad, ahora que están dispersos, es mandándose largas misivas, contándose lo que hacen unos y otros, compartiendo sus experiencias, sus sabores y sinsabores. Las canas que llegan desde la India, escritas por un Francisco Javier apasionado, recorren las cortes y las universidades, impulsando a innumerables jóvenes a unirse a la Compañía. El propio Ignacio les insiste en la utilidad de esas crónicas con las que comparten actividad y los corazones se mantienen unidos. Hasta formaliza esa correspondencia periódica, pese a la resistencia de alguno, como Bobadilla, que define el intercambio epistolar como una pérdida de tiempo. Esta-

blece que al menos cada cuatro meses todos hagan llegar sus narraciones a este corazón de ¡a Compañía en Roma, este nudo que se va convirtiendo en lugar de tránsito, de encuentro, de vínculo entre tantas idas y venidas.

La labor de los compañeros va generando una enorme fecundidad apostólica. En Castilla, en Portugal, en Italia, en toda Europa. Cada vez más lejos. Pero sin postergar lo más cercano. La misma Roma es campo de actividad incesante. También aquí Ignacio es el primero en lanzarse a un apostolado directo e ingente. Confiesa, mantiene su voto de educar a los niños, y no es raro verlo en alguna plazuela impartiendo lecciones de catecismo con su pobre italiano.

Junto a esa labor precisa y concreta, no descuida las grandes reformas. Aprovecha su buena relación con el Papa para obtener de él ayuda para tareas que le parecen imprescindibles en ía evangelización de Roma: atención a ios judíos, con la creación de dos hospicios para conversos; apoyo a los hijos de los huérfanos, una iniciativa en la que secunda la tarea iniciada por Juan Pedro Carafa, el cardenal teatino -y es que las dificultades personales no están reñidas con el celo por los más débiles-; o el cuidado de los arruinados, gente que ha llegado a la **pobreza** porque la vida les ha dado un vuelco; para ellos conseguirá la creación de la Archicofradía de los pobres vergonzosos.

Pero, si hay una de estas obras que resulta especialmente suya, pues él la inició, la promovió y consiguió mover viento y marea para sacarla adelante, será la atención a las prostitutas. Hay muchas en Roma en este tiempo, ya sean muchachas que se arrastran por los arrabales, o cortesanas nobles que se pasean por las cortes. No es sorprendente que esto sea motivo de escándalo para muchos que, viendo los hábitos perniciosos de la Ciudad

Eterna, la creen un antro de perdición. Ignacio comprende el drama que está detrás de esta historia. Conocedor de las personas, sabe que muchas de estas mujeres se ven abocadas a esa vida ante la falta de otras opciones. Y por eso promueve la fundación de una institución, la casa de Santa Marta, donde poder acogerlas, formarlas y tratar de favorecer el que rehagan su vida por otros caminos. Aunque cuenta con el apoyo del Papa, que en febrero de 1543 publica una bula bendiciendo la obra, y con muchas voces de apoyo que secundan con entusiasmo la iniciativa, no encuentra financiación. Y de buenas palabras no se levantan paredes. Así que toma, una vez más, la iniciativa. Han descubierto, enterrados en Santa María della Strada, unos mármoles que piensan vender para ir cubriendo los gastos ingentes de esta creciente Compañía. Ignacio da orden al administrador de la casa de que se vendan, pero se destine el ingreso a la casa de Santa Marca. ¿Cómo se quedaría el pobre ecónomo, tratando de hacer equilibrios con unas finanzas mínimas, al verse privado de un ingreso tan esperado? Pero así funciona Ignacio. Tiene claras las prioridades. Para él la Compañía ha surgido en la pobreza, y no ha de perder su fe en la ayuda de la Providencia. Consecuencia imprevista de esta actividad es la enemistad de algunos grandes señores romanos, privados de sus queridas que se acogen a la posibilidad ofrecida por Ignacio. El evangelio termina generando conflictos. Pero Ignacio no se arredra. Es más, completará la iniciativa creando un nuevo hogar para ofrecer una alternativa a las muchachas jóvenes que, viviendo en los burdeles como protegidas de alguna cortesana mayor, y generalmente sin tener otro horizonte en la ciudad, aún no se han iniciado en la prostitución, pero están abocadas a ello. Es la Compañía para las Vírgenes Miserables de Santa Catalina de la Rosa.

El nombre, sonoro y barroco, no nos debe distraer de la increíble humanidad del proyecto.

¡Qué imagen la de este Ignacio romano! General y apóstol. Formador y jefe. Legislador y acompañante espiritual. Hombre de oración profunda y de acción transformadora. ¿Cómo le daba el día de sí? ¿Cómo era capaz de no volverse loco en esa catarata de actividades, palabras, plegarias, tareas pendientes y tareas acometidas? ¿Es un apóstol infatigable? ¿Un activista imprudente?

A veces, el ver a algunas personas nos ha de hacer pensar. ¿Qué podemos aprender de ellos? No creo que la lección que debemos extraer de esta frenética vida romana sea que tenemos que «hacerlo todo». Pese a que Ignacio hiciera tanto. En realidad hay mucho que tiene que ver con la personalidad, el propio carisma, el carácter y los talentos que Dios pone en uno. No hay duda de que la pasión por ayudar al prójimo, por comunicar a Dios, que abraza a Ignacio, es un don, un aliciente y una responsabilidad. Un talento, en definitiva, que ha de multiplicarse, porque lo que uno ha recibido es para ponerlo a rendir.

Pero, en ese sentido, Ignacio es único. Como cada uno de nosotros. Irrepetibles. Distintos. Necesitados de encontrar nuestro propio horizonte y nuestros particulares talentos. Dentro de nuestros límites. Porque sí, no somos omnipotentes, ni infinitos, ni absurdamente perfectos, sino frágiles, maniáticos a veces, con nuestras resistencias y nuestras capacidades. Pero la posibilidad de mirarnos en algunos espejos, otras personas -como Ignacio— que nos inquietan y nos provocan, es también y sobre todo una oportunidad. Porque en realidad el vivir para otros; el tratar de construir y dejar una huella; el hacer cosas que perduren, todo eso puede ser algo que atrae e ilusiona. Es

lo que vislumbramos en ellos, y refleja en realidad una lógica generosa revelada en el evangelio que ellos a su vez descubrieron.

Entonces nos preguntamos cómo hacerlo, Y empieza la misión, paso a paso. Ya sea a través de la propia familia o del contexto en el que uno vive, en su mundo pequeño que mira a la humanidad grande, en el siglo XVI como en el XXI... aspiramos a cambiar algo, aunque sea un poquito. A sanar alguna herida. A decir una palabra que signifique algo para alguien. A construir una historia de amor fecunda. A aliviar un espanto o enjugar una lágrima.

¿A lo mejor es un sueño vano, un idealismo ingenuo, o hasta una ambición inútil y hay que renunciar a ello y, simplemente, vivir...? Pero, ¿no es ese un planteamiento demasiado escéptico, una rendición prematura? Tal vez, sólo tal vez, la clave no está en hacer muchas o pocas cosas, ni siquiera en tener éxito en el intento, en el proyecto, en la huella... sino en amar. Vivir con una pasión que nos empuje a arriesgar, a emprender, a dar todo lo posible, y a veces un poco más. No por voluntarismo. No porque «hay que» hacerlo. No por una obligación impuesta que termina convirtiéndose en arma arrojadiza contra uno mismo y contra otros. Porque algo te quema dentro, y te dice que es posible. Porque cuando das un paso, luego viene otro, y otro, y otro más, y con ellos la alegría honda. Porque la vida es para darla, y eso no tiene que ver con cómo morir, sino con cómo vivirla. Buscando. Amando. Creciendo por dentro y construyendo por fuera. Dejándose envolver por un Dios distinto.

¿Por qué Ignacio fue capaz de tanto? Porque estaba muy lleno. Porque era sólo un cauce, un transmisor de un caudal distinto, de un agua fresca que desbordaba en él.

Ahí está la clave. Una tensión fecunda entre ese evangelio que seduce y conmueve, y el mundo donde está llamado a seguir encarnándose. También hoy.

Años de crecimiento.

Entre grandes cambios e historias pequeñas

Toda esa década que va de 1541 a 1551 es un tiempo de enorme despliegue. Y mientras avanza el tiempo y aumentan las necesidades y los retos, Ignacio —y con él los primeros compañeros— se multiplica en su actividad. Y ello supone un constante navegar entre trazar líneas maestras del futuro de la Compañía, y lidiar con acontecimientos particulares, puntuales, a veces curiosos y otras complicados... Así se van los días, y los años...

Como había previsto, es la vida diaria y el transcurso de los acontecimientos lo que va clarificando algunos de los asuntos pendientes. Una de las cuestiones que más le inquieta es lo relativo a la pobreza de los suyos. Él, que durante años viviera en los caminos, en la desposesión más absoluta, aprendiendo a amar la libertad de quien nada tiene y la confianza en la Providencia, ve ahora cómo se multiplican los motivos y los argumentos para que los suyos estén asegurados. ¿Cómo cubrir, si no, los gastos de la educación de los jóvenes, que se preparan en colegios y universidades? ¿Cómo atender a los templos, o pagar tantas deudas como se amontonan? Ignacio reza. Pide a Dios luz especialmente sobre esto. Se resiste a aceptar ingresos fijos. «¿Dónde quedaría entonces nuestro abandono en manos de Dios?», parece preguntarse. Necesita que Dios le confirme lo que deben hacer. Le parece claro que pueda haber rentas fijas en los colegios y universida-

des, para quienes están en formación. Pero, quienes ya están formados, ¿también deben vivir así? No puede ser. «¿No estamos llamados a vivir de lo que nos quieran dar, sin pedir nada a cambio?», se pregunta una y otra vez.

Ignacio suele escribir, en un diario, lo que pasa por él en su oración. A lo largo de años irá acumulando pliegos y pliegos de papel, donde se plasma la hondura, la sutileza en su encuentro con Dios, la altura de sus emociones y su familiaridad con esa divinidad trinitaria. Papeles que hablan de un místico. Sin embargo, al final de su vida los hará desaparecer casi en su totalidad, tal vez por pudor a hacer público lo que en realidad es íntimo. Únicamente salvará los pliegos de esta deliberación sobre la pobreza.

Entre el 2 de febrero y el 12 de marzo de 1544 su oración se centra en este punto. Y aunque parece ver claro que han de mantener una pobreza extrema, su incertidumbre se extenderá hasta 1545, pues sus dudas le llevan a entrar en una etapa interior de bloqueo, de lucha (también lucha con Dios), de zozobra, exigiéndole una seguridad que se le escapa. Es como si le echase un nuevo pulso a Dios, como en aquellos lejanos tiempos manresanos. Ahora, en medio de su vida intensa y ajetreada, Ignacio parece insistir en la necesidad de que Dios confirme con enormes pruebas interiores lo que parece ver claro. ¿Tal vez sus proyectos han dado tantos vuelcos que ahora se siente incapaz de tener certezas? Durante meses lucha por dentro, mientras por fuera continúa su actividad formidable. Hasta que al fin comprende que Dios le está enseñando, de nuevo, como en aquellos tiempos de Manresa. Le está invitando a acoger, a aceptar, a fiarse y no exigir más confirmaciones de algo que ya está claro dentro de sí, y a aceptar un tipo de presencia y luz distinta...

Es, con toda seguridad, la importancia que da al tema

de la pobreza lo que le llevará, ya en el ocaso de su vida, a salvar del fuego este preciso pliego de papeles, dejando constancia de su sentido y su importancia, y permitiendo de paso que se descubra en ellos la dimensión mística de su vida.

Al fin alcanza sobre esta cuestión de la pobreza una certidumbre que dejará plasmada en las constituciones. Los colegios y casas de quienes están en formación pueden tener asignadas rentas para sostener con ellas a los estudiantes. Sin embargo, las casas de los ya formados no podrán disponer de ingresos fijos, y deberán vivir de limosna, sin cobrar por sus trabajos o apostolados. Hoy nos puede sorprender esta decisión. Pero hemos de comprender ese contexto, en el que las donaciones son mucho más frecuentes, y la vinculación de trabajo y sueldo no es algo que tenga el mismo significado que tiene hoy para nosotros. De ahí esa insistencia de Ignacio. SÍ Dios quiere que los suyos vivan y trabajen en su viña, él proveerá de gente dispuesta a sostenerlos con lo necesario.

En abril de 1543 llega una visita a Roma. Cuando avisan a Ignacio este no puede creerlo. Isabel Rosel se ha plantado en la ciudad, con la intención de quedarse. Desde hace tiempo vienen intercambiando cartas en este sentido, Ignacio tratando de frenarla y ella insistiendo en que ahora que es viuda quiere abrazar el mismo tipo de vida de los compañeros. Finalmente la barcelonesa ha hecho caso omiso de los intentos disuasorios del amigo y maestro, y ha desmantelado su casa catalana y está aquí, con todo su ajuar -muy considerable- y alguna dama de compañía, dispuesta a permanecer. Ello da pie a un episodio que complicará bastante la vida de Ignacio. En esa sociedad, un tipo de estructura de vida religiosa como

la que él está pergeñando no tiene sitio para las mujeres. La vida religiosa femenina es aún en ese momento muy conventual. Ya sea por imposibilidades y prejuicios de la época, o porque la Iglesia no se veía preparada para ello, pasarán siglos hasta que las congregaciones femeninas salgan a las calles con la misma fuerza e ímpetu apostólico que las masculinas. La insistencia de Isabel en incorporarse a la Compañía haciendo votos incomoda a Ignacio, que comprende que en ese contexto no es posible. Intenta disuadirla. Por un tiempo la consigue mantener ocupada y serena. Ella se implica especialmente en la obra de Santa Marta, con verdadera dedicación y su apoyo resulta providencial. Pero finalmente no acepta más largas, mueve todas sus influencias en la corte española -no pocas en una mujer bastante acaudalada y bien relacionada— y consigue que el Papa obligue a Ignacio a admitirla.

En la Navidad de 1545, ante Ignacio, hacen los votos Isabel Rosel, Francisca Cruylas y Lucrecia de Bradine. Durante meses su presencia será un quebradero de cabeza. ¿Es una rama femenina de la orden? No. En realidad lo que Isabel tiene es una dependencia de Ignacio enorme. Y se convierte en su sombra. Se inmiscuye en mil asuntos. Está acostumbrada a mandar. No hay mucho que hacer con ella. Interfiere en la vida cotidiana de la comunidad, agobia a Ignacio reclamando una atención que desborda las posibilidades del buen general, y no atiende a obediencias ni propuestas. Finalmente, Ignacio acude al Papa. ¿Cómo sería su conversación? No sabemos en qué términos plantearía la dificultad, pero a su término el Pontífice le autoriza a dispensar a las tres de sus votos y despedirlas. Costará Dios y ayuda convencer a la recalcitrante barcelonesa. Cuando el Padre Nadal, el 1 de octubre de 1546, le lee la carta de dimisión, la dama pone el grito en el cielo.

Brama contra la ingratitud de Ignacio. Incluso lo acusa de haberle sacado una fortuna para la Compañía. Como suele hacer Ignacio con las acusaciones, la cosa termina en juicio, para que quede todo claro. Y en el juicio se ve que en cuestión financiera la Compañía no debe nada a Rosel. Finalmente ¡a catalana se marcha de Roma despotricando contra el antiguo amigo. A veces ocurre esto. Chocan dos trenes, igualmente intensos, igualmente firmes: la voluntad de la gran señora, acostumbrada a mandar, y la autoridad del peregrino que no cede cuando está en juego lo que siente que es su deber. Y como resultado del choque hay heridas, reproches y dolor... Sin embargo también son, ambos, gente buena. Más de veinte años de encuentro, de amistad y de acompañamiento no se tiran por la borda. Cuando ya esté en Barcelona, y consagrada como franciscana, Isabel escribe a Ignacio una misiva cercana, en buena medida conmovedora, reconociendo su error, agradeciendo todo lo que él ha hecho siempre por ella, restableciendo los lazos.

El Padre Nadal, el que tiene que pasar el incómodo trago de notificar a la catalana la carta de despido es otro de los nuevos compañeros. Se conocían de París, y allí el mallorquín se había resistido a los intentos de Ignacio para que hiciese los ejercicios, sospechando que tras ellos hubiese algo peligroso. Sin embargo le han cautivado las cartas de Javier. Y es él ahora quien viene a Roma, hace los ejercicios y se incorpora a la Compañía a principios de 1546. Será desde muy pronto uno de los grandes apoyos de Ignacio.

Algunos compañeros están a punto de ser nombrados obispos. Ignacio insiste en plantar cara a esa medida y remueve cielo y tierra para impedir esas designaciones.

Incluso con voto, los jesuitas se negarán a la aceptación de cargos eclesiásticos. No quiere que se imponga en la Compañía el espíritu de arribismo y búsqueda de títulos y prebendas que percibe por doquier en una Iglesia demasiado mundana. Peleará como un león cada vez que surja esa posibilidad en los años venideros. Una y otra vez. La autoridad de los suyos ha de radicarse en la coherencia y autenticidad de su vida, y no en los cargos y pompas.

A todo esto, el Papa ha convocado, por fin, el Concilio esperado para la reforma de la Iglesia. Se celebrará en la ciudad de Trento y pide a Ignacio que destine a alguno de sus hombres para que vayan como asesores teológicos. Es una responsabilidad grande. Habrá quien diga, en el futuro, que Ignacio fundó la Compañía de Jesús para luchar contra la Reforma protestante. Esa lectura de las cosas es engañosa. En realidad será después, gracias en parte al papel que van a desempeñar sus teólogos en Trento, cuando se identifique a los jesuitas con la Contrarreforma católica. Pero eso no está aún en la mente de Ignacio ni de los primeros compañeros cuando pergeñan la orden. Su inquietud al crearla no es doctrinal, sino mucho más pastoral. La Compañía ha nacido para servir a la Iglesia. Y, en todo caso, para colaborar con una reforma interior más que necesaria. Luchar contra luteranos, calvinistas o anghcanos no es su prioridad, y sólo a lo largo de los años se va a ir dando cuenta Ignacio del alcance de la reforma protestante en el norte de Europa. De nuevo será el curso de los acontecimientos el que determine el rumbo de esta Compañía naciente.

En todo caso decide enviar a sus mejores hombres a Trento. Fabro, Laínez y Salmerón son los elegidos. Es una gran alegría para Ignacio llamar al fin a Fabro a Roma. El 17 de julio de 1546, tras ocho años de incansable apos-

rolado que le ha llevado por toda Europa, el saboyano regresa a la casa madre. Podemos imaginar el encuentro. Días de informaciones sobre la misión desempeñada y sobre los retos venideros, y también de tertulia más personal y distendida, intentando hacer una pausa en medio de la actividad frenética. Seguramente alguna conversación tras la cena, en la cámara de Ignacio, y puede que incluso algún paseo por la ribera dei Tíber, en esa hora del atardecer en que el sofocante calor del verano da una tregua a los romanos. Quizá es Fabro, informado a su vez por el holandés Pedro Canisio, el que le cuenca a Ignacio que en Alemania comienzan a hablar de ellos como «jesuítas». Un nombre que llena de satisfacción al general, pues remite a quien es el verdadero pilar y compañero primero de todos ellos, ese Jesús pobre y humilde. ¿Recordarían a Javier, lejano y también añorado? ¿Hablarían de los años de Santa Bárbara, y del crecimiento de la Compañía del que van siendo testigos y protagonistas desde perspectivas bien diferentes? Quizá volvieran a encontrar aquella familiaridad para hablar de las cosas de Dios con que a veces se distraían en tiempo de estudios.

Sin embargo, al cabo de ocho días Fabro cae enfermo. Unas fiebres teticianas le derrumban. Su cuerpo, agotado, no es capaz de resistir y el 1 de agosto fallece. Ignacio siente una mezcla de alegría por la vida completada, por el encuentro definitivo del amigo con el Padre -de ello no duda...- y también experimenta una punzada de nostalgia serena por la pérdida, por el «hasta pronto». Sólo Laínez y Salmerón partirán a Trento.

No hay mucho tiempo para duelos en [a ajetreada vida de Ignacio. Mientras unos se van, otros llegan. El duque de Gandía, Francisco de Borja, habiendo enviudado y eras

hacer los ejercicios espirituales, ha solicitado entrar en la Compañía de Jesús. Por el momento, y dado el revuelo que causaría su decisión y la imposibilidad de abandonar sus responsabilidades políticas, Ignacio le admite en secreto. La influencia de un personaje tan poderoso también tiene sus ventajas. Es Borja el que pide al Papa que revise y apruebe oficialmente el libro de los *Ejercicios Espirituales*. En 1548 Pablo III lo declara válido y recomendable, con la bula *Mira approbaúo*.

A medida que pasan los años no sólo cambian las personas. También van aterrizando los proyectos. Ya en 1546 han sido establecidos en la Compañía los coadjutores espirituales -sacerdotes cuya consagración no incluye el cuarto voto de obediencia al Papa, sino que ayudan, desde otro carisma, a la misión de la Compañía— y los coadjutores temporales -que serán más conocidos como hermanos jesuitas—. Es decir, que la tarea se va diversificando y para ello se van buscando fórmulas de pertenencia diferentes y con distintos itinerarios formativos.

Los colegios, que no se contaban entre las labores contempladas por los primeros compañeros, se convierten sin embargo, respaldados por Laínez, que desde pronto los ve muy eficaces, en una de las plataformas apostólicas más notables. Aunque al principio se fundan para educar a los candidatos a la Compañía, pronto se admite también a otros jóvenes. Ya en Candía, desde 1542, se educan hijos de las familias más nobles en los colegios donde se preparan los aspirantes a la Compañía de Jesús. Y en 1548, en Messina, se fundará el primer colegio de la Compañía dedicado a la educación de los no jesuitas -no a la formación interna-. Será el primero de una red inmensa que muy pronto se extenderá por todo el mundo.

Una nueva sorpresa para Ignacio, que medita largamente sobre el curso de los acontecimientos. Él, que pensara en su momento en una vida itinerante, casi nómada de los suyos, siempre en marcha de un lugar a otro, se encuentra sin embargo con que se impone la evidencia de una fecundidad apostólica incuestionable en estos colegios. Una vez más, se deja llevar por lo que ocurre y responde con notable flexibilidad y capacidad de adaptación.

Ignacio toma nota de todas las novedades, cambios, matices y reros nuevos que se plantean y erara de plasmarlos en las constituciones que, entre tanta actividad, sigue redactando muy despacio. Ya en 1545 ha promulgado una primera versión en 49 artículos, pero necesita el rodaje que da la experiencia para tratar de hacer una redacción definitiva. Y lo intenta. Pero desde la muerte de Coduri carga solo con esa labor, que requiere de él infinita paciencia. A veces le pesa. Su salud no es buena. Y su tarea en tantos frentes impide que el trabajo avance. Muy lentamente va desgranando en diversos capítulos aspectos referidos a la admisión de los nuevos, a su despedida cuando no cuajan, a la formación, la misión, la forma de gobierno...

En 1547 le hablan de las dotes de un joven **jesuíta** burgalés, metódico y de talento agudo, que le puede ayudar. Su nombre es Juan de Polanco. Ignacio recuerda haberle admitido años atrás en la Compañía y haberle mandado a estudiar a Padua. Le llama a Roma y le nombra secretario. Su colaboración resultará inestimable. Se encuentra Ignacio con un hombre que le comprende bien, y al que descubre empapado de su misma espiritualidad. A veces se sorprende por la capacidad intuitiva del otro, que parece leerle el pensamiento. Basta que le exprese dos o tres ideas y pronto llega Polanco con un párrafo formulado

como el propio Ignacio lo hubiera hecho. Ignacio entonces sólo tiene que sugerir algunos retoques cuando lo ve necesario. Otras veces es el húrcales el que, ante determinadas propuestas, pide aclaraciones, plantea objeciones o apunta posibles contradicciones. Además realiza una tarea de selección de aspectos extraídos de las fórmulas de congregaciones anteriores que puedan ser una guía en el trabajo. Así, impulsado por este trabajo en el que ambos se complementan, el documento comienza a avanzar, acercándose a *su* estructura definitiva.

La nostalgia de otra vida

Entre 1550 y 1551 van a suceder muchas cosas de golpe. Pablo III muere a finales de 1549. Su sucesor será Giovanni María *Croccl* de) Monte, elegido en febrero *áe* 1550 con el nombre de Julio III. Ignacio respira tranquilo cuando le llega la noticia de la elección. El nuevo Pontífice es un hombre al que conoce, y confía en que respaldará la consolidación de la Compañía, necesitada aún de algunas confirmaciones cruciales.

Efectivamente, Julio III va a ser un gran apoyo. El 21 de julio de 1550 confirma con una nueva bula, *Exposcít debitum*, las concesiones de su predecesor a la Compañía, y aprueba una nueva Fórmula del Instituto, un nuevo documento marco en el que, manteniendo lo esencial de la fórmula aprobada por Pablo III, se incluyen las novedades y cambios que han sido hechos en este tiempo.

Ignacio y Polanco dan por concluido el primer borrador de las constituciones. Ignacio decide llamar a Roma a los primeros compañeros que puedan llegar, y a algunos de los hombres en quienes más confía, para que puedan

ver el manuscrito, plantear reservas, sugerir cambios, añadidos y propuestas que lo enriquezcan desde la práctica.

A la vez comienza a fraguar un plan largo tiempo acariciado. Lleva diez años de generalato. Siente nostalgia por otra vida más sencilla. Durante este tiempo, desde que se hicieta con el timón de la Compañía, ha tenido tres objetivos que intuía fundamentales en su labor: la aprobación definitiva de la Compañía, la bendición papal para los *Ejercicios* y la redacción de las constituciones. Los tres objetivos están prácticamente cumplidos. Y por eso, siente que ha llegado el momento de retirarse de esta primera línea de actividad, de dejar que sea otro, más joven y más fuerte, quien asuma el peso. Sólo ha salido de Roma dos veces desde que asumiera el generalato. En septiembre de 1545, para tratar con el papa en Montefiascone la introducción de la Inquisición en Portugal y evitar que se encomendase a la Compañía. Y otra vez en 1548 para solucionar un pleito en Tívoli. Es apenas un suspiro para el viajero infatigable que a veces añora la riqueza despojada del que vive en marcha y la soledad tan llena de su etapa peregrina. Su vida transcurre en las calles de Roma y, sobre todo, entre la capilla donde celebra la Eucaristía, el cuartito en el que escribe encorvado sobre su escritorio de madera, su dormitorio anexo y el pequeño comedor también vecino donde recibe a tantas gentes que vienen a tratar con él. ¿Le pesa, tal vez, ese enclaustramiento, ese horizonte pequeño, aunque a él se asome el mundo entero? Tiene casi sesenta años y una salud precaria. Se sueña lejos, de nuevo en los caminos, de nuevo apóstol pobre. ¿Tal vez le querrá enviar su sucesor a Tierra Santa, para terminar allí sus días, caminante al fin en las huellas del galileo? ¿Tal vez vaya a morir a las Indias, a reencontrar al amigo lejano? Reza y en su oración le pide al Señor luz en este momento.

Toma una decisión. Escribe una carta diferente a las que salen cada día de su pequeño escritorio de madera. No hay en ella instrucciones ni destinos. No hay informaciones ni consejos. Sólo una propuesta. Es muy personal y va dirigida a los compañeros. Les habla de su limitación, de su sentimiento de incapacidad e inadecuación para el cargo que desempeña. Les insiste en la paz con la que toma esta decisión, y concluye con una declaración y una súplica. Presenta su renuncia y les ruega que la acepten, que elijan a otro que, en su lugar, pueda continuar la tarea de gobierno. El 31 de enero de 1551 les hace llegar la carta.

Vano intento. Sólo uno de los que reciben la carta, el P. Oviedo, duda y parece comprender las razones de Ignacio. El resto, uno tras otro, dan su veredicto inapelable. No puede haber más general que Ignacio mientras este siga con vida. Le consideran imprescindible, y no contemplan otro liderazgo que el suyo. Hasta Laínez, viejo compañero, comparte la decisión. Ni siquiera los más cercanos, los que más le pueden conocer, muestran flexibilidad. Comprenden los argumentos del líder, pero miran a la realidad amplia de la orden, y no ven otra alternativa. Ignacio calla. No se resiste. Ya cuando fue elegido una década atrás tuvo que aceptar que en la voluntad de los otros se expresa a veces el mandato de Dios. Esta vez no porfía ni les pide que lo vuelvan a pensar. Deja que sus negativas resuenen en su interior. Y en silencio eleva al cielo la oración que lleva en el corazón: «...disponed, Señor, a toda vuestra voluntad». Les agradece con palabras sencillas la atención, y vuelve a su cámara.

Si alguien le viese recorrer el pasillo hoy tal vez diría que le pesa un poco más la vida, que camina más despacio y ha envejecido de golpe, que sube los escalones con una

ttisteza difícil, y sus ojos no bollan con la intensidad de siempre. Resuenan en su corazón aquellas palabras: «Yo os seré propicio en Roma». Roma, esta Roma que para él se ha convertido en su destino y -ahora lo entiende- será también su casa hasta el final. «Tomad, Señor, y recibid...».

En la brecha hasta el final

Esto es lo que le queda a Ignacio. Seguir adelante. Remar. Incluso cuando las olas que zarandean la barca van a ir siendo altas y fuertes, y él se va viendo cada vez más débil. Pero la fuerza se realiza en la debilidad, y eso bien Jo sabe él. No desfallece. *Al* tiempo que se va gastando, va alcanzando una hondura cada vez mayor y la sensación de permanecer en la presencia constante y fuerte de Dios. Esa es la clave de su dinamismo. Porque podría uno pensar que, defraudado por su inútil intento de renuncia, va a disminuir su ímpetu apostólico, su inquietud por tratar los asuntos de la Compañía o su dedicación a las personas. Nada de eso. Sigue el lobo de Loyola en pie, firme, dispuesto. Y de hecho, los cinco años venideros van a ser tiempo de incesante labor. Y en un contexto donde van multiplicándose las iniciativas, y con ellas los problemas.

No pierde de vista el contexto europeo. Con creciente preocupación advierte el peso y la extensión de la reforma protestante en el norte de Europa, algo de lo que hasta ahora había sido menos consciente. La importancia de los colegios y la educación como forma de contener esa marea le resulta cada vez más evidente. También le preocupa la pugna entre la cristiandad y los turcos en el Mediterráneo, y, recordando sus tiempos de corte y milicia, hasta

pergeñará planes para decantar ese conflicto a favor de los cristianos.

En 1551 consigue culminar un proyecto largamente acariciado. Se levanta en Roma el Colegio Romano para la formación de los escolares jesuitas, que más tarde se convertirá en Universidad Gregoriana. Sin embargo, en unos años el proyecto, que surgiera con el apoyo financiero de Francisco de Borja, se va a convertir en un quebradero de cabeza para Ignacio, necesitado de recursos con los que dotarlo de estabilidad. Especialmente porque una vez hecha pública la entrada del duque de Gandía en la Compañía, sus herederos se desentienden de los compromisos adquiridos por él. Sin embargo la dificultad no le arredra. Al contrario, al año siguiente levantará el Colegio Germánico para la formación del clero católico para los países protestantes. También esa obra se la encargará el Papa a la Compañía. E igualmente se convertirá para Ignacio en objetivo prioritario el sacarla adelante pese a las carencias materiales para dotarla bien. Cuando, más adelante, el apoyo económico del Pontífice no termine de consolidarse para ambos colegios, Ignacio y los suyos tendrán que hacer equilibrios y mover cielo y tierra para conseguir donaciones con las que sostener obras de esa envergadura. Sin embargo, su convicción de que se trata de una obra necesaria se impone.

En 1552 se termina la revisión y la versión última de las constituciones. Aun a la espera de enviarlas al Papa para que las revise, Ignacio encarga a Nadal, que recientemente ha hecho sus votos definitivos en la Compañía, la misión de darlas a conocer y promulgarlas en Italia, España y Portugal.

Más personal será el problema con Simón Rodrigues. El portugués lleva años siendo causa de malestar. La

provincia portuguesa, que ha dirigido en sus primeros años de existencia, ha sido fuente de constantes contradicciones. Por una parte exhiben una piedad muy visible, pero por otra, bastantes jesuitas lusos manifiestan una relajación notable en lo tocante a la obediencia. En parte porque el propio Rodrigues vive con cierta ambigüedad esa dimensión de su vida. Cuando llegan a la provincia jesuita portuguesa formados por Ignacio en Roma, el choque entre unos y otros generará enormes tensiones. Destina entonces a Rodrigues a Aragón, pero el portugués se las arregla para retornar a Lisboa. Finalmente le llama a Roma. Ignacio le da vueltas una y otra vez a la situación. Con cualquier otro ya hubiese tomado una decisión drástica. No le tiembla la mano cuando tiene que firmar la expulsión de otros que muestran no estar preparados para esta vida. De nada sirve retener a quien sólo va a vivir a disgusto. Procura hacerlo siempre con delicadeza y cuidado, tratando de que salgan en paz. Pero, ¿expulsar a uno de los primeros compañeros? ¿A alguien con quien ha compartido aquellos años de sueños y espera? Cuando piensa en Simón recuerda el momento, en Santa Bárbara, en que el portugués le abriese su corazón melancólico. Y le vienen también a la memoria tantas escenas de años posteriores, aquel tiempo en Bassano, en que fue a verle en medio de su enfermedad... Ignacio no es un sentimental atado por los recuerdos. Pero de alguna forma, conociendo su propia fragilidad, entiende también la de los otros. Y comprende que para crear la Compañía Dios unió a un grupo muy particular. ¿Cómo va él a expulsar a uno de ellos? Hay presiones de muchos que insisten en que es lo que hay que hacer. Le llegan ecos y cartas.

Sólo la amenaza de estar llegando a una situación límite impulsa a Rodrigues a ponerse en camino, abandonar la

corte portuguesa donde se siente tan protegido y venir al encuentro del general y amigo. Hablan, presumiblemente discuten... Finalmente no llega la sangre al río, y Simón acepta con bastantes reticencias las decisiones tomadas por Ignacio, que por el momento le ordena quedarse en Italia y le prohíbe expresamente volver a Portugal. Durante muchos meses intercambiarán una correspondencia difícil, hasta que dos años después, en 1555 llegue la reconciliación plena, con un reconocimiento humilde y agradecido por parte de Simón de cuanto ha recibido de Ignacio. Otra vez ha acertado en la espera.

Y si uno de los compañeros le da disgustos, espera poder ver a otro que te dará alegrías. En junio de 1553 escribe por fin a Javier una carta largamente esperada por ambos. Le llama a Roma para que dé cuenta personalmente de la marcha de la Compañía en la India. En su última misiva, el 9 de abril anterior, también Francisco sugería que tal vez, por obediencia, pudiera el general hacerle volver. Son héroes humanos, y tan necesitados del apoyo y el reconocimiento del amigo... Poder juntarse como algo requerido por la misión es una oportunidad que para Ignacio es también un regalo personal. No sabe cuando escribe estas letras que Javier ha muerto seis meses atrás en la isla de Sanción, a punto de entrar en la China continental. La noticia tardará dos años en llegarle a Ignacio. Otra despedida. Otro adiós. Otro compañero que termina su camino antes que él.

Una consecuencia de la crisis portuguesa ha sido la llegada a Roma, para dar cuenta de la situación, de un portugués cordial, el Padre Cámara, que causa grata impresión en Ignacio. Tanto es así que le hace ministro

-encargado de todos los asuntos domésticos- de la casa, en la que se quedará casi dos años. Se convertirá en un personaje importante en esta historia. Nadal lleva tiempo insistiéndole a Ignacio para que dicte su biografía. Ignacio se resiste. ¿Qué sentido tendría? El mallorquín está convencido de que la propia vida de Ignacio ayudará a muchos a entender mejor los ejercicios y las constituciones. Sabe que, en buena medida, la Compañía se va configurando a imagen de su fundador. Y es testigo, en sus viajes por Europa dando a conocer ías constituciones, de la avidez con que jóvenes jesuitas quieren conocer la figura de Ignacio de Loyola. La gran mayoría de los jesuitas no le conocen más que de oídas y, sin embargo, la Compañía ha nacido como una prolongación de su historia. Es importante que conozcan bien esa vida, ese itinerario, ese camino. Pero Ignacio no lo ve tan claro. ¿No ha insistido siempre en que la Compañía es de Jesús, no de Ignacio? No quiere que la gente le mire a él, sino al Señor del evangelio. Él, que en su momento ocultase su nombre y fuese únicamente un petegtino anónimo, ¿ha de exponer ahora toda su vida al escrutinio de los otros? ¿Y quién es él para presentarse como modelo? Si algo ha hecho ha sido gracias a Dios, y a pesar de su flaqueza. Pero, ¿cómo puede conseguir que lo comprendan? Le cuesta ceder en esto.

Pero, por otra parte, piensa en algunos momentos que tal vez Nadal tenga razón. Quizá sea útil contar algo. Ya el tiempo dirá si merece la pena o no. Pero no para que le admiren. Al contrario. Que sepan de sus flaquezas y la historia de Dios en él. Después de todo, ya otras veces ha experimentado que cuando habla con algún otro acerca de sus propias limitaciones y luchas también trae esperanza, pues, ¿quién no se siente muchas veces miserable e inca-

paz? ¿Y no es Dios el que hace el milagro en las historias? Eso podría contar.

Así que un día, conversando en la comida, deja una puerta abierta a la esperanza de los suyos. Afirma que lo hará, que contará su vida a Cámara. Puede que se arrepienta a menudo en los meses venideros de haber cedido, pero a esa promesa se aferrarán para exigirle que la cumpla. ¿Por qué eligió a Cámara? ¿Por qué no al fiel Polanco o al porfiado Nadal, que llevaban años insistiéndole? ¿Qué encontró en ese pequeño portugués que le invitase a confiar? Tal vez una inteligencia despierta, una familiaridad grande... O quizá son los misterios de nuestro carácter, que encuentran afinidades inesperadas.

Entre 1553 y 1555, en varios períodos, irá Ignacio relatando su vida al portugués. En tercera persona, hablando de sí como el peregrino, tratando de no ocultar nada. No imagina que en el futuro, tal vez asustado por la humanidad frágil y pecadora que traslucen las primeras páginas, otro genera] mandará eliminar los episodios menos edificantes. Hay quien cree que el santo es perfecto, y olvida que la flaqueza y la fuerza van tan de la mano en cada uno de nosotros... Ignacio narra, pascando con su confidente, y en esos tranquilos encuentros se va desgranando su historia, que más tarde, en su cuarto, Cámara escribe tratando de ser absolutamente fiel a lo escuchado. El portugués, además, en su vida cotidiana, toma notas para otro documento. Un retrato de la vida doméstica del general. Quiere captar su carácter, sus formas de actuar, de comportarse, de comer, de formar a los suyos. Cámara admira a Ignacio. Quiere transmitir lo que conoce. Y lo hace. Se encuentra con un personaje serio pero tierno, exigente y disciplinado, pero enormemente humano. Y de ello dejará constancia años después, cuando complete su memorial sobre Ignacio.

Ignacio tiene un carácter sorprendente, que durante este tiempo de generalato se deja ver, dado que está constantemente expuesto al escrutinio de los otros. Es duro, especialmente con aquellos a quienes más aprecia o de quienes espera que han de dar más fruto. Para temprarlos en un fuego que los haga recios. A veces hasta el extremo. Es difícil en sus reacciones, sobre todo cuando algo le parece inadecuado o impropio de los suyos. **Laínez**, Nadal o el propio Cámara tienen que sufrir a menudo su censura severa. Pero, curiosamente, son los primeros en comprender que la dureza no está reñida con un profundo aprecio y una inagotable paciencia. Que Ignacio es, ante todo, maestro, y como tal trata a la gente. También es verdad que tiene sus manías y sus obsesiones, y a veces el trato no es fácil, pero, ¿quién no tiene algunas asperezas y limitaciones? De nuevo nos encontramos con el ser humano, imperfecto, real, afectivo y áspero, cariñoso y exigente, ponderado aunque a veces excesivo. Y sigue siendo esa humanidad real la que nos permite aprender del otro, de Ignacio en este caso...

En 1554 nombra a Nadal Vicario General de la Compañía. ¿Intuye ya que se acaban sus fuerzas? Es un año malo para él. A los problemas habituales se une la condena de la Sorbona a la Compañía de Jesús. Por más que ha intentado instaurar la Compañía en París, la ciudad del Sena se muestra inexpugnable. La prestigiosa universidad, muy respetada por Ignacio, se muestra muy crítica con el tipo de vida religiosa que propone la orden. De nuevo tendrá que poner en juego todas sus dotes diplomáticas para tratar de fundir esos recelos y prejuicios. Y tiene todas las de ganar, pues con todas las bendiciones pontificias podría conseguir una reprobación del decreto parisino. Pero no quiere un enfrentamiento directo.

Incluso aunque altas autoridades eclesiales le den la razón. No quiere silenciarles, sino convencerles. Que vean lo que verdaderamente es la Compañía. El conflicto coleará durante lo que le queda de vida.

Su salud no acompaña tampoco. Ese invierno pasa en cama, enfermo, muchas semanas. Aún tiene bríos para seguir gobernando desde ahí.

1555 empieza mejor. Más fuerte, escribe incontables cartas tratando de ponerse al día de los asuntos pendientes. En marzo muere Julio III, que había sido bastante favorable a la Compañía. Otro motivo de preocupación. Todavía no están aprobadas oficialmente las constituciones, y quedan otros muchos asuntos pendientes en los que es necesario contar con el respaldo papal. ¿Quién será el nuevo Pontífice? El elegido, el cardenal Cervini, que sube al solio pontificio con el nombre de Marcelo II. Una buena noticia para Ignacio, ya que es otro de los hombres que mira con agrado a la Compañía. Han sido amigos durante años, y cree encontrar en el nuevo Papa al mejor de los candidatos posibles, el hombre que mejor comprende la espiritualidad de los ejercicios. Sin embargo no hay tiempo para comprobar su favor, pues muere a los veintidós días de su elección. Vuelta a esperar. Un nuevo cónclave, y el elegido esta vez es quien más podía inquietar a Ignacio: Juan Pedro Carafa. El cardenal teatino. Su viejo rival de Venecia es ahora Pablo IV. Cuando llega la noticia a su cámara palidece. Lívido, se va a rezar. Al fin se impone su confianza en la forma de actuar de la Providencia. Recupera bien pronto la calma. Dios proveerá.

Efectivamente, la perspectiva cambia a los hombres. Tal vez desde el solio pontificio la obra de la Compañía se ve diferente. Pablo IV se va a mostrar discretamente distante. Recibe en audiencia a Ignacio, y juntos caminan por los

jardines del palacio, conversando acerca de los retos que afrontan, silenciando sus diferencias pasadas. Han aprendido a respetarse. El apoyo del Pontífice a la Compañía será relativo. No va a financiar los colegios, y ello generará problemas, pero tampoco la suprimirá, como pudiera temer Ignacio en sus peores pesadillas. Otra tormenta que no llega a convertirse en huracán.

El fin del peregrinaje

Y así se han ido gastando sus fuerzas. Sale poco. Lejos quedan los tiempos en que compaginara la febril actividad de gobierno con un incesante apostolado en la misma Roma. A veces añora sus lecciones de catecismo, y sus paseos por la ciudad cuando iba, tras el almuerzo, a visitar a algunos conocidos, continuando con su hábito de conversar con otros sobre las cosas de Dios. Sin embargo, acepta sus limitaciones. Su estómago sigue dándole cada vez más problemas. También su vista está deteriorada. Las frecuentes lágrimas que durante años han acompañado su oración han agotado esos ojos antes incansables.

Las cartas se espacian, y es Poianco el que escribe la mayoría en su nombre. Los compañeros procuran no fatigarle. El peregrino ya no camina con el paso firme y vivaz de antaño. Ya ni siquiera tiene fuerzas para celebrar la Eucaristía, dadas las intensas emociones que le provoca y que le agotan. Se queda a menudo sentado, con la mirada lejana, fija en algún punto de esa vida intensa que se despliega tras él como una ola que ha removido a su paso todo. O sintiendo la abrumadora presencia de ese Dios que ahora le es tan familiar que le parece descubrirlo en momentos y lugares inesperados. Curiosamente, incluso

ahora, cuando la debilidad parece irle venciendo, su vida interior, su oración y su apertura a Dios, continúa cada vez *más* plena, cada vez más alegre, sintiendo más inmediata la presencia de este Señor que le ha acompañado durante toda su vida.

Cuando puede, sigue recibiendo a su mesa jesuitas Degados de lejos, y personajes interesados en tratar con él. Pero ha de espaciar el ritmo de las visitas. El verano romano le afecta mucho. El calor húmedo le hace sufrir. Nadie intuye que está tan grave. Externamente le ven más cansado, pero es algo que viene ocurriendo periódicamente en los últimos años, y nunca ha dejado de admirarles el coraje de este general, que aún enfermo trabaja y sigue guiando la nave de la Compañía sin que le tiemble el pulso.

Piensan que necesita descanso. Deciden llevarle unos días a la casa de campo que el Colegio Romano tiene en las afueras de Roma, conocida como La Viña. La inquietud por su salud no es tan extrema por el momento. Sin embargo, el 29 de julio deciden volver a Santa Matía della Sttada. Parece que está grave y conviene que le vea un médico. Coincide además que también Laínez está postrado, muy enfermo, y temen por su vida. El médico, ya en Roma, viendo a Ignacio, recomienda que se le haga sudar. Además de la sofocante temperatura, ya de por sí agobiante, le cubren con mantas. Es una receta errada. Lo justo para terminar de consumirle. Cuando un nuevo galeno lo ve al día siguiente, protesta horrorizado ante semejante tratamiento que se aplica al enfermo. Intentan refrescar la estancia. Pero el daño ya está hecho.

Ignacio se siente mal. Otras veces ha estado así. Pero esta vez es diferente. Percibe que esrá llegando al final de sus fuerzas. Nunca antes se había sentido de esta manera.

Piensa en todo lo que deja. Es verdad que hay muchos cabos sueltos. Sabe que estos hijos suyos tendrán que afrontar muchos problemas y solucionar asuntos pendientes de muy diversa índole. Los conoce bien. Piensa en ellos: Laínez, Nada], Bobadifla, Borja, Araoz, Rodrigues, Broet... Se mezclan en su cabeza los primeros compañeros con estos otros que hoy van cobrando relevancia, intuye tormentas. Pero están preparados para ello. Él sabe desde hace mucho tiempo que no es imprescindible. Son ellos *Jos que necesitan darse cuenta. Tal vez lo mejor sea parrir ya. Que ellos tomen las riendas. En manos de Dios está todo.*

Ignacio ha gobernado la orden lo mejor que ha sabido, y en estas horas que adivina finales, cuando el dolor le deja pensar, está en paz con lo que deja. Siente llegado el momento de partir y, algo raro en él, que no suele pedir nada para sí, solicita de Polanco con insistencia que vaya a obtener del Papa Ja bendición para *él* y para Laínez. El secretario, atareado con la sobrecarga de trabajo que tiene desde que se ocupa de muchas de las tareas que Ignacio ha delegado en él, no cree que sea tan urgente. Irá en cuanto pueda.

La noche llega tarde. La luz rojiza del atardecer romano da paso a una oscuridad atravesada por los rumores de la ciudad que se duerme. Hace tiempo que no se oye ruido cerca de la estancia de Ignacio. Sus compañeros procuran no disturbar su sueño. A ratos se escucha su respiración agitada, y a veces parece murmurar palabras o nombres de antaño.

En su lecho, Ignacio no sabe si vela o si duerme. Desde hace ya horas siente que en su cámara están muchas personas, y con ellos va intercambiando miradas, palabras y gestos. Hebras sueltas, retazos de conversaciones incom-

pletas, sonrisas que hablan sin voz... distingue tantos rostros en esa sombra que le parece ahora más luminosa. Una multitud fantasmal que se apelotona en la pequeña cámara. Don Juan Velázquez, con su serena autoridad y la misma benevolencia de antaño, parece pasar a despedirse, o tal vez a darle la bienvenida a otro lugar donde ya se le espera. Y con él Martín, el duro Martín, que vuelve a ser joven... ¿o es don Beltrán, su padre? En la imagen se funden ambos, padre y hermano, la sangre que también le llama, le despide y le acoge. Hay algunas mujeres en la estancia... percibe la dulzura de algún rostro que un día amó, y que ahora recuerda con cariño. Esa imagen da paso a otra presencia familiar. Siente en su frente la mano de Magdalena, tratando de refrescar su calor, como en aquellos lejanos días de dolor y conversión. «Gracias», susurra. Y el rostro ahora se confunde, y se convierte en el de Inés Pascual, que también en Manresa le cuidara. Y el pequeño Juan, el chiquillo de ojos grandes le sigue mirando con una sonrisa tímida mientras toma la mano de su madre. Ahora se acerca Isabel Rosel. También la vieja dama se ha materializado en esta pieza, para darle su último adiós. La amiga le besa en la mejilla, y por una vez Ignacio permite la familiaridad. Y no queda resquemor, ni dolor, sino reconocimiento y gratitud.

Las primeras luces del amanecer asoman por la ventana, anunciando otra jornada de calor. El hermano que cuida a Ignacio entra en la estancia. Inmediatamente percibe que algo no marcha bien. Llama a Polanco. «Creo que el Padre Ignacio está agonizando». El secretario siente que el estómago se le encoge, y sale disparado hacia el palacio del Papa. Ahora le golpea la urgencia que ayer no comprendía...

Pero Ignacio nada sabe de todo esto. Él sigue recono-

ciendo rostros y figuras que se acercan y se desvanecen, como en un último baile, con la suavidad de aquellos pasos galantes que aprendiera en la corte. Aquí está Chanón, su confesor de Montserrat... y vuelve a hacer ademán de persignarse ante aquel monje, y ante tantos otros que le han escuchado y guiado, en Manresa, en París, en Roma... pero todos ellos le dicen que ya no hace falta confesar. No es tiempo para el arrepentimiento, sino para el abrazo. Suspira. Hace mucho calor. Se confunde este calor con la temperatura seca de Jerusalén, y el ventanuco de su cuarto parece ensancharse, y abrirle a los caminos de arena y polvo. Sonidos olvidados resucitan en su memoria. Y es de nuevo peregrino, libre y rico en su desposesión...

En la casa hay cierta confusión. Nadie se arreve a aventurar qué ocurre. El Padre Laínez parece que se encuentra mejor. Sólo ahora parecen haberse percatado de la gravedad de la situación de Ignacio. La preocupación por él se traduce en conversaciones quedas y muchas oraciones. Sobre todo, hay sorpresa. Sabían que estaba mal, pero como tantas otras veces. «¿Saldrá adelante?». «Recemos por él». Todo es muy precipitado. Polanco no termina de llegar.

Ahora Ignacio reconoce a compañeros queridos. El joven Calixto, locuaz y risueño como en sus tiempos de reclusión compartida, le saluda de nuevo. También Hoces y Coduri están ahí. Y Nadal, y Laínez, y Araoz, y Rtbade-neira. Pero no el de ahora, maduro y sereno, sino otra vez el adolescente jovial que corregía su italiano y bromeaba con él... Se mezclan en su mente los vivos con los muertos, los de hoy con los de ayer, los que han partido y los que aún esperan... y con todos se siente en paz. Le parece que el grupo de París volviese a rodear ahora su lecho. Y

bromean, con la misma despreocupada alegría de entonces, y hacen planes, y de nuevo están en Montmartre, y en Venecia, y camino de Jerusalén, y de Roma. Ahora reconoce Ignacio a Fabro y a Javier, al lado de su lecho, y le embarga una emoción inmensa. También los amigos más queridos han venido a acompañarle en esta hora final. Y aunque intenta hablar le hacen señal de que no haga esfuerzos. Están de nuevo los tres, como en aquella habitación de Santa Bárbara, una mañana de octubre, plétóricos, llenos de energía... el saboyano tranquilo, el navarro impetuoso, y ahora él, el lobo de Loyola, exhausto, pero feliz. «Ya voy, hermanos». Las lágrimas han empezado a correr por sus mejillas. En un débil murmullo pronuncia sus nombres como una oración.

Y entonces se vuelve a la Presencia que nunca le ha fallado. Ni en las noches oscuras, ni cuando dejaba de verlo. Reconoce ahora al que siempre ha estado con él. El amor de su vida. El que ha llenado sus oraciones y sus desvelos. El que le ha enseñado a mirar el mundo con ojos distintos. El que volvió su vida del revés y la hizo tan plena. Su Dios y Señor de brazos abiertos, que le recibe ya para siempre. Y ya no hay cansancio. Sus pasos le han conducido al final, a ese encuentro definitivo, a este abrazo que ya no terminará. Y al cruzar ese último umbral, con todos esos nombres de su vida en los labios y en el corazón, da gracias a Dios, el que siempre estuvo ahí. Y sonrío, de nuevo peregrino, sabiendo ahora que nunca ha estado solo.

Epílogo agradecido. Quinientos años después...

Despedimos ahora a Ignacio. Con cariño. Con gratitud. Con la emoción que da el haber podido compartir su recorrido, su camino y la forma en que Dios le fue enseñando. Y, al tiempo, conscientes de la vigencia de su figura para nosotros hoy. Han pasado 450 años desde su muerte. Fue canonizado por Gregorio XV en 1622, el mismo día que su gran amigo Francisco Javier. Cuando escribo estas páginas hace cinco siglos que el joven Iñigo partía de la casa familiar en dirección a Arévalo, dispuesto a comerse el mundo. Y en las décadas venideras iremos recordando y celebrando los quinientos años de eventos que jalaron el camino recorrido: el balazo en Pamplona, su conversión, Manresa, Jerusalén, el encuentro en París con Fabro y Javier, la aprobación de la Compañía de Jesús, de los *Ejercicios Espirituales*...

Decir que han cambiado muchas cosas en estos siglos es casi una simpleza, de puro evidente. Las sociedades, las personas, las teologías, el papel de la religión en la vida de los pueblos, la ciencia, las ideologías y formas políticas... Es inabarcable trazar las diferencias entre una y otra época. El tiempo también nos ayuda a poner perspectiva. A descubrir el significado de distintos episodios. A aprender. Y de eso se trata.

Y si algo podemos constatar en este punto es que Ignacio es un santo actual. Su santidad habla muy bien a nuestra época. Hay santos que, de algún modo, encajan en un tiempo pasado y cuya historia hoy nos deja más bien indiferentes, nos resulta anodina o nos habla de una piedad propia de otro período histórico, desvinculada de nuestro presente. Y sin embargo, aquí tenemos a un personaje que sigue atravesando los siglos para hablarnos. Un hombre activo, batallador, frágil y fuerte al mismo tiempo, tenaz, con un carácter arrollador. Capaz de movilizar a otros. Atento a su mundo. Un hombre muy práctico. Conocedor de las personas y buscador infatigable de Dios.

Quinientos años después la vida de Ignacio sigue siendo fecunda e ilumina, desde la distancia de cinco siglos, muchas de nuestras propias búsquedas: de Dios y de su voluntad, de la radicalidad, de una fe encarnada, de una amistad enraizada en el evangelio o una vida apasionada en el seguimiento de Jesús y el proyecto del Reino... La vida de Ignacio sigue invitándonos a pensar en nuestras propias vidas. Sus búsquedas nos hablan de iconos y de ídolos; de los proyectos en los que uno encuentra sentido y las huellas que uno quiere dejar; de la fe que se tiene, y en la que se crece; de los nombres, tantos nombres que atraviesan nuestra historia; de las flaquezas y las fortalezas; del amor eficaz y del amor gratuito.

Al final creo que este recorrido por la vida de Ignacio ha querido ser un acercamiento honesto, sin pretender ser exhaustivo. Un relato fiel a la historia, sin pretender ser una obra erudita. Un intento de comprender al hombre, sabiendo que, a menudo, el que relee interpreta y supone

lo que pudo ser. Y una mirada que trata de leer desde hoy. Y esto es lo que hay. ¿Es un ensayo? ¿Una biografía? ¿Una novela? ¿Una contemplación plasmada en papel? Tal vez un cuadro donde algunas pinceladas intentan dibujar al hombre, sabiendo que el original es siempre inaprensible.

A medida que iba avanzando en el recorrido con Ignacio fui dándome cuenta de que el título debería hacer referencia a esa vivencia de un peregrino que nunca está solo. Un hombre que, en su incansable actividad, va tocando otras vidas, y no deja de estar suspendido de la presencia de un Dios que llena su horizonte. De ahí hablar de «Ignacio, nunca solo». Con ello además he querido hacer un pequeño guiño y un homenaje personal al título de la obra del P. Tellechea «Ignacio, solo y a pie». No pretendo yo contradecir a Tellechea, con quien he aprendido a conocer a Ignacio. Tampoco al propio peregrino, que se define así en algún párrafo de su *Autobiografía*. Se trata más bien de constatar que, siempre, las perspectivas, las miradas, las formas de leer la historia, se complementan, se superponen y se van enriqueciendo. Es el mismo Ignacio, el peregrino solitario, el que pasó su vida atento a Otro y a los otros.

He bebido de las palabras del propio Ignacio, en su *Autobiografía*, en los *Ejercicios* que han acompañado mi crecimiento en la fe, en las *Constituciones* que, como jesuita, he leído y releído a lo largo de mis años de formación, y en el *Diario Espiritual* que tuve la ocasión de estudiar con el P. Thió hace ya muchos años, en Salamanca. También me ha permitido esta aventura literaria asomarme a algunas de las cartas de Ignacio, entender algo más de las ocupaciones y las inquietudes de un hombre de su tiempo, en su situación al frente de una Compañía

naciente, y admirarme por la amplitud y diversidad de sus preocupaciones.

Debo reconocer además mi inmensa deuda con algunas excelentes monografías que me han permitido empaparme del contexto de Ignacio y rastrear datos, fechas, nombres... Especial relevancia tiene aquí el estudio de Ricardo García-Villoslada, *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*. No sólo por su prosa sugerente y su cariño al santo, sino muy especialmente por la exposición sistemática de datos de la época y de la vida del peregrino. También reconozco la luz que me ha aportado la ya citada *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, de Ignacio Tellechea. Recuerdo haber leído este libro cuando era aún un candidato a la Compañía de Jesús, y haber descubierto en él la hondura y riqueza de un personaje al que entonces *desconocía*. La biografía en clave psicoanalítica del jesuita norteamericano W. Meisner, *Ignacio de Loyola: psicología de un santo* me resultó curiosa y provocadora, especialmente su tratamiento de la relación de Ignacio con las mujeres. También he aprendido mucho de la excelente monografía de André Ravier: *Ignacio de Loyola fundador de la Compañía de Jesús*, más centrada en la aparición de la orden religiosa que en la vida del hombre, pero muy esclarecedora sobre su forma de gobernar, su mística y el contexto en el que ha de desarrollar su actividad. He buceado con gusto en algunos de los volúmenes de la colección Manresa que las editoriales Mensajero y Sal Terrae llevan publicando desde 1991. Especialmente quiero mencionar el *Memorial del Padre Cámara*, con la impecable introducción del Padre Benigno Hernández, el trabajo del jesuita John W. O'Malky, *Los primeros jesuitas*, y el volumen sobre *Ignacio de Loyola en la gran crisis del siglo XVI*, que recoge las aportaciones del Congreso Internacional de Historia que se celebrara en

Madrid entre el 19 y el 21 de noviembre de 1991, con motivo de la celebración del quinto centenario del nacimiento del Santo.

No sé si me gustaría decir que he leído mucho más. Podría citar otras biografías clásicas y obras de referencia en el estudio de la espiritualidad ignadana. Peio no estaría siendo demasiado honesto si quisiese dar Ja impresión de ser un especialista en san Ignacio. Cuando, hace ya meses, describía en eJ prólogo lo que esperaba que pudiese llegar a ser este libro, hacía voto de no lanzarme a una obsesiva búsqueda de «rodo» lo escrito sobre el personaje.

Es también mi historia como jesuita la que ha sido ocasión de asimilar tantos aspectos de la figura de Ignacio. En este momento llevo la mitad de mi vida en la Compañía de Jesús. Y en estos dieciocho años han sido muchos los nombres, los rostros, las vidas que me han hablado sobre una espiritualidad que tiene sus raíces en esta vida apasionante. Jesuitas de carne y hueso, hombres que viven su pecado y la gracia que desborda y sobrea-bunda. Amigos muy queridos, compañeros de fatigas y de sueños, de proyectos y de búsquedas. Formadores que han aguantado mis neuras y favorecido mis talentos, tratando siempre de ayudarme a salir más allá, a leer el mundo de una forma distinta. Tantos jesuitas de muchas edades y misiones, de esta Compañía que sigue queriendo *estar* en rodo el mundo colaborando con la misión de Jesús, en la lucha por la fe y la justicia. Jesuitas en España, donde vivo y trabajo. O en Chile, donde he tenido la enorme suerte de escribir estas páginas. Dispersos por continentes y vidas, tratando de hacerlo lo mejor que sabemos.

Y por último, tantos otros nombres, de hombres y mujeres que formáis parte de esta red que tejen las vidas. **Familia** y amigos. Nunca estamos solos. Y ojalá, algún día, tomando prestadas las palabras de Pedro Casaldáiga, podamos cantar como Ignacio, como tantos otros, aquello de:

*Al final del camino me preguntarán:
"¿Has vivido?" "¿Has amado?"
Yyo, sin decir nada,
abriré el corazón lleno de nombres.*

AMDG

ÍNDICE

	<i>Páp.</i>
Carta-presentación	5
Prólogo	7
1. La herida	11
El hijo pequeño de la casa de Loyola	12
El camino eclesiástico	14
El camino cortesano	15
El camino militar	19
2. El «mejor» santo del mundo	27
La cura	30
La convalecencia	33
Los primeros pasos	43
Aparece el peregrino. Montserrat	48
El santo, el dedo, la luna y Dios	51
3. Cuando habla Dios	55
La vida en Manresa	58
La noche oscura de Iñigo	62
Hay que dejar hacer a Dios	67
Como un maestro de escuela con un niño	69
De visiones y otras rarezas. <i>Cuando</i> habla el místico	73
De nuevo en marcha	77

Págs.

4. Peregrino.....	81
Preparativos.....	82
En camino.....	87
Roma.....	92
Venecía.....	96
Últimos pasos.....	99
Jcrusalén.....	102
5. Incertidumbres hispánas.....	107
Desandar el camino.....	109
Barcelona. <i>Latines</i> , compañeros y penitencias.	114
Alcalá de Henares. Tiempo de sospechas.....	121
Salamanca.....	128
La voluntad de Dios, mi voluntad, la libertad y otras circunstancias.....	137
6. París, estudios y compañeros.....	141
Vida de estudiante.....	144
Busca compañeros.....	152
«Amigos en el Señor». La amistad y sus honduras ..	156
Montmartre. El fin de una etapa.....	166
7- Tiempo de espera viva.....	175
Vuelta a casa. Azpeitia.....	177
De nuevo en camino.....	186
Venecia. Un año solo. Los ejercicios espirituales. . . .	190
Reencuentro veneciano.....	197
Hospitales. Cuando se tocan ías llagas de este mundo.....	201
Sacerdotes y apóstoles.....	205

Págs.

8. La Compañía de Jesús.....	213
Hacia Roma.....	215
Roma.....	219
Y ahora, ¿qué? Deliberaciones romanas.....	224
Ignacio, General de la Compañía de Jesús.....	231
Servir o no servir. He ahí la cuestión.....	236
9. Desde una habitación romana.....	241
Echando a andar.....	243
Años de crecimiento. Entre grandes cambios e historias pequeñas.....	252
La nostalgia de otra vida.....	261
En la brecha hasta el final.....	264
El fin del peregrinaje.....	272
Epílogo agradecido. Quinientos <i>años después</i>	279